

# MENTIRAS CONSENTIDAS

HJORTH & ROSENFELDT

SERIE BERGMAN 6

 Planeta

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Primera parte

13 de octubre...

Octubre trajo el invierno...

¿Echaba de menos la Unidad de Homicidios?...

Klara se encontraba sentada...

Carlos Rojas tiritaba de frío...

¿Te falta mucho?...

Allí había una mina de plata...

Billy estaba despierto...

14 de octubre...

Sebastian abrió la puerta de madera...

No. La respuesta era corta...

¡Joder, no lo dirás en serio!...

Habían intentado que la mañana...

Rashid se bajó del coche...

Torkel salió del metro...

Billy pasó por las puertas giratorias...

Billy se dio cuenta de que...  
El cuerpo seguía en el dormitorio...  
Vanja estaba sentada en la escalera...  
Empezaba a anochecer...  
Estaban los siete reunidos...  
Estaba mal...  
Ingrid estaba irritada...  
Gracias a todos por venir...  
Estoy en Uppsala. ¿Nos vemos?...  
Está abierto, es céntrico y barato...  
El camarero le puso delante...  
Se obligó a sí misma a cerrar los ojos...  
15 de octubre...  
La canción que había escuchado...  
Buenos días...  
¿Necesito un abogado?...  
Rebecca Alm...  
Klara empujó la puerta...  
¡Mierda!...  
En realidad, la sala estrecha...  
Aquí está...  
Después de encontrar las cartas...  
Había llamado para decir...

Felix Hoekstra cogió la jarra...

Era un grupo abatido...

Al principio Petros había propuesto...

Esta vez había sido la versión larga...

Jonathan estaba preparando algo...

El plan era tan sencillo...

¿Quién era?..

16 de octubre...

Ursula miró a su alrededor...

El frío se agarró a ella...

Era demasiado grande...

Billy no tardó mucho en alcanzar...

Cuando Vanja volvió a la oficina...

Alcanzaron el edificio que buscaban...

¿Cómo había ido a parar allí?...

Se habían visto obligados...

El 16 de octubre Axel Weber...

Segunda parte

27 de octubre...

Finalizaron la jornada de trabajo...

Billy yacía desnudo y medio dormido...

Nunca se acostumbraba a verlo...

Hola, adelante. Torkel se apartó...

La pequeña sala de espera...

Recordaba cómo había visto...

¿Ida está muerta?...

Eran casi las tres y media...

Torkel soltó un suspiro de alivio...

28 de octubre...

Valdemar ya estaba esperando...

Empezaba a hacer frío en el coche...

A veces uno no tenía...

En la sala de reuniones hacía calor...

De nuevo los dos en el coche...

Prefiero no hablar de Linda...

Había poco tráfico...

Una servilleta. Una servilleta cuadrada...

Había estado allí...

Los demás ya estaban reunidos...

1 de noviembre...

Viernes por la mañana...

Eso había sido el día anterior...

El sol resplandecía sobre el cielo azul...

Estaban sentados los siete...

Billy estaba sentado en el coche...

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Los días de Sebastian Bergman en la Unidad de Homicidios han terminado y ahora dedica su tiempo a impartir conferencias y a escribir libros. Tras los acontecimientos vividos en Castigos justificados, lleva meses sin noticias de Vanja y la única persona del equipo con quien tiene contacto esporádico es Úrsula.

Vanja tampoco sigue en la Unidad: ahora trabaja como investigadora criminal en Uppsala. Desde el mes pasado, está investigando una serie de abusos a mujeres. Cuando una de las víctimas muere, la Unidad de Homicidios pasará a encargarse del caso y, muy pronto, también Sebastian Bergman.

Reunidos, el equipo debe dejar de lado sus problemas y conflictos personales para atrapar al brutal asesino que sigue atemorizando Uppsala. Todo se complica cuando las pistas indican que las víctimas no han sido seleccionadas al azar. ¿Pero cuál es la conexión entre ellas? ¿Y quién se está tomando tantas molestias para que no se establezca dicha conexión?

# MENTIRAS CONSENTIDAS

Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt

Traducción de Pontus Sánchez



## Primera parte

*13 de octubre* Sueño contigo.

Casi cada noche desde que empecé.

¿Qué pensarías si lo supieras?

De lo que hago.

Probablemente, mal.

Me pedirías que lo dejara.

Tú eras mejor persona que yo.

Pero anoche me pediste que te salvara.

Que os salvara a los dos.

No he podido.

Ni en sueños he podido.

Así que hago lo que puedo.

Pienso hacerlo de nuevo.

Esta noche.

La quinta.

Klara Wahlgren.

Octubre trajo el invierno.

Había sido un año extraño en cuanto al clima.

La primavera no había empezado de verdad hasta finales de mayo. Nevó tanto en los birretes de los estudiantes del último curso del instituto como en la tradicional y concurrida fiesta de Valborg, y también en la manifestación del Primero de Mayo, al día siguiente, donde había bastante menos gente. El verano se hizo esperar hasta finales de junio, y en la semana después del solsticio la temperatura subió por primera vez por encima de los veinte grados, aunque, por otra parte, el calor se mantuvo hasta mediados de septiembre.

Después fue como si no hubiera habido otoño.

El 8 de octubre empezó a nevar de nuevo. Cuando los habitantes de Uppsala subieron las persianas por la mañana se encontraron con un manto fino y blanco en forma de polvo. Naturalmente, poco más de cuatro meses sin nieve daba alas a los que negaban el cambio climático.

«Pues a mí no me parece que la Tierra se esté calentando, qué quieres que te diga.»

«Nadie te ha preguntado», quería responder Klara cada vez que oía aquella frase gastada, al ver la sonrisita de satisfacción que a menudo la acompañaba.

El cambio climático era real en todos los sentidos.

Klara estaba segura de ello después de cursar tres años de estudios de Ciencias del Medio Ambiente en Lund y un máster en Desarrollo Sostenible en casa, en Uppsala. Muchos años de investigación alrededor del mundo

hablaban claro, independientemente de lo que se viera por la ventana de la cocina en el mes de octubre.

«Pero hace mucho frío», pensó al salir del local donde impartía el curso, unos minutos antes de las nueve de la noche, y se abrochó el abrigo demasiado fino que llevaba. Como siempre, se había quedado a recoger y a ordenar todo después de que se fuera el último alumno.

Tapizado de muebles.

De 18.30 a 20.30, con inicio el 15 de septiembre.

Nueve sesiones.

Aquella noche era la quinta. Klara disfrutaba al ver los progresos que hacían todos. Adoraba dar aquellos cursos.

Era el cuarto año.

Se aseguró una vez más de que la puerta quedara bien cerrada y empezó a bajar por la calle Östra Ågatan. El frío la hacía dar pasos rápidos. Sonó el teléfono, lo cogió, contestó con una pequeña sonrisa de sorpresa.

—Hola, pequeño, ¿no duermes?

—¿Cuándo vuelves a casa? —dijo la voz cansada de Victor. Lo vio sentado en el sofá con su pijama de Spider-Man, los dientes cepillados, el pelo despeinado, luchando por mantener los ojos abiertos.

—Voy de camino al coche, así que llego dentro de un cuarto de hora o veinte minutos. ¿Pasa algo?

—La herida.

La semana anterior, antes de que nevara, su hijo había tenido una clase de orientación espacial como parte de la asignatura de gimnasia, había tropezado con algún tipo de chatarra oxidada que alguien había tirado en el bosque y se

había hecho un corte en la pierna. Le habían dado cinco puntos y cada noche tenía que cambiarle la venda.

—¿No lo puede hacer papá?

—Tú lo haces mejor.

Klara suspiró en silencio. Siempre era agradable que la quisieran y que la reclamasen, pero ella y Zach habían compartido la baja por maternidad y él había estado igual que ella, o más, en casa a lo largo de los primeros años de su hijo, y aun así, cuando llegaba el momento de... casi todo, Victor preguntaba más por ella que por su padre. Klara veía que a Zach le sabía un poco mal ser siempre la segunda opción.

—Pero yo no estoy en casa y tienes que dormir —intentó convencerlo al mismo tiempo que tomaba la calle Ångkvarnsgatan.

—¿Y la herida, qué?

—Deja que papá lo haga y te vas a dormir. Si estás despierto y no estás bien vendada, te vuelvo a poner yo la venda.

La propuesta fue recibida en silencio, como si el niño de ocho años intentara descubrir si de alguna manera lo estaban engañando.

—¿Hacemos eso? —preguntó Klara.

—Vale...

—Bien. Un beso. Nos vemos mañana.

Acabó la conversación y se metió el teléfono en el bolsillo, pero no sacó la mano. Realmente, hacía frío.

¿Había hecho bien?

Si Victor estaba despierto cuando llegaba a casa y le cambiaba el vendaje, ¿no sería como reconocer que Zach no lo hacía tan bien como ella? ¿Debería

haber sido más dura? ¿Debería haber dicho que su padre le cambiaría la venda y que se fuera a la cama, y punto?

No ofrecer alternativas.

Negarse a repetirlo.

Seguramente.

«En el mejor de los casos, Victor estará durmiendo cuando yo llegue y no habrá ningún problema», pensó mientras se acercaba al aparcamiento.

Había seis plazas en el patio interior cuadrado. Dos eran de la escuela Studieförbundet. El Polo azul de Klara estaba al fondo, en el rincón, y era el único coche que quedaba.

Klara se detuvo.

Estaba todo oscuro.

Más de lo normal.

Las casas de alrededor eran oficinas y locales de asociaciones, ya sin luces a esa hora. Así solía encontrárselas, pero esa noche también estaban apagadas las luces de la fachada. Klara no sabía dónde estaban los interruptores, aunque pensó que alguien las habría apagado por error.

Se dio cuenta de que ése no era el caso cuando llegó a su coche mientras los ojos, poco a poco, se le iban acostumbrando a la oscuridad. En el suelo, junto a la fachada al lado del vehículo, había cristales rotos.

La farola estaba rota.

¿O se había soltado de su sujeción y se había caído al suelo? Como las dos luces estaban estropeadas, lo más probable era que alguien se hubiera estado divirtiendo rompiéndolas. A pesar de considerarse todavía joven, Klara no pudo por menos que pensar: «Jóvenes, seguro». Quizá planteárselo así era lo mejor. Que el vandalismo y otros comportamientos incívicos

formaban parte de cierta inmadurez. Aunque los indicios que iban apareciendo en la sociedad señalaban que no se trataba de eso.

Sacó del bolsillo las llaves del coche. El Polo parpadeó dos veces y los espejos retrovisores se colocaron en su posición con un débil susurro. Estaba a punto de tocar la manilla, que seguramente estaría helada, cuando oyó un ruido, y un escalofrío instintivo de desagrado le recorrió el cuerpo.

Unos pasos silenciosos a su espalda.

No estaba sola.

Por un momento vio una sombra negra reflejarse en la ventanilla lateral.

Irreal. Grande. Cerca.

Sin pensarlo, dio un paso a un lado a la vez que se daba la vuelta. En lugar de alcanzarla a ella, la figura oscura se topó con el coche. Klara tuvo tiempo de observar la capucha negra y la cara tapada antes de que un sonido alto y penetrante la sorprendiera.

Como una alarma.

Klara tardó un segundo en darse cuenta de que era ella la que estaba gritando.

La figura que tenía delante pareció echarse un poco atrás a causa del grito. Aquello le dio fuerzas a Klara.

Ni se le pasó por la cabeza intentar huir, salir corriendo de allí.

Iba a defenderse.

A cualquier precio.

En alguna parte del cerebelo afloró una información que había oído de que había que resistirse todo lo posible ante un eventual ataque, y eso fue lo que hizo. Soltó puñetazos y patadas. Luchó con brazos y piernas. Acertó en el

cuerpo del atacante. Fuerte. Una y otra vez. Ciega y furiosa. Mientras no paraba de gritar.

No supo cuánto había durado la escena, unos segundos probablemente, aunque pareciera mucho más, hasta que vio que el agresor retrocedía unos pasos y salía corriendo del lugar, hacia la entrada del aparcamiento y luego a la izquierda por la calle Ångkvarnsgatan.

Se quedó allí de pie. Jadeando, respirando de forma entrecortada. Antes de que las fuerzas abandonaran su cuerpo, le dio tiempo a pensar que al gritar se le debía de haber roto algo en la garganta. Se dejó caer en el suelo, sin notar apenas el frío y la humedad que de inmediato atravesaron sus pantalones. Su respiración pasó a ser un silencioso gemido. Miró fijamente al vacío. Luego vio un objeto alargado en el asfalto, junto al coche.

Una jeringuilla llena de líquido.

Iban a anestésicarla.

A anestésicarla y a violarla.

Igual que a Ida.

¿Echaba de menos la Unidad de Homicidios?

Vanja se dio cuenta de que se hacía aquella pregunta a menudo. Como ahora, mientras se preparaba una taza de té en la cocina del pequeño apartamento de una sola habitación que, situado en la calle Norbyvägen, uno de sus compañeros de Uppsala le realquilaba. Un año, para empezar, mientras él trabajaba en La Haya en una cooperación de la Unión Europea contra el tráfico de personas. Eran cincuenta y dos metros cuadrados en los que, a bote pronto, no podía recordar ni un solo mueble u objeto que ella hubiera elegido, puesto o decorado, a excepción del gran televisor de setenta y cinco pulgadas que dominaba la pared frente al gastado sofá negro de piel. Claro que, si alquilabas algo amueblado, eso era de esperar. Vanja aguantaría un año. Si se quedaba más tiempo, se buscaría otra cosa. Algo propio.

¿Echaba de menos la Unidad de Homicidios?, se preguntó mientras sacaba la bolsa de té de la taza con un dibujo de *Star Wars* y la tiraba en el fregadero.

No la Unidad de Homicidios como tal ni tampoco el trabajo. Lo que hacía en Uppsala era igual de interesante, pero echaba de menos a sus compañeros. Se daba cuenta ahora, después de estar alejada de ellos varios meses, de que eran más amigos que compañeros de trabajo. Quizá sus únicos amigos.

Menos Sebastian.

Él no era un amigo.

Abrió el frigorífico, vertió leche en la taza y fue a la pequeña sala de estar, donde tenía el ordenador encendido sobre la mesa de cristal ahumado de IKEA.

Le había prometido a Torkel que volvería.

Cuando hubiese puesto un poco de orden en su vida.

Fuera lo que fuese que significase eso.

Seguía sin mantener ningún contacto con Anna, en eso no había habido cambios. Su madre le había mentado toda su vida y, cuando al fin la verdad salió a la luz, traicionó de nuevo a Vanja poniéndose en contacto con Sebastian a sus espaldas y, peor aún, se acostó con él.

Había sabido de Valdemar varias veces. Conversaciones cortas, impersonales, sobre la mudanza, la nueva ciudad y los nuevos compañeros. No habían ido a verla. A pesar de que él había abandonado a Anna para poder reparar su relación con Vanja y de haber ejercido de padre toda su infancia — al que había sentido más cercano y al que había querido más que a nadie—, no habían conseguido reencontrarse de nuevo.

Aquello le hacía daño.

La enfurecía.

Que Sebastian hubiese conseguido malograr una de las pocas cosas que realmente habían significado algo en su vida. A lo mejor, Valdemar y ella podrían reencontrarse en sus nuevos roles, pero la investigación por delito económico a la que estaba siendo sometido y su intento de suicidio se lo impedían, por el momento.

Era un lío.

Su vida.

Estaba lejos, muy lejos, de haberle puesto orden.

Lo único que realmente iba bien era su relación con Jonathan. Cada vez mejor. Las vacaciones, que empezaron en Copenhague pero que luego los llevó por cinco países más de Europa, fueron todo lo que ella esperaba. Él

había sentido cierta intranquilidad por si ella sólo precisaba compañía y no necesariamente la suya, pero no tardó en ver que no había razón para ello. Después del verano, Jonathan había hablado de un futuro juntos como la cosa más natural del mundo.

No le había gustado que se fuera a vivir a Uppsala, pero sólo eran cuarenta minutos en tren y Vanja iba a Estocolmo siempre que podía. Se quedaba en casa de él, ya que su piso de la calle Sandhamnsgatan lo tenía realquilado.

De manera que las cosas iban bien con Jonathan, y a Sebastian no lo había visto desde que la dejó en el garaje subterráneo del edificio de Waterfront, tres meses atrás. Sabía que Sebastian había resultado herido en un demente trayecto con una bomba en el coche —varias costillas y un brazo roto—, según le había dicho Ursula, y poco más.

Tampoco quería saber más.

Cuanto menos lugar ocupara en su vida Sebastian, mejor. Y estaba segura de que lo mismo servía para cualquier persona.

Dejó de pensar en él, se sentó en el sofá y volvió al escrito de denuncia de Therese Andersson mientras le daba un sorbo a la bebida caliente.

La denunciante deja una fiesta en la calle Molngatan, 23, un poco antes de la una y media de la noche, el 4 de octubre, y decide ir a pie hasta su casa, en la calle Almqvistgatan, situada a poco más de un kilómetro. Coge el camino peatonal desde la plaza Liljefors y cuando pasa por delante de la escuela de Liljefors oye unos pasos que se acercaban y luego alguien la agarra por detrás y siente un pinchazo en el cuello.

Vanja sabía que no podía esperar que todas las denuncias estuvieran redactadas en un sueco perfecto, incluso estaba segura de que así era en la mayoría de los casos, pero aquella nota realmente era como una prueba. Echó un vistazo a ver quién la había redactado. PAP (policía aspirante en prácticas) Oscar Appelgren. Es decir, un estudiante, y, dado que en la Escuela Superior

de Policía no impartían clases de lengua, la posibilidad de que mejorara era escasa. Suspiró profundamente y continuó leyendo.

Luego no se acuerda de nada hasta que se despertó tumbada en el suelo entre unos arbustos al lado del camino peatonal. La falda estaba como subida, las medias rotas y la denunciante tiene algo así como un saco en la cabeza. La denunciante se levanta y se va hasta la calle Vaksalagatan donde pide socorro. Entonces son las dos y media más o menos.

El hospital llama a la policía y un examen médico muestra sangrado genital tras penetración y restos de esperma. Un análisis de sangre muestra restos de Flunitrazepam Mylan en la sangre.

Vanja cerró el documento tan descriptivo, cogió la taza y se reclinó.

Ataque con violación consumada.

Era una parte pequeña de todas las violaciones que se denunciaban cada año. El autor y la víctima solían conocerse, y el delito se llevaba a cabo en alguna de las respectivas viviendas, pero como ocupaban muchas páginas en la prensa amarilla era fácil pensar que resultaba más habitual de lo que en realidad era. De momento se había escrito poco sobre lo que le había ocurrido a Therese. Pero los artículos aumentarían si alguien empezaba a interesarse por ello en serio.

Y es que Therese no era la primera víctima.

Vanja se echó de nuevo hacia delante, dejó la taza y sacó el informe del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses.

No había gran cosa.

La huella de una zapatilla de deporte marca Vans, modelo UA-SK8-Hi MTE, en la tierra, bajo los arbustos, y el ADN del esperma, pero el autor de los hechos no aparecía en ningún registro. Sin embargo, los datos coincidían con otros de una violación de hacía apenas un mes.

Ida Riitala, treinta y cuatro años.

Atacada en Gamla Kyrkogården, el antiguo cementerio, el 18 de septiembre.

La misma ciudad, el mismo *modus operandi*.

Un agresor la había atacado por detrás, le inyectó la anestesia, le puso un saco de yute en la cabeza y llevó a cabo la acción mientras la víctima estaba inconsciente.

Sonó el teléfono de Vanja. Miró de reojo la pantalla.

Su nueva jefa. Anne-Lie Ulander.

Casi las nueve y media. Significaba más trabajo. Vanja pulsó la tecla de responder.

—Hola, dime.

La conversación duró apenas medio minuto. Vanja cerró enseguida el ordenador y salió de la vivienda. Si antes había dudas de que se trataba de un violador en serie, ahora ya no las había.

Tenían a una tercera víctima.

Klara se encontraba sentada en el sofá con la espalda encorvada. A pesar de llevar tres capas de ropa en la parte superior del cuerpo y de estar envuelta en una manta, seguía sintiendo frío. Parecía que no dejaría de sentirlo nunca. Como si el frío del oscuro patio interior la hubiera acompañado a casa igual que una segunda piel. Sostenía la taza de té con las dos manos mientras contemplaba a la mujer del bloc de notas que estaba sentada un poco inclinada hacia delante en la otra punta del sofá.

Anne-Lie Ulander. Comisaria.

A Klara le pareció una abogada de éxito de alguna serie de televisión norteamericana, con su ajustado vestido rojo, sencillo pero seguro que caro, y el oscuro cabello que le llegaba hasta los hombros con un peinado en apariencia descuidado pero que Klara sospechaba que de eso no tenía nada.

—Ropa negra, capucha subida y algo que le tapaba la cara. ¿Recuerda algo más de él?

Klara se encontró con la mirada comprensiva de Anne-Lie y negó con la cabeza.

—¿Tiene idea de cuánto podía medir?

Klara lo pensó un instante. Aunque estaba segura de que nunca olvidaría lo ocurrido, que quedaría impreso en ella para siempre, los recuerdos eran extrañamente difusos e incoherentes. Como si su cerebro intentara protegerla a base de no permitirle acordarse demasiado bien.

—No sé. Más alto que yo.

—¿Y cuánto mide usted?

—Uno sesenta y nueve.

Anne-Lie apuntó los últimos datos del corto relato de Klara sobre lo ocurrido en el patio interior. En cuanto llegara Vanja, se iría al lugar de los hechos. Carlos ya estaba allí y era eficiente, pero no podían permitirse ni el más mínimo error. Tres ataques en un mes. Por sus calles andaba suelto un hombre muy peligroso.

—Se ha despertado cuando he llegado a casa —dijo Klara en voz baja. Anne-Lie levantó la vista de sus anotaciones y siguió la mirada de Klara hasta la cocina, donde un hombre estaba sentado a la mesa con un niño en pijama de Spider-Man en el regazo. El hombre le leía un libro con voz tenue y el niño luchaba por mantenerse despierto. De vez en cuando, el hombre echaba un vistazo intranquilo a Klara—. Se había quedado dormido, pero debe de habernos oído, habrá notado que algo iba mal...

—¿Quiere que hable con él?

Klara dejó de mirar a su marido y a su hijo y se volvió dudosa hacia Anne-Lie.

—¿Y decirle qué?

—¿Cuántos años tiene?

—Ocho.

—Le puedo decir que estamos hablando con usted porque ha visto algo, no porque le haya ocurrido nada. Quitarle dramatismo al hecho de que estemos aquí.

—Zach ya lo ha hecho. Le ha dicho que unos tontos se estaban peleando en la puerta de la escuela y que yo he tenido un poco de miedo...

Se interrumpió cuando oyó abrirse la puerta principal y sintió que todo el cuerpo se le tensaba. Anne-Lie lo notó y le puso una mano en el brazo para tranquilizarla.

—Es mi compañera —explicó. Klara se volvió hacia la puerta de la sala

de estar y con la mirada siguió a la joven mujer que entraba y que se presentó como Vanja Lithner.

—Klara Wahlgren —dijo afónica. Le dolía la garganta cada vez más. Algo debía de haberse roto. Quizá debería acudir al hospital. Todavía no había ido. Después. Como no había pasado nada...

O al menos no lo que podría haber pasado.

Volvió a sentir un escalofrío. Le dio un sorbo al té. La bebida caliente no conseguía mitigar el dolor de la garganta ni calentarla, pero se la bebía de todas formas. La infusión de manzanilla en su taza con el texto «La mejor madre del mundo», sentada en el sofá después de dar su clase.

Algo normal.

Algo seguro.

La nueva agente de policía se quitó la ropa de abrigo y se sentó al mismo tiempo que le preguntaba cómo estaba. Klara se encogió de hombros. ¿Cómo estaba? No lo sabía. Las ideas se le atropellaban. Se sentía completamente agotada ahora que la adrenalina ya no circulaba por su cuerpo, pero aun así era como si siguiera revolucionado.

Anne-Lie se levantó del sofá y le pasó el bloc de notas a Vanja.

—Tengo que ir al lugar de los hechos, pero Vanja se hace cargo. —Sacó una tarjeta de visita. La dejó sobre la mesa de centro—. Si necesita ayuda con algo, preguntar lo que sea, ponerse en contacto con el hospital, cualquier cosa, sólo tiene que llamar.

—Gracias.

Anne-Lie le puso la mano en el hombro a Klara un segundo antes de decirle a Vanja: «Nos vemos luego». Abandonó la sala y el piso. Klara la vio irse. Al lado de la puerta del recibidor había una foto. Zach, Victor y ella. El año anterior en Creta. Habían encontrado un pequeño pueblo en el sur que se

llamaba Loutro. No había carreteras, tuvieron que ir en barco. Unas cincuenta casas formando una media luna alrededor del agua de la bahía. Pequeños restaurantes y hoteles, muy poco que hacer aparte de bañarse, tomar el sol y relajarse.

Las vacaciones perfectas.

La vida perfecta.

¿La volvería a experimentar alguna vez?

Bajo la foto había un sillón que ella misma había tapizado. Dejó descansar los ojos sobre el motivo de flores cuando un pensamiento pasó por su cabeza. Lo había considerado entonces, sentada en el suelo, pero después había vuelto a desaparecer.

—¿Era el mismo que atacó a Ida?

Vanja la miró sorprendida, levantando la vista del bloc de notas.

—¿Ida Riitala?

Klara asintió.

—¿Era el mismo atacante?

—¿La conoces? —preguntó Vanja en lugar de responder, interesada de inmediato. Que dos de las víctimas se conocieran podía limitar, en el mejor de los casos, la búsqueda del autor. Aunque también podría no significar nada. Podría ser una simple casualidad. Pero ¿y si había roto las luces de la fachada para esperarla? Aunque no sabían si era el atacante el que lo había hecho. Quizá había observado a Klara salir de Studieförbundet, la había seguido, la había visto entrar en el oscuro y vacío patio interior y había aprovechado la ocasión.

Pero Klara conocía a Ida Riitala.

—¿De qué la conoces?

—Antes cantábamos en el mismo coro. Somos amigas. —Se quedó callada pero parecía que tuviera algo más que decir. Vanja le dio tiempo—. Por lo menos en Facebook —continuó diciendo Klara tras pensar qué tipo de relación tenían en realidad—. No nos vemos muy a menudo...

—Therese Andersson, ¿la conoces también? —preguntó Vanja.

—No. ¿Quién es?

—Tiene más o menos tu misma edad, trabaja como consultora en salud, vive en la calle Almqvistgatan con su pareja, Milan Pavic.

Klara negó con la cabeza.

—Tengo una foto.

Vanja solía llevar en el teléfono las fotos de los que figuraban en sus investigaciones. No sabía si eso iba contra las leyes y normas sobre la protección de datos, pero era sencillo y la ayudaba en su trabajo, así que no se había molestado en averiguarlo.

Fue buscando hasta encontrar una foto de Therese y se la enseñó a Klara, quien después de mirarla negó de nuevo con la cabeza.

—¿Por eso habéis venido dos agentes? —Señaló con la cabeza el lugar donde había estado sentada Anne-Lie—. Creía que a lo mejor vendría un..., ya sabes, un policía normal y corriente, o quizá ni eso. Siempre estamos oyendo que no tenéis tiempo ni recursos para investigar las cosas.

Vanja se esforzó en no suspirar alto. Estaba cansada de que la confianza en la policía fuera cada vez menor, año tras año, y que su mala imagen —no tener recursos suficientes y ser inefectiva o a veces incompetente— hiciera mella en la mayor parte de la población. Aunque, desgraciadamente, en según qué casos era cierto.

—Los crímenes violentos tienen prioridad y, sí, estamos aquí porque creemos que la persona que te ha atacado ha asaltado a otras mujeres en

Uppsala.

—Como el Hombre de Haga.

Esa vez, Vanja no pudo evitar el suspiro. Había pensado lo mismo cuando Anne-Lie la había llamado.

El Hombre de Haga, condenado por dos intentos de asesinato, cuatro violaciones (dos de ellas muy violentas) y dos casos de intento de violación, pero sospechoso de otros tantos ataques en Umeå entre 1998 y 2005. Siete años. Demasiados antes de que logran apresarlo.

Demasiadas víctimas.

Demasiado sufrimiento.

Demasiado miedo.

—Lo cogemos mucho antes de que sea como el Hombre de Haga. —No había duda alguna de que Vanja hablaba en serio. Klara no pareció reaccionar. Dirigió de nuevo la mirada a la cocina. A la familia.

—¿Acabaremos pronto? —preguntó—. Es tarde...

—Ya estamos, si no recuerdas nada más...

—No.

—En caso contrario, sólo tienes que llamarnos —dijo Vanja levantándose y agarrando la chaqueta.

Klara también se puso de pie, pero no hizo ademán de acompañar a Vanja para salir del piso. Se fue hacia la cocina y, sin mediar palabra, cogió en brazos a su hijo medio dormido. Él la rodeó con los brazos y le hundió la nariz en el cuello. Zach se levantó y con una suave mano en la espalda de ella fueron hacia el dormitorio.

La pequeña familia.

Klara se preguntaba si volvería a sentir sueño de nuevo alguna vez.

Si se atrevería a cerrar los ojos. Si osaría relajarse.

En aquel momento le parecía imposible.

Carlos Rojas tiritaba de frío sin parar de pisotear el suelo fuera de la zona precintada, viendo cómo el personal técnico de la Científica se movía con cuidado alrededor del solitario automóvil aparcado en el patio interior. Se había puesto ropa de abrigo después de recibir el aviso. Gorro, guantes, bufanda, varias capas de ropa bajo el abrigo, incluso había subido al altillo a por unos zapatos gruesos.

A pesar de ello, tenía frío.

Los que oían su nombre y veían su cabello oscuro y el color de su piel creían que se debía a que era español y a que no estaba acostumbrado al clima del norte. Lo cual no era cierto. Había vivido en Suecia toda su vida. Su madre había conocido a su padre en unas vacaciones en Málaga hacía treinta y ocho años, y después se habían ido a vivir juntos a Suecia, donde se establecieron en Varberg y tuvieron a Carlos y a sus dos hermanas. De manera que no era que hubiera crecido en la soleada España lo que hacía que estuviera mal preparado para el frío. Era así y punto.

No sólo en invierno.

Siempre tenía frío.

Dio un par de palmadas con las manos enguantadas y luego unos pequeños saltos. No notó ninguna diferencia.

Carlos supo que Anne-Lie estaba llegando antes de verla. Durante los seis años que llevaba trabajando con ella había aprendido a reconocer el ruido de sus pasos. Siempre zapatos o botas con tacón.

Siempre bien vestida.

Sencilla, clásica, cara.

Su ropa indicaba una autoridad natural.

Aquella noche no era una excepción, con las botas negras hasta la rodilla, el vestido rojo que se le intuía debajo del abrigo de botonadura doble de Hope y la bufanda multicolor de lana alrededor del cuello. Era un interés que compartían. La moda. Carlos no podía entender a la gente a la que no le interesaba. Lo que uno llevaba puesto decía más sobre sí mismo de lo que la mayoría sabía o quizá estuviera dispuesta a admitir. No tenía que ver con el dinero. El estilo no costaba dinero. Se tenía o no se tenía. Se podía tomar como ejemplo a su nueva compañera, Vanja Lithner: buena policía, una persona del todo correcta, aunque no tuviera grandes dotes sociales, pero estaba claro que no dedicaba ni tres minutos a la semana a pensar qué ropa iba a comprar o se iba a poner.

—¿Tienes frío? —le preguntó Anne-Lie cuando llegó hasta él y le vio los hombros encogidos.

—¿Tú qué dirías?

—Diría que vas a pasar un invierno duro, sólo estamos en octubre. —Le sonrió brevemente antes de volverse hacia el escenario del patio interior—. ¿Qué tenemos por el momento?

—Huellas de zapato, parece ser que de la misma marca y número que en los otros lugares, pero esta vez se le cayó la jeringuilla.

—¿Nos servirá para rastrearlo?

—Ya veremos.

—¿Hemos encontrado algún saco?

Carlos dijo que no con la cabeza. Anne-Lie se volvió para ver la calle que bajaba en las dos direcciones.

—¿Cámaras de vigilancia?

—Ninguna en la calle de ahí fuera, pero hay una en la calle Östra Ågatan. He encargado las copias de la grabación de las veinte treinta en adelante.

—Bien.

—Y otra cosa...

—¿Qué?

—Las luces de la fachada. He llamado a los que alquilan las plazas de este aparcamiento. —Señaló de nuevo hacia el patio interior iluminado por los técnicos—. Un tal Frederic Filipsson ha cogido el coche y se ha ido de aquí pasadas las ocho, y por entonces los dos focos funcionaban —dijo.

—Así que la estaba esperando.

—Eso parece.

—Porque la conocía.

—Puede haber estado siguiéndola. Aparcaba aquí todos los jueves y siempre volvía a la misma hora. Igual que Ida Riitala, que siempre atajaba por el cementerio después de su turno.

Anne-Lie suspiró de nuevo. Le dio la espalda a Carlos y miró hacia el río Fyrisån y la zona deportiva de los estudiantes al otro lado del agua oscura y fría. Adoraba su trabajo. En todos sus aspectos, pero a esto no quería dedicarse. Tenían que resolverlo. Deprisa. Lo ideal sería tener muestras de ADN de todos los hombres mayores de quince años en toda Uppsala.

—Tres ataques en menos de un mes.

Era una constatación, pero Carlos respondió de todas formas.

—Sí.

—No parará.

—No.

—Las mujeres tendrán miedo a salir a la calle.

—Más miedo todavía.

Anne-Lie asintió. Era la pura realidad y un problema social. Las mujeres tenían miedo de salir solas. En todas las ciudades, en todas partes. Según un estudio de Brå, el Consejo de Prevención de Crímenes, más de una quinta parte de las mujeres alguna vez había evitado salir de casa por miedo. Se limita la libertad de movimiento de las mujeres, y también sus posibilidades. Y eso cuando todo era «normal».

Sin que un violador en serie anduviera suelto por ahí.

—Tenemos que hacer todo lo que podamos —dijo volviéndose de nuevo hacia Carlos.

—¿Quieres más gente?

—Quiero otra gente.

Dijo eso y se marchó. Carlos siguió oyendo los tacones incluso después de haberla perdido de vista. Ignoraba qué quería decir con «otra gente» pero seguro que no tardaría en saberlo.

Si Anne-Lie lo había decidido así, así sería.

—¿Te falta mucho?

Billy lo escuchó desde el otro lado de la puerta del cuarto de baño, pero no hizo caso de la pregunta. Secó el vaho del espejo, se inclinó hacia delante sobre el lavabo y se miró fijamente a la cara.

Como había hecho entonces.

Aquella mañana de junio. Cuando se despertó con una buena resaca en el sofá. Parecía que hubiera pasado una eternidad. La misma cara, otro espejo.

En su casa. En casa de Jennifer.

Antes de recordar...

El agua le goteaba del pelo mojado, se quedaba un instante en las cejas y luego resbalaba por las mejillas. Encontró su mirada. Se miró a lo más hondo de los ojos. El espejo del alma, según decían los poetas. Pero, si fuera así, lo descubrirían y, de momento, no lo habían hecho. Su mirada era bondadosa, había oído. My solía decirlo. «Tienes ojos bondadosos.» No reflejaban la oscura necesidad que llenaba su vientre como una serpiente hambrienta. Ni los pensamientos de dominio y control que llevaba dentro desde hacía cierto tiempo y que había conseguido vencer. Después de lo que ocurrió con Jennifer. No solía dedicar su tiempo a sesudas cavilaciones filosóficas, pero últimamente no podía dejar de preguntarse: ¿quién era él en realidad?

¿En quién se había convertido? ¿En qué se había convertido?

El squash, que por lo general solía cansarlo, ese día lo había desequilibrado. No el partido en sí, sino lo ocurrido después. En los vestuarios. El compañero que acababa de ganarle por tres sets a cero (11-8, 11-8, 12-10) había salido de la ducha con la toalla atada a la cintura y el pelo

mojado. Billy había decidido ducharse en casa. Estaba más indignado con la derrota de lo que quería aceptar. Tres sets seguidos, joder, no le había pasado en años. A lo mejor se estaba poniendo enfermo o algo así.

—Conoces a Jennifer Holmgren, ¿verdad? —dijo su compañero de trabajo mientras buscaba el desodorante en la bolsa de deporte. Billy se quedó de piedra, todo pensamiento sobre el partido se desvaneció de golpe. Aquello era zona minada. ¿Qué había sucedido?

—Sí, hemos trabajado juntos alguna que otra vez. ¿Por qué?

Era verdad, pero no toda la verdad. Ni mucho menos. También se habían acostado varias veces. Más de las que habían trabajado juntos. La última vez se había ido todo a la mierda.

—¿Has oído lo que le ha pasado?

—No, ¿qué?

Llamaron a la puerta del baño al mismo tiempo que la abrían. Nunca echaban el cerrojo. My lo consideraba innecesario, puesto que sólo vivían ellos dos en el piso y sabían si estaba ocupado o no. Billy dio un respingo ante el espejo como si My lo hubiera pillado haciendo algo que no tocaba. Lo cual no quedaba muy lejos de la verdad.

—¿Qué estás haciendo aquí dentro?

—Nada.

—Necesito cepillarme los dientes. Me voy a la cama.

My entró en el baño, cogió su cepillo eléctrico y puso pasta de dientes en el cabezal redondo.

—¿Has visto el enlace que te he enviado?

Lo apartó para acercarse al lavabo, abrió el grifo y dejó el cepillo de dientes debajo del agua. Billy se esforzaba por llevar los pensamientos al

presente. Se obligaba a sí mismo a parecer implicado, interesado en la conversación.

—Sí, seguramente sí. ¿Cuál?

—Hoy sólo te he enviado uno. Töreboda. —Parecía que estuviera en el dentista intentando controlar la espuma de la pasta de dientes mientras hablaba—. La casa de madera y la parcela con acceso a la playa.

Billy asintió como si recordara lo que decía. Quizá ese día sólo le hubiera enviado un enlace, pero la verdad era que ya no abría todos los que recibía. De todas formas, ella prepararía una ruta algún fin de semana un poco más adelante para ir a ver las casas de la lista con posibilidades, y la que ella decidiera sería la que comprarían. Él sólo tendría que hacerse el interesado.

Le tocaría hablar de la restauración y de lo que podrían hacer en la parcela.

La acompañaría al banco para conseguir un crédito.

Asentiría sonriendo cuando ella hablara de sus futuros niños, que estarían encantados de pasar los veranos allí.

Lo cierto era que le gustaría que fuese así.

Que tuvieran un futuro juntos. Él la amaba. Se había esforzado de verdad durante los últimos meses. Para dejarlo todo atrás. Para volver a ser el que era. Aquél de quien ella se había enamorado. El muchacho sencillo, razonable, sin complicaciones.

Aún no era demasiado tarde, se decía para convencerse a sí mismo.

My quería una casa de verano, y solía lograr lo que se proponía. Se habían conocido en una fiesta de solsticio de verano hacía poco más de un año. En octubre le pareció que deberían vivir juntos, y en mayo, once meses después de haberse visto por primera vez, se habían casado.

En junio él le fue infiel.

Con Jennifer.

Jennifer, que lo sabía.

Algo había cambiado en su interior cuando se vio obligado a dispararle a Edward Hinde hasta matarlo para salvar a Vanja, y a Charles Cederkvist para salvarse a sí mismo. Lo mucho que disfrutó con aquella embriagadora sensación. El poder de controlar la vida y la muerte.

Jennifer, que lo entendía.

Que lo ayudó a hacer realidad sus fantasías, su poder, el dominio asociado al sexo y al placer físico. Que mantenía a la serpiente satisfecha y a él equilibrado.

Hasta que se emborrachó.

Hasta que todo se fue a la mierda.

Supuso que no había dicho nada respecto a la casa blanca de madera en Töreboda. My escupió en el lavabo y lo miró con una expresión muy seria.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Seguro? Has estado un poco raro desde que has vuelto del gimnasio.

Estaba claro que se había dado cuenta. Era su trabajo. Analizar a las personas, interpretarlas y hacer que alcanzaran su máximo potencial. Era buena.

Era buena para él. No le quería mentir. Pero no tenía por qué saberlo todo. Una media verdad no era igual que una mentira.

—¿Recuerdas a Jennifer? Con la que trabajé algunas veces...

Claro que la recordaba. Le había hablado de ella bastante y My sabía que

se veían fuera del trabajo.

—Sí, ¿qué le pasa? —respondió.

—Creen que se ha ahogado.

—¿Qué?

—En Francia. En un accidente de buceo, ya sabes, practicaba deportes extremos.

—Por Dios, qué horror —dijo My, que se le acurrucó en el pecho y lo abrazó—. Lo siento. Sé que le tenías cariño.

—Sí, sí, es cierto...

Se quedaron de pie un momento callados antes de que My lo soltara un poco para mirarlo a los ojos.

—Pero ¿sólo creen que se ha ahogado? ¿No la han encontrado?

—No, pero encontraron su ropa en unas cuevas. Supongo que dependerá de lo que le haya ocurrido, pero si hay corrientes y eso...

My exhaló un profundo suspiro, se estiró y le dio un leve beso en los labios.

—Pobre...

Billy no sabía del todo si se refería a Jennifer o a él cuando de nuevo lo abrazó para consolarlo. Nunca sabría toda la verdad y, por horroroso que pareciera, con Jennifer muerta en Francia podía dejar a sus espaldas toda la historia. Empezar a convencerse de que no había ocurrido nunca. Volver a hacerlo y hacerlo bien.

Aún no era demasiado tarde.

Allí había una mina de plata, o por lo menos la hubo antes.

Era todo lo que Sebastian sabía de la ciudad en la que se encontraba provisionalmente. Eso, y que había un hotel de dos estrellas a unos cinco kilómetros del centro en un gran edificio beige y gris de cuatro plantas que ni siquiera pretendía parecer atractivo, ni por fuera ni por dentro. Era cierto que la habitación era unos pocos metros cuadrados más grande que un armario. Cuatro paredes pintadas de amarillo nicotinoso, que sólo hacía que parecieran sucias, y como única decoración, una sencilla reproducción de algún cuadro de Carl Larsson mal enmarcado. Un taburete que servía, además, de mesilla de noche en uno de los lados de la estrecha cama. Un grueso televisor en una esquina a los pies de ésta. No se habían molestado en esconder los cables, ni de la tele ni de las dos lámparas de la habitación. Y un baño donde Sebastian, con cierta angostura, casi ni podía darse la vuelta sin chocar con las paredes. Claro que era duro llevar una librería en aquellos tiempos, pero que fuera a ir tan mal... No quedaba otra que seguir luchando y aceptar la situación, como le había comentado el encargado de la librería cuando salió el tema de las dificultades que acechaban al libro físico, el día que Sebastian había ido a hablar con él.

Luchar y aceptar la situación.

Sebastian, por su parte, la había aceptado.

Incluso podía ser que se hubiese reconciliado con ella, pero no tenía por qué gustarle.

Ya no formaba parte de la Unidad de Homicidios a nivel nacional. Al final, Torkel se había cansado. O, mejor dicho, Vanja se había cansado de él, así que Torkel había tenido que elegir. Y escogió a Vanja. No tenía nada de

extraño, Sebastian también lo hubiera hecho. Lo raro fue que antes lo dejaran quedarse un año y medio. Tampoco se había esforzado para ser elegido empleado del mes, por así decirlo.

Vanja, su hija.

No la había visto desde el mes de junio.

Recordaba la sensación que había tenido cuando la dejó en el garaje subterráneo del edificio Waterfront y salió de allí con una bomba en el coche: pensaba que era la última vez que la vería.

Que desaparecería de su vida.

Para siempre.

Daba la impresión de que fuera a ser así. Durante bastante tiempo, Sebastian esperó que ella lo fuera a ver, que fuera a preguntarle cómo estaba, pero no se presentó. Estaba claro que Vanja no quería tener ningún contacto con él.

Por su culpa. Naturalmente.

Como siempre.

Había tenido muchas oportunidades y no había aprovechado ninguna. Era consciente de que él siempre elegía mal, que lo estropeaba todo, y cuando abrigaba algo parecido a la felicidad o, por lo menos, a sentirse en paz, aparecían los remordimientos.

La había soltado.

A su segunda hija.

La tenía cogida de la manita pero había dejado que el agua se la llevara.

Sebastian no se lo merecía.

Estaba mal, lo sabía, pero saber que algo estaba mal y hacer algo al

respecto eran dos cosas distintas. Así que continuó.

Ni siquiera participó en el trabajo a posteriori del último caso. El Asesino de los *realities*, David Lagergren, el hombre que había matado para generar una opinión pública contra la necedad y el infantilismo de la sociedad pero que acabó siendo un terrorista. El juicio tuvo lugar en septiembre y, como era de esperar, Lagergren fue condenado a cadena perpetua. Sebastian supuso que tardarían un poco en especificar de cuántos años sería al final la condena.

Lo único bueno que el caso Lagergren trajo consigo fue que en las diligencias se afirmó que Sebastian había colaborado en una parte importante de la investigación y que había desempeñado un papel central en la captura y detención del asesino. El espectacular e irresponsable viaje en coche que acabó con una explosión en la ensenada de Riddarfjärden tampoco había salido mal. Se sentó unas cuantas veces en los sofás de varios programas de televisión y apareció en los noticiarios durante un verano muy parco en noticias.

Su antigua editorial lo había llamado en agosto. Había surgido cierto interés por los libros de Sebastian sobre Edward Hinde y se preguntaban si podía plantearse escribir uno nuevo. ¿Quizá acerca de Lagergren? Sebastian lo había rechazado con amabilidad. No quería ayudar a que aquel hombre acaparara más atención, y, por otro lado, había otros temas que le interesaban más.

Ralph Svensson, por ejemplo.

El hombre que había matado a cuatro mujeres por orden de Hinde.

Mujeres con las que Sebastian había tenido una corta relación, básicamente sexual.

Además, había asesinado al gran amigo y compañero de Sebastian, Trolle Hermansson.

A la editorial le encantó la idea. Una continuación natural de los libros

anteriores y encima relacionado con él mismo, lo cual podía convertirlo en algo más personal y revelador. Así que aceptó el adelanto y se puso a trabajar. Se pasaba los días encerrado en el apartamento, dentro del despacho que a lo largo de tantos años había estado inutilizado. Durante mucho tiempo, sólo había utilizado la habitación de los huéspedes, la cocina y el baño. El resto le recordaba demasiado a otros tiempos.

Tiempos más felices.

La época feliz.

La única que podía recordar.

Aquella con Lily y su hija. No habían vivido allí mucho tiempo, porque cuando se casaron se mudaron a Colonia, pero siempre habían estado en ese piso juntos. Sabine tenía su propia habitación. Vanja también había dormido algunas noches allí.

Cuando aún no lo odiaba.

Antes de que él lo estropeará todo.

El libro se titularía *El aprendiz*. Y como subtítulo: *La herencia de Edward Hinde*. Hasta ahora sólo se había dedicado a recabar información y a preparar la primera entrevista con Ralph, que estaba planificada para la semana siguiente.

Tenía cosas que hacer.

Sebastian le echó un vistazo al ordenador que estaba sobre la cama, pero desechó la idea. Lo mismo que debería haber hecho cuando la editorial lo llamó para proponerle una gira como escritor y una corta conferencia. Seis lugares repartidos por el país durante dos semanas. Coincidió con la reedición de los antiguos libros en una tirada limitada en formato bolsillo.

Había aceptado.

Ésa era la razón por la que estaba sentado y deprimido en la habitación de un hotel de Sala.

La única librería de la ciudad era el anfitrión de su visita. Una tienda grande y bien surtida a sólo un tiro de piedra de la plaza mayor, Stora Torget. Gente que parecía sinceramente contenta de su visita. Cuarenta personas de público, quizá cuarenta y cinco. La mayor parte eran mujeres, claro está, al igual que en la mayor parte de los actos culturales, con independencia del país en el que uno se encontrara.

No era que Sebastian se quejase.

Cuando quería, solía tener éxito con las mujeres. A menudo quería. Casi siempre.

El cortejo, la seducción y el sexo posterior eran una de las pocas cosas que todavía podían animarlo.

Llenar el vacío temporalmente. Mitigar el dolor.

Como siempre, el público de la librería se había mostrado atento e interesado. En especial una mujer, de apenas cincuenta años, que estaba sentada a la derecha del escenario provisional. Había sido la primera en hacer preguntas cuando se invitó al público a intervenir, y después se había acercado a él para que le firmara los dos libros. Sebastian se dio cuenta de que había conseguido la edición antigua antes de que su participación en el caso del Asesino de los *realities* lo lanzara a la fama.

—Puedes dedicárselo a Magda —le había dicho, sonriéndole de una forma que al menos a Sebastian le pareció de admiración. Una fan. Así sería más fácil.

—¿Eres tú? —preguntó Sebastian respondiendo a la sonrisa.

—Sí, y también puedes escribir algo personal si te apetece —continuó ella, buscándole la mirada.

Le escribió un corto relato en la página de cortesía y siguió hablando con ella mientras firmaba a otros que aguardaban en la escasa cola. Después habían salido juntos de la librería y ella le había preguntado dónde se hospedaba. Él se lo había dicho y ella se había lamentado. Había mejores hoteles en Sala.

Eso esperaba él.

Por Sala.

—Hola, no te habré despertado, ¿verdad?

—No, qué va —respondió, sintiendo que había hecho bien en coger la llamada. Verla le puso contento.

—¿Por dónde andas? —preguntó después de haber estudiado la pantalla que tenía delante y no reconocer el fondo.

—En una mierda de hotel en Sala.

—¿Y qué haces ahí?

—Cosas de los libros. ¿Qué haces tú?

—Todavía estoy en el trabajo.

—Sí, ya lo veo.

Reconoció la pared que Ursula tenía detrás. Estaba en la sala de conferencias de la planta tercera, que nunca había recibido más nombre que «la sala». El lugar fijo donde la Unidad de Homicidios solía presentar toda la información sobre el caso en el que trabajaban. Sebastian empezó a echarlo en falta. Echaba de menos todo. El trabajo y los compañeros. Pero el sentimiento no merecía la pena, ya que con toda probabilidad no volvería nunca allí.

—¿Todavía nada o mucho que hacer?

—Estoy ayudando al grupo de casos no resueltos con una cosa.

Aquello quería decir que la Unidad de Homicidios no tenía ningún caso nuevo y que Ursula todavía no había conseguido buscarse una vida. Sebastian no debería hacer hincapié en ello. Lo había llamado tarde para hablar. Pensaba en él. Debería estar agradecido de que alguien lo hiciera. Aunque el agradecimiento y tratar sobre ciertos temas no eran su fuerte.

—¿Así que Torkel no está ahí?

Ursula sonrió, se inclinó hacia delante y bajó un poco la voz, algo del todo innecesario. Sebastian no se podía creer que no estuviera sola en el despacho a aquellas horas. Sola en la sala, segurísimo.

—Siempre se va a las cinco en punto desde que vive con Lise-Lotte.

Sebastian notó que al menos no había dicho «la Lise-Lotte esa», que ya era algo, pero le pareció percibir un punto de celos en su voz cuando hablaba del nuevo amor de Torkel. Quizá sólo fueran imaginaciones suyas. Fue Ursula quien acabó la relación, aunque eso no tenía por qué significar que ella deseara que Torkel fuera más feliz con otra. Mezquino, puede ser, y estúpido, pero Ursula no dejaba de ser una persona y las personas podían ser tanto mezquinas como estúpidas.

—¿Cuándo vuelves a casa?

—Mañana.

—¿Quieres que nos veamos? ¿Cenar, quizá?

—Sí, ¿por qué no?

Ursula se rio un momento.

—Qué entusiasmo...

Antes de que a Sebastian le diera tiempo de responder llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Servicio de habitaciones.

—¿En un hotel de mierda y a estas horas?

A veces olvidaba que era una policía jodidamente buena.

—Tengo que dejarte. Nos vemos mañana.

Antes de que Ursula pudiera preguntar o protestar, él cortó la conversación. Sonrió un poco para sí mismo. A pesar de todas sus malas decisiones, todavía no se había desprendido de todo y de todos por completo. Ursula le caía bien. Habían mantenido una relación turbulenta a lo largo de los años, pero ahora se había estabilizado y había desembocado en lo que él no podía describir de otra manera que una relación de amistad. Aunque su objetivo era llevársela a la cama otra vez. No porque la echara de menos especialmente o porque creyera que el sexo los uniría más, sino porque estaba muy claro que tendría que esforzarse para conseguirlo. Quizá jugar sus cartas mucho mejor de lo que lo había hecho nunca, sólo para ganar. Era un auténtico reto.

A diferencia de la noche que ahora tenía por delante, quiso imaginar.

Abrió la puerta que daba al pasillo.

Allí estaba Magda. De la librería.

No sabía cómo se llamaba de apellido. Tampoco pensaba preguntárselo. Sebastian cogió su chaqueta de la percha y salió enseguida.

—¿Vamos a tomar algo por ahí o quieres que cenemos? —le planteó al salir al pasillo. No quería darle ninguna opción para que le propusiera entrar.

La habitación no servía ni para follar.

Billy estaba despierto por completo, mirando fijamente al techo e intentando controlar la respiración. Miró un momento a My a su lado. Dormía tranquila, del lado izquierdo, como siempre. Eso significaba que él no había hecho ningún ruido.

No había gritado.

Como en el sueño.

Hacía tiempo que no lo tenía, pero ahora había vuelto. Supuso que era una reacción natural a la conversación en el vestuario y a todo lo que llegó después. My le había preguntado si quería hablar de ello, pero había sido lo bastante lista y considerada como para no obligarlo cuando él le respondió que no quería. Aunque se había quedado el resto de la noche con él, comprensiva y haciéndole compañía. Por lo general, solía quedarse dormida en cuanto apoyaba la cabeza en la almohada, pero esta vez lo había abrazado y le había acariciado el pelo. Pegada a él. Piel con piel. Allí, dispuesta, por si él la necesitaba.

Era buena para Billy. Mucho mejor de lo que él se merecía. Pero iba a hacerse merecedor de ella. El tiempo cambia todo lo que ocurre hasta convertirlo en un recuerdo lejano. Desaparecería, se lo tragaría el fondo. Un silencioso susurro que aprendería a no escuchar.

Y entonces llegó el sueño.

*No tiene nada de onírico. Nada de abstracto ni irreal. Sin perfiles difuminados, nada que lo amortigüe ni lo embellezca. Todo lo contrario. Todo es inexorablemente claro y detallado.*

Lo había llevado de vuelta.

*Sale corriendo del baño, cruza el piso y llega al dormitorio de Jennifer, donde ella yace en la cama, desnuda. Las manos por encima de la cabeza, esposadas al cabecero. Las piernas abiertas, atadas con unas finas correas. Billy respira tan hondo que tiembla mientras alarga la mano hacia el hombro de ella, pero se detiene.*

Allí y entonces.

*En el cuello tiene unas profundas marcas de color morado. De los dedos de Billy. Por delante, las señales de los dos pulgares con los que él había apretado durante el estrangulamiento. La cara de Jennifer. La punta de la lengua que asoma entre sus labios secos y los ojos que lo miran fijamente, una mirada de la que él no logra desprenderse...*

Billy echó el edredón a un lado y se sentó en la cama. Le resultaba imposible dormir más aquella noche. La angustia lo había invadido de nuevo. Casi igual de fuerte y paralizándolo como entonces.

Cuando pasó todo.

No recordaba todos los detalles del momento preciso en que la había descubierto ni cuánto tiempo pasó antes de que recuperara la consciencia. Recordaba lo absurdos que le resultaban los pensamientos del día a día, como que no debía perder el tren a la costa y que My se enfadaría con él. Se mezclaron con lo que había ocurrido. Con lo que él había hecho.

Jennifer estaba muerta.

La había matado él.

La mezcla del pánico con la resaca le había hecho vomitar. Cuando se levantó después de haber abrazado el váter y enjuagado el sabor de vómito de la boca, pensó que estaba obligado a denunciarlo. Llamar a la policía, a los compañeros. Explicárselo todo. Intentar que entendieran que había sido un accidente. Pero rectificó. No había mucha diferencia. No hubo una mala intención.

Ella estaba muerta y la había matado él.

Lo perdería todo. Su trabajo, a My, a sus amigos, todo.

Recordó cómo había vuelto de nuevo a la sala de estar, que había maldecido y llorado, que se había golpeado las sienes con las manos en un intento de aclararse las ideas.

Hacer lo correcto o salvarse.

La lucha interior.

Al final se había decidido. Recordaba el momento. Estaba sentado en el sofá de Jennifer, con la vista posada en la piqueta y los mosquetones de la pared. No sólo se había decidido, sino que además ya había empezado a trazar un plan. Sabía qué iba a hacer. Lo que debía hacer.

Iba a salvarse, iba a salvar lo que tenía.

Billy se levantó de la cama y salió del dormitorio; cerró la puerta en silencio y fue de puntillas hasta el portátil, que estaba sobre la mesa de la cocina. Ahora que Jennifer estaba oficialmente desaparecida, y puede que incluso muerta, existía el riesgo de que quisieran investigar los últimos meses de su vida. No podía cometer ningún error.

Billy se sentó, abrió el ordenador e introdujo la contraseña para iniciar la sesión. Urdir el plan había sido sencillo. Por el contrario, llevarlo a cabo le había exigido mucho tiempo y poner en práctica los conocimientos específicos que él poseía.

Había decidido mantener viva a Jennifer de forma digital.

Había llamado a My para decirle que se había visto obligado a trabajar una semana más en el caso del Asesino de los *realities*. El fiscal no quería que hubiera el más mínimo descuido en la investigación. Ella se había disgustado, claro está, e incluso se había ofrecido a volver a Estocolmo para

hacerle compañía. Él había conseguido evitarlo diciendo que era mejor que se quedara en la costa, que saliera con los amigos tal y como habían planeado, y que él bajaría en cuanto pudiera.

Así había ganado una semana.

Recogió el teléfono de Jennifer, el ordenador, las tarjetas de crédito, los códigos del banco y otras cosas que pudiera necesitar. Controló la frecuencia con la que ella solía actualizar las redes sociales. Tuvo suerte. Instagram, alguna vez a la semana, igual que en Facebook. Algunas comunicaciones vía Messenger, pero nada que él no pudiera manipular. Sin duda alguna, lo más difícil sería si alguien la llamaba, pero de nuevo tuvo la suerte de su lado. Los más allegados parecían preferir ponerse en contacto con ella vía SMS o Snapchat. Cuando entraba una llamada, Billy dejaba sonar el teléfono y después enviaba un SMS diciendo que había visto la llamada y preguntando si era importante. En general no lo era, y todo quedaba finiquitado después de unos cuantos mensajes.

Dedicó la semana en Estocolmo a realizar actualizaciones esporádicas en las que Jennifer paseaba sola por la ciudad y hacía distintas cosas. En general, ella no aparecía en las fotos que colgaba, pero a veces Billy notaba que tenía que enviar algún *selfie*. No muchos, era una tarea que requería tiempo y resultaba arriesgada. Tenía que sacar bien las proporciones, la luz y la distancia. Aunque la nueva tecnología lo volvía más fácil. En la actualidad, existía la posibilidad de falsear fotos y películas como nunca antes había sido factible y, si se hacía bien, en principio era imposible distinguirlas de las auténticas.

El resto del tiempo lo dedicó a leer todos los mensajes de ella para familiarizarse con su estilo: cómo se expresaba, cómo utilizaba las abreviaciones y los emoticonos. Consiguió zafarse de las invitaciones que fueron apareciendo para ir a tomar una copa, un baño, una barbacoa. Nadie parecía cuestionar que la existencia de Jennifer continuaba como siempre.

La semana siguiente fue a la costa a ver a My. Eso había sido lo más difícil. Cuando había estado solo en Estocolmo se había dedicado tan por completo a la tarea que incluso se había olvidado de por qué lo hacía. Cuando volvió al mundo real fue más duro. Gente normal, relaciones, amigos, hijos de los compañeros, minigolf, paseos, las noches con My. A veces se sorprendía observándose desde fuera, pensando que todos podían ver en qué se había convertido. Que se esforzaba tanto para actuar de forma normal que el efecto era el contrario. Había hecho alguna que otra actualización, sugiriendo siempre que Jennifer todavía estaba en Estocolmo pero que en breve pensaba irse de viaje.

Habían tardado más tiempo del que Billy había calculado en encontrar la ropa y las pertenencias de Jennifer. Era cierto que había elegido una cueva que estaba documentada como de difícil inmersión y que estaba inexplorada en gran parte, por lo que no eran muchos los que iban allí, pero aun así...

Había ido a Francia a mediados de julio.

Primero había hecho que Jennifer «perdiera» el teléfono durante casi una semana y por ello les había pedido a todos los que quisieran contactar con ella que lo hicieran vía Messenger. Así por lo menos se evitaba tener que actualizar las fotos. Después, Jennifer había regresado y había explicado que se había comprado un billete de autobús para viajar a Francia, pero no que pensaba hacer submarinismo cuando estuviera allí.

Francia había sido un reto.

Por una parte, poder irse casi una semana entera sin despertar las sospechas de My. Por otra, tener que falsear el viaje de ida sin que se viera el autobús para que nadie pudiera llamar a la compañía, procurar que Jennifer sólo reservara una habitación en un hotel con *check-in* automático, sin cámaras en la recepción, para poder entrar a última hora, salir bien temprano, de manera que hubiera el menor número de huéspedes posible que pudieran verla. Ser cuidadoso en dónde utilizaba la tarjeta de crédito.

A los cuatro días, Billy dejó de hacer actualizaciones y Jennifer desapareció. Le llegaron rumores de que el padre de Jennifer había denunciado la desaparición de su hija cuando ella no se presentó en el trabajo según lo previsto, a principios de agosto, pero después todo sucedió de manera muy lenta.

Hasta ahora.

Por fin habían encontrado las pertenencias que él había colocado junto a la entrada de la cueva de difícil inmersión. Era una irresponsabilidad bucear sola, pero quien conocía a Jennifer sabía que era algo que bien podía haberse planteado perfectamente.

Por el subidón, el reto, la adrenalina.

Al menos, eso era lo que Billy esperaba.

Hizo un repaso de los comentarios en todas sus plataformas. Algunos mensajes nuevos en Facebook de gente que no podía creer que fuera verdad y esperaba que Jennifer volviera a dar señales de vida. Billy pudo comprobar que él no había cometido ningún error. Nadie había reaccionado por no haberla visto en la vida real desde finales de junio.

—¿Qué haces?

Billy dio un salto cuando oyó la voz de My. Enseguida se dio cuenta de que ella no podía ver la pantalla, pero aun así la cambió de inmediato por algo relacionado con el trabajo.

—Trabajo, no podía dormir.

My fue hacia él y le puso el brazo sobre los hombros, echó un vistazo a la pantalla antes de inclinarse para darle un beso en la cabeza.

—¿Por lo de Jennifer?

—Supongo.

—¿Quieres compañía?

Le puso la mano al final de la espalda y suspiró.

—No, vete a dormir.

Ella asintió pero se quedó a su lado. El secreto lo consumía. Sin embargo, en poco tiempo ya no existiría esa barrera entre ellos. Cuando el accidente de la inmersión en Francia fuera la versión oficial de lo que había ocurrido, incluso él se convencería de que realmente era la verdad. El grito que una y otra vez burbujeaba bajo la superficie sería su último y silencioso susurro. Estaba convencido de ello.

Como era natural, nunca encontrarían el cuerpo de Jennifer.

Eso también lo había tenido que solucionar durante aquellos días en Estocolmo.

Había sido una semana muy complicada.

*14 de octubre* Ya es ayer.

Cuando te traicioné.

Los traicioné a todos. Fallé.

No he podido dormir.

Quería salir. Levantarme.

¿Recuerdas aquellas noches de verano cuando nos sentábamos en el tejado?

Mirando la ciudad.

En silencio, casi siempre, pero a veces hablábamos.

De todo. Del futuro.

Nunca creímos que fuera a ser tan corto.

Vino la policía. Allí, donde Klara se libró. Los vi.

Sería una pena si cometiera algún error.

Si ya se estuvieran acercando.

Necesito más tiempo.

Creía que lo tendría.

Aunque entonces también lo creíamos.

Aquellas noches en el tejado.

No he visto ni oído nada sobre Gävle.

Así que aún les queda lo suyo.

Pero no vale la pena especular.

Continúo según el plan.

Todavía no he acabado.

En absoluto.

Mañana voy a Västerås.

Sebastian abrió la puerta de madera marrón de la entrada del hotel. El joven de detrás del mostrador le sonrió cuando se acercaba a la recepción.

—Buenos días —dijo en un tono tan alegre y cantarín que Sebastian empezó a odiarlo después de tan sólo pronunciar las dos palabras. Lo miró fijamente y continuó su camino en silencio—. Tiene visita.

Sebastian se detuvo. Su primer instinto fue darse la vuelta y salir de allí. Huir. No había nadie que pudiera ir a verlo allí. Nadie excepto Magda. ¿Habría llegado antes que él al hotel? Despertarse sola en la cama, sentirse utilizada, coger el coche, disconforme con el papel que le había asignado. Pensó rápidamente en la tarde y la noche pasadas. Ella tenía sus libros, sabía bastante de él. Estaba muy interesada.

¿Demasiado interesada?

Si era así, Sebastian esperaba que hubiera ido para echarle la bronca. Podría aguantarlo. Lo que resultaría difícil sería que insistiera en mantener alguna forma de relación. Los dioses sabían que Sebastian había estado con muchas mujeres que habían intuido que aquél era un polvo de una sola noche. La última que lo había hecho estaba en la institución penitenciaria de Ystad por haber intentado matar a Ursula.

—Ahí estás.

Sebastian se volvió hacia el pasillo que llevaba hasta el interior del hotel. En un lado había dos sillones negros de piel junto a una pequeña mesa con periódicos gratuitos encima. En uno de los sillones estaba sentada una mujer. No era Magda. Poco más de cuarenta años, adivinó Sebastian. Melena oscura hasta los hombros, ojos azules y con una figura bonita bajo el abrigo, notó él

con un acto reflejo mientras ella dejaba el periódico que había estado ojeando y se levantaba.

—No me conoces —constató la mujer, yendo hacia Sebastian con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—No —respondió él con sinceridad.

¿Debería conocerla? ¿Había estado en el evento de la librería el día anterior por la tarde? En ese caso, la hubiera visto. Parecía mucho más interesante que la pequeña y aburrida Magda con la que había pasado la noche.

—Anne-Lie Ulander, nos vimos en Lund.

Lo cual no lo ayudó en absoluto. ¿Se había acostado con ella?

Era posible. Quizá. Con suerte.

Pero eso no explicaba qué hacía en su hotel en Sala a las seis y media de la mañana. ¿Cuándo estuvo en Lund por última vez? Hacía muchos años.

—Nos ayudaste en una investigación allí abajo —le aclaró.

—Eres policía en Lund. —Cayó por fin en la cuenta y perdió todo el interés en cuanto comprendió que aquello debía de tener algo que ver con el trabajo.

—Lo era, ahora estoy en Uppsala.

—Vaya, vaya.

—¿Has desayunado?

La respuesta era «no». Magda todavía estaba durmiendo cuando él se había ido furtivamente de su casa, poco después de las cinco. Había mirado el callejero en el teléfono móvil y había visto que apenas tardaría cuarenta minutos en llegar al hotel. Esperaba que le sentara bien el paseo, que le dejara mantener la volátil sensación de satisfacción, pero a medio camino por la

ciudad vacía se había vuelto a sentir solo y pesado. Así que había tomado un desvío, confiando en que el sol saliera mientras caminaba, en que fuera a hacerse la luz, de forma literal. Pero al llegar al hotel todavía estaba oscuro.

Oscuro y deprimente.

Aunque había decidido que no se iba a quedar. Pensaba ir directamente a la habitación para hacer el equipaje y largarse de allí. Sin embargo, se había encontrado con Anne-Lie.

—Nunca desayuno —respondió. Lo cual no era verdad, pero en realidad no deseaba alargar su estancia en Sala ni tampoco saber por qué una policía de Uppsala quería hablar con él.

—Pero yo sí —dijo Anne-Lie, sonriéndole antes de echar un vistazo al lugar donde se encontraban y cogiéndose de su brazo—. Aunque no aquí.

—No.

La respuesta era corta y concisa. No dejaba lugar a interpretaciones o malentendidos, pero estaba claro que Anne-Lie no se iba a rendir con tanta facilidad.

—¿Por qué no? —quiso saber más curiosa que decepcionada mientras le daba un bocado al sándwich con aguacate que había pedido.

—Porque no quiero.

La simple verdad.

Sebastian dejó la taza de café, lo único que había pedido en la cafetería a la que lo había llevado Anne-Lie. En el local sólo estaban ellos dos y cuatro clientes más. Todavía era temprano.

—¿Puedo hacer algo para que cambies de opinión? —preguntó Anne-Lie, mirándolo a los ojos por encima del borde del vaso con zumo de zanahoria. No había ni trasfondo sexual ni invitación en la pregunta, y Sebastian decidió hacer como que él tampoco lo había querido interpretar así.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó a su vez, cambiando de tema.

—Llamé a Torkel Höglund y me dijo que ya no trabajabas con él, que estás escribiendo un libro. ¿Es así?

Le sorprendió que Torkel lo supiera. Ursula tenía que habérselo dicho. Se preguntaba si Torkel lo habría querido saber por interés o si Ursula se lo había dicho sin que él se lo pidiera. No porque tuviera importancia. De sus antiguos compañeros de trabajo no era a Torkel a quien echaba de menos.

—Así que llamé a tu editorial y me dijeron dónde estabas —continuó

Anne-Lie al no recibir respuesta a su pregunta.

—¿Por qué no me llamaste directamente?

—¿Habrías contestado?

—No.

—¿Me habrías devuelto la llamada?

—No.

Anne-Lie le sonrió de nuevo como si la entretuviera su estilo de abierto rechazo.

—Sólo se tardan cuarenta y cinco minutos en llegar hasta aquí —aclaró ella y se encogió de hombros—. Pensé que te resultaría más difícil decirme que no en persona —continuó, recorriendo con la mirada la mesa que había entre los dos—. Sobre todo si te invitaba a desayunar.

—No, no es así —respondió Sebastian—. Acabo de hacerlo.

Dejó de sonreír. Cogió una servilleta y se secó la boca antes de inclinarse hacia él. Ahora seria.

—Tenemos dos violaciones violentas y un intento de violación en menos de un mes. No dejaré de hacerlo. Muchas mujeres más van a ser víctimas de este agresor. Es un depredador.

—Muchos de ellos lo son —constató Sebastian encogiéndose de hombros.

—Y ¿no sientes la responsabilidad de ayudar a detenerlos cuando puedes? —preguntó Anne-Lie. De nuevo sinceramente curiosa.

Sebastian la miró a los ojos. La verdad era que no, no la sentía. No se sentía responsable del mundo. No lo movía ningún deseo de convertirlo en un lugar mejor. Respondía de sí mismo y de sus actos, nunca los había entendido como cuando alguien cometía un error y «se avergonzaba de ser sueco» o «se

avergonzaba de ser hombre» o simplemente se avergonzaba por las acciones de otros. No creía en la culpa colectiva. Tampoco en la responsabilidad colectiva. Era consciente de que aquello lo haría parecer tan egoísta e insensible como era si lo explicaba, pero se dio cuenta de que, por algún motivo, no quería que Anne-Lie pensara tan mal de él.

—Ya no trabajo con la policía —acabó diciendo; bajó la vista y le dio un sorbo al café.

—¿Y es por decisión propia? —Sebastian la miró con curiosidad. Estaba claro que no pensaba responder, así que ella continuó—. ¿Dejar la Unidad de Homicidios para ir de gira por las librerías de ciudades de provincias y hablar de libros de hace veinte años?

Sebastian seguía callado. Anne-Lie apartó el plato, cruzó las manos bajo la barbilla y le clavó la mirada.

—He leído tus libros. Están bien, eres un buen escritor, pero eres un psicólogo criminal cojonudo.

—Soy el mejor —se oyó decir Sebastian de forma refleja.

—Entonces ¿por qué no haces lo que se te da mejor en lugar de ser un mediocre?

—Porque no quiero.

—De acuerdo, bien. Por lo menos lo he intentado —señaló echándose hacia atrás—. Pues voy a intentarlo con él, el otro, Persson Riddarstolpe.

—Es un idiota —respondió Sebastian, y no pudo reprimir una sonrisa—. Y sé lo que estás haciendo.

—¿Qué estoy haciendo? —preguntó Anne-Lie, con la encantadora sonrisa de nuevo en su rostro.

—Utilizas mi documentada aversión hacia Riddarstolpe para que acepte

trabajar contigo. No funcionará.

—Bueno, pues finalizamos nuestro desayuno de forma amable y cada uno se va a su casa. —Anne-Lie cogió la taza de café y se echó hacia atrás—. ¿Has visto alguna película interesante últimamente?

Sebastian la contempló. Era distinta del resto de los policías con los que había trabajado. Se daba cuenta ahora de por qué no quería caerle demasiado mal. Le gustaba. Pero no trabajaría para ella y ella nunca se acostaría con él, así que aquello se acababa según lo dicho: desayuno con un trato amable y, después, cada uno a su casa.

A Anne-Lie le sonó el teléfono. Lo sacó del bolsillo, miró la pantalla y respondió sin disculparse.

—Hola, Vanja, ¿qué pasa?

Le dio la espalda a Sebastian y escuchó la respuesta, pero él apenas lo notó. ¿Había oído bien?

¿Era Vanja? ¿Su Vanja?

¿Trabajaba ahora en Uppsala?

Sabía que había cogido una excedencia en la Unidad de Homicidios, pero Ursula y él no hablaron de dónde estaba. Él no había preguntado, ella no se lo había dicho. Anne-Lie terminó la conversación diciendo que estaría en el trabajo sobre las nueve y dejó el teléfono en la mesa, todavía sin disculparse.

—¿Quién era? —preguntó Sebastian en lo que esperaba que fuera un tono neutral.

—Una de mis investigadoras. Tienes que conocerla, venía de la Unidad de Homicidios. Se llama Vanja.

—¿Vanja Lithner?

—Sí, la misma. Buena chica.

Sebastian era el último que creía en la mano de Dios, el destino o ni siquiera la casualidad, pero aquello... Vanja estaba en Uppsala y trabajaba en una investigación en la que a él le acababan de ofrecer participar. De todos los putos lugares del mundo había tenido que aparecer en Sala a primera hora de la mañana.

Una nueva oportunidad.

Una última oportunidad.

Cogió la taza y se echó hacia atrás, con cuidado de no parecer demasiado ansioso.

—Pensaba, ahora mientras hablabas por teléfono... —empezó diciendo, y dio un sorbo al café como si tuviera que meditar la manera de expresarlo—. Es decir, ¿tú crees que ese hombre resultará ser peor que Hagamannen?

Anne-Lie lo observó sorprendida. Estaba claro que en lo último que se imaginaba que había estado pensando Sebastian era en el caso que le acababa de presentar.

—Si puede continuar, sí —respondió con cierta esperanza en la voz.

Sebastian asintió para sí, sopesando consigo mismo, y luego la miró a los ojos.

—De acuerdo. Cuéntame más.

—¡Joder, no lo dirás en serio!

No estaba claro a quién se dirigía, pero dado que Vanja no dejaba de mirarlo cuando entró en las oficinas, Sebastian supuso que el corto ataque iba dirigido hacia él, aunque Anne-Lie fuera la responsable de que estuviera allí.

Sebastian había estado pensando en cómo se le acercaría, mientras giraban por la calle Svartbäcksgatan y aparcaban delante de la comisaría de policía, un moderno edificio de nueve plantas con fachada de cristal que, según los carteles, compartían con Atención a las Víctimas y con la fiscalía.

Se había quedado sentado en el coche, nervioso ante el encuentro.

Debería parecer sorprendido, como si no tuviera ni idea de que ella trabajaba en Uppsala y aún menos en aquella investigación. Si lo hubiera sabido, nunca habría aceptado el trabajo. Rápidamente rechazó la idea. Mentir era una cosa, en eso era bueno de cojones, pero parecer sorprendido de manera que ella se lo creyera resultaba más que dudoso. Además, Anne-Lie le podría decir que había hablado sobre ella en Sala y entonces Vanja descubriría la mentira en menos de un segundo.

Anne-Lie había dado unos golpecitos en su ventanilla, él se había bajado del coche y, después de identificarse, la había seguido hasta los ascensores, en la parte recién construida. Allí había optado por un acercamiento de disculpa. Empezaría diciendo que sabía que ella no lo quería allí, continuaría con la promesa de sólo trabajar juntos, reconocería sus anteriores errores y prometería cambios y mejoras.

Eso haría.

Sin embargo, apenas tuvo tiempo de salir del ascensor, y menos aún de

pronunciar palabra.

Vanja los había visto al llegar y él había podido comprobar que se quedaba helada. Al abrir la puerta y entrar en el despacho, los ojos de Vanja se habían oscurecido, había alzado los hombros y tensado todo el cuerpo, como dispuesta al ataque. Antes de que Anne-Lie tuviera tiempo de presentarlo, Vanja le preguntó si su presencia allí iba en serio. Anne-Lie la miró un momento y con la mano señaló a un hombre de unos treinta y cinco años sentado a una mesa junto a la ventana.

—Éste es Carlos Rojas, mi hombre de confianza —dijo. El hombre se levantó y llegó hasta él para estrecharle la mano.

Sebastian notó que llevaba puestos por lo menos tres jerséis.

—Éste es Sebastian Bergman, psicólogo criminal; va a echarnos una mano —continuó Anne-Lie al tiempo que se quitaba el abrigo.

—Hola. Bienvenido —lo saludó Carlos mientras contemplaba a Anne-Lie desconcertado. ¿No había oído la reacción de Vanja? ¿No la iba a comentar en absoluto?

—Gracias —respondió Sebastian estrechándole la mano. La tenía helada, como si regresara de pasear durante un frío día de invierno sin llevar guantes.

—Vanja, ¿puedo hablar un momento contigo? —continuó Anne-Lie en un tono normal de conversación y señalando con la cabeza su despacho, que en realidad sólo eran unas paredes de cristal puestas alrededor de un escritorio, una librería y dos sillas para las visitas.

—Hola, Vanja —dijo Sebastian con voz suave, pero ella lo fulminó con la mirada antes de seguir a su jefa.

—De acuerdo. Explícate —pidió Anne-Lie, sentándose frente a Vanja.

¿Cómo podía empezar? ¿La manera en que Sebastian una y otra vez le había pedido y suplicado que lo dejara entrar en su vida sólo para hacerle daño? ¿Que le había prometido hacer todo lo posible para mejorar y al final siempre la había decepcionado? ¿Que se sentía tan humillada como indignada por haberlo visto hacía un momento? ¿Hasta dónde debería explicar?

Sobre Anna, Valdemar y Sebastian.

Mamá, papá y papá.

—Antes de nada debo decirte que es mi padre.

Tenía que empezar por algún sitio, y ésa era la información más sencilla e importante.

—¿De verdad? —preguntó Anne-Lie levantando las cejas.

—Sí.

Anne-Lie miró hacia las oficinas donde Carlos le enseñaba a Sebastian su sitio. Se volvió de nuevo hacia Vanja y le indicó con la cabeza que continuara. Por lo visto, consideraba que la relación familiar no era suficiente motivo para la fuerte reacción de un compañero de trabajo o el desafío a Sebastian. Vanja decidió no dejar pasar la ocasión.

—Es un adicto al sexo. Varias veces se ha acostado con testigos de nuestras investigaciones; testigos, fiscales, parientes, todos. Es extremadamente poco profesional.

—Es bueno saberlo —asintió Anne-Lie, tranquila y para sí misma.

No era la reacción que Vanja se esperaba. Sentía cómo iba perdiendo los estribos. ¿De verdad hacía falta que se sentara allí a explicar por qué Sebastian Bergman no debería acercarse a una investigación, ni siquiera a la gente normal y corriente, en realidad?

—Es arrogante, egoísta, descarado, sexista, no sé cuánto necesitas oír, es

un jodido problema laboral con patas.

—Soy la jefa, así que los problemas laborales van a mi mesa.

Vanja suspiró decepcionada, no conseguía explicarse. Anne-Lie parecía haberse decidido y por lo visto no importaba lo que ella dijera.

—Me ha hecho daño, a nivel personal, en varias ocasiones —dijo en un último intento de apelar a los sentimientos de la mujer que tenía delante—. Él fue el motivo por el que dejé la Unidad de Homicidios.

Lo cual era cierto, en parte. La primavera pasada había reconocido que debía cambiar de aires. Hacer algo nuevo. Al final, de lo que se trataba era de reflexionar sobre qué quería en realidad, quién era, «encontrarse a sí misma», por mucho que de su boca nunca fuera a salir tal expresión. Dejar la Unidad de Homicidios había sido una parte, pero la continua capacidad de Sebastian de meterse en sus investigaciones había hecho el resto. Anne-Lie la miró a los ojos y se inclinó hacia delante.

—Estoy oyendo lo que dices, Vanja. Tampoco es que haya escuchado por ahí demasiadas cosas en favor de Sebastian. —Se levantó y fue hacia la ventana, desde donde contempló el tráfico en la rotonda, ocho pisos más abajo—. Pero es una cuestión de tiempo antes de que la prensa saque esto a la luz. A lo grande. Para entonces yo tengo que haber hecho todo lo posible. Haber traído al mejor psicólogo criminal de Suecia es un paso en la dirección adecuada.

Vanja se vio asintiendo. En cuanto al trabajo policial, no había duda de que el razonamiento de Anne-Lie tenía sentido.

—Si dejas lo personal aparte... —continuó Anne-Lie volviéndose hacia Vanja—, ¿no es bueno en su trabajo?

Vanja no pensaba de ninguna manera ser partícipe de que Sebastian acabara en Uppsala, cerca de ella, así que no dijo nada, lo cual ya era suficiente respuesta.

—Tendrá la polla guardada en los pantalones y tratará a la gente con respeto mientras esté aquí.

—Que tengas suerte —comentó Vanja con un resoplido.

—La cuestión es... —prosiguió Anne-Lie como si no la hubiera oído—. ¿Puedes trabajar con él?

—Preferiría no hacerlo —respondió Vanja con sinceridad.

—Lo siento, Vanja, era una pregunta de sí o no.

Habían intentado que la mañana fuera lo más normal posible. Por Victor. Se levantaron juntos, prepararon el desayuno, prepararon su bolsa de deporte.

Habían tardado en dormirse. Tanto ella como Zach estuvieron despiertos mucho rato, susurrando con su hijo entre ellos. Zach se quedó dormido a la una y media y, para su sorpresa, Klara también había dormido unas cuantas horas y por la mañana se sentía mejor. Quizá fuera la rutina, la vida diaria. Victor la obligaba a ser la madre de siempre. Zach había preguntado qué harían, si se quedaba en casa en lugar de ir a trabajar. Podía volver después de dejar a Victor en la escuela. Decidieron ir todos juntos. Cuando se despidieron de Victor, Zach le preguntó de nuevo cómo lo iban a hacer. Qué quería ella que hicieran.

Klara quería ir a ver a Ida.

Hacía apenas un mes, cuando por distintos canales había sabido lo ocurrido en el cementerio, había sopesado por un momento la idea de llamarla, pero no lo hizo. Ahora sí pensaba hablar con ella.

No sabía exactamente por qué.

Sólo sentía que era lo correcto.

Zach la acompañó y decidieron que la iría a buscar al cabo de una hora. Si quería quedarse más o menos tiempo, tendría que enviarle un mensaje.

A Klara casi le dio un pasmo cuando vio a su antigua compañera. Ida parecía cansada, con oscuras ojeras y piel cetrina, el pelo le caía grasiento y sin vida, como si no se hubiera duchado en mucho tiempo. Además, estaba más delgada. Cierto que podía haber adelgazado antes de que la atacaran, Klara no la había visto desde hacía años, pero tuvo la sensación de que no era

el caso. Ida no había demostrado gran alegría o afecto por que fuera a verla, simplemente pronunció un «hola, eres tú», le dio un corto abrazo y luego la hizo pasar a su vivienda.

Estaba sentada en la cocina donde había estado tantas veces antes.

Cuando todavía tenían una buena relación.

Todo permanecía igual. La mesa en forma de medio círculo contra la pared, las sillas blancas de cocina, la cómoda contra la otra pared con el pequeño recipiente de estaño y las figuras de Jesús y María encima, y un tablón de anuncios colgado en la pared de detrás, las puertas de los armarios de color crema, el microondas sobre la encimera de madera pálida. Klara no pudo ver nada que hubiera cambiado desde que estuvo allí por última vez.

—¿Por qué? Es en lo único que puedo pensar —dijo Ida vertiendo café en las tazas que había sobre la mesa. A Klara le pareció que le llegaba un ligero olor a basura—. ¿Por qué tuvo que pasar? ¿Por qué a mí?

—¿Estás yendo a ver a alguien? —preguntó Klara, estirándose para coger un cartón de leche de la mesa.

—En realidad no —respondió Ida, colocando de nuevo la jarra de café en la cafetera—. Mi madre me dijo que podía venir y quedarse un tiempo conmigo, pero no quise.

—¿Por qué no? Así no tendrías que vivir sola.

¿Por qué no? Ida se había hecho la misma pregunta. Sin duda, habría sido agradable tener al lado a alguien las primeras semanas, cuando se estremecía con cualquier ruido de la casa, cualquier paso en la escalera. Pero no quería. Lo que ella hubiese preferido era que nadie supiera lo que había ocurrido.

—No lo soportaría, estaría más intranquila que yo. —Intentó esbozar una sonrisa cuando volvió a la mesa y se sentó frente a Klara—. Y no quiero que me trate de forma diferente.

Aunque todo era diferente.

Si bien era cierto que su cuerpo había recuperado más o menos su ritmo habitual. Había dejado de temblar de forma incontrolada y no se despertaba tan a menudo por las noches. Todavía tenía que obligarse a comer, pero lo hacía. En lo emocional era otra cosa. Tenía dificultades para concentrarse, e iba del enojo a la rabia y a la tristeza una y otra vez. Sus pensamientos volvían constantemente a lo mismo.

«¿Por qué?

»¿Por qué tuvo que pasar?

»¿Por qué justo a mí?»

Rezaba. Más que nunca. Necesitaba recibir ayuda para entender, para curarse. Pero no obtenía respuestas. Intentó encontrar consuelo en la Biblia. No quería ir a la iglesia. No quería que la gente inclinara la cabeza hacia un lado y le tuviera lástima.

O aún peor: que pensara que se lo merecía.

Que era un justo castigo por algo que habría hecho.

Sabía que Dios no castigaba de ese modo, que Jesús había asumido los pecados de todos y que era suficiente con pedir perdón para obtenerlo. Pero los allí reunidos no pensaban de igual manera. Algunos creían en un Dios justo y punitivo. De aquello no podía hablar con Klara. Se habían conocido en la iglesia hacía años, pero Klara había tomado otro camino.

—¿No hay nadie de la iglesia que te ayude? —oyó que le preguntaba su antigua amiga, como si hubiera leído los pensamientos de Ida.

—Alguien me acompaña a la tienda una vez a la semana. No me atrevo a salir sola.

Klara lo podía entender. Había notado lo nerviosa que se había puesto en

cuanto Zach la había dejado sola, delante de la puerta, sintiendo cómo el miedo la había ido invadiendo en el corto camino por la escalera hasta la puerta de Ida. La experiencia de Ida debió de ser cien veces peor.

—A veces ni siquiera puedo salir a tirar la basura —confirmó Ida. Casi todo fuera de su piso disparaba las imágenes del ataque. El sonido, los olores, la gente. La solución era quedarse en casa. Su mundo se había reducido a dos habitaciones y la cocina. Se levantó para llenar las tazas—. ¿Te las podrás llevar cuando te vayas? —dijo señalando las bolsas de basura.

—Claro. ¿Crees que es una casualidad que hayamos sido atacadas las dos?

Le salió así. La pregunta. Cuando se oyó a sí misma pronunciarla, Klara tuvo la sensación de que era eso lo que, de forma inconsciente, la había llevado hasta allí. La búsqueda de una conexión.

—¿Qué puede haber sido, si no? —respondió Ida directamente desde la encimera—. ¿No dijiste que había una tercera mujer?

—Sí, una Therese...

—Que no conocemos de nada —interrumpió Ida.

—No.

—Pues eso.

La cocina se quedó en silencio. Ida puso de nuevo la jarra en la máquina y permaneció de pie junto a la encimera; no parecía que le apeteciera seguir conversando en torno a la mesa. Siendo sincera, durante un rato había tenido sentimientos encontrados respecto a la visita. Justo después de que Klara le hubiera contado por qué la había ido a ver, lo que le ocurrió la noche anterior, la pregunta archiconocida había aparecido de nuevo.

«¿Por qué precisamente yo?»

Pero, aquella vez, una voz silenciosa había añadido: «¿Por qué no ella?».

Intentó no pensar que era injusto. No estaba bien desear algo malo a nadie. Aunque Klara le había vuelto la espalda a Dios. Había dejado la iglesia y la congregación, y se había librado del ataque con un ligero dolor de garganta. Ida no lo había puesto en duda nunca, ni una sola vez. Y a ella la violaron.

—Oye, lo siento, pero la verdad es que estoy muy cansada —dijo, y confirmó con ello que la visita se había terminado. Klara asintió con la cabeza y se levantó.

—Sí, lo entiendo —dijo.

Ida la acompañó hasta la puerta; vio en silencio cómo Klara se ponía los zapatos y la ropa de abrigo, cogía las dos bolsas de basura y se detenía al sujetar la manilla de la puerta.

—Llámame si necesitas cualquier cosa o si quieres que te ayude en algo.

Las dos sabían que no iba a hacerlo.

Ida cerró la puerta detrás de Klara y echó la cadena antes de volver a la cocina para recoger las tazas de la mesa.

Podría haber sido agradable.

Una antigua amiga que intentaba recuperar el contacto.

Una mano abierta.

Habría podido ser como siempre.

Pero su vida nunca volvería a ser como antes. Un hombre la había destruido en unos minutos. Ida respiró hondo e intentó apartar los pensamientos. Desplazarlos a un lado. A veces lo conseguía. Convencerse a sí misma de que no debía perder la esperanza.

Había sobrevivido.

Las cosas sólo podían ir mejor.

Lo peor ya había pasado.

Fue hasta el fregadero y enjuagó las tazas, felizmente inconsciente de lo equivocada que estaba.

Rashid se bajó del coche y miró hacia la ventana del tercer piso. Las persianas estaban bajadas. Como era natural. Cerró el coche, suspiró y cruzó la calle.

La empresa inmobiliaria lo había nombrado persona de contacto con los inquilinos hacía poco más de un año. La idea era que siempre tuvieran como contacto a la misma persona. Aquello haría que la comunicación entre propietario y vecinos fuera más sencilla. Se iniciaría una relación de confianza.

Con Rebecca Alm había funcionado de manera regular.

Era la cuarta vez que iba por el mismo asunto.

Marcó el código, abrió la puerta, fue hasta el ascensor y pulsó el tres. Los inquilinos habían opinado que la iniciativa de la empresa de colocar alarmas contra incendios para cada una de las viviendas y dotarlas de un extintor había sido acertada, por fin.

Todos menos Rebecca.

Ella estaba segura de que contenían cámaras u otro tipo de técnica de vigilancia y se había negado en rotundo a que se la instalaran. Rashid, en lugar de decirle que le parecía una idea absurda, le explicó que ponerla también tenía que ver con la seguridad de los otros inquilinos y que, sintiéndolo mucho, no era negociable. De manera que, a pesar de las protestas elevadas de tono, se instaló la protección contra incendios. A la semana siguiente fue hasta el piso de Rebecca para echar un vistazo y, en efecto, comprobó que las alarmas contra incendios habían sido desmontadas. A partir de entonces hubo un cambio de impresiones bastante tenso que acabó cuando se acordó que Rebecca podría instalar sus propias alarmas, pero que tendrían

que estar funcionando como muy tarde el 1 de octubre. Rashid había intentado hablar con Rebecca desde el día 3 para ir a inspeccionar que de verdad estuvieran en su sitio, pero ella no había respondido a sus llamadas ni tampoco se había puesto en contacto con él.

Rashid salió del ascensor y fue hasta la puerta de madera clara con el apellido ALM en la ranura del buzón. Llamó y aguardó, sin mayor esperanza de que Rebecca le abriera aunque estuviera en casa. Llamó de nuevo varias veces; oyó cómo el timbre sonaba al otro lado de la puerta cerrada. Pero nadie abría. Con un pequeño suspiro, Rashid sacó la llave maestra del bolsillo. Después de llamar, enviar mensajes, e-mails y cartas por el lento correo ordinario sin recibir respuesta, la empresa había discutido el asunto con sus juristas y habían llegado a la conclusión de que se podía entrar en la vivienda sin consentimiento. Era una cuestión de seguridad para todos los vecinos de la finca.

Rashid llamó una vez más, esperó unos cuantos segundos y metió la llave en la cerradura; la giró y abrió apenas unos diez centímetros.

—¡Hola! ¡Rebecca! —gritó a través de la abertura—. Soy Rashid, voy a entrar.

No hubo respuesta. Dentro del piso todo estaba en silencio. Rashid abrió la puerta un poco más y dio un paso para acceder al pequeño recibidor.

—Hola, Rebecca. Soy Rashid, ¿estás en casa?

El compacto silencio que encontró le dio la respuesta a la pregunta y se relajó un poco cuando cerró la puerta tras de sí. No había tenido mucha relación con Rebecca Alm, pero sabía que se opondría a que accediera a su vivienda con la llave maestra. Ahora tenía la suerte de que no haría falta tranquilizarla y probablemente tampoco tendría que vérselas con una denuncia a la policía por intrusión ilegal.

Se limpió los zapatos en la alfombra de la entrada, continuó hacia el

interior de la vivienda y pasó a la sala de estar que hacía ángulo con la cocina, la cual iban a reformar al cabo de dos años. Rashid miró hacia el techo, encima del sofá de dos plazas y la mesa de centro. Ninguna alarma contra incendios. Sintió cierta decepción, esperaba que aquélla fuera la última vez que tuviera que dedicarse a ese asunto, pero por lo visto no era así. Continuó adentrándose en el piso, echó un vistazo a la encimera en la cocina. Había restos de un desayuno que parecía llevar allí cierto tiempo. ¿Era de allí de donde provenía aquel olor dulzón?

Rashid avanzó hasta la puerta cerrada del dormitorio. El acuerdo era una alarma en cada habitación. Dado que no había ninguna en la sala de estar, tampoco tenía grandes esperanzas de que el cuarto estuviera equipado, pero debía comprobarlo. Abrió la puerta y de inmediato dio un paso hacia atrás.

Estaba en casa.

Durmiendo.

Por la mente de Rashid pasaba un pensamiento tras otro. No la podía despertar, le daría un susto de muerte. ¿Qué debía hacer? ¿Abandonar el piso? ¿Dejar la puerta del dormitorio abierta y llamar de nuevo? ¿Volver otro día? Después, una parte de su cerebro percibió lo que realmente veía. Rebecca estaba tumbada en la cama, sí, pero no dormía. Así no.

Boca abajo, sobre la colcha, con las piernas fuera de la cama.

Desnuda de cintura para abajo, a excepción de los calcetines.

Con un saco en la cabeza.

Torkel salió del metro y echó a andar por la calle Bergsgatan. Más tarde de lo previsto. Había dormido un poco más. De nuevo. Metió las manos sin guantes en los bolsillos del abrigo. Todos se quejaban del frío que hacía, de que el invierno había llegado demasiado pronto, pero a Torkel le parecía refrescante. No se había quejado. Para él, el tema era que por las mañanas se despertaba con una sensación casi de irrealidad.

Era feliz.

Cayó en la cuenta de que ya hacía un tiempo que lo era. Él e Yvonne habían estado mal durante muchos años antes del divorcio, y después... ¿Qué le quedó? El trabajo, que le ocupaba la mayor parte del tiempo, y una suerte de relación con Ursula. De vez en cuando se acostaban juntos, el trato no pasó de ahí.

Estaba solo.

No se sentía bien estando solo.

Después llegó el verano. Tras acabar la investigación sobre David Lagergren volvió a Ulricehamn. A Lise-Lotte. Estuvieron allí unos días y fueron a pasar juntos un par de semanas en su cabaña de verano en las afueras de Mjölby. Vilma y Elin estuvieron unos días con ellos. De forma totalmente voluntaria. Elin había conseguido un trabajo de verano en un restaurante del barrio de Södermalm, en Estocolmo, pero tuvo una semana de vacaciones a finales de julio. Había ido con uno de los camareros, que era también su novio. Todo salió bien. Las hijas de Torkel no sólo parecían aceptar a Lise-Lotte, sino que incluso les caía bien.

La última noche en la cabaña, antes de tener que regresar al trabajo —no todos tenían el verano entero de vacaciones como Lise-Lotte—, estuvieron en

la terraza y se acabaron la botella de vino que habían abierto para la cena. Lise-Lotte puso su copa sobre la mesa y se volvió hacia él. Sería.

—No quiero que te inquietes —empezó a decir cogiéndole la mano. Torkel sintió que se quedaba helado aquella templada noche de verano. Eso no podía ser bueno. Todo tipo de pensamientos le pasaron por la cabeza. Todos sobre el mismo tema.

«Me va a dejar.»

Lo sabía. Había sido demasiado bueno para ser verdad.

La miró sin decir nada, no recordaba siquiera haber respirado.

—He pensado una cosa —añadió ella.

«Seguro que va a dejarme», se dijo Torkel.

—En realidad, no hay nada que me retenga en Ulricehamn.

«De acuerdo, se irá a vivir más cerca de su hija o a trabajar al extranjero unos años. No pinta mucho mejor.»

—¿Querías que me fuera a vivir a Estocolmo? ¿Contigo?

Al principio creyó haber oído otra cosa. ¿Quería?

Era lo que más deseaba.

—Quiero decir, dime si crees que esto va demasiado deprisa —continuó Lise-Lotte, mirándolo algo intranquila. Torkel se dio cuenta de que todavía no había dicho nada y que era el momento.

—No, no, no, en absoluto —consiguió decir. Después se quedó de nuevo callado. Supuso que podía interpretarse como una duda. Como si necesitara pensar en una forma de salir de aquella situación. Que aparecería un «pero» en cualquier instante. Aquel tipo de conversaciones no eran su fuerte—. Me gustaría mucho —dijo por fin.

—Te gustaría mucho —repitió Lise-Lotte, pero con una sonrisa de alivio que mostraba que también ella estaba un poco nerviosa ante la propuesta. Tenía que pronunciar sus mejores palabras, aquellas que apenas utilizaba y que, justo por eso, le resultaban tan incómodas.

—No me atrevía a tener esperanzas y mucho menos a proponerlo, pero es lo que más deseo. —La miró a los ojos y le apretó la mano—. Me encantaría. Te quiero.

Puestos a usar palabras mayores, lo mejor era utilizar las más grandes. De manera que ahora vivían en el piso de él en Hornstull. Lise-Lotte había conseguido un nuevo trabajo dentro del mismo grupo de escuelas libres como directora de primaria en Mälarhöjden. Se acostaban juntos por la noche y se despertaban juntos por la mañana. Por primera vez, desde hacía tiempo, ansiaba volver a casa después del trabajo.

Tenía a alguien.

Era feliz.

—O buenas tardes —respondió ella cuando alzó la vista del ordenador—. Algunos de nosotros llegamos cuando todavía es por la mañana.

Torkel no contestó a la pulla amistosa, sino que se quitó el gorro y se desató el nudo de la bufanda camino de la cocina a buscar su segundo café del día.

—¿Quieres algo? —preguntó señalando con la cabeza hacia dentro.

—No, gracias —respondió Ursula—. Tienes visita.

Torkel se detuvo de pronto. ¿Visita? No tenía ninguna prevista, que él supiera. ¿Alguien que a Gunilla se le había olvidado poner en la agenda? A ella no solía pasarle. Torkel miró hacia atrás, a través de la pared de cristal de su despacho.

Vanja estaba sentada en el sofá.

Torkel no pudo disimular una sonrisa de satisfacción. No se habían visto desde aquel día de junio, cuando ella le explicó que pensaba dejar la Unidad de Homicidios por un tiempo. La había echado de menos. Más de lo que se había admitido a sí mismo, se dio cuenta ahora que la volvía a ver. Torkel decidió pasar del café y fue directo a su despacho. Vanja ya estaba de pie cuando él abrió la puerta y entró.

—Hay que ver, qué visita tan agradable. —Fue hasta ella y le dio un largo y entrañable abrazo—. Así que has venido a vernos —le dijo después.

—Sí, bueno..., algo más que eso. Si puedo.

—¿Quieres volver? —preguntó Torkel con voz esperanzada, señalando de nuevo el sofá. Vanja se sentó—. ¿Quieres? ¿Empezar de nuevo? —Torkel se instaló enfrente echándose hacia delante.

—Sí, quiero volver —asintió Vanja sin poder disimular una sonrisa cuando vio lo contento que se ponía Torkel.

—Eres más que bienvenida, lo sabes —dijo, y pareció que estaba haciendo esfuerzos para no saltar del sofá o empezar a aplaudir—. Pero creía que estabas a gusto en Uppsala.

Vanja respiró hondo. En realidad, cuanto más pensaba en aquello, más increíble resultaba. Siete regiones policiales, treinta zonas de policía y un montón de comisarías locales. Se investigaba en todo el país. Aun así, Sebastian Bergman consigue entrar donde ella trabaja.

—Sí, estaba a gusto —empezó a decir—. Teníamos un violador en serie. Ataques completados...

—¿Ah, sí? —interrumpió Torkel—. No he leído nada.

—Es cuestión de tiempo.

—¿Cuántas?

—Por el momento tres en poco más de un mes, así que habrá más.

Torkel asintió con seriedad. Violaciones con agresión. Lo peor para las víctimas, estaba claro. Eran pocos los crímenes que se cometían de esa manera, pero, con razón, aterrorizaban a la mitad de la población. Ni siquiera las peleas con disparos entre bandas, los incendios de coches o el crimen organizado tenían tanto impacto. Una sensación de inseguridad, sí, alimentada por los medios, que caldeaban el ambiente, y los políticos que se lo tomaban a la ligera. De todas maneras, la gente se daba cuenta de que se trataba de ajustes de cuentas internos. Pero las violaciones con agresión... Mientras fueras mujer, cualquiera, donde fuera, podías ser la siguiente víctima.

—A lo que iba —continuó Vanja—. ¿Adivina a quién ha fichado mi jefa para la investigación?

Torkel sólo podía pensar en una única persona que pudiera hacer que Vanja se despidiera de su plaza en una investigación complicada. A pesar de todo, era una de las mejores policías de Suecia.

—No —respondió él.

—Sí —asintió ella.

—¿Sebastian? —tuvo que preguntar Torkel para confirmar que de verdad estaban hablando de la misma persona.

—En cuerpo y alma. Anne-Lie me planteó si podía trabajar con él, sí o no, y aquí estoy —acabó Vanja, encogiéndose un poco de hombros.

—Recuérdame que le mande flores a tu jefa —bromeó Torkel, pero lo entendía muy bien. Sebastian había sido un agobio para todo el grupo desde que Torkel lo había vuelto a emplear en Västerås, pero sobre todo para Vanja.

Literalmente, había cambiado su vida.

—¿Puedo volver? —quiso saber Vanja—. ¿No has contratado a nadie?

—No ha habido motivo, hemos trabajado con unos cuantos casos antiguos, pero nada importante. Nada nuestro.

Vanja respiró tranquila. Cuando dejó Uppsala fue directamente a la Unidad de Homicidios, obligada a saber si tenía un trabajo, una conexión.

—¿Cómo están todos? —preguntó, preparada para ser más social y cercana ahora que la parte principal estaba solucionada.

—Bien, creo —respondió Torkel, mirando a través del cristal y observando a Billy, que acababa de entrar despacio. Dejó la mochila sobre la mesa y se quitó la chaqueta.

—Estaba en casa con My. Teníamos que hacer unas cosas —mintió Billy sacando la tableta de la mochila. La verdad era que no se había quedado dormido hasta las cinco y media y se había despertado dos horas más tarde, cuando My ya se había ido al gimnasio para que le diera tiempo de entrenar antes de atender al primer cliente del día. La angustia y el miedo contra los que había luchado toda la noche seguían dentro de él y había dedicado una hora más por la mañana para comprobar dos y hasta tres veces las huellas digitales que Jennifer había dejado tras de sí después de su «desaparición».

Ursula disimuló un suspiro. Claro que Billy había estado en casa con My. No hacía mucho que ella era la única del grupo que tenía una relación inestable. Con Micke. Cierto, inestable y disfuncional: ella le era regularmente infiel y él, por supuesto, era infeliz, pero aun así seguían juntos.

Torkel se había separado de Yvonne.

Vanja y Billy, solteros.

Aquello era entonces.

Ahora Torkel estaba contento por las mañanas como si la noche anterior hubiera sido la mejor de su vida, aunque su novia y él sólo hubieran estado cenando y viendo la televisión. Billy tenía a My, a quien Ursula no había visto nunca, pero que parecía tener a su compañero atado tan fuerte alrededor de su muñique que era un milagro que Billy no la llamara cada vez que tenía que opinar sobre algo.

Y Vanja había vuelto.

Al llegar a comisaría, hacía apenas una hora, Ursula y ella habían tomado un café juntas y habían estado hablando. Pronto había descubierto que también Vanja estaba asquerosamente en paz con su existencia. Vanja no era de las que compartían en exceso detalles de su vida privada, pero Ursula escuchó cómo hablaba de sus vacaciones en Europa y de Jonathan, con el que se veía obligada a vivir porque había realquilado su piso medio año atrás.

¿Qué hacía Ursula cuando no trabajaba?

En general, acababa en el sofá con unas cuantas copas de vino y viendo algo en Netflix. A veces con un libro. Sólo había que suponerlo.

Estaba sola.

Y así lo habría estado aunque viviera con Micke y Bella. Así estaba, o quizá incluso era así como había elegido estar. Por tanto, no era que envidiara a sus compañeros por el hecho de ser felices. Siendo del todo sincera, no dedicaba demasiado tiempo a pensar en ellos después del trabajo.

Excepto en Torkel.

En él sí que pensaba, a veces.

Lo cierto era que habían tenido algo. No lo que él quería, pero sí lo que ella podía dar. Lo cual, por supuesto, había demostrado ser insuficiente. Nadie tenía bastante con aquello.

Con una excepción.

Sebastian.

Sonó un teléfono. El de Billy. Oyó la melodía, lo oyó responder, pero en realidad no lo percibió. Años de paisaje de despacho le habían enseñado a filtrar con rapidez las cosas que ocurrían a su alrededor y que no la atañían. Sin embargo, había algo en la voz de Billy que despertó su interés.

—¿Qué quiere?

Sólo dos cortas palabras pero su voz sonaba diferente. Tensa.

—¿Por qué?

Ursula miró hacia donde estaba Billy, sentado recto como dispuesto a abandonar la silla de inmediato. Dispuesto a huir.

—¿Está aquí?

Definitivamente tenso, tanto la voz como el cuerpo.

—No, no, ya bajo.

Colgó, se levantó y fue hacia la puerta. Ursula lo siguió con la mirada. Fuera quien fuese quien estuviera esperando a Billy, era alguien a quien él no quería ver.

Billy pasó por las puertas giratorias automáticas y salió a la recepción. Echó un vistazo rápido hacia Tamara, sentada detrás del mostrador, quien señaló con la cabeza a un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad, vestido con vaqueros y una chaqueta bómbier de color vino abierta que dejaba entrever un fino jersey. Estaba sentado en un banco junto a la pared de antes de la salida, con un portafolios, un gorro, unos guantes y una bufanda al lado. En verdad, no había motivos para que Tamara se lo señalara; por un lado, porque el hombre se levantó en cuanto vio a Billy y, por otro, porque Billy ya lo conocía. Dio los últimos pasos hasta llegar a él y le estrechó la mano al visitante.

—Hola, Billy Rosén; ¿me buscabas?

—Sí. Yo soy Conny Holmgren, el padre de Jennifer.

—Eso es, me ha parecido que te conocía —señaló Billy de forma tan ligera como pudo—. Vi una foto tuya en casa de Jennifer.

Lo mejor era decir que había estado allí. Que pareciera una relación entre amigos, entre compañeros. Las mejores mentiras eran las que estaban tan cerca de la verdad como fuera posible. Confirmarlo todo, en especial si se podía demostrar. Callar o negar lo menos posible, sólo lo absolutamente necesario.

Como haber estrangulado a alguien durante un polvo mientras estaba bebido.

Conny asintió como si le pareciera de lo más creíble. Después miró a Billy, con los ojos enrojecidos por el llanto, llenos de pena y desesperación.

—Quizá ya te hayas enterado de lo que ha pasado.

—Sí, me enteré ayer. Tremendo, yo... no sé qué puedo decir. Es tan horrible...

Conny no respondió, se limitó a asentir de nuevo con la cabeza.

—¿Has oído algo nuevo? —continuó Billy, con una voz teatral y, confiaba, bastante cargada de esperanza.

—No, nada —respondió Conny negando con la cabeza—. Sus jefes en Sigtuna se han puesto en contacto con la policía francesa, pero de momento... —No acabó la frase. Era como si por un instante se sumiera en sus propios pensamientos, y Billy no supo qué decir.

—Horrible... —repitió para romper el silencio, a la espera de que Conny le dijera el motivo de su visita. Pero no parecía demasiado dispuesto a explicarse. El hombre estaba todavía en silencio, mirando al vacío—. ¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó tras unos segundos más de quietud.

—La conocías, ¿verdad? ¿Salíais? —inquirió Conny mirando a Billy a los ojos. El policía intentó adivinar si «salíais» era la forma discreta del hombre para referirse a «teníais sexo». Los ojos de Conny no revelaron nada.

—Sí, trabajó con nosotros unas cuantas veces y después mantuvimos el contacto —probó Billy.

Conny pareció conformarse con aquello. Billy se relajó un poco, no parecía que supiera nada. Lo contrario habría sido extraño. ¿Qué mujer adulta le explicaba a su padre con quién se acostaba?

—Me habló de ti —continuó Conny, en voz baja.

Billy se limitó a asentir en silencio. ¿Qué le había contado? ¿Cuánto? Sabía que no lo había nombrado en ningún mensaje ni conversación de Messenger con los padres. Pero lo que Jennifer les contaba a sus padres cuando hablaba con ellos ya era otra historia, de eso Billy no tenía información. Debía ir con cuidado y descubrir más.

—Sí, mantuvimos el contacto, como he dicho, nos vimos varias veces, de vez en cuando.

—Dijo que trabajaba contigo en la parte técnica —explicó Conny, haciendo un gesto con la mano como abarcando el edificio—. Ordenadores y eso.

—Sí, es lo que hago. Casi siempre.

—Quiero enseñarte algo —indicó Conny, volviéndose hacia el banco donde había puesto el portafolios—. ¿Podemos ir a alguna parte?

—Mira esto —dijo pasándole uno a Billy, que se inclinó hacia delante. Era la impresión de una imagen de la cuenta de Instagram de Jennifer. Una foto de las que él había hecho durante la semana de junio que pasó solo en Estocolmo.

Un *selfie*. Desde Långholmen.

Jennifer sonriendo en la esquina inferior derecha de la foto, con el agua de verano y el puente de Västerbron al fondo.

—Y mira ésta —dijo Conny cogiendo el otro papel. También una foto de Jennifer, pero más antigua y que se había sacado ella misma. Billy la reconoció al instante. Había sido tomada en primavera, en Oslo. Con agua en el fondo. Fue por eso por lo que Billy había decidido sacar a Jennifer de allí y pegarla en el *selfie* de Långholmen. La había reducido un poco, había ajustado la luz y la había girado ciento ochenta grados, pero era la misma imagen.

—Es la misma fotografía —afirmó Conny como un eco de sus pensamientos.

—¿Qué quieres decir? —Billy no se atrevía a mirar hacia arriba y encontrarse con los ojos de Conny—. Son totalmente diferentes.

—Es la misma imagen de Jennifer.

—No sé si te estoy entendiendo... —tuvo que decir Billy, y se arriesgó a alzar la cabeza. La voz había salido de manera natural y Conny no había descubierto nada, así que esperaba que con su cara pasara lo mismo.

—Alguien la ha falsificado —contestó Conny con decisión, señalando el retrato de Långholmen—. Mira el pelo. Está levantado de la cabeza exactamente de la misma forma, aunque en ésta —señaló la foto de Oslo— el viento sopla desde la derecha y en la otra desde la izquierda. Le han dado la vuelta.

Dado que los jefes de Jennifer de Sigtuna no habían creído a Conny, Billy también lo contempló con cierto aire de escepticismo antes de inclinarse hacia delante, estudiando las dos fotografías con más detalle. Ahora lo veía claro. El viento por detrás hacía que el cabello de Jennifer se levantara de una forma característica y, tenía que reconocerlo, era sencillo de identificar. ¿Cómo podía haberse pasado? Se maldijo a sí mismo. Lo podría haber arreglado muy fácilmente.

—Y bien, ¿qué intentas decirme?

Conny titubeó. Billy sabía adónde iría a parar todo aquello, pero supuso que Conny iba con cuidado a la hora de presentarlo, ya que lo que pretendía decir parecía un poco descabellado. La policía de Sigtuna ya lo había descartado.

—Esto es lo que hay: Karin, mi mujer, y yo hablamos de ello cuando denunciemos su desaparición en agosto, que no habíamos hablado con Jennifer desde finales de junio. La llamamos tres veces, no contestó ninguna vez, aunque nos respondió con mensajes, pero nunca nos devolvió la llamada.

—De acuerdo —dijo Billy.

—Hablé con algunos de sus amigos a principios de agosto y otra vez ayer y hoy. Nadie la ha visto desde el veinticinco de junio.

Billy no respondió. Conny puso de nuevo el dedo índice sobre las fotos que tenían delante en la mesa.

—Si son falsas, es que le ocurrió algo en junio.

—¿Como qué? —preguntó Billy mirándolo de manera inquisitiva—. ¿Que se mantiene alejada de forma voluntaria o algo parecido?

—No. —Conny consiguió unir la irritación y la decepción en una misma palabra—. Si Jennifer se estuviera distanciando por voluntad propia, no habría ningún motivo para falsificar fotografías.

Conny respiró hondo, muy consciente de que era una persona que, simplemente, no aceptaba la muerte de su hija, por lo menos de aquella manera, y que se agarraba a un clavo ardiente para que no fuera cierto.

—Sé lo que parece, pero... —Buscó la mirada de Billy de nuevo y por primera vez durante la conversación pareció que se iba a echar a llorar—. Era una aventurera. Le gustaban los retos, pero no se habría ido a bucear sola en una cueva desconocida en Francia. No era imprudente.

Billy se limitó a asentir mientras analizaba a toda prisa la situación. En realidad, había tenido mucha suerte de que el padre de Jennifer hubiera ido a verlo a él. Conny no parecía un hombre que se rindiera a la primera. Antes o después, alguien decidiría creerle y empezaría a indagar sobre la desaparición y muerte de Jennifer. Esa persona debería ser Billy. Lo único que Conny parecía saber de él era que trabajaba en la parte técnica de la Unidad de Homicidios. «Ordenadores y eso», por citar lo. Que Conny no creyera que él estuviese implicado de alguna manera se debía al hecho de que era policía, y la mayor parte de la gente, con razón, no podía pensar que un policía cometiera delitos graves. Aún no sabía qué iba a hacer, pero si decidía ayudar a Conny, ganaría un poco más de tiempo.

—Parece bastante rebuscado —comentó Billy como si todavía estuviera sopesando si creer o no en la historia—. Pero Jennifer me caía realmente

bien, así que puedo echarle un vistazo a la imagen, a ver qué puedo hacer.

—Gracias, gracias. —Resultaba inevitable observar el alivio y el agradecimiento en la voz de aquel hombre mayor, estaba claro que se había preparado para otro rechazo—. Puedo conseguir que tengas acceso a todo lo que ha publicado en Facebook y en las redes sociales desde finales de junio —continuó—. Puedes quedarte con estas impresiones si quieres.

Billy asintió, todavía inseguro de cómo seguir con aquello. Lo único que sabía era que no deseaba pasar más tiempo en la cafetería junto al afligido padre de Jennifer. Casi como por casualidad, su teléfono empezó a sonar. Lo cogió. Era Torkel.

Su otra vida lo llamaba.

Billy se dio cuenta de que Vanja seguía allí cuando él se apresuró a entrar en la sala y se sentó en la silla que estaba más cerca de la puerta.

—Disculpad. ¿Qué me he perdido?

—Nada, te estábamos esperando —respondió Torkel mientras se levantaba de su sitio al otro lado de la mesa con una carpeta delgada delante—. Dejadme que empiece expresando lo contento que estoy de que estemos juntos de nuevo —continuó, mirándolos uno a uno—. Es una sensación realmente agradable.

Ursula estuvo a punto de decir que faltaba Sebastian para estar todos reunidos, pero lo dejó correr. Teniendo en cuenta la compañía, un comentario de ese tipo podría estropear el buen ambiente que había por el momento.

—¿Qué dices, estás de vuelta? —preguntó Billy, mirando a Vanja al mismo tiempo que se estiraba para coger de la mesa una botella de agua con gas Loka.

—Sí, he regresado.

—¡Bien! Pero ¿por qué? Creía que te gustaba Uppsala.

—Y así es. Te lo explico luego.

—Me temo que nos toca hablar de ello ahora —interrumpió Torkel—. Esta mañana han encontrado un cuerpo en un piso de Gävle —continuó diciendo con la vista posada en Vanja antes de coger la carpeta de la mesa y abrirla. Vanja arrugó la frente. En los ojos de Torkel había habido algo parecido a una disculpa. Como si supiera que no le iba a gustar lo que iba a decir.

Un cuerpo en Gävle.

¿Qué tenía eso que ver con que ella se hubiera ido de Uppsala?

Era cierto que Gävle estaba en la jurisdicción de Gävleborg, que a su vez pertenecía a la región policial Centro, que se dirigía desde Uppsala. Donde se encontraban Anne-Lie y Sebastian Bergman. Pero eso era todo. ¿Era ésa la razón que iba a mencionar para explicar por qué Vanja se había ido de allí? Le parecía bastante rebuscado.

En cuanto vio las imágenes que Torkel expuso sobre la mesa, Vanja se dio cuenta de que no lo era.

Todo lo contrario.

—Joder, me cago en la puta —le salió sin que pudiera evitarlo en cuanto vio las fotos. Tanto Ursula como Billy se volvieron curiosos hacia ella, pero Vanja se hundió en la silla, cruzó los brazos sobre el pecho, la barbilla baja como una niña enfadada, mientras miraba llena de rabia a Torkel y las imágenes de la mesa, bien consciente de hacia dónde se encaminaba la reunión.

—Rebecca Alm —dijo Torkel señalando una de las fotos, en la que aparecía una mujer tumbada boca abajo en una cama.

Con las piernas saliendo del borde de la cama Desnuda, a excepción de los calcetines.

Y con un saco sobre la cabeza.

—Como decía, la ha encontrado esta mañana un representante del propietario de la finca. Se ha podido vincular de inmediato con una investigación que se está llevando a cabo en Uppsala, así que se la han pasado a ellos.

—Se la han pasado a Anne-Lie —añadió Vanja.

—Sí —confirmó Torkel con un movimiento de cabeza.

—¿Nos lo pensáis explicar alguno de los dos o tenemos que adivinar de qué va todo esto? —preguntó Ursula volviéndose hacia Vanja. Luego miró a Torkel, que a su vez se encogió de hombros y le hizo un gesto a Vanja. Ella respiró hondo y se recompuso en la silla.

—Estábamos investigando a un violador en serie que sedaba a sus víctimas y les ponía un saco en la cabeza. Igual que en la imagen —dijo, apuntando hacia las fotografías que Torkel había sacado. Billy se inclinó sobre la mesa y se las acercó—. Anne-Lie, mi jefa de Uppsala, metió a Sebastian en el caso, por eso decidí irme —finalizó Vanja.

—Y ahora también quiere que entremos nosotros —constató Billy.

—Tal como me ha dicho ella: ayer tenía a un violador; hoy, con toda probabilidad, tiene a un asesino —confirmó Torkel.

—En eso es buena —añadió Vanja—. Coge la ayuda que necesita.

La decepción que subyacía a la alabanza saltaba a la vista. Siempre es bueno utilizar todos los recursos disponibles, pero eso significaba que Vanja se vería obligada a trabajar de nuevo con Sebastian. Todos se verían obligados a trabajar de nuevo con él.

—Tenemos que aceptar el caso —dijo Torkel, y no había ninguna duda de que había cierto tono de excusa en su voz.

—Eso ya lo sé —respondió Vanja con un tono un poco más duro de lo que pretendía.

—Bueno, ¿y qué piensas? —preguntó Torkel mientras se acercaba a Billy; cogió las fotos de Rebecca y las puso de nuevo dentro de la carpeta—. ¿Qué vas a hacer?

¿Qué estaba pensando, en realidad? No era extraño que Vanja se sintiera abandonada e indignada. Parecía que no hubiera forma de evitar a Sebastian Bergman. Una y otra vez había conseguido infiltrarse en sus investigaciones,

acercándose más y más al grupo y a ella. Daba igual las veces que se deshicieran de él, siempre volvía. Como un jodido bumerán humano. Si hubiera creído en un poder superior, en el karma o en el destino, podría pensar que de alguna manera le tocaba tener a su lado a aquel hijo de la gran puta insoportable.

Como un castigo.

Como una prueba.

Como si estuviera predeterminado.

—Por lo visto, no puedo librarme de él. —Resumió sus pensamientos encogiéndose un poco de hombros.

—Hay otros departamentos en los que puedes trabajar —propuso Torkel.

Cierto, pero Sebastian ya la había apartado de Uppsala. ¿Iba a sacarla ahora también de la Unidad de Homicidios? Era su puesto de trabajo. No el de él. Había límites en cuanto al grado de poder sobre ella que Vanja pensaba otorgarle. Era hora de plantarle cara. Igual que la otra vez, cuando él regresó y ella se planteó abandonar. Era lo más fácil. Lo más cobarde.

—No, seguimos. Lo haré lo mejor posible.

—¿Seguro?

Vanja asintió con la cabeza.

—Veré lo que puedo hacer, pero no está claro que pueda exigirle que abandone.

—Ya lo sé.

—Aunque dudo que aquí haya alguien que realmente quiera trabajar con él otra vez —continuó Torkel, mirando hacia Ursula y Billy. Éste asintió con la cabeza, pero un poco ausente. Ursula sentía que se iba irritando. Ella había sido la que más se había opuesto a que Sebastian colaborara con ellos cuando

volvió. La primera vez. Desde entonces habían ocurrido muchas cosas y, mientras sus compañeros conspiraban contra él, sintió que no podía mantenerse callada. A la mierda el buen ambiente de trabajo.

—La verdad es que yo no tengo nada en contra de volver a trabajar con él —dijo tranquila, fijando la mirada en los demás, uno tras otro, como si los invitara a protestar. Nadie dijo nada, pero Vanja la miró como si la hubiera traicionado. A continuación se levantó y abandonó la sala sin decir nada.

—Bueno, pues vamos a ello —suspiró Torkel, sintiendo que la sensación de felicidad de la mañana ya estaba muy lejos. Como siempre que Sebastian Bergman aparecía en escena.

El cuerpo seguía en el dormitorio.

Billy se dio cuenta de que estaba en el quicio de la puerta mirándolo fijamente. Una mujer muerta en una cama. Era imposible apartar los pensamientos.

En el coche, de camino hacia el norte, hacia Gävle, en un viaje de dos horas que Billy hizo en apenas hora y media, se había preguntado si debería sacar a Jennifer a colación. Al fin y al cabo, habían trabajado juntos unas cuantas veces. A Ursula incluso le caía bien Jennifer, quería recordar Billy. Sería lo más natural del mundo preguntarles si sabían lo que había ocurrido, pero al mismo tiempo lo intranquilizaba la posibilidad de que se le notara que algo no iba bien. My no había advertido nada, pero no era policía y nunca había trabajado con él.

Además, Vanja era como un puto detector de mentiras.

Un tono de voz falso, una duda corta e inesperada, y mordía como una cobra.

Claro que si no hablaba de ello y después se enteraban de que él lo sabía desde el principio, también parecería raro. Estaba a punto de decirlo cuando se quedó de piedra.

Vanja sabía que era infiel.

Se lo había dicho en un momento de debilidad porque sentía remordimientos. Ahora parecía absurdo, remordimientos por ser infiel, pero los había tenido y lo había explicado.

¿Le había dicho también con quién?

Tuvo que pensarlo. No, no lo había hecho, ¿O sí? Intentó recordar la

situación. Estaban sentados viendo las filmaciones de la gasolinera, buscando una autocaravana.

Él había confesado.

Ella le había preguntado con quién.

Él había contestado... que daba igual.

Sí, eso fue. Estaba seguro. Así que la cuestión era: ¿comentarlo o no?

—¿Has oído lo de Jennifer? —dijo finalmente Vanja, decidiendo por él.

—Sí, me he enterado —le contestó Ursula—. Horrible. Os veíais fuera del trabajo, ¿verdad? —preguntó volviéndose hacia Billy.

—Sí, nos vimos unas cuantas veces después de estar en Kiruna juntos, pero no muy a menudo —dijo él, concentrándose en la carretera y la conducción.

—A mí nunca me cayó bien del todo —reconoció Vanja en voz baja en el asiento de atrás, mirando el paisaje por la ventanilla, que pasaba a una velocidad como para quitarle a Billy el carnet de conducir.

—Fue porque ella te sustituyó —respondió él, contento por el giro que había dado la conversación, aunque con mucho cuidado para que no pareciera que consideraba a Jennifer mejor que Vanja.

No quería compararlas como policías.

Él mismo se había comparado con Vanja una vez, y el instinto competitivo de ella y su incapacidad para aceptar que no era siempre la mejor los había llevado a distanciarse. Antes de aquello habían sido como hermanos; ahora eran compañeros de trabajo, amigos, incluso, pero no habían logrado recuperar la proximidad y la confianza que tenían antes. «Suerte, quizá», pensó Billy. Si hubieran sido más cercanos, tal vez le habría dicho con quién estaba siendo infiel.

Las cosas ya estaban bastante mal tal y como estaban.

—No, era porque no me caía bien —afirmó Vanja—. Ella siempre quería que el trabajo fuera de lo más emocionante. Correr y perseguir y disparar y todo eso.

—Eso me parece un poco injusto —replicó Billy.

—Hizo submarinismo sola en una cueva en Francia.

—¡Y murió!

Le salió más alto y más fuerte de lo que había pensado. La voz se le había quebrado un poco y en el coche se había hecho un tenso silencio.

—Perdón, he sido insensible —se la oyó decir débilmente desde el asiento de atrás. Vanja le había puesto la mano en el hombro y se lo había apretado—. Lo siento, ya sé que a ti te caía bien.

—Claro...

Había aumentado la velocidad y no hablaron más de Jennifer. Billy esperaba que siguiera así.

—Perdón.

Concentración.

Volvió a la sala de estar a través de la cocina. Los técnicos no habían encontrado aún el móvil ni el ordenador, aunque tampoco habían revisado los armarios ni los cajones. Fue allí donde tenía intención de empezar a buscar.

Ser un buen policía.

No iba a pensar en Jennifer.

Ella iba a ocupar menos espacio, no más.

El grito se convertiría en un susurro.

Vanja estaba sentada en la escalera con la espalda contra la pared y en las manos un informe muy preliminar —en realidad, poco más que cuatro anotaciones— de los primeros policías que habían llegado al escenario del crimen. Se inmiscuía en los dominios de Billy y, sobre todo, de Ursula. Sin embargo, ir a Gävle había retrasado unas horas el encuentro con Sebastian.

Echó un vistazo al texto que tenía delante.

Rashid Nasir había llegado poco después de las nueve de la mañana. Abrió con la llave y descubrió el cuerpo. El 112 recibió la alarma a las 9.16. El primer agente llegó al lugar al cabo de menos de diez minutos, confirmó los datos que Rashid había dado, precintó el lugar y llamó a los compañeros y al personal técnico. Los técnicos de la Científica todavía estaban trabajando en el pequeño apartamento, y lo que habían compartido de forma preliminar era que no había signos de violencia en la puerta de la vivienda. Estaban en la tercera planta, por lo que no era probable que el agresor hubiese entrado por la ventana. Vanja hizo una anotación para saber cuántas llaves del piso había en circulación. Rashid tenía una. Quizá hubiera más. Prácticamente, eso era todo el material que tenía. Aún no habían hablado con los vecinos. No sabía nada de cuándo habían visto a Rebecca por última vez. Ni sobre cuánto hacía que vivía allí. Ningún dato de su procedencia. Supuso que Carlos ya habría recabado lo más importante, y, si no, Billy lo haría en un momento cuando volvieran a comisaría, pero ella aún seguía allí. Podía hacer algo más que quedarse sentada en la escalera.

Se levantó y fue hacia la puerta más cercana a la de Rebecca y llamó al timbre. Un hombre barbudo de unos treinta y cinco años, vestido con camisa de franela y pantalones vaqueros holgados, abrió de inmediato, como si hubiera estado siguiendo por la mirilla los acontecimientos de la escalera.

—Hola, Vanja Lithner, de la Unidad de Homicidios —se presentó Vanja enseñando su identificación—. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Por supuesto —respondió el hombre, aunque repartía su atención entre Vanja y el llanto de un niño que procedía del interior de la vivienda y que cada vez era más exigente—. Entre, entre. Creía que se volvería a dormir... —dijo, y abrió la puerta del todo antes de retirarse a su casa.

El llanto se oyó más claro cuando el hombre abrió otra puerta y se puso a hablar con tranquilidad con alguien. Vanja entró, cerró la puerta tras de sí y pasó por delante de un cochecito de bebé aparcado en el recibidor. Justo enfrente había una habitación donde, a través de la puerta entreabierta, Vanja pudo ver una cama de matrimonio sin hacer. Fue hacia la derecha y llegó a la sala de estar. Había un sofá de color gris delante de una mesa redonda de madera oscura con un estante debajo. Un único sillón con reposapiés en la parte más estrecha del sofá. Paredes claras y elegantes, con cuadros elegidos porque les gustaban y no por lo que valían. Bastante desorden de juguetes en el suelo y una cocinita contra la pared, debajo de la ventana. Un hogar donde vivía alguien. Acogedoramente desordenado. A Vanja le gustó.

—Siéntese, siéntese —dijo el hombre, ofreciéndole el sofá cuando salió de la habitación que daba a la sala de estar y que Vanja supuso que era el dormitorio del bebé, ya que llevaba en brazos a un niño adormilado con pañal y camiseta y con chupete en la boca.

Vanja saludó con la mano al pequeño antes de que él se volviera de inmediato, apretando la cara contra el barbudo cuello de su padre. Vanja se sentó mirando hacia la cocina, donde el hombre sacó un potito, le quitó la tapa y lo metió en el microondas. Mientras se calentaba, llenó de agua un vaso con boquilla y se lo dio al niño, que bebió con largos sorbos al tiempo que contemplaba a Vanja con los ojos llenos de escepticismo de recién despertado.

Jonathan sería un buen padre, pensó de pronto Vanja. Podrían estar así.

Lo habían comentado. Tener hijos. En broma, pero no del todo. Parecía un paso natural, algo de lo que le gustaría mucho hablar con Jonathan. El próximo año iba a cumplir treinta y cinco.

—¿Cómo se llama? —le preguntó al hombre, que había colocado sobre la mesa un babero, un plato hondo de plástico y una pequeña cuchara verde también de plástico, y delante, la trona.

—Oh, lo siento, Pierre. Éste es Grim —dijo señalando con la cabeza al niño que llevaba en los brazos. Sonó el pling del microondas y Pierre abrió la puertecilla, sacó el potito, lo puso sobre la encimera y fue a sentar al pequeño en la trona. De inmediato, éste empezó a quejarse y a levantar los brazos para que lo sacaran de allí—. Sí, sí, sí, espera un momento y ya verás... —indicó Pierre cogiendo el potito.

Se sentó a la mesa de la cocina al lado de Grim y puso el contenido del envase en el plato, lo removió y sopló un poco mientras le ponía el babero antes de, finalmente, meter la cuchara de plástico en la comida. Le acercó el plato al niño, que cogió la cuchara y se la fue llevando a la boca con un resultado irregular. Vanja se dio cuenta de que no era la primera vez que Pierre se quedaba en casa con su hijo.

—Su vecina, Rebecca —empezó Vanja cuando la situación parecía bajo control y Pierre podía compartir su atención entre ella y su hijo—. ¿Cuánto tiempo hace que vive aquí?

—No lo sé bien. Nosotros hace dos años y medio, y ella ya estaba aquí cuando nos mudamos.

—Entonces, no la conocía bien.

—La verdad es que nada de nada... ¡Vaya! —Se inclinó con rapidez hacia delante y guio la manita con la cuchara llena hacia la mesa justo cuando Grim parecía que iba a ponerse a dirigir una orquesta con movimientos ampulosos—. Era un bicho raro.

—¿Por qué lo dice?

—No saludaba nunca, iba murmurando cosas, le parecía mal todo y casi no la veíamos. —Cogió la cuchara que había llenado de comida, salvó lo que había acabado en el babero y lo devolvió al plato—. Se pensaba que alguien la estaba siguiendo.

—¿Quién? —preguntó Vanja enderezándose en el sofá.

—No sé. Creo que ni ella lo tenía muy claro, pero todo este tema de las alarmas contra incendios iba sobre eso.

Vanja se levantó del sofá y fue hacia la mesa, cogió una silla y se sentó. Grim la miraba con los ojos como platos, con la cuchara en la boca.

—Explíquese.

Empezaba a anochecer cuando Billy, Vanja y Ursula llegaron a Uppsala. Vanja le dijo a Billy dónde podía dejar el coche, les procuró la tarjeta de identificación y un pase y los llevó hasta la octava planta. Abrió la puerta del departamento que había dejado apenas hacía un día y donde Carlos y Sebastian estaban sentados cada uno frente a su escritorio. Los dos alzaron la vista y Vanja lanzó una corta y dura mirada hacia Sebastian antes de dirigirse a Carlos.

—Éstos son Billy y Ursula, compañeros de la Unidad de Homicidios —dijo. Carlos se levantó y fue a saludar a los recién llegados.

—Soy Carlos Rojas, bienvenidos. —Se estrecharon la mano y después Carlos se volvió hacia el escritorio de cerca de la ventana—. Éste es mi sitio, y Sebastian está ahí —dijo señalando—. Supongo que Vanja se instalará de nuevo allí, pero si no, os podéis sentar donde queráis. Para códigos, conexiones y todo eso no tenéis más que hablar conmigo.

—Gracias —respondieron Billy y Ursula al unísono, y recorrieron la pequeña sala. Billy eligió la mesa que estaba más alejada de la ventana, Ursula la de enfrente de la de Sebastian. Le sonrió cuando llegó y tomó asiento, pero él tenía la atención puesta en otra parte.

En Vanja.

Obviamente.

Se levantó de su mesa y fue hacia ella.

—Hola —empezó a decir, esforzándose para aparentar estar lo más abierto y arrepentido posible. Ella no se dignó ni mirarlo—. Ya sé que no quieres tenerme aquí —continuó diciendo en voz baja.

—Y, sin embargo, aquí te tengo —respondió ella, pasando por delante de él para ir a su antiguo puesto de trabajo. Sebastian titubeó. Cuando había llegado Torkel, Sebastian le había preguntado por Vanja y se había enterado de que planeaba volver. Que no le apetecía, pero pensaba hacerlo lo mejor posible. Sebastian no sabía muy bien qué significaba aquello. Seguramente, que intentaría evitarlo a toda costa.

Comprensible. Pero no podía aceptarlo.

La necesitaba.

Tenía una última oportunidad para arreglarlo todo. En esta ocasión tenía la intención de no meter la pata. No fallarle, no estropearlo todo. Poco a poco acabaría aceptándolo. No como padre, eso ya no se atrevía a esperarlo, aunque sí como alguien cercano. Alguien a quien soportar. Un poco patético, pero se contentaría con ello. No sería fácil, lo sabía, pero pretendía seguir el plan que había elaborado en el ascensor antes de la primera reunión.

—Esta vez será diferente —dijo, y la siguió hasta su puesto de trabajo.

—No lo creo —constató ella de forma concisa mientras se sentaba en su silla, dándole la espalda.

—Sólo vamos a ser compañeros que trabajan en el mismo caso. Nada más. Te lo prometo.

—Hasta ahora no has cumplido ninguna de tus promesas, así que...

¿Qué podía responder? No podía recordar todas las promesas que le había hecho, pero partía de la base de que las había roto todas. Era lo que solía hacer. Tanto si eran pequeñas, como «claro que me quedo a desayunar», o grandes, como «siempre te voy a proteger». Toda su vida era el resultado de mentiras y promesas rotas.

—Sé que he hecho muchas tonterías, te he herido, pero...

Vanja se volvió en la silla y lo miró a los ojos por primera vez desde que

había entrado en su despacho.

—¿Tienes algo que decir referente al caso en este momento?

—¿Qué? No, bueno, sí... —Miró hacia el despacho de su jefa, donde Torkel y Anne-Lie estaban hablando cada uno en un sillón—. Pero Torkel dijo que haríamos un repaso en cuanto llegais, así que me espero.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Sólo vamos a ser compañeros que trabajan en un mismo caso. Nada más. —Se inclinó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho como si quisiera marcar distancias con todo su cuerpo. No sólo con palabras—. Si no tienes nada referido al caso, ¿por qué sigues aquí?

—Los compañeros de trabajo también hablan los unos con los otros — probó a decir.

—Nosotros no —afirmó ella con rotundidad antes de darle la espalda.

Sebastian se quedó aún unos segundos pensando si valía la pena continuar, pero se dio cuenta de que, con ello, sólo la haría rabiar más.

—De acuerdo... —dijo en voz baja para sí mismo, y la dejó tranquila.

Vio que Ursula lo estaba observando con una sonrisa que él no supo cómo interpretar. Quizá entretenida y compasiva, si es que existía algo así. Si Vanja era la que estaba menos contenta de volverlo a ver y Ursula la que más, entonces había algo en medio. Al menos eso fue lo que supuso Sebastian. Lo mejor sería solucionarlo todo a la vez, uno por uno, pensó mientras iba hacia Billy, que estaba sacando sus cosas.

—Hola, cuánto tiempo.

—Sí.

Algo en la corta respuesta le sugirió que a Billy no le habría importado

que hubiera pasado aún más tiempo antes de volver a ver a Sebastian.

—¿Cómo estás? —preguntó éste en un tono natural mientras se sentaba en el canto de la mesa.

Billy lo miró haciéndole ver que entendía que había algo más en la pregunta que la mera curiosidad por su estado de salud. Sebastian era uno de los pocos —ahora ya el único, en realidad— que conocían su oscura ansiedad. El que había visto lo lejos a lo que estaba dispuesto a llegar.

—Estoy bien, gracias —respondió Billy con un tono neutral—. Y tú, ¿qué tal?

—¿Ninguna incursión a tiendas de mascotas, protectoras de animales o similares? —continuó diciendo Sebastian, sin apartar los ojos de su compañero. Billy se recolocó en la silla mientras miraba a su alrededor. Nadie parecía atender a lo que pasaba allí. Dio un paso hacia Sebastian y bajó la voz.

—Esa broma empieza a ser un poco antigua.

—No es una broma.

—Déjalo. Te lo digo en serio. —Había un tono de dureza en la voz que hizo que Sebastian no dudara ni un segundo—. Sé lo que viste, pero fue hace mucho tiempo. Una vez. No ha pasado nada más desde entonces.

—De acuerdo, bien.

—Así que déjalo.

Se inclinó hacia delante, tan cerca que Sebastian notó su aliento en la cara. Se miraron fijamente unos segundos. Por un momento, Sebastian tuvo una sensación.

Billy podía ser peligroso.

No sólo para un pobre gato.

—Vale, lo deajo.

—Bien —respondió Billy, se apartó un paso y continuó poniendo en orden su puesto de trabajo—. Seré divertido volver a trabajar juntos —añadió, como si los últimos segundos de conversación no hubieran tenido lugar. Sebastian se levantó de la mesa y fue hasta la suya, donde Ursula lo esperaba. Le dio un corto abrazo de bienvenida.

—Me alegro de verte.

—Uno de tres —dijo Sebastian, sonriendo y señalando a Vanja y a Billy—. Es más de lo que suelo gustar.

Ursula pensó que era una broma, pero, por desgracia, también resultaba del todo cierto.

Estaban los siete reunidos en una de las grandes salas de conferencias que hacía que a la sala de Kungsholmen pareciera urgirle una buena restauración. Parquet de color blanco roto barnizado, con una gran alfombra roja rectangular bajo una pesada mesa de roble con sitio para doce personas. Las sillas de piel negra con el respaldo alto eran más cómodas que cualquiera de las que tenía en casa, pensó Billy cuando se sentó. Del techo colgaba una lámpara moderna pero funcional en forma de tres largos tubos de aluminio con bombillas dentro. En una de las paredes se veía una pizarra blanca con unas cuantas fotos y un mapa de Uppsala. El mapa tenía un plástico delgado encima para poder hacer apuntes directamente en él y borrarlos cuando ya no fueran necesarios. Torkel hizo una anotación mental para conseguir un mapa así de Estocolmo para la sala. A lo largo de una pared había un armario bajo con las puertas abiertas y lleno de material de oficina, papel, libretas, bolígrafos, carpetas y pósits, todo bien ordenado en pilas. Sobre el armario había un frutero y botellas de agua y Coca-Cola. También colgaba del techo colgaba un proyector de lo más moderno que miraba hacia la pared de la pizarra blanca, donde había una pantalla de tela enrollada. En los dos rincones había pantallas para mantener conferencias por vídeo en pedestales rotatorios. A través de los años, la Unidad de Homicidios había tenido salas en todo el país, pero aquélla era, sin duda, la más lujosa. Era como si fueran a tener un consejo de administración de alguna importante empresa de la Bolsa, en lugar de hablar de violaciones y asesinatos.

—Bueno —dijo Anne-Lie mientras corría la última de las cortinas de color rojo anaranjado de las ventanas que daban al pasillo para evitar que alguien los viera—. Vamos a empezar con el elefante de la sala y así lo solventamos. Sebastian...

Todos se volvieron hacia él, que acababa de echarse hacia atrás en la silla de al lado de Ursula con una botella de agua mineral en la mano.

—Se queda —precisó Anne-Lie—. Lo quiero aquí y es mi caso.

—Le he explicado que por lo general somos nosotros los que nos hacemos responsables cuando vamos a algún sitio —intervino Torkel mirando a Vanja, pero Anne-Lie lo interrumpió.

—Aquí no; agradezco muchísimo vuestra ayuda, pero no me pongo a vuestros pies como cualquier palurda que se queda patidifusa sólo porque llegan los de Estocolmo.

Ursula se dio cuenta de que le caía bien. Por la actitud, pero también por una cosa tan sencilla como era haber utilizado la palabra *palurda*. Hacía tiempo que Ursula tenía la tesis de que la competencia entre los compañeros bajaba en proporción a la distancia que los alejaba de las grandes ciudades. La elección de las palabras podría indicar que tenía un alma gemela como nueva compañera y jefa de la investigación.

—Aunque también sabemos —continuó Anne-Lie dirigiéndose acto seguido hacia Sebastian— que vas a tener la polla guardada en los pantalones y que te vas a comportar. Si no, te vas.

Definitivamente, a Ursula le caía bien.

Sebastian asintió en silencio, dio un sorbo de agua y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¿Me la puedo sacar de vez en cuando para mear?

Anne-Lie no se molestó en contestarle. Apartó una silla en la punta de la mesa y se sentó.

—Bien, pues ya lo hemos aclarado. Ahora vamos con las cosas importantes. ¿Quién empieza?

Paseó la mirada por la mesa. Carlos se levantó y se abrochó el delgado chaleco de plumón que llevaba sobre la camisa y el jersey de lana antes de colocar en la pizarra blanca una fotografía ampliada del pasaporte de una mujer al lado de las otras. Pelo ajado, moreno y largo, ojos oscuros, pómulos altos y labios delgados.

—Rebecca Alm, treinta años, nacida en Nässjö, se fue a vivir a Gävle a los veintidós, así que vivió allí ocho años. Trabajaba media jornada en la cocina de la escuela de Ängsskolan, una escuela libre cristiana. No salía mucho con los compañeros. Por lo visto, era un poco solitaria. No estaba diagnosticada, pero la compañera con la que hablé creía que de vez en cuando sufría depresiones o algo por el estilo —resumió Carlos—. Es todo de momento, continúo investigando.

Con un gesto para sí mismo, como para subrayar que había acabado, Carlos se fue de nuevo a su sitio.

—En el piso encontramos un teléfono pero ningún ordenador —siguió Billy, señalando con la cabeza la foto de Rebecca en la pizarra—. Lo investigaré en cuanto tenga tiempo y veré si puedo encontrarla en las redes sociales.

—Su vecino dijo que ella creía que la estaban siguiendo —indicó Vanja.

—¿Quién o quiénes? —preguntó Torkel inclinándose interesado hacia delante.

—No lo sabía —respondió Vanja con un pequeño encogimiento de hombros—. Pero se negaba a que le pusieran la alarma contra incendios porque creía que dentro del aparato había cámaras.

—¿Por qué iba alguien a querer vigilarla? —preguntó Anne-Lie a la vez que se levantaba para escribir «¿vigilada?» junto a la foto de Rebecca—. Seguro que tiene que haber hablado de ello con alguien.

Se volvió hacia Carlos, que imitó el leve encogimiento de hombros de

Vanja.

—No que sepamos. Por lo menos, no todavía.

—De acuerdo. ¿Sabéis cuánto hace que murió?

Ursula se estiró en la silla. Sebastian la miró de reojo preguntándose si la invitación a la cena seguía en pie. Si no, le esperaba otra solitaria habitación de hotel. Pensaba hacer cuanto fuera posible para cumplir la promesa de un cambio y mejoría que le había hecho a Vanja, y unas horas con Ursula se lo pondría más fácil.

—Teniendo en cuenta las circunstancias y el estado del cuerpo, podría decir que unas dos semanas, con un margen de dos días, más o menos.

—Su vecino dijo que la vio el dos de octubre —dijo Vanja.

—También fue el último día que se presentó en el trabajo —añadió Carlos.

—¿No la echó nadie de menos? —preguntó Anne-Lie mientras escribía «2/10» con un interrogante tras el nombre de Rebecca.

—Sí, la llamaron y dos compañeras fueron a su casa, pero como no abría la puerta, pues... —Se abrió de brazos en un gesto que indicaba que hasta ahí llegaba el interés mostrado por las compañeras—. Por lo visto, a lo largo de los años faltaba de vez en cuando al trabajo, pero siempre volvía.

Una persona solitaria.

Las ciudades estaban llenas de ellas. Cuanto más grandes, más casos.

Gente como Rebecca, que podía desaparecer días, semanas, sin que nadie la echara de menos. Sebastian se vio preguntándose cuánto tardarían en encontrarlo si tuviera un infarto en el piso de la calle Grev Magnigatan. Bastante. Seguramente, más de dos semanas. ¿Quién lo echaría de menos?

Quizá Ursula. Pero no lo suficiente como para inquietarse por si le hubiera pasado algo.

—¿Nadie reaccionó al olor? —preguntó Vanja.

—Dentro del piso hacía frío; ella era pequeña y delgada, muy delgada, poca cosa para el proceso de descomposición. Se podría decir que se momificó de golpe —aclaró Ursula.

«Ya es algo», pensó Sebastian. Con sus kilos de más en la cintura, era probable que empezase a oler antes. Incluso quizá le caería líquido a la vieja Ekensköld del piso de abajo. A partir de ahora, ése podría ser su argumento para hacer caso omiso cuando su médico le dijera que se encontraría mejor si perdiera unos kilos.

—Los forenses dirán si hay restos de esperma e hipnóticos en la sangre —continuó Ursula, revisando las anotaciones que descansaban sobre la mesa—. Tenía un pequeño morado en el cuello de algo que podría ser un pinchazo, pero no estaremos seguros hasta que le hayan hecho la autopsia. —Acabó echándose hacia atrás en la silla.

Anne-Lie asintió, se dirigió luego hacia el mapa y cogió un rotulador fino.

—Ida Riitala fue atacada aquí... —hizo un pequeño círculo en el mapa y escribió el número «1» al lado—..., en el antiguo cementerio el dieciocho de septiembre.

Anne-Lie escribió «18/9» al lado del círculo.

—La siguiente es Therese Andersson cinco días después, aquí. —Un nuevo círculo, un «2» y una nueva fecha: «23/9»—. Y luego se va hasta Gävle. —Escribió el nombre de «Rebecca» fuera del mapa y un «2/10», seguido de nuevo de un interrogante—. Klara Wahlgren aquí, el trece de octubre. —Un círculo, un «4» y «13/10», con lo que acabó la anotación.

Anne-Lie dejó el rotulador y dio un paso hacia atrás. Todos estudiaron el mapa en silencio.

—Uppsala, Uppsala, Gävle y otra vez Uppsala —dijo Sebastian.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó Carlos.

—Podría significar que las víctimas han sido seleccionadas —respondió Vanja en lugar de Sebastian, y éste asintió con un punto de orgullo.

Pensaba bien. Pensaba como él.

De tal palo, tal astilla.

—Al menos Rebecca lo fue —desarrolló él el razonamiento, y observó a Vanja con una mirada de aprobación que ella, naturalmente, ignoró—. ¿Hay alguna relación entre las víctimas de Uppsala y Alm?

—No que nosotros sepamos —respondió Carlos—. Pero aún no hemos hablado de ello con las otras tres.

—Hay una relación entre Ida y Klara —interrumpió Vanja.

—¿Cuál?

—Se conocen. Han cantado en el mismo coro.

Sebastian asintió para sí. Dos víctimas que se conocían. Para llegar a otra, el agresor había cambiado de ciudad. Podría ser un buen hilo del que tirar.

—¿Sabemos cómo entró? —preguntó Torkel mirando a Billy y a Ursula, que habían estado en la vivienda.

—No —respondió Ursula—. La cerradura estaba intacta, intentamos saber cuántas llaves hay en circulación.

—¿Pudo haberlo dejado entrar?

—Los planes que tenía eran seguir viva, así que es poco probable, ¿no? —respondió Sebastian, sin procurar esconder que le parecía la pregunta más

absurda de la reunión hasta el momento.

—Podía haber ido con la cara cubierta e intentado entrar en cuanto ella abrió la puerta —insistió Torkel, tratando de guardarse la irritación que sentía.

—¿La puerta tenía mirilla? —preguntó Sebastian, volviéndose hacia Ursula, que asintió en silencio.

—Una mujer que cree que la vigilan mira por la mirilla y, aunque la persona de fuera lleve el rostro tapado, abre la puerta —concluyó Sebastian con un tono de voz como si le hubiera aclarado algo a un crío de cinco años. Torkel estuvo a punto de responder, pero Anne-Lie se le adelantó.

—¿Tienes algo que aportar o estás aquí sólo para criticarnos a los demás?

—Me alegra que lo preguntes. —Sebastian se levantó y fue hacia la pizarra blanca. Les dio la espalda a los demás y la estudió unos segundos. A veces, solía empezar así sus conferencias. En silencio, de espaldas al público. Escuchando cómo se iba apagando el murmullo. Conseguir la máxima atención y expectativa.

—Mejor si es para hoy —se oyó decir a Torkel con voz impaciente.

Sebastian se volvió con un suspiro.

—El autor de los hechos ha fantaseado con lo ocurrido durante bastante tiempo y la primera víctima fue atacada, probablemente, en un ambiente con el que él estaba familiarizado, bien lejos de su propia casa —empezó, señalando el círculo con el uno en el mapa.

—Es decir, se centró en Ida Riitala —resumió rápido Torkel—. ¿Qué más?

Sebastian lo miró a los ojos. Tuvo la sensación de que Torkel quería dejarlo en mal lugar, quizá un primer paso para quitarlo de en medio.

No funcionaría.

—Es verosímil que la mujer fuera alguien que él conocía o a la que por lo menos había visto antes, incluso podía haber observado sus costumbres. Quería el menor número de sorpresas posible.

Sebastian se volvió de nuevo hacia la pizarra, esta vez señalando con la mano las fotografías que estaban allí.

—El móvil en estos casos suele ser el poder y el control, aunque no podemos descartar que se trate de puro odio hacia las mujeres, pero el *modus operandi* indica que es más complicado que eso.

Miró a los demás y vio que había despertado su interés. Pensaba hacer una nueva pausa dramática, pero se abstuvo.

—Que las duerma puede significar dos cosas: que no se ve capaz de enfrentarse a la realidad si la víctima está despierta o que quiere experimentar.

Billy miró hacia arriba, apartando la vista de los papeles que tenía delante. ¿Se lo estaba imaginando o aquello último iba dirigido a él?

—Si es eso —continuó Sebastian—, es altamente probable que la persona en cuestión haya experimentado con el control y la sumisión con anterioridad. En alguna situación sexual.

Esa vez Billy no se lo imaginó, estaba seguro de que Sebastian lo había mirado a él.

—¿Una especie de sadomasoquista? —preguntó Vanja sacudiendo un poco la cabeza, lo cual significaba que no podía entender bien a los que practicaban ese tipo de sexo.

Billy los comprendía a la perfección.

El control. El poder embriagador. La satisfacción.

—Por lo menos algún tipo de dominancia de alguna clase —asintió Sebastian—. Si el agresor considera que tiene un defecto para poder realizar siquiera el acto en sí, es muy probable que tenga pocas experiencias sexuales anteriores, o incluso ninguna, y que las que haya podido tener hayan sido negativas.

—¿Cómo lo encontramos? —preguntó Anne-Lie.

—La última categoría es difícil, ya que ese tipo de persona acostumbra a ser muy solitaria —respondió Sebastian con un suspiro—. El otro, si tenemos suerte, puede que se haya buscado un círculo de sadomasoquistas, pero no habrá tenido suficiente con eso.

—¿Tiene el saco en la cabeza algo que ver con el control? —planteó Ursula.

—Cumple dos funciones. Es una medida de seguridad: si se despiertan, no podrán reconocerlo.

—¿Significa eso que lo conocen? —preguntó Vanja.

—No tienen por qué conocerlo. También puede tratarse de culpa. Tiene que despersonificarlas. Hacer que desaparezca su cara. Literalmente.

—¿Sabemos si Ida Riitala fue la primera víctima? —interrogó Billy.

—Las fechas nos dan una pista —respondió Sebastian con sarcasmo, y en su interior visualizó que el premio a la pregunta más tonta de la reunión pasaba de Torkel a Billy.

—Puede haber zonas oscuras, mujeres que no han querido o no se han atrevido a denunciar —se defendió Billy, mirando desafiante a Sebastian.

—Es inusual en los ataques con violación —replicó Sebastian, pero, en contra de su voluntad, se dio cuenta de que realmente había algo de verdad en lo que había dicho Billy. Torkel se quedaba con el premio.

—De momento, nos centraremos en Ida —decidió Anne-Lie—. En la rueda de prensa de esta tarde anunciaremos un número de teléfono para que se denuncien los ataques, a ver si entran nuevos datos. —Se levantó para dar por terminada la reunión.

—¿Qué hay de las cámaras de vigilancia del camino a casa que tomó Ida? —preguntó Billy mientras recogía el material que tenía delante.

—Hay un par, pero ninguna en el lugar del ataque —respondió Carlos.

—¿Puedo verlas?

—Por supuesto.

—Si hay una relación entre las víctimas, quiero saberlo antes de la rueda de prensa —dijo Anne-Lie. Todos asintieron y la reunión se acabó.

Vanja se levantó y fue la primera en abandonar la sala sin dirigir la vista hacia donde estaba Sebastian. De nuevo en su despacho, Sebastian miró a Anne-Lie, que asintió con la cabeza, sonriendo satisfecha. Se agradecía el reconocimiento, pero él no se esforzaba por obtener el de Anne-Lie.

Estaba mal.

Sebastian se había dado cuenta en cuanto Ida abrió la puerta hasta donde le permitía la cadena de seguridad, después de que tanto él como Ursula le enseñaran su identificación para que la viera por la mirilla. No se sentía bien y no los quería tener allí, por lo menos a él no, pensó Sebastian cuando, en contra de su voluntad, les mostró el camino por la cerrada vivienda hasta la sala de estar, donde se sentaron en el sofá, uno al lado del otro. Ella se quedó de pie, cerca de la puerta, como si estuviera preparada para huir a la menor señal de peligro. Sebastian vio cómo se enredaba y se desenredaba nerviosa un mechón de pelo que le caía lacio sobre una mejilla, al mismo tiempo que se mordía el labio inferior. Algo se había roto en la mujer de ojos hundidos aquella noche en el cementerio. Había algo que no se había curado, que no había mejorado.

—¿No te quieres sentar? —preguntó Ursula con amabilidad señalando con la cabeza el sillón junto a la ventana.

—Estoy bien así —dijo Ida negando con la cabeza—. ¿Qué queréis?

—¿Conoces a Rebecca Alm?

Ida negó otra vez en silencio con un gesto.

—¿No has visto nunca a esta mujer? —continuó Ursula. Puso una fotografía sobre la mesa y la deslizó en dirección a Ida, que dio un paso al frente para mirarla sin hacer ademán de cogerla. Volvió a negar con la cabeza.

—No, no sé quién es. —Levantó la vista y la fijó en Ursula—. ¿Por qué lo preguntáis?

—Le ha ocurrido lo mismo que a ti —interrumpió Sebastian antes de que Ursula respondiera—. En Gävle —añadió, con la esperanza de que Ida sintiera un poco de seguridad suponiendo que el hombre que le había hecho daño se había mudado, que había cientos de kilómetros entre ellos.

Era innecesario decir más, explicarlo todo. Que esa vez el ataque había acabado en muerte y que ocurrió en el domicilio de la víctima, dato que tampoco precisaba saber. La privaría del único lugar donde se sentía segura. Su casa. Cierto que sólo faltaban unas horas para que los medios publicaran la relación entre los casos y que Rebecca estaba muerta, pero Sebastian tuvo la sensación de que el aislamiento de Ida también se daba con respecto a internet y las noticias. En el mejor de los casos, no se enteraría nunca.

Ida asintió para sí misma, no preguntó nada, ni cómo ni cuándo ni por qué, ni si tenían alguna pista.

Unos segundos de silencio.

«Está mal», pensó de nuevo. Todo su ser evidenciaba un shock y caos. A su lado, Ursula recogió la foto que le había enseñado y se levantó.

—O sea, ¿que nunca la habías visto antes?

Ida volvió a decir que no con la cabeza. Ursula dio un paso para rodear la mesa del sofá y miró a Sebastian. Debían irse.

—¿Hay alguien que te ayude? —preguntó suavemente Sebastian, que seguía sentado—. Con lo que ha pasado.

—¿Qué quieres decir?

—Las personas no funcionamos como siempre después de vivir una experiencia tan angustiada. Podemos necesitar ayuda para reponernos, a alguien con quien hablar.

—Rezo.

—Alguien más, aparte de Dios.

Ida lo miró a los ojos por primera vez desde que entraron.

—¿No crees que Él me pueda ayudar?

Sebastian no respondió directamente. Él no creía en ningún poder superior. Sin embargo, estaba convencido de que la fe y la religión podían dar al ser humano una sensación de pertenecer a una unidad, hacer creer que había algo más grande, un orden, un significado. Confiar en algo en realidad podía ayudar en muchas situaciones, pero estaba igual de seguro de que una mujer joven que había experimentado un trauma necesitaba algo diferente, algo más.

—Creo que su capacidad para ayudar de forma concreta en algo basado en el día a día es un poco limitada.

—Tú no crees en Dios ni en Jesús —replicó Ida enseguida, y parecía como si se hubiera formado una idea de Sebastian como persona y, con ello, una opinión sobre él.

—Mis padres sí que creían —respondió Sebastian con sinceridad, en un intento de recuperar el contacto.

—Pero tú no —insistió Ida ante su falta de respuesta—. Por eso no entiendes cómo ayuda a la gente que confía en Él.

Cierto. No lo entendía.

Nunca lo había entendido.

Y aún menos había demostrado confianza.

Por el contrario, había dedicado gran parte de su infancia a luchar contra todo aquello en lo que creían sus padres y contra lo que opinaban y, al final, no sólo ellos se cansaron de su desinterés rebelde y su distanciamiento activo. La última vez que se vieron, su madre le había dicho: «Dios te ha

abandonado, Sebastian. Ha apartado su mano de ti». Si así fuera, no cabía duda de que eso explicaría algo. Sin embargo, Sebastian no pensaba ser uno de esos que iban buscando en las congregaciones y en las creencias una respuesta cuando en la vida se topaba con dificultades. Sería cómodo poder culpar de todo a otro, a alguna otra cosa. No ser completamente responsable de no haber podido mantener a su hija a su lado, de no haberla podido salvar. Poder pensar que su muerte formaba parte de un plan mayor, divino. Incomprensible sí, pero un plan al fin y al cabo.

Aunque no pretendía entrar en una discusión, porque por experiencia sabía que era inútil. Era cuestión de fe. O se cree o no se cree, y cuando la gente creía, como la joven que tenía delante, nunca ganaba el sentido común ni la argumentación.

—Veo que no estás bien —dijo de la manera más empática que pudo. Ida no le respondió—. ¿Cuánto hace que no sales de casa? —continuó Sebastian, pero tampoco recibió respuesta alguna—. Ida...

—Hace algunas semanas —respondió por último.

—Escondarse del mundo no es la solución.

—Dios me dará la solución.

—La forma de ayudarte de Dios quizá se base en procurar que hables con alguien —intentó Sebastian, en vista de que Ida aceptaba por primera vez lo que le decía—. Los caminos del Señor son inescrutables —continuó, con una cita que había oído unas cuantas veces en su casa cuando había ocurrido algo que no se podía explicar—. Quizá por eso me ha enviado a mí —concluyó, viendo por la reacción de Ida que se había pasado.

—¿Crees que tú cumples la voluntad de Dios? —espetó ella con desprecio en la voz.

En situaciones normales, habría podido ser una idea que podría haber despertado su interés, pero a esas alturas no quería más que morderse la

lengua y dejarlo pasar. Probablemente había estado a punto de llegar a Ida, pero había malogrado la oportunidad.

—Yo no soy el que lo debe creer —dijo, esperando que la formulación imprecisa la hiciera reaccionar de alguna manera. No lo consiguió.

—Quiero que os vayáis —dijo Ida con sequedad.

Sebastian se levantó tranquilo. Ida se echó hacia atrás cuando él se acercó a ella y a la puerta.

—Necesitas a alguien que te ayude —insistió una última vez.

—Por favor, marchaos.

—¿No hay nadie a quien puedas llamar? —dijo intentándolo de nuevo. Ida se cruzó de brazos sobre el pecho mirando al suelo.

—Sebastian... —Ursula le hacía señales para que fuera con ella. No había nada más que se pudiera hacer. No en ese momento. Con un suspiro de abatimiento, la siguió hasta el recibidor y salieron del piso.

En cuanto se cerró la puerta tras ellos, Ida fue a poner la cadena de nuevo. Después respiró hondo luchando por mantenerse en pie, físicamente agotada por el esfuerzo de tener a dos personas desconocidas cerca. Además, dos policías.

Se dirigió hasta la cocina y se sentó en una de las sillas mientras intentaba aclarar las ideas. Posó la vista sobre el móvil que había en la encimera. ¿Debería llamar a Klara? ¿Preguntarle si también habían ido a su casa?

Claro que habían ido.

¿Qué habría respondido? ¿Habría dicho algo?

Se mordió nerviosa el labio inferior mientras pensaba cómo afrontaría una nueva visita de la policía cuando fueran a decirle que Klara Wahlgren había reconocido a Rebecca y que les había dicho que Ida también debería

haberlo hecho. Que se conocían bastante bien, por lo visto. A lo mejor bastaría con decir que no la había reconocido en la foto, que la había mirado sólo por encima.

Ida notó el sabor de la sangre y se llevó un dedo a la boca. Se había mordido el labio inferior. Contempló la mancha de sangre mezclada con saliva en el dedo. Los pensamientos se le aceleraron. Demasiados, demasiado. Rebecca también. Tenía que ser eso. No podía ser otra cosa. Con la mirada ausente, se chupó la sangre del dedo índice. Tenía razón el psicólogo ese.

Necesitaba a alguien.

Necesitaba ayuda.

Necesitaba directrices, respuestas. Alguien que decidiera. Necesitaba saber que estaba haciendo lo correcto. Cogió el teléfono y marcó un número.

Ingrid estaba irritada antes de recibir la llamada. Había sido un auténtico día de mierda, para ser sinceros. A primera hora de la mañana, un periodista la había telefoneado para preguntarle por lo que ella había dicho en unas colonias para confirmantes en Jämtland, en aquella época en la que era pastora de la congregación de la Nueva Uppsala. Uno de los confirmantes había considerado que era ofensivo y peyorativo. ¿Por qué surgía aquello ahora, tantos años después? Ingrid suponía que tenía que ver con las elecciones al obispado. En realidad, no estaba intranquila ya que, simplemente, había proclamado la palabra de Dios tal y como estaba escrita. Si alguien se lo había tomado a mal o pensaba que era ofensivo, quizá no debiera confirmarse. La confirmación era para confirmar el bautismo. Aceptar a Dios, aceptar poner la vida en sus manos.

Aunque la organización a la que pertenecía, Svenska Kyrkan, la Iglesia sueca, lo intentaba vender como una especie de curso filosófico. «El sentido está en que eres valioso e importante porque eres quien eres. Como persona, tienes la responsabilidad de tu propia vida y de cómo respondes ante los demás», como ponía en la web de la iglesia donde informaban del acto religioso. Frases hechas que podían haberse tomado de cualquier filosofía barata de autoayuda. Muy poco o nada sobre Dios. Probablemente, los confirmantes entenderían «el valor de ser tal como eran y que Dios los amaba», pero nada de que debían corresponderle en el amor a Él.

Rogarle.

Adorarlo.

Que todo trataba de Dios y de Jesús.

Sin embargo, todo lo que hoy en día no estuviera dirigido a los egos

crecientes de los jóvenes debía de considerarse carente de interés, suponía ella.

Aunque Ingrid no se había preocupado demasiado por la conversación de la mañana, la había afectado en la preparación del interrogatorio, o audiencia, como el comité lo denominaba sin base para ello. Dos personas que durante poco más de media hora le preguntaban sobre la inminente elección. Una era una mujer catedrática en Teología y Filosofía en la Universidad de Umeå, y el otro, el responsable del programa de reuniones de la Iglesia sueca en una suerte de internado en las afueras de Lund. Seguro que no tendría problemas con ninguno de los dos, pero a Ingrid le parecía que se centraban en los temas equivocados y que le hacían las preguntas incorrectas, por lo que se veía obligada a redirigirlos todo el tiempo, lo cual podría interpretarse como que se salía por la tangente.

Reacia a responder.

Como los políticos.

Después le habían dado las gracias y le habían dicho que todo había ido muy bien. Ingrid no sabía decir si sólo se lo habían comentado por cortesía o si estaban siendo sinceros. Toda su campaña era el polo opuesto a los vientos liberales que soplaban, la alternativa para aquellos que querían recuperar los valores antiguos. Y eran muchos. Muchos que con miedo veían que su Iglesia discutía en serio si Dios realmente existía o si sólo era una metáfora. Muchos que no creían lo que oían cuando veían que importantes autoridades decían que la verdad estaba en la metáfora y no en lo literal. Muchos que siguieron el debate, donde se les pedía a los cristianos que escondieran la cruz si trabajaban en sanidad, por ejemplo, porque se podía interpretar como una provocación.

Ingrid tenía respuesta a todo aquello, pero debían hacer las preguntas correctas y nadie las había planteado todavía.

Tenía la sensación en el estómago de haber desperdiciado una ocasión fantástica de llegar a ellos, lo cual había aumentado su irritación cuando, después de la audiencia, había ido a una reunión con representantes del sindicato para hablar de problemas en el ambiente laboral. Todos sabían cómo se llamaba el problema y qué puesto tenía. Ya habían asistido antes a infinitas reuniones sobre investigaciones y planes de actuación respecto a éste. Ingrid estaba segura de que nada nuevo saldría de la reunión de ese día. Pero quedó sorprendida. Parecía que el problema estaba dispuesto a dejar su trabajo si recibía un año de indemnización por despido improcedente. En ese caso, el problema tampoco tendría por qué trascender a la congregación.

Nada más que una extorsión.

Estaban intentando aprovecharse de que se presentaba a las elecciones al obispado.

Era una de los siete candidatos, de los cuales, en su opinión, tres tenían una oportunidad real de ganar. Podrían ser dos si ella optaba por utilizar lo que sabía sobre Göran Peltzén. El viaje a Londres en 2012 había resultado mucho más caro de lo previsto para la congregación de Strängnäs. Si se investigaba, según lo que Ingrid había entendido, encontrarían una serie de facturas de restaurantes y teatros cuyo pago por parte de la congregación sería difícil de explicar. Además, parecía que las esposas y los maridos los habían acompañado a un precio considerablemente reducido. La cuestión era si utilizar esa información o no. En todo caso, podía filtrarlo de forma anónima a los medios. Si lo hacía, debía estar segura de que los datos no pudieran llegar hasta ella. Podría esparcir mierda con un ventilador. En realidad, le gustaría estar por encima de eso, pero en aquellos momentos parecía que todo estuviera permitido. Estaba claro que sus competidores habían sido los que habían sacado el problema de la confirmación a la luz.

Lo había pensado en el coche el día anterior, por la tarde, cuando iba hacia casa. Llegó a la conclusión de que estaba indignada y furiosa, el peor

estado de ánimo para tomar decisiones importantes, por lo que había resuelto no decir nada por el momento de lo que sabía sobre Göran Peltzén. Las elecciones no tendrían lugar hasta al cabo de dos meses. Tenía tiempo. Dejaría pasar unas semanas, intentaría escuchar las reacciones de su audiencia. Todos estaban en la red, así que los que tenían derecho a voto se harían una idea sobre los candidatos. Quizá no fuera tan malo como creía. Lo vería cuando llegara a casa, sería lo primero que haría, y actuaría en consecuencia. Así sería. Cuando giró para meterse en el acceso de su casa en la calle Domherrevägen, se sentía mucho mejor de ánimo.

Todo se iba a solucionar.

Dios la guiaría.

Como siempre.

Acababa de apagar el motor e iba a salir del coche cuando la llamaron al móvil. Número desconocido. Ojalá no fuera otra vez el periodista aquel, pensó mientras respondía. No lo era.

—Hola, soy Ida. Ida Riitala —oyó débilmente desde el otro lado de la línea.

—¿Sí...?

—No sé si te acuerdas de mí, estuve en Ab...

—Te recuerdo —la interrumpió Ingrid con brusquedad. Lo último que necesitaba era un recuerdo de su época en Uppsala—. ¿En qué te puedo ayudar? —continuó, un poco más afable.

Durante cinco minutos escuchó a Ida, que le explicó lo de la violación, le habló de Klara y de Rebecca, de la policía, de que no había dicho nada, de las dudas.

—Pero no sé... —señaló para acabar—. Quizá tendríamos... Quizá deberíamos. ¿Qué opinas tú?

Ingrid se reclinó en el reposacabezas, cerró los ojos y respiró hondo. Ya estaba irritada antes de recibir la llamada.

—Opino que tienes toda la razón —dijo con aquella voz que sabía que la gente escuchaba. Que la hacía confiar en ella—. No hay ningún motivo para volver al pasado. Lo hemos dejado atrás, hemos demostrado arrepentimiento, suplicado perdón, y lo hemos recibido.

La respuesta fue el silencio, un silencio que interpretó como duda.

Era fácil dudar cuando se la ponía a una a prueba.

—Hiciste bien. Explicar e involucrar a la policía son soluciones humanas, tienes que concentrarte en las soluciones de Dios. Él ve la unidad, Él utiliza lo que ocurre para mejorarte a ti, hacerte más fuerte. Te pone a prueba, pero nunca más de lo que puedes soportar. Siéntete segura sabiendo eso.

La respuesta de Ida confirmó que Ingrid había empleado el argumento adecuado, que había llegado a ella. Continuó la conversación cinco minutos más hasta que estuvo convencida de que Ida estaba de acuerdo en que lo mejor era no decir nada a nadie. Terminó invitándola a que la llamara cuando quisiera y por lo que fuera, aunque en el fondo esperaba que no lo hiciera.

Se quedó sentada unos segundos pensando. ¿Debería telefonar a los demás? Klara había abandonado la Iglesia. Dejado a Dios. El argumento que había utilizado con Ida no funcionaría con ella. Una conversación en la que le pidiese que continuara callada podría incluso causar el efecto contrario. Lo mismo con Rebecca Alm. Si Ingrid la llamaba, lo más probable era que pensara que se trataba de una conspiración, que los poderes superiores estaban en su contra. Siempre había tenido una gran imaginación.

Lo mejor que podía hacer Ingrid era esperar.

Ver lo que ocurría.

Confiar en que Dios la ayudaría a solucionarlo.

Se bajó del coche y entró en la casa. Se quitó los zapatos y colgó el abrigo. Encendió algunas lámparas camino de la cocina. Cuando estaba llenando la tetera de agua, notó lo cansada que estaba.

Había sido un día largo.

Pero aún no se había acabado. Mientras aguardaba a que hirviera el agua, fue a su despacho y encendió el ordenador. Se sentó en la silla de oficina, apoyó los codos en el escritorio y la frente en la palma de las manos. La casa estaba en silencio. Menos... Ingrid se irguió. Aguzó el oído. ¿Había oído algo? Volvió la cabeza hacia la puerta que daba al resto de la casa.

Nada. Silencio.

El débil clic de la cocina significaba que el agua había llegado a la ebullición. Introdujo la clave de acceso en el ordenador antes de levantarse y e ir a prepararse una taza de té.

Más que oírlo lo presintió.

Había alguien en la casa.

Detrás de ella.

Entró en pánico, pero no le dio tiempo a volverse.

«Otra vez no, otra vez no.»

El pensamiento le pasó por la cabeza antes de sentir el pinchazo en el cuello y caer desplomada en el suelo.

—Gracias a todos por venir a pesar de lo tarde que es —empezó diciendo Anne-Lie cuando Torkel y ella se sentaron a la mesa en una de las salas de reuniones más pequeñas, en la planta baja de la comisaría, y el murmullo se apagó. En el local habría sillas para unas treinta personas, calculó Torkel. Estaban ocupadas más o menos la mitad. Es decir, unas quince. No tenía ni idea de cuántos periódicos, canales y webs estaban representados. La mayor parte de los periodistas los estaba filmando con cámaras con trípode o con el teléfono móvil en la mano.

—Éste es Torkel Höglund, de la Unidad de Homicidios de Estocolmo —continuó Anne-Lie, mirando a Torkel—. Él y su equipo nos están ayudando en esta investigación.

Torkel asintió con la cabeza brevemente hacia los allí reunidos. Sólo conocía a uno.

Axel Weber.

El periodista solía seguir el trabajo de la Unidad de Homicidios, y en el último caso había participado de manera activa. Demasiado activa, coincidirían todos. Weber le sonrió y levantó la mano a modo de saludo. Torkel no correspondió a ninguno de los dos gestos.

—A estas alturas tenemos un asesinato, dos violaciones y un intento de violación que creemos que han sido llevados a cabo por el mismo hombre —empezó diciendo Anne-Lie, y Torkel vio que el interés ascendía entre los oyentes.

Las espaldas se irguieron.

Los lápices sobre los blocs.

Los dedos en los teclados.

Antes de empezar habían decidido que Anne-Lie sería la que daría la rueda de prensa. Torkel respondería a las preguntas que le hicieran a él directamente o que ella le pasara. Nada más. En verdad, a él le daba lo mismo, puesto que no tenía ninguna opinión sobre la repartición. Era la forma en que ella lo había planteado. Como una orden. Torkel se había dado cuenta de que hacía tiempo que no recibía órdenes de nadie y notó que no estaba demasiado contento con ello.

También habían acordado lo que iban a responder, qué información compartirían y cuál retendrían. Sebastian y Ursula habían vuelto después de hablar con Ida Riitala con los mismos datos que ya tenían de la visita de Vanja en casa de Klara Wahlgren.

Ninguna de las dos conocía a Rebecca.

Sin embargo, a Vanja le había parecido que en el testimonio de Klara había algo en parte evasivo y quería dedicar un poco más de tiempo en intentar encontrar una relación. Torkel estaba convencido de que lo conseguiría. Su instinto en aquel tipo de cosas era insuperable. Carlos había comentado lo mismo después de su conversación con Therese Andersson. Tampoco conocía a Rebecca ni había oído hablar de ella. Por eso no había motivo para que informaran de que dos de las víctimas hacía tiempo que se conocían. No haría más que dar pie a especulaciones. Tampoco pensaban decir nada ni de las jeringuillas ni de las bolsas. De todas formas, si al final aquello resultaba ser tan grande como Torkel temía, esos dos detalles estarían en la calle al cabo de veinticuatro horas. En los casos que tenían prioridad y por los que los medios mostraban interés solían producirse filtraciones.

—¿Nos pueden dar el nombre de las víctimas? —preguntó un hombre calvo que estaba a la derecha con un móvil en la mano cuando Anne-Lie terminó su presentación y se abrió el turno de preguntas.

—No, no podemos. Sólo Rebecca Alm.

—La que murió. En Gävle —dijo Weber mirando sus anotaciones.

—Sí.

—¿Saben por qué cambió de residencia?

Torkel asintió para sí mismo. Una pregunta curiosa. Una pregunta oportuna. Weber había sido reportero criminal tanto tiempo que casi había desarrollado instintos policiales.

—No, por el momento.

—¿No indicaría eso que era una víctima seleccionada, que el agresor quería atacarla justo a ella? —Weber miraba fijamente a Torkel, pero fue Anne-Lie quien respondió.

—No tiene por qué ser así. Podría haberse encontrado en Gävle por varios motivos.

—Pero ¿es una teoría con la que trabajan?

—Claro que sí, pero es una entre otras muchas.

Weber se limitó a asentir con la cabeza y miró de nuevo sus anotaciones. Al parecer, de momento estaba satisfecho. Torkel se preguntó si recibiría una llamada luego, por la tarde. Una mujer pelirroja de unos cincuenta años que estaba sentada a la derecha, detrás de Weber, levantó la mano al tiempo que se inclinaba hacia delante.

—Ha dicho algo sobre sexo sadomasoquista. ¿Lo puede desarrollar un poco?

—¿De qué manera?

—Sólo desarrollarlo un poco más.

Torkel entendía a la perfección lo que buscaba. Más de sesenta años

después de la llamada revolución sexual, que desdramatizó y normalizó el sexo, todavía resultaba provocador. Tentador. Si además se trataba de una sexualidad anormal y que se podía relacionar con crímenes violentos, se convertía en pura dinamita. O puro imán, como se decía en la actualidad.

—Nuestro psicólogo criminal tiene la teoría de que el hombre que buscamos puede haber experimentado antes con el control y la sumisión — confirmó Anne-Lie a su lado—. En circunstancias sexuales.

—¿De qué forma?

Ni por asomo se contentaría la mujer con una formulación tan difusa.

Quería más.

Todos querían más.

Anne-Lie y Torkel intercambiaron una rápida mirada. ¿Cuánto deberían compartir? Por si Sebastian tenía razón, pretendían ponerse en contacto con personas que hubieran vivido escenas parecidas con el criminal, pero no querían darles a los medios demasiados detalles. Anne-Lie asintió con la cabeza hacia Torkel, como diciéndole que respondiera él. A Torkel le dio la impresión de que lo hacía para tener a alguien a quien echarle la culpa si luego la investigación les resultaba más difícil.

—Podría ser que hubiera querido que las mujeres permanecieran completamente quietas y boca abajo durante el coito. Ocultarles la cara, quizá tapársela.

—¿Les ha tapado la cara en las violaciones? —preguntó un joven sentado al fondo del local.

—Ese tipo de actividad... —respondió Torkel como si no hubiera oído la siguiente pregunta, y sintió, más que vio, que Anne-Lie a su lado opinaba que ya había dicho demasiado.

—Queremos entrar en contacto con todos los que se hayan movido por

los sitios y las direcciones donde se produjeron las violaciones antes o después de la hora del suceso —dijo Anne-Lie, dejando claro a los allí reunidos que ya habían hablado suficiente de sexo y de la forma de actuar—. Hemos hecho una lista de los lugares y las horas; llévensela y ténganla en cuenta —continuó, haciendo una señal con la cabeza a dos policías uniformados que estaban junto a las puertas, cada uno con un montón de papeles en las manos.

—Y si se enteran de alguna víctima que no haya denunciado el ataque o intento de ataque, queremos que se ponga en contacto con nosotros —añadió Torkel.

—O sea, que puede haber más víctimas —constató el hombre del fondo.

—Es lo que pretendemos averiguar —dijo Anne-Lie levantándose. Sin más palabras, recogió sus apuntes y abandonó el local antes de que Torkel tuviera tiempo de reaccionar.

Primero eran dos y al cabo de un segundo se quedó allí solo. Sorprendido por la rápida salida, se volvió hacia los periodistas. Buscó la mirada de Weber, pero por lo que parecía estaba sumido en sus anotaciones.

—Bueno... Gracias por haber venido —logró articular Torkel mientras también se levantaba—. Les agradeceríamos que nos ayudasen a sacar esta información que queremos propagar, y les iremos informando a medida que avancemos en el caso. Gracias de nuevo. —Imitó a Anne-Lie y abandonó la sala, oyendo a su espalda alguna que otra pregunta rezagada.

Dentro de la sala de reuniones se reanudó el murmullo cuando los quince periodistas recogieron sus cosas, preparados para publicar en sus diferentes plataformas lo que acababan de conocer.

Uppsala estaba siendo asediada por un violador en serie.

Que había matado a una mujer.

Y al que podría gustarle el sexo salvaje.

Axel Weber seguía sentado, quieto. Miraba sus notas. En el centro de la página había trazado un círculo varias veces con el bolígrafo.

Dos palabras.

«Rebecca Alm.»

Aquel nombre lo había oído antes.

Estoy en Uppsala. ¿Nos vemos?

Bueno, pues ya estaba mandado. Imposible borrarlo.

Me habría encantado, pero no estoy en la ciudad.

Ursula estaba a punto de preguntarle dónde se encontraba cuando se acordó de que a) era comercial, así que estaría en alguna parte con sus ventas, y b) a ella no le importaba. Incluso podía tratarse de una rápida mentira para no tener que verla.

De acuerdo, otro día será.

Ahora por iniciativa de él, no de ella.

Vuelvo a casa mañana. ¿Seguirás ahí?

Sí, estaré un par de días, por lo menos.

¿Te iría bien mañana por la noche? ¿Nos vemos?

Claro que sí.

Bien. Te llamo y decidimos algo. Tengo ganas de verte.

Sí, yo también.

Acabaron la conversación intercambiando los números de teléfono para un contacto más fácil. Ursula lo copió, fue directamente a Hitta.se, el mayor motor de búsqueda de personas de Suecia, y lo buscó. Pertenecía a Petros Samaras, en Uppsala. Por lo menos, todo coincidía, por el momento. Cerró el portátil y se recostó en la silla con un suspiro. Otra noche en una habitación normal y corriente de un hotel cualquiera.

Había estado en cientos.

Éste se llamaba Gillet y estaba a un paso de la comisaría. Un edificio de

cinco plantas que anunciaba los años setenta por la parte exterior e intentaba, con bastante éxito, parecer moderno y agradable por dentro. Tenían spa, gimnasio, restaurante y bar. A Ursula no le apetecía ninguna de las ofertas y no disponía de trabajo en el que refugiarse. No tendrían resultados preliminares sobre Rebecca Alm hasta el día siguiente, y el resto ya lo había repasado. Varias veces.

Así que ¿qué podía hacer?

Torkel había vuelto a Estocolmo. Con Lise-Lotte. A Vanja la había visitado su novio, y tampoco se hospedaba en el hotel. Billy se había quedado en Uppsala, pero seguía en el trabajo. Cuando Torkel le había preguntado si se iban a casa juntos, él le había contestado que pensaba quedarse a repasar las filmaciones de las cámaras de vigilancia. A ver si encontraba algo que pudiera darles un hilo del que tirar, un rumbo para la investigación. Llevaba medio año casado, pero no quería ir a casa con su mujer. Pero ¿quién era Ursula para juzgar? Nunca, mientras ella estuvo casada, se había dado prisa por llegar a su hogar para estar con su marido y la familia.

Quedaba Sebastian.

Si alguna vez se permitía pensar en el pasado, reconocía que cuando había estado tan contenta y satisfecha como podía sentirse había sido con él. Quizá porque se parecían mucho, quizá porque él tampoco podía o quería vivir con las exigencias que se le imponían, las expectativas, la imagen estereotipada del amor, el romanticismo y ser una pareja. La verdad, dudaba poder amar como la mayor parte de la gente esperaba que la amaran, pero había amado a Sebastian. Cuando él la traicionó fue peor que cuando Micke le dijo que había conocido a Amanda y que iba a abandonarla.

Habían estado a punto de avanzar hacia algo más, ella y Sebastian, antes de que la dispararan. Después, él la volvió a traicionar. Ahora eran amigos. O eso le parecía, aunque tenía la sensación de que Sebastian no se conformaba

con ello, de que en el fondo siempre había una expectativa de mantener sexo. Que era como la meta cuando estaban juntos.

Amigos con derecho a roce.

O follamigos, lo cual probablemente era una expresión que a él le parecería mejor.

Se había abierto a ella, le había hablado. Sobre la culpa, la ausencia y la pena. Se le había acercado más, pero era lo más próximos que podían estar.

Por mucho que Ursula creyese que podían estar bien los dos juntos, realmente a gusto, no pensaba dar ese paso.

Era demasiado pesado.

Él era demasiado imposible, estaba demasiado herido.

No se permitiría ser feliz, la volvería a traicionar sólo para hacerse daño a sí mismo, y Ursula no pensaba exponerse a ello.

Otra vez no.

Pero necesitaba algo, no, en realidad no necesitaba nada, pero quería algo. Algo sencillo, espontáneo, sin exigencias.

Como lo que tuvo durante un tiempo con Torkel.

Apenas un mes atrás, después de haber navegado por internet varios días, se había registrado en una página de contactos. Por lo visto, así era como en la actualidad todo el mundo conocía a alguien, pero había rellenado sus datos y se había apuntado con una sensación de desgana. Las respuestas, o los contactos, no se habían hecho esperar. A la mayor parte los había descartado directamente; al resto, después de unas pocas conversaciones iniciales. Menos uno, con el que había estado chateando desde hacía tres semanas.

Petros Samaras, cincuenta y tres años, separado, dos hijos, comercial para unos laboratorios farmacéuticos, residente en Uppsala.

En cualquier caso, era quien decía ser, si bien era imposible saberlo con certeza. Ni siquiera podía estar segura de si su aspecto real era el de su perfil. No se habían visto nunca. Había hecho frente a la tentación de buscarlo en el registro de la policía. Sólo una rápida búsqueda en la red demostró que existía de verdad un hombre con ese nombre que residía en Suecia.

Al volver del trabajo había encendido el ordenador, se había conectado, había entrado en su página privada para chatear y le había escrito un breve saludo, preguntando si tenía un momento.

Tardó menos de dos minutos en contestar.

Tras las frases iniciales de cortesía acerca de cómo estaban (bien), qué hacían (nada especial) y la información de que en realidad estaba pensando en llamarla unos minutos antes de que ella le escribiera (dos almas, el mismo pensamiento), Ursula se quedó sentada con los dedos en el teclado. El ímpetu inicial de pronto ya no era tan fuerte. ¿Realmente iba a seguir con aquello? Sí, fue la respuesta. ¿Por qué no?

Estoy en Uppsala. ¿Nos vemos?

Allí estaba ella.

Sentada en la habitación de su hotel.

Cogió el teléfono, lo mejor sería poner su número en los contactos, así vería si era él quien la llamaba. Cuando acabó, se quedó sentada con el móvil en la mano.

Lo cierto era que en Uppsala había alguien más a quien conocía.

No tan bien como debería, pero aun así...

—Está abierto, es céntrico y barato —respondió Bella, poniendo una cerveza y una copa de vino sobre la mesa antes de sentarse en un banco frente a su madre.

—No hace falta que sea barato, pago yo.

—Me gusta esto.

Ursula miró a su hija, que le dio un sorbo a la cerveza. Puede que le gustara de verdad aquel lugar, pero a lo mejor lo había elegido porque era probable que Ursula no opinara lo mismo. Media escalera bajo tierra, oscuro, casi apagado, cuatro bombillas cubiertas de polvo, lámparas de pantallas desiguales en las lamentables paredes de obra vista. Mesas pegajosas de madera con un banco en cada lado, sin sillas. Espejos de bar que no había visto desde los años ochenta y una solitaria máquina tragaperras en un rincón. El resto de la gente tenía pinta de no disponer de dinero para pedir nada o de que no los dejarían entrar en ningún otro sitio.

Pero Ursula lo dejó pasar de inmediato.

Antes de salir del hotel, había decidido no provocar el conflicto. Hacer todo lo posible para disfrutar de una conversación agradable entre madre e hija. De sobra sabía que no habían tenido esa oportunidad muchas veces.

Culpa suya. Como siempre.

Había mantenido las distancias.

No había sido como las otras madres.

Las demás madres no abandonaban a sus hijas cuando tenían siete años para irse a vivir a Estocolmo con su amante.

Las demás madres no estaban para sus hijas sólo cuando les iba bien.

Las demás madres demostraban con palabras y actos que querían a sus hijas.

Ursula había contribuido de todas las maneras posibles a que Bella fuera la hija de papá.

Cuando llegó el divorcio, se dio cuenta de que estaba obligada a crear una nueva relación con Bella para no perderla del todo. Hasta la fecha había ido regular.

Llamadas telefónicas esporádicas.

Sin visitas. Hasta ahora.

—Te veo bien —dijo probando el vino de la casa. El único blanco que tenían, según Bella, cuando pidió un chardonnay.

—Sí, estoy bien, creo.

—¿Cómo van los estudios?

—Bien.

—¿Qué estudias?

—Derecho Fiscal.

—Interesante.

—No mucho.

Se hizo el silencio entre las dos. Ursula sorbía su ácido vino. Parecía como si dependiera de ella hablar de algo.

—Hacía tiempo que no nos veíamos.

—El año pasado. Estuviste aquí y me explicaste que tú y papá os ibais a divorciar.

Aquel encuentro no había acabado como Ursula esperaba, no había nada que le apeteciera recordar ni que le recordaran, por lo que prefirió no continuar por ahí.

—¿Cómo está Andreas?

Un suspiro profundo de Bella puso de manifiesto que la pregunta no era bienvenida o que, de alguna manera, resultaba errónea.

—Ya no estamos juntos. Hace casi un año que lo dejamos.

—No me lo habías dicho.

—Tú no has preguntado.

—Puedes contarme las cosas aunque no te pregunte.

—Quizá lo habría hecho si hubiera creído que te interesaba... mi vida.

Ahí llegaba. La crítica. Ursula había sido muy optimista al pensar que podrían verse como si nada después de un año de distanciamiento y otras prioridades.

—Lo siento si te he dado esa impresión —dijo Ursula con una sinceridad en la voz que no se podía esconder. Bella la miró como si se hubiera esperado otra cosa. Que Ursula se hubiera sentido injustamente acusada, que se defendiera, que se quitase la culpa—. Me interesa —continuó Ursula con la misma sinceridad—. Sólo es que siempre me ha resultado difícil demostrarlo. Y tú siempre has estado más cerca de papá.

—Me pregunto por qué será —respondió Bella.

—Antes de que nos separáramos me enteraba de cosas tuyas a través de él —continuó Ursula, sin hacer caso al comentario—. Voy a ser mejor madre, te lo prometo. Quiero ser mejor.

Bella no respondió, aunque asintió con la cabeza. Ya era algo. No era que todo se hubiera arreglado entre ellas por arte de magia, con el tiempo tendrían

que hablar del papel que había desempeñado Ursula y de cómo habían acabado así, pero era un primer paso. Ursula creía que las dos podían percibirlo y consideró que no hacía falta hablar más de ello en aquel momento.

—Así que nada de novios. ¿Y cómo va el voleibol? —preguntó desviando la conversación.

—No he dicho que no tuviera novio, he dicho que ya no estaba con Andreas.

—¿Y quién es ahora?

—Se llama Nicco. Está un curso por detrás del mío. Nos conocimos en la semana de bienvenida a los nuevos estudiantes.

Ursula le sonrió mientras tomaba el vino intentando no hacer muecas de asco, invitándola a explicar más, pero por lo visto era todo lo que Bella estaba dispuesta a compartir sobre su nuevo amor. ¿Debería Ursula preguntar más para mostrar interés o sólo sería interpretado como una malsana curiosidad? Tenía tan poca experiencia en esas cosas...

—¿Quieres que te cuente cosas que no me preguntas? —quiso saber Bella, decidiendo por ella la continuación.

—Sí.

Ursula vio la sonrisa tras el vaso de cerveza y de pronto tuvo la sensación de que quizá se arrepentiría.

—Voy a tener un hermanastro.

—¿Ah, sí?

—Nacerá en febrero. Amanda está embarazada de cinco meses.

Ursula tardó en responder. Definitivamente, no estaba celosa, y en realidad tampoco sorprendida. Micke había tenido la oportunidad de

recuperarse, de hacer las cosas bien, y estaba claro que la había aprovechado.

Era otra cosa lo que la molestaba.

—Qué bien —dijo al fin—. Felicítalos de mi parte cuando los veas.

—Eso haré.

Era la sonrisa de Bella. Quizá deseaba un hermano y estaba contenta por Micke. O le satisfacía haber explicado algo que creía que su madre no quería saber.

Decidió lo segundo, que su hija, de forma inconsciente, pretendía herirla. Se volvió hacia el bar lleno de gente. Daba igual que el vino estuviera un poco ácido y a temperatura ambiente.

Quería otra copa de vino.

Como mínimo.

El camarero le puso delante una nueva copa de ginger ale. Sebastian hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y la cogió con un suspiro. Irritado, inquieto y aburrido: con eso resumía bastante bien su actual estado de ánimo.

Había estado un rato tumbado en la habitación al volver de la comisaría; había pensado en el caso; había estado a punto de quedarse dormido, pero al final había logrado no sucumbir al sueño.

No quería arriesgarse a soñar.

Despertarse sudoroso con la mano derecha cerrada en un puño. Con el ruido de la masa de agua retumbándole en los oídos. Con el vacío y la tristeza metiéndosele dentro. No podría volver a dormirse, no podría dormir más en toda la noche.

Así que se había levantado, se había dado una ducha rápida y había ido a llamar a la habitación de Ursula.

Sin respuesta. No había nadie.

La decepción lo llevó al bar, y allí se sentó. Pidió el primer ginger ale de la noche y miró a su alrededor. Había cierto potencial. No mucho ni muchas, pero seguro que podría llevarse a alguna a la cama. La mujer que estaba sentada sola con su tableta en una mesa del fondo, por ejemplo.

Cuarenta y cinco, quizá. Normal y corriente. Ni la ropa ni el peinado manifestaban seguridad en sí misma. Unos kilos de más en la cintura. Se imaginó yendo hacia ella. Empezaban a hablar. En cuestión de minutos, Sebastian soslayaba la inicial aversión a la compañía y conseguía invitarla a tomar algo. Saber cómo se llamaba cuando llegaba su bebida y en qué

trabajaba, qué la tenía ocupada una noche como aquélla en un hotel de Uppsala.

Interesado, sensible, quería saber más.

Por completo concentrado en la mujer de enfrente.

El juego. La seducción. Como un baile. Conducir y acompañar, alternativamente. Todo para que se sintiera atendida, apreciada, y lograr sembrar el deseo de algo más, para que experimentara que era ella la que lo seducía a él, no al revés. Idea de ella que se fueran del bar; idea de él que subieran a la habitación de ella.

Seguro que funcionaba. Lo había hecho cientos de veces. Pero aquella noche no. Había prometido comportarse.

Sebastian 2.0.

Nuevo y mejorado.

Ya se estaba arrepintiendo.

«Irritado» estaba a punto de desbancar tanto a «inquieto» como a «aburrido» en la lista de sentimientos que predominaban en él.

Por culpa de Anne-Lie.

Su puta norma del celibato.

Una cosa era no acostarse con gente de la investigación, pero ¿qué importancia tenía si se follaba a alguien de mediana edad, a una asistente de un auditor de Vänersborg o lo que fuera que fuesen las mujeres que había por allí? Ninguna. Pero no se atrevía a arriesgarse. Si alguien se enteraba, lo echarían del caso.

Eso no podía ocurrir.

Ursula podría haber sido su salvación. Iban a cenar juntos, pero por lo visto le había surgido otra cosa, algo mejor que hacer. Lo había dejado solo.

Así que también era culpa suya.

Un movimiento en las puertas de entrada llamó su atención. Hablando del papa de Roma... Ursula había vuelto. Sebastian la llamó y le hizo unos gestos. Vio que estaba un poco bebida cuando llegó hasta él y se sentó en el taburete de al lado. Quizá la noche no estaba del todo perdida.

—¿Dónde has estado?

—Me he visto con Bella... Mi hija —añadió cuando no notó ninguna reacción en Sebastian—. Está estudiando aquí.

—Sí, ya lo sé —mintió Sebastian. Seguro que se lo había dicho alguna vez, pero él no había escuchado—. ¿Por qué?

—La aceptaron aquí.

—No, ¿por qué la has visto?

—¿Qué dices, por qué? —Ursula parecía que todavía no lo entendía—. ¡Es mi hija!

—Hasta ahora nunca había tenido importancia. ¿No has sido algo así como la peor madre de Suecia?

Ursula lo miró fijamente. De acuerdo, sería una de esas noches. Había dos alternativas. Podía irse del bar y subir a su habitación. O podía ignorar la ofensa y mirar de redirigir la conversación hacia algo que fuera real. Explicarle el encuentro con Bella, cómo se habían sentido toda la tarde, entre bien e incómodas, que no tenía muy claro cómo había ido ni de qué les había servido, en verdad.

Pero Sebastian no mostraría ningún interés. No en una situación normal, y menos aún aquella noche, cuando saltaba a la vista que estaba de mal humor. Era probable que lo disimulara, pero sólo porque creería que eso lo ayudaría a llevársela a la cama.

—¿A qué cojones ha venido ese insulto? —preguntó Ursula con la voz cortante, y se decidió por una tercera opción: quedarse, pero poniendo límites—. ¿Quieres que me vaya otra vez?

—No —dijo Sebastian escuetamente y apartando la mirada.

—Pues cuidadito.

—¿Qué quieres? Es la verdad.

—Eso no significa que me lo tengas que restregar por la cara.

Un breve gesto seguido de un silencio que la gente normal aprovecharía para pedir perdón, ése fue todo el intento de arreglarlo. La gente normal, no Sebastian.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ursula al final—. ¿Por qué estás tan enfadado?

—He tenido una noche de mierda y es por culpa tuya.

—¿Por qué?

—Íbamos a cenar juntos, pero te has ido por ahí.

—¿Habíamos quedado?

—Lo dijiste tú. Ayer.

Era verdad. La conversación por Skype. Pero había sido una propuesta cuando los dos creían que estarían en Estocolmo y el interés de Sebastian sólo parecía el estrictamente necesario, creía recordar Ursula.

—Pues no ha podido ser —dijo ella suspirando—. Así que ve con cuidado.

Una nueva y maravillosa ocasión de pedirle perdón.

—A la mierda, ahora estás aquí —señaló Sebastian haciendo caso omiso, y llamó con un gesto al camarero—. La noche es joven y aún puedes

congraciarte conmigo.

La contempló con una pequeña sonrisa. Un atisbo de expectativas y de esperanza en la mirada. O puede que Ursula se lo estuviera imaginando. ¿Veía demasiado porque lo conocía tan bien? Lo mejor era dejar las cosas claras.

—Para que lo sepas, no pienso acostarme contigo.

Pudo sentir perfectamente cómo la irritación de él iba en aumento, pero eso era su problema, no el de ella. Con cautela, le puso la mano encima de la suya en la barra del bar.

—Puedo quedarme a tomar una copa de vino contigo si quieres compañía.

Era lo que hacían los amigos. Ayudarse. Dedicarse tiempo. Ofrecer cercanía y cuidados. Fuera como fuese, lo había amado una vez. Por supuesto, con Sebastian Bergman era tiempo perdido, debería haberlo tenido en cuenta antes de que él retirara la mano.

—Porque te doy pena.

—Porque me gusta estar contigo cuando no eres un cerdo, cosa que sigues siendo demasiado a menudo, que lo sepas.

Sebastian la miró a los ojos. Se arrepintió de haberse sincerado con ella aquella vez en la cocina de Grev Magnigatan. Haberse mostrado vulnerable, haberle dado la impresión de que necesitaba a alguien, de que quería unir lazos. Brindarle la posibilidad de aprovecharse de su debilidad, sencillamente.

—Prefiero estar solo, no quiero que te quedes conmigo por compasión.

—De acuerdo, haz lo que quieras —respondió ella deslizándose del taburete mientras cogía el bolso. Había llegado al límite. Más que eso. Le

había dado más oportunidades que a nadie—. Hoy has estado muy dulce con Ida Riitala. Deberías cultivar más esa parte.

—Dulce, suave y cariñoso... Ese tipo de hombres tienen un nombre. Se llaman Torkel.

Ursula no tenía fuerzas ni para intentar descubrir si era una crítica hacia su jefe o una expresión de envidia de algún tipo. No se molestó en saberlo.

—Torkel es bueno, y lo sabes —se limitó a decir.

—Es el equivalente humano a la postura del misionero. Hace el trabajo, pero, joder, no tiene ni pizca de interés.

—Buenas noches, Sebastian.

Y se fue. Él la vio irse.

Todo se había ido a tomar por saco.

Porque él lo había provocado.

Cuanto más se le acercaba alguien, más ahínco le ponía. Ursula sabía cómo funcionaba, qué era lo que lo motivaba, estaba convencido, pero no estaba seguro de que eso ayudara. Cogió el teléfono y escribió un mensaje —«PERDÓN»— mientras recordaba lo que ella le había dicho en Ulricehamn.

«En lugar de ser un capullo y luego pedir disculpas, ¿te has planteado alguna vez dejar de ser un capullo?»

Lo envió de todas formas.

Mejor era eso que nada. Esperaba.

Hizo que cargaran la bebida a su habitación y se fue del bar. Subió, se tumbó en la cama y puso la tele. Un programa educativo de UR, la filial de la televisión pública destinada a la enseñanza. Como si la noche no hubiera sido ya lo bastante catastrófica.

Se obligó a sí misma a cerrar los ojos.

A pesar de que daba un brinco al mínimo ruido, se convenció de que podía relajarse.

Estaba segura. La casa estaba vacía. Él ya no estaba.

Pero había vuelto. Lo había hecho de nuevo.

Poco a poco, pero conscientemente, empezó a enterrar los recuerdos de cómo se había despertado, la oscuridad a pesar de tener los ojos abiertos antes de quitarse el saco. Cómo respiraba de forma pesada y ávida mientras se levantaba, se quitaba la ropa de cintura para arriba y se metía en la ducha. La piel de los dedos todavía arrugada, cruzados sobre el pecho. Concentrarse en la respiración. Inspirar por la nariz, espirar por la boca. Ignorar la vocecilla en su cabeza. En lugar de pensar en lo que había ocurrido, una oración permanente y en silencio al Señor.

La estaba poniendo a prueba.

Pero lo iba a superar.

Dios había permitido que sucediera lo terrible. Dos veces. Habría sido tan fácil empezar a dudar... Pero sabía que Él quería utilizar lo que había pasado para cambiarla. Dejar que saliera de aquello más fuerte que antes. Junto a Él. Tenía que estar dispuesta a poner su vida en sus manos, Dios la llevaría a una nueva fase. La ayudaría a conseguir nuevas ideas, a alcanzar un nivel nuevo, a llevarla un paso más cerca de la persona en la que Él quería que se convirtiera. La prueba, por dolorosa que fuera, se demostraría valiosa. Con el calor del horno sube la escoria y se purifica el oro, como había dicho una vez un compañero de oficio.

Así que se quedó tumbada boca arriba en la cama con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el pecho y rezando en silencio para sí misma. Confirmando una y otra vez que estaba dispuesta a dejarse llevar, ella y su vida, hacia Él, alabarlo sabiendo que Él siempre era la solución, que había un plan. Sintió cierta tranquilidad y el recuerdo ya empezó a desdibujarse. Estaba segura de que Dios la ayudaría a encontrar un camino porque Él sabía que tenía lo necesario para seguir.

Igual que la otra vez. La primera vez.

Él la había hecho pasar por aquello. Habían transcurrido días, semanas incluso, sin que ella pensara en ello, sintiendo que, de una forma extraña, la hacía centrarse en que todo lo que ocurría tenía un sentido, tan cerca de las elecciones al obispado. Tenía que mirar hacia dentro, examinarse a sí misma, ser más la persona que Jesús tenía la intención que fuera.

La diferencia era que esta vez podía hacerse una idea de qué se trataba.

Ida, Klara, Rebecca y ella.

Un acto de castigo.

Costaba creer que pudiera ser otra cosa, pero nunca consentiría que nadie lo supiera.

Ni ahora, ni nunca.

Se lo preguntó a sí misma en la ducha. ¿Debía llamar a las demás? ¿Advertirlas? ¿Explicarles que lo peor podría repetirse? ¿Que no se había terminado del todo?

En ese caso, seguro que se pondrían en contacto con la policía. Creerían que las protegería. Quizá idearían alguna forma de tenderle una trampa al hombre en cuestión. Fuera como fuese, la policía descubriría dónde buscar, con el tiempo lo detendrían y se acabarían los abusos y el sufrimiento. Si sólo

se tenía eso en cuenta, la respuesta a la pregunta era muy simple. Sí, tenía que llamarlas. Tenía que advertirlas.

Pero...

La policía se preguntaría por la relación entre las cuatro mujeres —Ida había dicho algo de una quinta, pero Ingrid no había oído hablar nunca de ella—; ¿por qué habían mentido en un principio?, ¿qué era lo que había desencadenado unos abusos tan violentos?

Se verían obligadas a explicarlo. Saldría a la luz. En el mismo instante en que eso ocurriera, sus posibilidades de ser obispo se las llevaría el viento. Sus posibilidades de proclamar el Evangelio y propagar la palabra de Dios como estaba pensado se perderían. El declive de la Iglesia sueca seguiría avanzando con total libertad, con una voz fuerte menos en la oposición.

Decisiones difíciles de tomar en situaciones normales; en las circunstancias actuales, casi imposible. Al final, optó por no hacer nada. No decir nada. Al menos de momento. Si la voluntad de Dios era advertir a las demás, que no sufrieran más maldades, Él se encargaría de que lo supieran.

También rezó por ello. Que Él mantuviera su mano protectora sobre ellas. Lo iba intercalando entre las promesas y las alabanzas que tanto la tranquilizaban, aunque no parecía que lograra acallar la vocecilla que resonaba en su cabeza.

¿Había tomado una buena decisión? ¿Por los motivos correctos? De hecho, ¿no se había elegido a sí misma antes que a las demás? Actuando de forma egoísta. Contraria a sus creencias, incluso. Probablemente, en sus manos tenía la oportunidad de evitar el dolor. El precio que debía pagar era el título de obispo.

¿Valía la pena? ¿Era correcto?

Todo formaba parte de la prueba y era Dios quien tenía la solución. No ella. Ella sólo podía buscarlo a Él. Sin poder evitarlo, de pronto le vino a la

cabeza la carta a los Romanos 12:19.

«No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: “Mía es la venganza, yo la cobraré”, dice el Señor.»

Ingrid apartó el pensamiento, todos los pensamientos, incluso la vocecilla, y rezó con intensidad para poder olvidar. No sólo el trauma psíquico y físico de la noche, sino todo: Linda Fors, la noche calamitosa de hacía ocho años, la decisión que tomaron entonces.

Para liberarse de la carga, aunque fuera sólo por un momento.

Sus plegarias fueron atendidas en forma de un sueño intranquilo.

*15 de octubre* Hablan de mí en los periódicos. En la red.

Según dicen, Rebecca Alm murió. No lo sabía.

Sabes que no era ésa la intención.

La policía pide ayuda. Pistas. Buscan testigos.

Por lo visto, nadie ha dicho nada.

Supongo que la culpa y la vergüenza los frena.

Por eso se necesita la ayuda de la sociedad.

Sería absurdo confiarme, creer que no cometo errores.

La cuestión es si subir el ritmo, hacer más antes de que me cojan, o no hacer nada durante un tiempo.

Debo continuar. Pero una palabra, tu nombre en boca de alguien, y me encontrarán. Me pararán.

Aún no he acabado.

Lo sabes, Linda.

Esta noche he vuelto a soñar contigo.

Como siempre que se acerca tu cumpleaños.

Estabas tumbada en el asiento de atrás. Había sangre por todas partes.

Dijiste que la culpa no era de ellas.

Pero era un sueño.

Claro que era culpa suya.

La canción que había escuchado en la radio mientras aparcaba se le había quedado en la cabeza.

No sabía cómo se llamaba, pero la habían tocado por todas partes el pasado verano. Era una canción española en la que Justin Bieber cantaba una parte. Lo sabía porque a Vilma le gustaba Justin Bieber. Dos o tres años atrás habrían hablado de «adorar», pero esa obsesión se había relajado un poco y Torkel creía que había descendido al nivel de, simplemente, «gustar».

Salió silbando del ascensor, fue hacia la máquina de café, puso una taza y pulsó la opción de café con leche. Había tenido una noche agradable. Lise-Lotte y él cenaron tarde, hablaron de cómo habían pasado el día mientras veían las noticias, y después se fueron a la cama.

Alguien en casa.

Alguien con quien hablar.

Alguien con quien dormir.

Todo cuanto deseaba.

Cogió la taza y entró en su despacho. Anne-Lie ya estaba en su sitio, detrás de las paredes de cristal. Levantó la mano a modo de saludo, se dirigió hacia su escritorio y se quitó el abrigo.

—Ya estás aquí —constató Anne-Lie cuando fue a su encuentro. Torkel creía que sería el primero en llegar. Había salido de casa cuarenta y cinco minutos antes de lo necesario por si el tráfico estaba congestionado, pero había circulado bien.

—Quería ver si todo funcionaba bien con el personal extra y los informadores.

—¿Ha llamado mucha gente?

—La verdad es que no. Algunos, pero no muchos.

Torkel asintió sorprendido, decepcionado. La última vez que la Unidad de Homicidios había tenido que hacer una rueda de prensa para pedir ayuda, recibieron cientos de pistas. Aunque también era cierto que los medios de comunicación le habían dado más bombo, como era natural, porque los muertos eran famosos de medio pelo.

—¿Algo que valga la pena? —preguntó Torkel, dio un sorbo al café y se sentó en su sitio.

—Aún no.

Anne-Lie apartó una silla de la mesa más cercana y también se sentó.

—¿Cuánto hace que estás en la Unidad de Homicidios?

—Mucho, más de veinte años.

—O sea, que te gusta.

—Sí, casi siempre.

—¿Cuántos años tienes?

Torkel la miró asombrado. No se esperaba la pregunta.

—Cincuenta y ocho. ¿Por qué?

—¿Crees que trabajarás hasta los sesenta y tres?

—No sé. Quizá. ¿Por?

Anne-Lie se quedó callada. Había tenido la idea en la cabeza hacía un tiempo. El día anterior, al llegar a casa, se la había planteado a sí misma. En breve haría veinte años que era policía. Siendo ya comisaria, le habían preguntado si quería ser jefa de región, pero había rechazado la oferta. Demasiado trabajo administrativo. Había operado en muchas partes de

Suecia, yendo de un lado a otro, porque se cansaba bastante deprisa. No del trabajo en sí, sino de los lugares, de la gente. Cuando todo empezaba a ser rutinario, le entraban ganas de irse. Viajar por todo el país con nuevas investigaciones, nuevos compañeros, trabajar siempre en casos destacados.

Eso le iría bien.

Eso le gustaría.

—He pensado, es que... Soy buena amiga de Rosmarie Fredriksson del NOA, el Departamento Nacional Operativo, y hablamos a veces —dijo, encogiéndose de hombros como para señalar que entre ellas comentaban ciertas cosas.

—¿Habláis de mi eventual jubilación? —Torkel se sentó con su taza y se inclinó hacia delante. Rosmarie Fredriksson no sólo estaba en NOA, también era la jefa inmediata de Torkel. Podía describir su relación con ella como profesionalmente tensa.

—No, no —respondió Anne-Lie con una encantadora y ligera risa—. Hablamos de que parece ser un trabajo divertido.

—¿Lo quieres?

Anunciar de forma abierta que iba detrás del puesto de Torkel sería echarle mucha cara y no ayudaría a su ya un poco tirante relación en el trabajo actual, pero no pensaba mentir ni pedir perdón por ser ambiciosa.

—Lo tienes tú —respondió de forma diplomática y concisa.

—Es verdad. Lo tengo yo.

Fijó la mirada en ella como para dejarle claro que pretendía mantenerlo. Anne-Lie le sonrió justo cuando Carlos entraba en el despacho junto a Vanja y Ursula.

—Joder, qué frío hace —murmuró éste, frotándose las manos

enguantadas camino de su puesto de trabajo. Torkel no respondió. Había visto en el termómetro del coche que hacía cuatro grados en Uppsala. Frío para esa época del año, quizá, pero resultaba fácil abrigarse para no sufrirlo y no había ningún motivo para parecer que uno volvía de una expedición al polo.

—Buenos días a todos —saludó Anne-Lie levantándose—. Coged café, el que quiera, y nos vemos en la sala de conferencias dentro de diez minutos.

—¿Han llegado Billy y Sebastian? —preguntó Vanja.

—Llegarán dentro de diez minutos o así.

Tras decir aquello, se fue a su despacho. Torkel tomó su taza y se acercó a Vanja y a Ursula.

—Buenos días, ¿venís juntas?

—Vanja me ha pasado a buscar —respondió Ursula sonriéndole a su compañera.

—¿Y dónde has dejado a Sebastian?

—No sabía que fuera responsabilidad mía.

—Como os hospedáis en el mismo hotel pensé que...

—No lo he visto desde ayer por la noche.

—Vale, pues esperemos que aparezca.

—O no —añadió Vanja.

Terreno minado. Saldría perdiendo hiciera lo que hiciese. Mostrarse de acuerdo con Vanja, aunque fuera de broma, irritaría a Ursula, y señalar ligeramente que Sebastian formaba parte del equipo irritaría a Vanja. Así que guardó silencio.

—¿Café? —preguntó Ursula dirigiéndose a Vanja.

—Te acompaño.

Juntas abandonaron la sala. Torkel tuvo la impresión de que de alguna manera había conseguido irritarlas a las dos. El equipo no era el mismo. A veces parecía como si estuviera a punto de desintegrarse. Quizá ya lo estaba. Habían pasado muchas cosas en sus respectivas vidas durante los últimos años, pero Torkel no podía quitarse de encima la sensación de que los problemas habían empezado cuando Sebastian apareció en Västerås y él decidió incluirlo en la investigación. Recordaba lo que le dijo entonces a Sebastian, después de su primera reunión: «Procura no hacer que me arrepienta».

No sabría contar cuántas veces lo había hecho desde ese día.

Añadió otra más.

—Buenos días.

Cuando entraron los demás, Sebastian ya estaba sentado en la sala de conferencias con una serie de escritos ante sí que había clasificado en distintos montones sobre la mesa. El saludo lo dedicó a la sala, pero con la vista fija en Vanja; estaba claro que sobre todo iba dedicado a ella. Vanja respondió con una mirada que significaba que lo quería ignorar por completo, pero que su educación y buenos modales se lo prohibían.

—Hola.

Más breve que eso no podía ser. Apartó la primera silla libre que había junto a la mesa, lo más alejada de Sebastian que le fuera posible.

—He ido a comprar cruasanes para todos —continuó Sebastian, al parecer de un humor inmejorable y señalando con la cabeza una fuente con bollería sobre la mesa.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —dijo Torkel, haciendo un gesto hacia el material que Sebastian tenía delante mientras se sentaba.

—Pensé que valía la pena repasar todas las pistas que han llegado desde ayer.

—Tenemos a un grupo de oficiales que se encarga de ello —informó Anne-Lie.

—Ya lo sé, sólo estoy mirando que no se les haya pasado nada por alto. Para eso estoy aquí, ¿no? Para contribuir con mi experiencia.

No pensaba explicarles que se había despertado por culpa de la pesadilla a las cuatro y media de la madrugada y que no había podido volver a dormirse. Que la habitación del hotel era como una celda. Que la angustia lo

había obligado a salir de allí y que, para ser sinceros, no tenía otro sitio adonde ir.

—Por lo demás, he pasado la noche en el hotel —prosiguió contento—. Estuve con Ursula un rato en el bar cuando volvió de ver a su hija, después me fui a la habitación y me acosté. Solo. Buen comportamiento, la polla en los pantalones. Según lo acordado.

—De acuerdo, pero a lo mejor podríamos ir empezando —dijo Anne-Lie con un suspiro, al mismo tiempo que Billy entraba en la sala con su ordenador en una mano y una taza de café en la otra.

—Siento llegar tarde —murmuró mientras se sentaba y se preparaba. Sebastian lo miró cuando abría el portátil y lo conectaba con familiaridad al proyector de la sala. Parecía cansado. Podía ser tan sencillo como que trabajaba hasta tarde y dormía poco.

Sebastian esperaba que fuera eso.

La alternativa lo asustaba.

Billy estaba roto. Había tenido que matar en acto de servicio. Dos veces. De alguna manera había relacionado los hechos con el placer. Poder, lujuria, deseo. Sebastian lo sabía, pero se había dado a sí mismo diversos motivos para no hacer un seguimiento. Convencido de que no era preciso. Que había sido una cosa puntual haber visto a Billy matar a un gato el verano pasado. Que Billy se había dado cuenta de que era una locura. Que lo tenía bajo control, como le había asegurado a Sebastian la última vez que hablaron de ello.

Sin embargo, a Sebastian le parecía que el día anterior había mostrado otra cara. No tenía por qué haber ido a más necesariamente, pero había sido suficiente para que se preguntara si su compañero de trabajo lo tenía de verdad todo controlado. Lo más probable era que a Sebastian le tocara abordar el tema de nuevo, pensó con desgana.

—¿Quién empieza? —planteó Anne-Lie interrumpiendo sus reflexiones.

—Ayer repasé las filmaciones de las cámaras de vigilancia de cerca de los escenarios de los crímenes —dijo Billy respondiendo a la pregunta de Anne-Lie—. Tal y como yo lo veo, en realidad sólo nos dan un posible hilo del que tirar.

Presionó algunas teclas del teclado y una imagen borrosa de una cámara de vigilancia surgió en la pared.

—Ése es un Audi Q3 negro de 2015. El día dieciocho pasa por delante de la cámara, en la calle Thunbergsvägen, diez minutos antes del ataque a Ida Riitala.

Carlos se levantó y fue hasta el plano de la pared, cogió un bolígrafo y le puso una cruz. Todos vieron lo cerca que quedaba del círculo y del «1» que Anne-Lie había marcado previamente. Billy abrió otra imagen al lado de la primera.

—Éste es un Audi Q3 negro del mismo año; estaba en la esquina de la calle Sågargatan con la explanada de Kungsängsesplanaden sólo unos minutos después de que Klara Wahlgren fuera atacada antes de ayer.

Carlos señaló el lugar en el mapa, a unas manzanas del aparcamiento de los locales de Studieförbundet.

—¿Qué matrícula tiene? —preguntó Torkel, haciendo que todos miraran con atención el pequeño rectángulo sobrepuesto en las dos imágenes, donde debería aparecer la matrícula.

—Está tratada con algún tipo de espray reflectante para evitar las cámaras.

Casi todos los presentes asintieron en silencio. Aquello no lo hacía menos sospechoso.

—¿Y cuántos Q3 de 2015 hay por los alrededores? —quiso saber Torkel,

volviéndose de nuevo hacia Billy.

—Muchos, demasiados. Tengo una lista de la Junta de Transporte. Después pensé en lo que Sebastian dijo de que es muy posible que el primer ataque tuviera lugar no muy lejos del propio domicilio del criminal.

Las imágenes de las cámaras de vigilancia fueron sustituidas por una foto del registro de pasaportes. Un hombre de unos cuarenta años de edad, de pelo ralo y barba oscura y bien arreglada, con la cara ancha, mirando directamente a la cámara.

—Dan Tillman es propietario de uno y vive en la calle Vänortsgatan, 83.

Carlos puso otra cruz en el mapa para mostrar a todos que Tillman vivía a unos minutos del antiguo cementerio.

—¿Qué sabemos de él?

—Tiene cuarenta y dos años, es desarrollador de productos técnicos en una empresa de Estocolmo, separado, tiene a sus hijos cada dos fines de semana, no condenado con anterioridad pero denunciado a la policía varias veces.

—¿Por qué?

—Amenazas y acosos a la exmujer y a otras novias. Nada que sirviera para juzgarlo. La última denuncia es de este verano, cuando subió fotos de su exmujer desnuda en un grupo de Facebook.

—Un tío majo —añadió Vanja.

—La verdad es que no. —Billy le llevó la contraria—. Es activo en una serie de grupos, casi todos declarados antifeministas o racistas. A menudo espera que las que no piensan como ellos sean violadas. O, si son hombres, que violen a sus mujeres. Y mejor si lo hace un inmigrante.

Puso otra página en la pantalla, donde había reunido comentarios de

«DanneTillman1». La imagen mostraba de forma clara al mismo hombre que habían visto antes en la foto de pasaporte. Tardaron unos segundos en leer el corto mensaje, que todos interpretaron como el deseo de que la violencia sexual afectara a otros y fuera motivo de alegría cuando sucediera.

—¿Qué piensas?

Anne-Lie se volvió hacia Sebastian.

—Es raro que este tipo de hombres vayan más allá de los comentarios. Suele bastarles con expresar su ira y conseguir el reconocimiento de los demás.

Billy miró el mensaje de la pared y se sintió apenado. Era uno de los defensores más perseverantes de internet. Amaba la red. Había mucho de bueno y fantástico en ella. Sin embargo, en la actualidad siempre parecía que todo fuera negativo. La manera de almacenar y propagar la información. Los posibles señores de Google, todo mentira, todo odio y todo amenazas. Para Billy, internet era como una gran ciudad. Había de todo. La oferta era enorme. Algo para todo el mundo. Pero como en todas las ciudades, había alcantarillas y cloacas donde la mierda se acumulaba, y si estabas metido en ellas, significaba que apestabas de verdad.

—De todos modos, vamos a hablar con él —terminó diciendo Sebastian.

—Si vive tan cerca, ¿realmente cogería el coche? —añadió Ursula al mismo tiempo que Billy apagaba el ordenador.

—Hay hombres de una cierta edad que van en coche a todas partes —respondió Sebastian—. Pero si dejamos eso de lado, sí, el coche le da la posibilidad de acudir con rapidez al escenario, una sensación aumentada de seguridad que funciona como una barrera protectora.

—De acuerdo, buen trabajo. Hablaremos con él. ¿Vanja, Carlos?

Los dos asintieron con la cabeza e intercambiaron una corta mirada y una

sonrisa mientras Carlos volvía a su sitio. Anne-Lie lo siguió mirando con atención.

—En la calle Ångkvarnsgatan del ataque a Klara Wahlgren, ¿qué tenemos ahí?

—La huella de la zapatilla Vans, modelo UA-SK8-Hi MTE, el mismo calzado que antes. Es inútil seguir el rastro de la jeringuilla que encontramos, ya que se puede comprar en cualquier parte en internet.

—¿Y Rebecca Alm?

—Todavía nada —constató Ursula—. Contaré con un informe preliminar a lo largo de la mañana.

—¿Algo más? —preguntó Anne-Lie a la sala. Como respuesta, todos negaron con la cabeza.

—De acuerdo, Vanja y Carlos se van a ver a Tillman. Billy, mira a ver qué más puedes encontrar de él.

—Claro que sí.

—Ursula, infórmanos tan pronto como sepas algo de los técnicos y comprobaremos todas las pistas que nos lleguen a lo largo del día. —Terminó volviéndose hacia Torkel—. ¿Quieres añadir algo?

En realidad, ¿qué más se podía añadir? Ella ya le había dado todas las órdenes a su grupo, menos a Sebastian, y ése era imposible que hiciera lo que uno quería. Era como si Anne-Lie no sólo liderara la investigación, sino que también se hubiera hecho cargo de su trabajo. O quizá se imaginaba cosas, dada la corta conversación de la mañana. No había que sacar las cosas de quicio. Todavía.

—No, parece un buen plan.

—Pues a trabajar.

La reunión se dio por terminada. Cada uno recogió lo suyo y fueron saliendo de la sala. Vanja se acercó primero al mapa de la pared y lo estudió para memorizar el nuevo mensaje. Sebastian se levantó y se le acercó despacio.

—He oído que tu novio está por aquí.

—¿Ah, sí? —respondió ella tajante, a la defensiva y sin volverse.

Pero respondió. Algo es algo.

—Me alegro. Se llama Jonathan, ¿no?

Por lo visto, Vanja no tenía intención de contestarle más que a una cosa. La pregunta de Sebastian se topó con un muro de silencio, pero aun así Vanja se dio la vuelta.

—¿Quieres algo que tenga que ver con el trabajo?

—La verdad es que sí. He pensado que podría acompañaros a ver a Tillman.

—No. Ni hablar.

Pasó por su lado, recogió sus cosas de la mesa y se fue. Sebastian soltó un suspiro. Ya había contado con tener que esforzarse, pero ¿de qué manera le iba a demostrar el cambio si no cedía ni un milímetro de espacio? Miró a Ursula. Ella negó con la cabeza en un gesto de «no te rindes nunca» y esperó hasta que Vanja hubo cerrado la puerta para darse la vuelta.

—Oye, lo de ayer...

—Sí, ya lo sé, fue una estupidez. ¿Recibiste mi mensaje?

—Sí.

—Bien.

Sin embargo, algo en la expresión de Ursula le decía que no estaba todo

bien.

—¿Quieres que te lo diga también en persona? Perdón, lo de ayer fue una estupidez.

Realmente había que profundizar mucho para encontrar una huella de arrepentimiento en su tono de voz, y por un momento pareció que Ursula sopesaba si valía la pena continuar, aunque dio un paso hacia él.

—No se trata sólo de ayer. Por mucha mierda que tengas acumulada en tu vida, no te da derecho a tratar a la gente de cualquier forma.

—Ya lo sé. Y no lo quiero hacer... Por lo menos a ti no —añadió, dándose cuenta de que quizá estaba forzando un poco demasiado la verdad.

—Pues contróllalo mejor. Una vez más y me paso al equipo de Vanja.

—Entendido.

—No querrás eso —dijo con la voz un poco más suave como para que entendiera que lo amenazaba por su bien. Porque sabía lo que quería, lo cual era cierto, en aquel caso.

—No, no quiero —confirmó él con sinceridad en la voz.

Ella lo miró a los ojos unos segundos antes de apartarse un poco, se inclinó hacia delante, cogió un cruasán y dejó atrás la sala y a Sebastian.

Controlar.

Su vida.

¿Por qué no pedirle que subiera al Everest?

—¿Necesito un abogado?

Dan Tillman era grande, musculoso y más alto de lo que Vanja se había imaginado, seguro que medía uno noventa. Por lo demás, era igual que en la foto del pasaporte. La única diferencia era un tatuaje que le salía por debajo del cuello del jersey. Debía de ser nuevo, supuso Vanja, si no, lo habrían visto.

—¿Tienes abogado? —preguntó Carlos sorprendido. Nunca dejaba de asombrarle lo influida que estaba la gente por las series norteamericanas de policías y de juicios. Sabían mucho más de sus procedimientos y del sistema judicial que de los de Suecia.

—Supongo que me designarán uno de oficio. Tengo derecho.

Cuando aparcaron en la calle Vänortsgatan, delante del edificio de tres plantas de obra vista, Vanja tuvo la sensación de que no iba a resultar fácil. Unos cuantos mensajes que había mirado por encima de la cuenta de Facebook de Tillman mostraban, combinados con el odio a las mujeres y el racismo, un desprecio —que a menudo pasaba a ser puro asco— hacia las autoridades y los políticos, en especial si estaban situados hacia la izquierda. Cierto que se refería pocas veces a la policía, pero nunca de forma positiva. Casi se arrepintió de no haberse llevado a Sebastian, dos gilipollas cara a cara.

Subiendo la escalera había hecho partícipe a Carlos de su intranquilidad, y éste sólo le había aconsejado que no se dejara provocar. Ése no era su fuerte, había pensado Vanja mientras llamaba al timbre. Se habían presentado y le habían enseñado las credenciales a Tillman, que de inmediato había preguntado si necesitaba un representante jurídico.

—No eres sospechoso de nada —aclaró Vanja de la manera más amable que pudo.

—Entonces ¿qué hacéis aquí?

—Queremos hablar contigo.

—¿Y si yo no quiero hablar con vosotros?

Estaba claro que no quería. Vanja pensó que la puerta se cerraría al cabo de diez segundos, cuando Carlos diera un paso hacia delante.

—En ese caso nos vamos y continuamos con nuestra investigación. A nuestros ojos pareces un poco sospechoso, y si buscamos con detenimiento, seguro que encontramos algo, aunque sea poco. Entonces volveremos, te detendremos y te interrogaremos en presencia de un abogado, si quieres, y veremos lo que ocurre después.

Carlos hizo una pequeña pausa y a continuación levantó el dedo índice como si se le hubiera ocurrido algo.

—O hablas con nosotros unos minutos ahora, nos ayudas con un par de cosas y esperamos no tener que molestarte de nuevo.

Se hizo el silencio mientras Tillman pensaba. Vanja oyó llorar sin consuelo a un niño en el piso de al lado. Estaba impresionada. Hasta la fecha, Carlos había pasado desapercibido, pero la elocuente descripción de lo que ocurriría, con una educada amenaza de fondo, había sido fantástica.

Con un gruñido de insatisfacción, Tillman se hizo a un lado y los dejó pasar al piso. Carlos introdujo la mano en el bolsillo, sacó con cuidado el móvil, empezó a grabar y lo volvió a meter donde estaba. Tenía la corazonada de que sería bueno documentar la conversación que iba a tener lugar.

Siguieron a Dan a través del recibidor sin ventanas y entraron en la cocina. El papel de la pared era azul claro y había baldosas blancas sobre el

fregadero y la encimera. Nevera y congelador de acero inoxidable. Al lado, un horno elevado y, debajo, un mueble para guardar el vino. El fregadero estaba vacío, la encimera limpia y había hierbas aromáticas en macetas junto a los fogones. Orden y limpieza. Ninguna señal de que vivieran allí niños cada quince días ni de vez en cuando. Ninguna foto, ningún dibujo, ningún juguete, ningún horario ni recordatorios en la nevera. Vanja creyó sentir un suave olor a amoníaco en la vivienda, pero no vio nada en la cocina que indicara que Dan tuviese un gato.

—Bueno, ¿qué queréis?

No los invitó a sentarse. Él se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados a la altura del pecho. No hacía falta ser un experto en expresión corporal para darse cuenta de que marcaba distancias.

—Tenemos unos mensajes tuyos en Facebook, comentarios que has escrito... —Carlos cogió una silla sin pedir permiso, se sentó y puso sus papeles sobre la mesa de la cocina. Por un momento parecía que Dan iba a protestar, pero se mantuvo en silencio—. «Si una picha afgana le da bien por el culo, esa hija de puta de izquierdas a lo mejor se arrepiente.» —Carlos levantó impasible la vista del papel—. Es sobre una mujer que hace unos años se implicó en la acogida de niños refugiados que llegaban solos.

—Eso no lo he redactado yo.

—¿No es ésta tu cuenta? —preguntó Vanja, poniendo el escrito delante de Dan—. DanneTillman1, una sola palabra, y te pareces mucho a la foto del perfil.

Dan miró un instante el papel y después a Vanja con una pequeña sonrisa que contrastaba con sus ojos, que se habían oscurecido.

—No he dicho que no sea mía. Si escucharas un poco más y chulearas un poco menos, habrías oído que he dicho que no lo he redactado yo.

—¿Chulear? ¿He chuleado? —Vanja se volvió hacia Carlos, que estaba

contento de haberlo grabado todo. Parecía que la cosa se estaba torciendo bastante rápido.

—Si no has sido tú, ¿quién lo ha escrito? —preguntó Vanja tranquila, intentando llevar la conversación a buen puerto.

—Ni idea. Alguien habrá hackeado mi cuenta.

—¿Así que esto tampoco es tuyo? —dijo Vanja, luchando por mantener apartados de su voz la ira y el desprecio. Cogió uno de los papeles del montón que había delante de Carlos y leyó—: «Sólo cabe esperar que, como castigo, a esa puta loca la follen bien y mucho y la dejen sangrando en alguna parte».

Dan seguía apoyado en la pared negando con la cabeza como si no entendiera nada.

—Parece ser que se trataba de una chica de dieciséis años que luchaba para que un compañero de su clase pudiera quedarse en el país.

—Tu cuenta se hackea a menudo —constató Carlos con un gesto hacia el material que tenía delante—. Esto es sólo una parte.

—A lo mejor sí, no la miro muy a menudo —respondió Tillman en un tono que mostraba que sabía que ellos sabían que mentía.

—¿Y no tienes ningún problema con quien escribe esto en tu nombre de forma regular?

—No lo entiendo —respondió Dan, separándose de la pared y abriendo los brazos irritado—. ¿Por eso estáis aquí? Son opiniones. Libertad de expresión. ¿Habéis oído hablar de eso? Es para todos, no sólo para la mafia de la corrección política, aunque sea difícil creerlo.

—¿Es tu postura ante la violación, que ciertas mujeres se lo merecen? —preguntó Vanja, y esta vez ni siquiera intentó esconder sus sentimientos.

—¿En serio? ¿Estáis aquí por una tontería de mierda? ¿Como unos putos agentes de la Gestapo? ¿Es por eso por lo que no envían a maderos de verdad?

—Maderos de verdad. ¿Qué quieres decir con eso? —replicó Vanja, que por su tono sabía ya la respuesta, pero quería oírse la decir a él.

—Seguro que los dos estáis en el grupo por discriminación positiva.

—¿Porque yo soy mujer y él es...?

—Enriquecedor de cultura, sí.

—En realidad, estamos aquí para hablar de tu coche —se oyó decir tranquilamente desde la mesa de la cocina, como si Carlos se hubiera perdido lo que había ocurrido en los últimos treinta segundos.

—Se acabó la charla —dijo Dan—. Ya os podéis ir.

—Tu Audi Q3 de 2015 ha sido visto cerca de dos lugares donde se han cometido unos crímenes en el último mes. —Vanja dio un paso hacia él y se colocó tan cerca que le notaba el aliento—. ¿Te parece suficiente?

Se quedaron de pie un momento midiéndose con la mirada. Vanja no apartó la suya. Ni un milímetro. No le daría ese gusto.

—No, no lo es.

—Está grabado en las cámaras de vigilancia.

—Buen intento, pero mi matrícula no sale en la cámara —respondió seguro de sí mismo, al parecer satisfecho de poder ponerlos en su sitio.

—¿Ah, no?

—Lleva un espray antirreflejos. Voy cada día a Estocolmo y paso de pagar más de lo que ya pago por llevar un coche. Completamente legal, por si no lo sabíais.

—Pero no llevas spray antirreflejos en la cara, ¿verdad? —Vanja sonrió igual de segura y satisfecha. Para su alegría vio que Tillman parpadeaba.

—¿Puedes explicar qué hacías en esos lugares a esas horas? —preguntó Carlos, acercando un papel a Dan con las fechas y las horas de cuando Ida y Klara habían sido atacadas. El hombre se acercó a la mesa, lo cogió y leyó.

—Antes de ayer por la tarde estuve jugando al hockey. En el Instituto Bolandsgymnasiet, tenemos partido cada semana. El dieciocho de septiembre...

Se sacó el teléfono del bolsillo, lo desbloqueó, pulsó el calendario y pasó el dedo por la pantalla hacia el mes anterior.

—Estuve cenando en Estocolmo con unos compañeros.

—De los que necesitamos el nombre —constató Carlos.

Dan asintió y Carlos le dio un bolígrafo.

«Al parecer, dos coartadas, pero las violaciones no duraron mucho. El riesgo de ser descubierto era inminente. Cinco, diez minutos como máximo. Si Dan Tillman hubiera llegado diez minutos tarde al hockey o se hubiera ido de la cena un cuarto de hora antes, aún podía ser el agresor», pensó Vanja.

Realmente, deseaba que fuera él.

No deseaba otra cosa que encontrar un motivo para acusarlo.

Encerrarlo y, a lo mejor, tirar la llave.

—¿Has estado en Gävle en las últimas semanas? —preguntó mientras Tillman escribía nombres y números de teléfono en la parte trasera de uno de los mensajes que habían llevado consigo.

—No.

—¿Estás seguro?

Dan no se molestó en responder y continuó escribiendo. Vanja no pensó que fuera para escaquearse, porque necesitara ganar tiempo o tuviera miedo de contradecirse. Había terminado con ellos y los quería lejos de su casa lo antes posible. Vanja hizo un último intento.

—¿Quieres darnos una muestra de ADN?

Esta vez, Dan interrumpió la escritura y se volvió hacia ella. «Di que no, di no, di no», pensó Vanja esperanzada.

—Sin problema.

Vanja notó cómo el aire salía de su interior. El hombre que tenía delante era un completo idiota en muchos aspectos, pero no era tonto.

Probablemente, habría sumado dos y dos.

Su coche en los escenarios de los crímenes.

Lo que se había dicho de las violaciones.

Habría leído sobre el ataque en Uppsala.

Por eso de repente se había vuelto tan colaborador y había presentado sus coartadas. Si además estaba dispuesto a que le fregaran la boca, era improbable que de forma consciente hubiera dejado restos de ADN en los lugares que habían examinado.

El tío era un cerdo.

Estaba convencida de que algún día lo pescarían por algo.

Pero ese día no, no por aquello.

Rebecca Alm.

A Weber el nombre le había venido a la cabeza en cuanto se despertó por la mañana.

La noche anterior, mientras volvía en coche de la rueda de prensa, había tratado de recordar dónde lo había oído antes.

Quién era.

En qué circunstancias.

Al llegar a Estocolmo había pasado un momento por el trabajo, había escrito sobre las violaciones en Uppsala y el asesinato en Gävle. Con la información que les había dado la policía hizo un refrito más extenso.

Una foto de Rebecca Alm.

Una foto de archivo del antiguo cementerio.

Un destacado sobre el Hombre de Haga.

No tenía los nombres de las víctimas, excepto el de Rebecca, ni tampoco el teléfono de familiares con los que poder hablar, y en cualquier caso no podría ponerse en contacto con ellos tan tarde, así que tenía más datos que sensaciones. Si se volvía interesante, si la competencia lo sacaba en grande o su nueva jefa de redacción por algún motivo así lo quería, investigaría más. Aunque por experiencia sabía que en las investigaciones que llevaba Torkel Höglund casi nunca había filtraciones, así que buscaría un nombre. Algún pariente, amigo o compañero de trabajo. Lo podría volver personal y subjetivo. Encontraría lo pequeño en lo grande. La pena. El enfoque personal de vivir en una ciudad con miedo.

Weber publicó en la red lo que había escrito y procuró que saliera también en la edición del periódico en papel. Seguro que le caería un poco de bronca por no haber grabado nada. Querían imágenes en movimiento, era lo que atraía a los anunciantes. A veces parecía más un canal de televisión que un periódico, pensaba Weber. Sonia, su nueva jefa, no parecía tan centrada en lo digital como Källman, su antecesor. Incluso había hablado con Weber de algunas características que sólo deberían estar en la edición impresa.

Ya verían cómo acababa aquello.

Una vez que hubo entregado lo que le tocaba, repasó el teléfono y los e-mails.

Buscando a Rebecca Alm.

Sin encontrar nada.

Por lo que se había ido a casa.

En su piso de dos habitaciones en la calle Vegagatan lo había dejado correr. Ya se acordaría, estaba convencido de ello. Él funcionaba así. Si en lugar de intentarlo se dedicaba a alguna otra cosa, acababa surgiendo.

Se puso a jugar un rato con su *flipper*, al *pinball*.

Bally's Kiss. De 1979. Comprada en 1998.

Las seis mil coronas mejor invertidas del mundo.

Relajación total y concentración, siempre.

Por experiencia sabía que la máquina solía asociarse a los pisos de soltero, cierto infantilismo, quizá algo fácilmente melancólico. «Oh, un *flipper*», solían exclamar las pocas mujeres que habían estado en su casa, y lo constataban con un tono de voz de: «Llevas soltero un tiempo, ¿eh?, puedo entender por qué».

Pero recordaba que con Derya no fue así. Lo acompañó a casa después de

la fiesta del quincuagésimo cumpleaños de su hermano a finales de mes pasado. Bebieron más vino y jugaron con el *flipper* unas horas, incluso había dado la impresión de que a ella le parecía divertido. Pero era la excepción. Y no lo había vuelto a llamar. A lo mejor la llamaría él. Había estado a gusto en su compañía...

La noche anterior no había sido de las mejores.

Máxima puntuación: 99.430. Había noches que rozaba los 300.000.

Así que se había metido en la cama.

Y se había despertado con el nombre en la cabeza.

Rebecca Alm.

Ahora estaba en el trabajo y ya iba por su tercera taza de café. Todavía no tenía ni idea de dónde había oído antes ese nombre. Por lo visto, no le estaba sirviendo no pensar en ello, así que tendría que esforzarse un poco. Cogió el teléfono y llamó a Torkel. Se disponía a dejar un mensaje, pero cuando al segundo tono oyó que lo cogían se sintió del todo desprevenido.

—Hola, soy Weber.

—Ya lo sé, ¿qué quieres?

No había un rechazo directo en la voz, pero tampoco una invitación a hablar de tonterías, por lo que Axel fue directo al grano.

—Rebecca Alm, ¿ha estado implicada en alguna investigación con anterioridad?

—No que yo sepa. ¿Por?

—Me suena el nombre, pero no recuerdo de qué.

—No está en ningún registro, pero no sé si ha sido testigo o ha estado involucrada en algo de alguna otra manera. Por lo menos no en la Unidad de Homicidios.

—De acuerdo. Pensaré un poco más.

—Si recuerdas algo, puedes llamarme. Ya lo sabes.

No había duda de que se refería a la entrevista del llamado Asesino de los *realities*.

—Ya veremos. ¿Nada nuevo?

—No.

—De acuerdo. Bien. Gracias, ya hablaremos.

Y colgó. No valía la pena apretarle. Tenían una buena relación. Torkel le caía bien, y creía que él a Torkel por lo menos no le caía mal. A pesar de que se habían distanciado seriamente hacía unos meses, desde que Weber tuvo contacto directo con David Lagergren sin decírselo a la Unidad de Homicidios.

Paró sus reflexiones un segundo. Allí había algo. El Asesino de los *realities* le había enviado cosas. ¡Por mensajero! Objetos físicos. ¿Por qué no había pensado en ello?

Gran parte de las pistas le llegaban todavía por correo ordinario. La mayoría de la gente parecía tener miedo de dejar un rastro de huellas digitales y que se quedaran allí para siempre.

El lento correo. La carta. El sobre. El sello.

Solía guardarlo todo en el último cajón de su escritorio. En aquella época tenía despacho propio. Después habían cambiado de edificio y de planta: pasaron de despachos individuales a una sala común de oficinas, luego a la oficina flexible y más tarde a la sala común de nuevo. En algunas de las mudanzas había dejado las cartas en una caja de zapatos de cartón.

Que se había llevado a casa, creía recordar.

—¡Regreso dentro de un par de horas! —le dijo gritando a Kajsa, y salió

de la redacción.

De vuelta en la calle Vegagatan se paró en el recibidor. Se concentró. ¿Adónde había ido a parar aquella caja? Echó un vistazo rápido en el despacho que tenía en su casa, lo revisó todo. Después cogió las llaves y subió en ascensor hasta el trastero.

Allí arriba hacía frío, olía a humedad y a cerrado. Weber tuvo otro escalofrío cuando fue hasta los cubículos que, entre rejillas metálicas, les daban a todos los vecinos de la finca la posibilidad de guardar más cosas de las que en verdad necesitaban. Vio bastantes trastos de distintas estaciones del año que serían usados en momentos señalados, pero la mayor parte no se utilizarían nunca. Lámparas, estantes, sillas, electrodomésticos, cuadros, bolsos, cajones con ropa que nadie más llevaría y juguetes con los que nadie jugaría. Una planta entera haciendo las veces de cementerio de elefantes de la sociedad del consumo.

Abrió el candado y la puerta de tela metálica y entró. Su trastero no era ninguna excepción. Ciertamente que no había gran cosa, pero eran objetos que no necesitaba o en los que no había pensado desde hacía mucho. Una cómoda, algunas sillas, un par de pósteres enmarcados, unas cuantas cajas de mudanzas, la mayoría llena de libros, y una estantería de IKEA con algunas carpetas y unos cajones pequeños. Dos cajas de zapatos de cartón. Cogió una y la abrió. Llena de fotos. Weber las ojeó deprisa para ver si había algo más en el fondo. Amigos y compañeros con los que había perdido el contacto, novias que habían pasado de largo, su hermano y su familia.

Otros tiempos.

Probablemente más felices.

Puso la caja al lado.

No tenía tiempo para la nostalgia.

Pasó a la caja número dos.

Allí estaban.

Consideró que la desnuda bombilla del pasillo de fuera le daba suficiente luz. Se sentó en el frío suelo y empezó a echar un vistazo a las cartas. En total había unas treinta. Algunas llevaban escrito el remitente en la parte posterior, lo cual le facilitó el trabajo. Entre ellos no había ninguna Rebecca Alm.

Se puso entonces a sacar las otras cartas de sus sobres mirando sólo la firma. La tercera que abrió terminaba con «Atentamente lo saluda, / Rebecca Alm» y un número de teléfono. ¿La había llamado? ¿Había hablado con ella?

Empezó a leer. La carta no era larga. Como un rompecabezas, una prueba para despertar su interés.

*Nässjö, 2006*

*Para Axel Weber*

*Expressen*

*Le escribo porque no sé qué puedo hacer si no. Es alguien en quien me atrevo a confiar. He intentado explicárselo a la policía, aquí en Nässjö, pero supongo que alguien está implicado, porque nadie pone freno a lo que está ocurriendo. El ayuntamiento está definitivamente implicado, lo sé.*

*Hay una gran casa de colonias cerca de donde vivo que se llama Ljungbecka Gård. El ayuntamiento es el propietario y muchos poderosos están involucrados, así que es importante permanecer en el anonimato y estar protegida. Allí llegan niños del extranjero, y por lo menos tres niños que estuvieron ahí desaparecieron. Lo sé. Creo que los mataron. Espero que me crea. Me puede llamar a mi teléfono, pero prométame que mantendrá mi nombre en secreto. ¡Prométamelo!*

*Atentamente lo saluda,*

REBECCA ALM  
0707554281

Weber le dio la vuelta y vio que había hecho alguna anotación detrás. Una descripción del seguimiento que hizo, lo que pudo verificar y lo que no, a quién había llamado y con quién había hablado antes de decidir que no había ninguna historia. En 2006 el ayuntamiento, de forma provisional, había convertido la casa de colonias en viviendas para inmigrantes en tránsito, y unos cuantos niños refugiados habían estado allí. Después los habían trasladado a otros sitios o realmente habían desaparecido de los radares de las autoridades, pero, por desgracia, era algo habitual en ese tipo de viviendas y no había nada que indicara que los datos de la carta fueran ciertos.

Siguió mirando los sobres, buscando el mismo estilo de caligrafía. Encontró dos cartas más. Abrió la primera.

*Uppsala, 2009*

*Para Axel Weber*

*Expressen*

*Aquí de nuevo Rebecca Alm. Necesito la ayuda de alguien atrevido como usted. Todavía sigo creyendo que ocurre algo en Ljungbecka, pero el ayuntamiento era demasiado poderoso para usted también, supongo, ya que nunca los desenmascararon. Me mudé a Uppsala, estuve enferma un tiempo y acabé en el Hospital Universitario. Dado que tengo dificultades para dormir, muchas noches me paseo por los pasillos y aquí están haciendo algo que es un secreto. Operan por las noches. Le roban a la gente partes del cuerpo y órganos y los venden. El director está metido en el lío, lo sé, y un día también vino un político. O sea, que esto es algo a nivel muy alto. Llámeme y le demostraré que estoy diciendo la verdad.*

*Me encontrará en el 0763773921.*

REBECCA WEBER LEYÓ SUS ANOTACIONES EN EL DORSO Y VOLVIÓ A METER LA CARTA

*EN EL SOBRE. LE PARECÍA INTUIR UN VAGO RECUERDO DE AQUELLO. QUE DILIGENTEMENTE HABÍA HECHO ALGUNAS LLAMADAS, PERO QUE ESTABA DEL TODO CLARO QUE NO HABÍA NI PIZCA DE SUSTANCIA EN LAS QUEJAS. CON UN LIGERO SUSPIRO COGIÓ EL ÚLTIMO SOBRE. LO ABRIÓ, MÁS POR QUITÁRSELO DE ENCIMA QUE PORQUE ESPERARA ENCONTRAR ALGO ÚTIL. YA HABÍA RECORDADO DÓNDE HABÍA OÍDO EL NOMBRE ANTES Y AHORA SE DABA CUENTA DE POR QUÉ NO LO HABÍA RETENIDO.*

Conspiranoicos.

O como mínimo con una fantasía vivaz.

Quizá combinada con cierta necesidad de reconocimiento.

No tenía grandes esperanzas puestas en la tercera carta.

*Gävle, 2010*

*Para Axel Weber*

Expressen

*Hola, Axel:*

*Por lo visto, consiguieron pararte las otras veces o no creíste en mí, pero ahora tienes que hacerlo. Lo he visto con mis propios ojos. He tenido sangre en mis manos. La Iglesia la mató. A la más bondadosa de todos. Querían decidir por ella y murió. ¡Lo vi!*

*Pero conocen a todos en Uppsala. Tienen poder y dinero. Me van a perseguir y nadie volverá a creer en mí. Nadie. Quizá ni siquiera tú. ¡Por favor, créeme!*

*Me he mudado a Gävle y he conseguido un número de teléfono secreto para que nadie me pueda encontrar. Llámame. ¡¡¡Te prometo y te juro que es verdad!!!*

*¡¡¡Lo prometo!!!*

REBECCA

Era como si fuera la primera vez que la leía, no la recordaba en absoluto. Le dio la vuelta al papel. No había anotaciones. Quizá lo que pasó fue que a esas alturas había reconocido el nombre, se había acordado de las otras dos cartas y por eso la había leído por encima, obligado, para después dejarla a un lado.

Le había avisado de que venía el lobo demasiadas veces.

La volvió a leer.

Una iglesia en Uppsala, no estaba claro cuál, quería decidir respecto a una mujer que parecía haber muerto. No ponía nada respecto a quién ni cuándo.

No había mucho de dónde tirar, y habían pasado ocho años.

Pero Rebecca Alm estaba muerta. Violaban a mujeres en Uppsala. Todavía no se había producido ninguna reacción al artículo del día anterior, de manera que tenía tiempo de indagar un poco.

Le dedicaría un día.

Klara empujó la puerta de entrada con firmeza.

La decisión había tomado forma a lo largo de la mañana. Se había despertado pronto, todavía era de noche. Como sabía que no volvería a dormirse, había cerrado la puerta de la habitación de Victor y, andando de puntillas, había ido al salón, había desenrollado la esterilla y había hecho noventa minutos de yoga. La casa estaba en silencio, cosa que no ocurría a menudo, y había disfrutado del ejercicio y de la quietud. Después se había duchado, se había vestido y había despertado a Victor y a Zach con tortitas recién hechas y mermelada para desayunar. Cuando se hizo la hora de enviar a Victor a la escuela, Zach le había preguntado por quinta vez si de verdad estaba de acuerdo en que él fuera al trabajo. Y todas las veces ella había respondido que sí.

Cuando ambos se hubieron marchado, Klara recogió la cocina sintiendo que la inquietaba estar en casa. ¿Cuánto tardaría en volver al trabajo? Sólo hacía dos días del ataque, pero se sentía sorprendentemente bien. Tener a los compañeros a su alrededor y un trabajo en el que concentrarse la harían sentirse todavía mejor, creía ella. Cuando hubo terminado con la cocina y puesto una lavadora, se sentó en el sofá con el iPad y una taza de café. Navegó por las páginas que solía visitar. No tardó mucho en ver el primer titular.

#### SÁDICO VIOLADOR EN SERIE ATERRORIZA UPPSALA

Leyó el artículo entero. Su nombre no aparecía en él, sólo era la «cuarta víctima» de hacía dos días. Como era obvio, se refería bastante a Rebecca en Gävle, pero de todas formas el foco estaba puesto en que la mayor parte de

los ataques habían ocurrido en Uppsala, que el hombre todavía seguía en libertad y que se lo podía relacionar con círculos sadomasoquistas. La policía quería datos por si alguien había visto algo sospechoso, y se mostraba una lista de horarios y lugares. Klara sintió un escalofrío cuando vio «la manzana de la calle Ångkvarnsgatan, el 13 de octubre entre las 20.30 y las 21.00». Por un momento, casi pudo sentir el horror y el pánico que había experimentado. El miedo que había tenido, lo pequeña que se había sentido.

Quizá no estuviera tan bien como creía.

Navegó un poco más. En el otro periódico vespertino no se había escrito tanto sobre los crímenes, y el titular no llamaba tanto la atención.

#### VIOLADOR RELACIONADO CON ASESINATO

También leyó ese artículo con detenimiento.

El mismo contenido en diferente embalaje.

Pero se fijó en el final.

#### LA POLICÍA CARECE DE SOSPECHOSOS Y NO ESTÁ CERCA DE DETENER A NADIE

Apartó la tableta. No sabía quién era, pero les podía dar una dirección donde buscar. Señalarles el camino. No lo había hecho el día anterior cuando aquella policía, Vanja, volvió y le explicó lo que le había ocurrido a Rebecca y le preguntó si la conocía. Entonces había mentido. De forma instintiva. Había sentido que necesitaba pensarlo. Ahora sentía que la decisión iba creciendo. Si los podía ayudar a detener a ese hombre antes de que hiriera a

más mujeres, impedir que otras tuvieran que pasar por lo que ella pasó, ¿no debería hacerlo, aunque el precio a pagar fuera elevado?

Se decidió y salió de casa.

Un cuarto de hora más tarde abrió las puertas de la entrada a la comisaría y con paso firme cruzó el suelo de mármol hasta llegar a la recepción.

Pensaba explicar que sí conocía a Rebecca Alm.

Que tanto ella como Ida la conocían.

Pertenecían al mismo grupo.

No podía ser una casualidad que las tres fueran víctimas de lo mismo. O víctimas de casi lo mismo, se rectificó. Ida había sobrevivido y ella, literalmente, se había librado con un simple susto.

Tenía algo que ver con el grupo.

Con lo que le pasó a Linda.

Estaba tan concentrada en el mostrador que tenía delante que dio un respingo cuando le sonó el teléfono. Lo sacó y vio en la pantalla que era Zach. Respiró hondo y respondió.

—Hola, sólo quería saber cómo estás.

Con la cabeza un poco gacha, les dio la espalda a las otras personas del vestíbulo y fue hacia la ventana más apartada.

—Estoy bien, gracias.

—¿Qué estás haciendo?

Klara se preguntó si se oiría a través del teléfono que no estaba en casa. Titubeó, no sabía si contar la verdad. No sabía por qué. Zach se enteraría de todo por la tarde, cuando volviera a casa. Tendría que explicárselo.

—Estoy dando un paseo por la ciudad. Voy a ver a una amiga.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Sólo quería saberlo.

Quería saberlo a menudo desde que había tenido lugar el incidente. Ella lo amaba por ello. Era muy considerado y bueno. Victor y ella habían tenido suerte. Era el mejor compañero y el mejor padre.

—Eres un encanto, pero todo va bien.

—De acuerdo. Llámame si pasa algo.

—Sí, lo haré. Si no, nos vemos esta tarde.

—Eso es. Un beso.

—Un beso.

Se quedó de pie con el teléfono en la mano mirando hacia el mostrador y la entrada.

La determinación de hacía un momento se había convertido en duda.

Podía ser que no tuviera nada que ver con el grupo. En ese caso, llamaría la atención sin necesidad. ¿Cuál era el tiempo de prescripción para un asesinato? En realidad, fue un homicidio. O ni siquiera eso. ¿No había una palabra para designar a los actos involuntarios?

Ahora tenía a Victor. No podía pensar sólo en ella.

Y Klara nunca había visto a Therese no sé qué más, no había sido miembro. Tampoco le había ocurrido nada a Ingrid. En caso contrario, habría dicho algo. Era la más conocida de todas.

Así que quizá no tenía nada que ver con el grupo.

¿Estaba a punto de buscarse problemas innecesarios? Estaba sacando cosas a la luz que sería mejor que siguieran escondidas y olvidadas. ¿Quién

sacaría provecho de que ella lo explicara? Lo hecho, hecho estaba, y pensándolo bien, lo que ocurría ahora, las violaciones, el saco, la inyección..., ¿qué tenían que ver con Linda?

Nada, decidió.

Lanzando una última mirada hacia la mujer vestida de civil que estaba detrás del mostrador y con quien no iba hablar, se volvió a meter el teléfono en el bolsillo y, con el mismo paso firme con el que había entrado, deshizo el camino hasta las puertas de la calle.

Al salir coincidió con una mujer de su edad en la que no pudo evitar fijarse. Pelo corto y oscuro, línea de ojos arriba y abajo, labios rojos, piel pálida. Chaqueta de piel desabrochada, vaqueros estrechos y botas que acababan cerca de la rodilla. Los tacones resonaron contra el suelo mientras se dirigía hacia la mujer que había detrás del mostrador.

—Me llamo Stella Simonsson, quiero hablar con alguien sobre las violaciones.

—¡Mierda!

Ursula maldijo delante de su ordenador. Los policías que había en la sala se volvieron hacia ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Torkel.

—¿Podéis venir todos? —respondió Ursula con un suspiro y la mirada todavía fija en la pantalla que tenía delante.

Torkel se levantó, fue hacia el despacho de Anne-Lie y golpeó el cristal. Le dio a entender que quería que acudiera cuando ella miró hacia arriba. Los demás ya estaban reunidos alrededor del escritorio de Ursula cuando Anne-Lie se unió a ellos.

—¿Qué pasa?

—He recibido un informe preliminar sobre Rebecca Alm —dijo Ursula para empezar—. El saco parece ser del mismo material y de la misma marca, pero tienen que hacer pruebas más detalladas. Tenía restos de somnífero en la sangre y esperma en la vagina. El somnífero era Rohypnol pero...

Una pausa dramática mientras los contemplaba a todos. Aquello tampoco les iba a gustar.

—El ADN no coincide con el de las otras pruebas.

—¿Qué dices?

—Digo que el ADN indica que fue otro hombre quien violó y asesinó a Rebecca Alm.

Hubo silencio mientras procesaban la nueva información y lo que significaba para su trabajo, para el caso. A la mayoría de la gente le gustaba

que las cosas fueran sencillas. La policía no era una excepción. Creían que perseguían a un solo hombre. La nueva noticia hacía el trabajo, y con ello sus vidas, más difícil.

—Has dicho que el informe era preliminar... —dijo Torkel esperanzado.

—Sí.

—¿Pueden haberse equivocado?

—No en algo tan simple como comparar el ADN —aseguró Ursula con firmeza.

Sebastian miró a su alrededor. Los que tenía cerca parecían deprimidos. Él estaba allí sólo por Vanja. El saco y el somnífero hacían el tema un poco más interesante, pero los hechos objetivos seguían siendo los mismos: estaban buscando a un delincuente sexual. Hasta ahora...

—¿Qué significa eso?

De nuevo, Anne-Lie se dirigía hacia Sebastian. No pudo por menos que sentirse contento y un poco orgulloso. Valoraba sus opiniones. Los demás de la Unidad de Homicidios nunca le pedían su parecer, casi tenía que obligar a sus compañeros a escucharlo.

Por desgracia, aquella vez no pudo evitar decepcionarla.

—No sé. Al parecer hay varios autores.

—¿Un imitador?

Sebastian negó con la cabeza.

—Los imitadores, de alguna manera, sacan la idea de copiar de los medios.

Se volvió hacia Vanja, que, como era habitual, marcaba las distancias situándose tan lejos de él como fuera posible.

—Tú estuviste allí. Cuando asesinaron a Rebecca no se había escrito nada sobre los ataques a Ida y a Therese.

Una pregunta relacionada con el trabajo, todo según las reglas que ella había impuesto para su colaboración.

—No. Nada de sacos ni somníferos —confirmó.

—De modo que seguro que aquí se conocían o, por lo menos, se inspiraron recíprocamente —continuó Sebastian.

—¿Qué quieres decir con que se inspiraron?

—En caso de que «nuestro» hombre haya comunicado de alguna manera lo que hace, puede haber ordenado a otros a hacer lo mismo sin que, por ese motivo, se vieran o ni siquiera se conocieran entre sí.

—Podría explicar el cambio de ciudad —asintió Torkel admitiendo el hecho.

—Dan Tillman puede haber chuleado en alguna parte de la red —añadió Vanja.

—Su coartada parece cierta —constató Carlos brevemente—. Voy a hablar con los que estuvieron en la cena, pero de momento...

—Es cuestión de pequeños márgenes —replicó Vanja mirándolo mal a pesar de que él sólo estaba haciendo su trabajo—. Lo único que se necesita es una diferencia de diez o quince minutos, así que todavía podría ser él.

—¿Nos ha dado una muestra de su ADN? —preguntó Sebastian.

—Podríamos saber si coincide a lo largo del día de hoy —respondió Ursula.

—No coincidirá —aseguró Sebastian—. Nuestro hombre nunca nos lo daría de forma voluntaria. No es Tillman.

Vanja se mordió la lengua.

Probablemente tenía razón.

Ella había llegado a la misma conclusión en casa de Tillman, pero no le afectó demasiado lo que dijo Sebastian, sino cómo lo dijo. Siempre que estaba seguro de algo se mostraba muy superior, como si fuera el gran pensador en una sala llena de idiotas. Vanja no lo soportaba.

—Tenemos su coche en dos escenarios donde se cometieron los crímenes.

Se siguió mordiendo la lengua; por una parte, porque en realidad quería poner a Sebastian en su sitio, pero, sobre todo, porque no podía dejar de lado la sensación que había tenido en el piso de Tillman.

Un desprecio y una ira que rozaban el odio.

—Si no es él, quizá alguien haya cometido la violación en sí mientras él miraba. Incluso puede ser que él los lleve al sitio, pero en las filmaciones no podemos ver cuántos van en el coche.

Teniendo en cuenta los últimos casos en los que habían trabajado juntos, seguramente no era la teoría más absurda que había oído, pensó Vanja cuando vio las miradas escépticas de los demás, pero era una idea descabellada. En especial encontrándose en un estadio tan inicial de la investigación. Tillman era el primero y, por el momento, el único nombre que había aparecido, y todas las pruebas indicaban entonces que el culpable no era él.

—Sólo digo que todavía creo que tiene algo que ver —dijo Vanja abriendo los brazos en un intento de quitarle dramatismo al asunto.

—No, no es así —la contradujo Sebastian con objetividad—. Eres demasiado buena policía como para pensar eso. Tú quieres que tenga algo que ver, y eso es otra cosa.

—No me digas lo que yo quiero —espetó Vanja en dirección a Sebastian, sorprendiendo a todos con la intensidad y la cólera de su voz—. No tienes ni

puta idea de lo que quiero, nunca la has tenido y cuando te lo he dicho te lo has pasado por el forro.

Se hizo un silencio incómodo. Vanja se arrepintió de inmediato de su exabrupto. Sus sentimientos, esa antipatía que sentía por Tillman, habían pasado por encima de su objetividad, su profesionalidad, y cuando se vio enfrentada a ella, reaccionó matando al mensajero.

Sebastian tenía razón.

Otra vez.

—Perdón —les pidió a todos en voz baja, menos a Sebastian.

—No haremos nada respecto a Tillman hasta que nos entreguen los análisis de la prueba de ADN, y luego ya veremos —decidió Anne-Lie para acabar la discusión.

—Ahora que estamos todos reunidos —añadió Torkel frenando a Anne-Lie, que ya iba camino de su despacho—, vamos a estudiar un poco más a Rebecca Alm.

—¿Por qué?

—Axel Weber reconoció ese nombre, le resultó familiar.

Anne-Lie se dio cuenta de que el resto de la Unidad de Homicidios asentía como si lo que Torkel acababa de decir significara algo.

—¿Quién es Axel Weber?

—El reportero de la sección de sucesos del *Expressen*.

—¿Cómo sabes que reconoció el nombre?

—Me llamó y me lo dijo.

Anne-Lie se dio cuenta de la ventaja que suponía que los medios y la sociedad tuvieran derecho a cierta información, pero su postura básica se

mantenía en que eran el enemigo. Habían acusado mucho a la policía de filtraciones, y sí: si no podías cerrar el pico, no podías ser policía. Pero si no hubiera interés por los datos que debían mantenerse en secreto e incluso propuestas para pagar por ellos, una parte del problema ya estaría resuelta. La búsqueda de los medios de comunicación de detalles que pudieran atraer a los lectores era, en el mejor de los casos, de bastante mal gusto, siempre dificultaba su trabajo de investigación; y, en el peor de los casos, podía hacer que quedara libre más de un criminal. No le gustaba que un periodista de la prensa vespertina, por lo que parecía, tuviera un contacto regular y directo con Torkel.

Sobre el caso.

Su caso.

Sus cavilaciones sobre cuándo y cómo podría dejarle bien clara su opinión al respecto se vieron interrumpidas cuando la llamaron al teléfono.

En realidad, la sala estrecha y alargada estaba pensada para facilitar el trabajo con los colaboradores, mantener pequeñas reuniones o para poder hablar por teléfono sin ser molestado. Tres sillas modernas pero incómodas alrededor de una mesa redonda y pequeña colocada sobre una alfombra gruesa tejida de color naranja. Stella Simonsson estaba sentada en la zona más alejada de la puerta. Había arrastrado la silla hasta el rincón para poder apoyar la cabeza en la pared, sobre el empapelado de colores que la cubría. Vanja y Carlos estaban sentados frente a ella. Sebastian también estaba allí. Vanja se había opuesto de nuevo, pero se dio cuenta de que el pequeño incidente de antes en el despacho seguramente había copado la cuota anti-Sebastian del día.

Cuando entraron en la pequeña sala, Sebastian fue a buscar una silla a la cocina y, por propia iniciativa, se instaló detrás de Vanja y Carlos, junto a la pared al lado de la puerta. Había señalado que pensaba ser un mero espectador, más que un participante, y que con ello tenía suficiente. Algo era algo, pensó Vanja sacando un bloc de notas y un bolígrafo. Los puso sobre la mesa, pero observó que la parte superior de ésta, por alguna razón, estaba casi a la misma altura que las sillas, quizá incluso un poco más baja. Al inclinarse tuvo la sensación de perder autoridad, por lo que cruzó las piernas y apoyó el bloc en la rodilla.

—Stella Simonsson, se llama así, ¿verdad? —empezó diciendo, mirando a la mujer de pelo negro y alborotado que tenía delante.

—Sí.

—¿Puede explicar por qué ha venido?

Stella se recompuso en la silla, se inclinó hacia delante y apoyó los codos

en sus muslos, mirando directamente a Vanja.

—He leído las noticias sobre las violaciones. Tengo un cliente que creo que puede tener algo que ver —dijo sin la menor duda.

—¿A qué se dedica? —preguntó Carlos.

—Soy trabajadora sexual.

Carlos creyó saber lo que quería decir, pero supuso que también podía filmar películas eróticas, vender juguetes sexuales o ser alguna especie de consejera sexual y no quería sacar conclusiones apresuradas ni prejuiciosas.

—¿Vende sexo?

—Sí.

—¿Es prostituta? —preguntó Vanja brevemente.

—Soy trabajadora sexual —repitió Stella con énfasis y con una mirada en los ojos delineados con kaja que decían que con aquello la cuestión terminológica debería quedar zanjada.

Vanja suspiró por dentro. No quería insistir, pero, si Stella aceptaba dinero a cambio de servicios sexuales, era una prostituta. Vanja no entendía de qué manera el término «trabajadora sexual» cambiaba esa realidad, aunque no pensaba profundizar en ello.

—¿Por qué cree que puede ser uno de sus clientes? —decidió preguntar.

—Leí eso de que están tumbadas boca abajo con la cara tapada. Es lo que hace él.

—¿Qué hace?

—Quiere que me ponga boca abajo en la cama cuando entra. Vestida. Me coloca un almohadón en la cabeza y me dice que no me puedo mover para nada. Después me quita los pantalones y me lo hace desde atrás.

Stella explicaba la actividad sin dramatismos, de igual manera que podría explicar las rutinas en la consulta de un dentista.

—Pero ¿lo ha visto? —preguntó Vanja, confiando en que la conversación les pudiera aportar algo más que, a su parecer, detalles de la triste vida de Stella.

—Sí.

—¿Podría describirlo para el dibujante de la policía?

—Puedo intentarlo.

—¿Tiene tatuajes, cicatrices, aparatos auditivos o algo parecido? —preguntó Carlos con la esperanza de que tatuadores, hospitales o tiendas de ortopedia pudieran darles algo antes de que el retrato robot estuviera listo.

—En la cara no. Nunca se quita la ropa. Sólo se abre la bragueta.

—¿Qué pasa después? —Sebastian se inmiscuyó en la conversación por primera vez. Stella vio que Vanja lo miraba por encima de su hombro, como si hubiera olvidado que estaba allí—. ¿Dice algo?

—No, nada.

—¿Qué hace luego, cuando ha acabado?

Le interesaba más que el acto en sí. La descripción era bastante parecida a lo que se esperaba. Sin embargo, cómo reaccionaba después le podía dar a Sebastian una imagen mejor de con quién estaban tratando.

¿Pedía perdón?

¿Lloraba?

¿Se sentía superior, como si hubiera ganado al enemigo?

—Se va —dijo Stella encogiéndose de hombros—. No me puedo mover ni quitarme el almohadón antes de que se vaya.

—¿Cuántas veces lo hace?

—Una. Va bastante rápido, unos minutos como mucho.

—No me refería a eso —rectificó Sebastian, y no pudo evitar una ligera sonrisa—. Quiero decir con qué asiduidad requiere sus servicios.

—Ah, de acuerdo, lo siento. —A Stella la incomodó esa sonrisa. Sebastian notó que el pintalabios le había manchado un poco los dientes—. Varía un poco. A veces cada semana, otras tarda varias semanas o un mes.

—¿Cuándo estuvo con usted la última vez?

—A principios de septiembre.

Sebastian asintió satisfecho de sí mismo. Aquél era el mejor hilo hasta el momento. Durante un tiempo, el autor de los hechos había dado salida a sus fantasías a través de Stella. Sin embargo, necesitaba más, ir más allá. El día 18 se había pasado al plano de la vida real.

—¿Cómo se ponen en contacto? —preguntó Vanja, también ella echada hacia delante. Sin saberlo, sus pensamientos iban en la misma línea que los de Sebastian. A mediados de septiembre atacaron a Ida. De momento, todo coincidía.

—Tenemos una página web.

—¿«Tenemos»?

—Un grupo de trabajadoras sexuales nos hemos unido.

—¿Como una especie de burdel online?

Stella se reclinó de nuevo en la silla; continuaba sonriendo, como si hubiera decidido que ni siquiera valía la pena irritarse ya con Vanja; mejor divertirse con su aparente moralismo en lo que se refería al sexo. Por lo menos como profesión.

—Puede pensar lo que quiera sobre lo que hago. Vender sexo es legal; lo

ilegal es comprarlo.

—Ya lo sé.

—Pero no le gusta.

—No es tan simple como que guste o no guste, así que no hace falta que entremos en ello.

—¿Cómo le paga? —preguntó Carlos redirigiendo la conversación. Esperaba que con tarjeta de crédito o de alguna otra forma electrónica de pago que se pudiera rastrear.

La estrategia clásica, seguir el rastro del dinero.

—Al contado.

Claro, ¿por qué iba a ser fácil?

—Evidentemente, no sabe cómo se llama. —Una afirmación más que una pregunta. Vanja partía de que Stella ya se lo habría dicho si lo supiera, pero era un último intento de conseguir algo que de verdad pudieran utilizar antes de tener el retrato robot.

—No. Tenemos una ley de consumo sexual que criminaliza al comprador, así que no siempre tienen ganas de compartir cómo se llaman ni cosas así.

Parecía que Stella suponía que Vanja era una gran defensora de esa ley, pero lo cierto era que no lo tenía claro. Era una de las herramientas más importantes para que el tráfico de personas y crímenes violentos relacionados con la compra de sexo fuera más bajo en Suecia que en los países sin una ley parecida. Sin embargo, como en principio no se detenía a nadie, el castigo se reducía. Además, de fondo había un discurso moral de que todas las que vendían sexo eran víctimas, de una u otra manera, y necesitaban protección. No tenían en cuenta para nada a las personas como Stella, que lo hacían de forma voluntaria y como modo de ganarse la vida.

La problemática de base era, desde luego, que algunas personas consideraban estar en su derecho de comprar otros cuerpos, pero si querías vender, ¿era un problema o tan sólo una postura moral? También había problemas jurídicos. ¿Podía desahuciar un arrendador a alguien que vendía sexo en su casa a pesar de que no era ilegal? Los detractores eran tantos como los defensores.

Lo dicho, era complicado.

—¿Dónde solían encontrarse? —preguntó Vanja, y eligió de nuevo no entrar en discusiones.

—Tenemos un sitio.

—¿Dónde?

—¿Cómo dice?

—Debemos saberlo para poder comprobar si hay cámaras de vigilancia cerca.

Si las había, corría prisa revisarlas. Las filmaciones se guardaban dos meses, así que las captadas desde mediados de agosto hacia atrás habían desaparecido. Stella parecía sopesar las ventajas y desventajas de dejar que la policía supiera dónde trabajaba.

—No quiero maderos delante cuando recibimos a los clientes —dijo al final cuando calculó que las desventajas eran superiores.

—No estamos interesados en cazar compradores de sexo.

—A lo mejor ustedes no.

Carlos se inclinó hacia delante, mirándola fijamente.

—Estamos muy agradecidos de que haya venido —dijo despacio y en tono formal—. Y le prometo que no utilizaremos la información para ir a la caza de sus clientes.

—Y, para ser sinceros —añadió Vanja—, si de verdad quisiéramos fastidiarla, encontraríamos su página web, concertaríamos una cita con alguna de ustedes y obtendríamos la dirección igualmente.

Con el rabillo del ojo vio que Carlos se reclinaba de nuevo en la silla con un suspiro de abatimiento y notó la mirada de Sebastian. La idea era reforzar lo que había dicho Carlos, que no estaban interesados en los clientes de Stella, pero se percató de que más bien había sonado como una amenaza.

Por lo visto, Stella consideró que no pensaba darle más oportunidades a Vanja y se volvió hacia Carlos.

—Calle Norrforsgatan, treinta y seis. Hacia Tunaberg.

—Nos ayudaría si supiera cuándo estuvo con usted por última vez, ¿lo sabe?

—No, pero tengo un ordenador.

—Necesitamos acceder a él —constató Vanja.

Esta vez, Stella no necesitó pensar ni un segundo. Miró a Vanja y mostró su más amplia sonrisa hasta el momento.

—Eso no va a pasar.

—Aquí está.

Por fuera, la casa de la calle Norrforsgatan parecía una empresa normal y corriente en una zona industrial; no había nada en las instalaciones en las que se adentró Billy que revelara el tipo de actividad que se desarrollaba allí. Dos sofás, dos sillones y una mesa de centro con algunas revistas encima. Una pequeña cocina con una nevera, un microondas y una cafetera eléctrica. Música proveniente de unos altavoces escondidos. *Tainted Love*, versión de Soft Cell. Seguro que de alguna lista aleatoria, supuso Billy. Si no, sería un indicio de un humor realmente sutil o un auténtico distanciamiento consciente. Todo tenía pinta de sala de espera, pero Billy partió de la base de que la mayor parte de los clientes que usaban los servicios que se ofrecían allí no querían esperar con nadie, sino que el espacio sería más bien para Stella y sus compañeras. Una de ellas, una mujer pelirroja un poco mayor de treinta años, estaba sentada en uno de los sillones con un iPad en las manos. Miró hacia arriba cuando él entró.

—Billy es madero, está aquí por lo de aquel tío que os expliqué —dijo Stella, haciendo un gesto por encima del hombro de Billy. La mujer asintió, levantó la mano a modo de saludo y siguió navegando.

Stella giró hacia la izquierda; a continuación entró en un pasillo pintado de gris hasta una puerta cerrada que abrió antes de hacerse a un lado y dejar entrar a Billy.

Ya no podía creerse que se trataba de una empresa normal y corriente. Billy no había visto nunca nada parecido. Toda la habitación era de color rojo pálido, y dominaba una cama ancha en el centro con cadenas fijadas en la cabecera y en los pies. En las paredes colgaban diversos juguetes: látigos,

fustas, esposas y otros objetos concebidos para limitar la movilidad. En una de las paredes había una gran X, también con cadenas en los extremos. Al lado se veía un banco forrado de hule que parecía pertenecer a un gimnasio, pero Billy entendió que cumplía una función muy diferente, aunque no sabía bien cuál.

—Está aquí —dijo Stella, yendo hacia algo que en realidad parecía una cómoda normal. Sacó un portátil, lo abrió y lo puso en marcha. Mientras esperaba que se encendiera, se volvió hacia Billy, que todavía estaba a pocos pasos de la puerta. Era como llevar a un alcohólico sobrio a una bodega o invitarlo a una barra libre. Notó cómo el deseo recobraba vida en su interior poco a poco, cómo la serpiente del estómago empezaba a moverse despacio.

Habían decidido que debía ser él quien fuera a esa casa, porque sin Vanja en la sala de reuniones habían podido convencer a Stella de que por lo menos les enseñara el ordenador.

Ella había aceptado con dos condiciones.

No tendría que dejárselo.

Estaría presente todo el rato, vigilando qué hacían con él.

No se lo podían negar. Al igual que en el caso de Dan Tillman, no tenían suficientes datos para hacer un registro domiciliario y querían mantener una buena relación con Stella. Sebastian creía que si ese cliente de verdad era uno de los criminales, quizá se pusiera en contacto con ella de nuevo. Había fracasado con Klara y sabía que habían encontrado muerta a Rebecca. La intención no era que muriera, por lo que de una manera u otra también había sido un fracaso. Y como ahora lo estaban buscando, era probable que dudara de sí mismo y de su capacidad. Dar rienda suelta a sus instintos empezaba a ser peligroso.

Las fantasías eran más seguras.

La cuestión era si sería suficiente ahora que había pasado al siguiente

nivel.

Cabía la posibilidad de que, como mínimo, lo intentara, creía Sebastian, así que querían que Stella los llamara si el hombre contactaba de nuevo con ella.

Por lo tanto, se contentaban con echarle un vistazo a su ordenador.

Y el designado fue Billy.

—Esto es lo que hemos escrito nosotras —dijo Stella cuando puso la contraseña y abrió la página web para Billy. Lo vio parado justo al lado de la puerta y sonrió un poco cuando éste accedió a su habitación y pareció sentirse fascinado por ella—. No entres en ningún otro cliente mío.

—Lo prometo.

Billy miró a su alrededor y no vio ninguna silla; acercó el banco forrado de hule hasta la cómoda y se sentó.

—Villman —constató cuando repasó su conversación digital.

—Sí. Como le he dicho a tu compañera, lo único que ha conseguido la ley esa es que los clientes no digan quiénes son, así que es imposible controlarlos si te hacen daño.

—¿Ha pasado?

—Nunca estamos solas con los clientes. Es decir, aquí dentro sí que estoy sola, pero siempre hay alguien más en la casa. Como Alma, que está ahí fuera.

Billy, concentrado en el trabajo, intentaba rastrear qué parte de la conversación procedía de Villman. Stella estaba justo detrás de él con los ojos clavados en la pantalla.

—Lo hago porque quiero, que lo sepas. Es un buen dinero. Sé que no a todas las que lo hacen les gusta, pero a mí sí.

—Qué bien.

—No me gustó la conexión que hicisteis para la prensa. Los de BDSM, los círculos sadomasoquistas, no tienen nada que ver con el abuso y el maltrato. Son adultos que hacen algo con pleno consentimiento.

Billy estaba concentrado en la pantalla y en el teclado; pulsaba deprisa los comandos. Aquél era un tema sobre el que, de hecho, no quería discutir.

—Ya lo sé —se limitó a decir, esperando que la conversación acabara ahí.

—Estamos de acuerdo en lo que vamos a hacer —continuó Stella—. Lo planificamos para evitar el riesgo de hacernos daño unos a otros y para que todos se sientan bien.

«Pero a veces no funciona», pensó él. Cuando una parte está demasiado borracha para tener en cuenta la palabra de seguridad. Cuando la sensación de poder sobre la vida y la muerte toma el control. Cuando necesitas la total satisfacción que te otorga ese poder.

—Sí, ya lo sé.

Stella lo dejó y se sentó en la cama. Por lo visto, confiaba en él, porque no podía ver la pantalla desde allí. Billy seguía trabajando, agradecido por el silencio.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Stella de pronto.

—¿Cómo sé el qué? —respondió Billy sin siquiera intentar esconder que prefería continuar sin más conversaciones.

—Eso del consenso, estar de acuerdo... ¿Ha sido sólo algo que has dicho, que has leído, o es que lo has probado?

Billy cerró los ojos, tragó saliva y después respiró hondo. Era un capítulo acabado. Algo que ocurrió pero que nunca más volvería a suceder. Algo

contra lo que luchaba cada día.

Estaba casado con My.

Amaba a My.

Se convertiría en el hombre que ella merecía. El hombre que fue. Aunque la serpiente en el estómago había empezado a moverse. Podía presionar a la lujuria. Tenía que hacerlo.

—Ha sonado como si lo hubieses probado —dijo ella desde la cama.

Billy siguió sin responder. Dejó salir el aire de los pulmones despacio para tranquilizarse un poco. Necesitaba mantener la concentración. Estaría listo en un rato, después podría dejar aquel lugar y no volver nunca más.

—¿Te gustó? —preguntó Stella con curiosidad. Por lo visto, ella interpretó su silencio como una confirmación de que iba por buen camino—. Lo parecía cuando has entrado aquí. —Seguiría hablando, preguntando e interpretando, de manera que lo mejor sería responder.

—Sí —respondió despacio y concentrado.

—¿Eras el dominante?

—Sí.

—Yo puedo variar. Depende de lo que quieren. Pero me gusta más ser sumisa.

¿Había oído bien o eran imaginaciones suyas? ¿Hablaba por hablar o lo estaba seduciendo? No había tiempo para pensar. Con el ordenador ya había trabajado suficiente.

—¡Joder!

—¿Qué pasa?

Stella se levantó de la cama y fue hasta él. Le puso la mano en el hombro

cuando se inclinó hacia delante para ver la pantalla. Billy sintió el calor de ella a través de la camisa. La serpiente se movió.

—Lo ha mandado todo desde un teléfono con tarjeta de prepago.

—¿No la podéis rastrear?

—Si tuviera el número, podría conseguir el IMEI del operador y rastrearlo en caso de que estuviera en marcha, pero ahora... —En lugar de terminar la frase, dijo que no con la cabeza, cerró el ordenador y se levantó con un solo movimiento—. Llámanos si se pone en contacto con vosotras —dijo sacando su tarjeta de visita, que dejó sobre el ordenador.

—Por supuesto.

Billy avanzó con paso rápido hacia la puerta. Tenía que marcharse de allí, respirar un poco de aire. Limpiar la mente.

—Sabes cómo se llama mi página —oyó decir a Stella a su espalda. Si antes había tenido esa impresión, ahora ya había desaparecido del todo. Sin duda, ella estaba buscando clientes. Billy no respondió. Se dirigió al pasillo, atravesó como un rayo la sala donde estaba Alma, que ni siquiera alzó la vista, y salió a la calle.

—Billy Rosén.

—Hola, soy Conny.

Tardó unos segundos en atar cabos.

Conny Holmgren.

El padre de Jennifer.

Billy maldijo para sí mismo, furioso por haber contestado, a la vez que se esforzaba en parecer tan relajado como fuera posible.

—Hola, qué..., ¿en qué te puedo ayudar?

—Sólo quería saber cómo iba todo.

—Nos ha salido un caso, en Uppsala, así que... No he tenido tiempo de estudiarlo mucho.

—Lo entiendo.

—Sí...

—¿Cuándo crees que tendrás tiempo de mirarlo?

Billy se presionó el tabique de la nariz con el pulgar y el índice, cerró los ojos y se apoyó en el coche. Esto era lo último que quería.

Ahora. Nunca.

Aunque Conny, como era lógico, no pensaba en otra cosa, así que tendría que arreglarlo.

—Bueno, pronto. Esto lo acabaremos dentro de poco y entonces tendré tiempo de hacerme cargo —mintió para ganar algo de tiempo.

—Si no, puedo ver si alguien más tiene tiempo para ayudarme.

—No. —Billy intentaba mantener el pánico apartado de su voz—. No, ya lo investigaré yo. Quiero hacerlo. Por Jennifer.

—Avísame cuando hayas encontrado algo.

«Cuando», no «si». Conny estaba seguro de que tenía razón. Era una situación de fracaso absoluto. Si Billy decía que no parecía que nadie hubiera manipulado las imágenes, él continuaría buscando hasta encontrar a alguien que confirmara sus sospechas.

Si Billy se mostraba de acuerdo, si afirmaba que sí estaban manipuladas, podría abrirse una investigación y correría el riesgo de que algún técnico mucho más preparado que él se implicara en el caso. No dejaba de tratarse de

una agente de policía que había desaparecido en extrañas circunstancias y que probablemente había sido asesinada.

—Sí, lo haré, ya lo sabes. Te llamaré en cuanto pueda.

Se despidieron con unas cuantas frases hechas, pero Billy se quedó de pie unos segundos respirando antes de abrir el coche y sentarse. No hizo ademán de ponerlo en marcha, sólo se quedó allí sentado, inmóvil, hasta que de pronto se puso a dar golpes contra el volante.

—¡Joder, joder, joder!

Notaba que le costaba respirar. Nunca le había pasado, pero supuso que era eso lo que se sentía cuando uno sufría un ataque de ansiedad o pánico.

Había conseguido un margen de tiempo. Unos pocos días, por lo menos.

Pero ¿qué cojones iba a hacer?

Tenía que resolver aquel lío.

Todo volvería a ser como antes. Todo volvería a estar bien.

Se lo fue repitiendo como un mantra mientras recuperaba el control de su respiración.

Cuando puso en marcha el coche y abandonó Norrforsgatan, ni él mismo sabía hasta dónde estaba dispuesto a llegar para que realmente fuera así.

Después de encontrar las cartas en el trastero, Axel Weber había pasado toda la mañana ocupado con lo que más le gustaba de su trabajo. No saber nada o tener muy pocos datos, y despacio, pero con paso seguro, obtener cada vez más información de distintas fuentes hasta unir las pequeñas piezas y acabar creando una unidad.

Aquella vez lo habían llevado hasta la iglesia de Fugelkyrkan, en la congregación de Nya Uppsala. Un coloso de obra vista de color amarillo que, más que una iglesia, parecía una escuela o un pabellón de deportes, con una especie de decoración moderna y deconstruida en forma de cruz de metal en un lateral. Weber no era un entendido en arquitectura, pero parecía inconcebible que aquel edificio se hubiera levantado en una década que no fuera la de los años setenta.

Después de llegar y presentarse, un trabajador lo llevó hasta DOLE, una de las tres salas del sótano que estaba entre OLE y DOF—las tres primeras palabras de una canción infantil—, según indicaban los carteles de las puertas. Weber había rechazado el ofrecimiento de una taza de café, y le habían dicho que Cornelis no tardaría en llegar.

Se paseó por la pequeña sala mirándolo todo. En una de las paredes había un crucifijo, y lo único que indicaba que aquello era una iglesia era un calendario con citas bíblicas. Si no fuera por eso, podría confundirse con una reducida sala de reuniones de cualquier empresa. Weber se preguntó si Rebecca habría estado en aquella sala alguna vez. Era como si la hubiera conocido esa misma mañana.

Rebecca Alm. Nacida en Nässjö en 1988. Única hija de Måns y Karin Alm, los dos fallecidos. No fue difícil encontrar la dirección.

Miró en Google Maps.

Una urbanización de casas unifamiliares.

Tuvo la esperanza de que Nässjö no se diferenciara mucho de otras urbanizaciones parecidas, de donde los jóvenes se iban y los viejos se quedaban. Había estado buscando, pero al final había llamado a la puerta de un vecino. Claro que sí, se acordaba muy bien de los Alm. Aunque todos habían muerto. La chica, Rebecca, era un poco especial.

¿En qué sentido era Rebecca especial?

Andaba sola, apenas saludaba, mostraba una actitud de rechazo, nunca tenía amigos en casa. Tampoco era tan sorprendente, con los padres que tenía... No se debe hablar mal de los muertos, pero toda la familia era un poco rara. Creía recordar que los de servicios sociales habían ido a su casa alguna que otra vez.

Un antiguo compañero de colegio le había facilitado algunas piezas más del rompecabezas. Rebecca había empezado en aquella escuela en octavo; por lo visto, ya era la tercera o cuarta a la que iba, no lo tenía muy claro.

¿Sabía por qué cambiaba de escuela tan a menudo?

Nunca estaba a gusto, se lo tomaba todo como un ataque personal, siempre hacía un montón de acusaciones, a menudo eran malentendidos que se exageraban, o bien sólo se imaginaba que la gente iba a por ella. Era diferente, solitaria, mantenía a la gente a distancia.

Nada cambió en el instituto, según había entendido Weber.

Un mes después de acabar el bachillerato, los padres murieron. En un accidente de coche. El automóvil se había pasado al carril contrario y se había empotrado en un camión cargado de troncos. Corrió el rumor de que se habían suicidado. La iglesia más cercana le echó una mano; era hija única,

una joven de diecinueve años que podía necesitar ayuda y apoyo. Por supuesto, ella los rechazó.

¿Dijo por qué?

Pensaba que querían hacerle daño, que buscaban algo, que se aprovecharían de ella ahora que estaba sola. Una de las mujeres que pertenecían a la iglesia había conseguido mantener el contacto con ella de forma esporádica. Sabía que había vendido la casa de Nässjö y se había ido a vivir a Uppsala. Hablaba de estudiar Teología, pero para ello tenía que subir su nota en el bachillerato para adultos.

Después de recopilar los datos, Weber había hecho una búsqueda en Google.

Le costaba confiar en la gente. Interpretaba las vivencias de forma negativa, como ataques y amenazas. La consideraban fría, resultaba difícil colaborar con ella.

El diagnóstico de su médico fue que, seguramente, Rebecca sufría trastorno paranoide de personalidad. «Pero no es paranoia si de verdad te están siguiendo», surgió en su cabeza. Una cita, quizá de una película, pero tampoco sabía de cuál. De todas formas, no tenía nada mejor que hacer y, en el mejor de los casos, se llevaba algo realmente grande entre manos.

Una auténtica historia

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando la puerta se abrió y un hombre de unos cuarenta años entró en la sala. La barba larga, un aro en la oreja, el pelo largo recogido en una coleta. Vestido informal, con vaqueros y zapatillas de deporte. Podría haber trabajado perfectamente en una de las panaderías mini del barrio de Södermalm, en Estocolmo, si no fuera por el alzacuellos blanco sobre la camisa granate que asomaba por debajo de la americana.

—Hola, perdone por haberle hecho esperar. —Se dirigió hacia Weber con

la mano extendida—. Soy Cornelis Hed, el pastor de la congregación.

—Axel Weber, del *Expressen*.

Cornelis le indicó uno de los sillones junto a la ventana. Se sentaron uno frente al otro.

—Cuando llamó me dijo que era importante —señaló Cornelis cruzando las piernas y las manos.

—Rebecca Alm —fue todo lo que respondió Weber. La experiencia le había enseñado que lo mejor era decir lo menos posible, dejar que el otro hablara, que asociara las palabras de forma libre, ver qué camino tomaba la conversación. Acompañar en lugar de guiar. Sorprendentemente, a menudo el que tenía más que esconder era el que hablaba más. Sin embargo, Cornelis no. En silencio parecía buscar en la memoria el nombre, tratando de ubicarlo.

—No estoy seguro de saber quién es —dijo por último, con una arruga en la frente.

Weber sacó una fotografía de ella, la misma que había sido publicada el día anterior en el periódico, y se la enseñó. Cornelis se inclinó hacia delante y la miró con detenimiento. Parecía estar rebuscando en su memoria, pero al final negó con la cabeza.

—No, no la reconozco. ¿Es miembro de esta parroquia?

—Era. Está muerta, la asesinaron hace unas semanas.

—Qué horror...

—Sí, vivió en Gävle los últimos años...

—¿Cuándo fue miembro de aquí? ¿Hace mucho tiempo? ¿Debería reconocerla?

—Al parecer, fue muy activa en esta iglesia entre 2008 y 2010. Usted estaba aquí entonces —constató Weber.

—Trabajaba en la congregación, pero en otra parroquia. Llegué a Fugelkyrkan en 2011, en primavera.

Weber se quedó callado, maldiciendo para sí mismo. Sólo había controlado quién era el jefe y los años de servicio, no había estudiado toda la historia. Fallo propio. Según el padrón, Rebecca se había ido de Uppsala a finales de agosto de 2010. Medio año antes de que el cura con apariencia de hípster empezara a trabajar allí.

—¿Puedo preguntar por qué me pregunta a mí, o a nosotros, a la iglesia?

Podía preguntarlo.

Pero no sabía la respuesta correcta.

Según la fuente de Weber, Rebecca había seguido aislándose, apenas participaba en nada y estudiaba el bachillerato para adultos a distancia. Las únicas veces que parecía salir por la puerta de su casa era cuando iba a Fugelkyrkan. La mujer de Nässjö había tenido la impresión de que era importante para ella y la había animado.

En 2010, Rebecca le había enviado una carta a Weber sobre la mujer que había muerto. En julio, según el matasello del sobre. Al mismo tiempo, había abandonado no sólo la Iglesia, sino también Uppsala; había dejado los estudios y conseguido un trabajo a jornada parcial en Gävle. Algo había ocurrido y, dado que parecía que no se socializaba con nadie más, era muy probable que hubiera pasado en la iglesia, tal y como sugería la carta.

Ésa era la respuesta.

—Estoy escribiendo sobre la violencia contra las mujeres y quería hacer un retrato más personal de ella —dijo Weber, por el contrario—. Para que no sea sólo una víctima anónima, una cifra en las estadísticas, sino una persona.

Cornelis asintió, al parecer satisfecho con la respuesta; incluso parecía que le gustaba la idea.

—Siento no poder ayudarle, no la conocía.

—¿Quién era responsable aquí en 2008, antes de que lo fuera usted?

—Mi predecesora, Ingrid Drüber.

—¿Dónde la puedo localizar?

—En Västerås. Ha estado allí en los últimos siete años. Este año se presenta a las elecciones del obispado.

No había mucho más que decir. Weber dio las gracias, salió de la iglesia y se dirigió al coche. Un poco enfadado consigo mismo. Podría haberse ahorrado el viaje a Uppsala. Miró el reloj. ¿Debería llamar a Ingrid Drüber y pedirle una cita, quizá esa tarde? ¿O debería ir directamente, presentarse sin avisar?

En las dos alternativas había ventajas y desventajas.

Si un testimonio no sabía que iba a visitarlo, no le daba tiempo de prepararse y resultaba más fácil que se descubriera, o que se negara a hablar con él, lo cual siempre era una señal de que iba por buen camino y había motivos para continuar indagando.

Por otra parte, si pedía una cita, quedarían a una hora concreta, y la persona con la que hablara tendría cierta sensación de control, lo cual también podría hacer que bajara la guardia.

En caso de que hubiera que bajar la guardia.

Decidió que era demasiado tarde para hacer una visita espontánea. Eligió llamar y pedir cita. Podía telefonar desde el coche de camino a Estocolmo. También tenía que hacer, de alguna manera, un seguimiento del artículo del día anterior. Sonia lo había llamado cuando iba hacia Uppsala. Como el *Bladet* decía algo sobre un saco en la cabeza de la víctima, en la edición digital habían bautizado al autor de los hechos como «El Hombre del Saco». Weber había dicho que él seguía una pista que podía hacer que el

descubrimiento del *Bladet* se quedara en nada. Aunque aquello había sido antes de la absurda reunión con Cornelis Hed.

Ahora tenía tan poca información como el día anterior.

Es decir: nada.

A menos que se contara con un relato desgarrador sobre una joven que sufría de problemas psíquicos y que había muerto sola en un piso de Gävle.

Aunque eso no era lo que él quería. Quería una historia

Esperaba que Ingrid Drüber, en Västerås, pudiera darle una.

Había llamado para decir que estaba enferma.

Había cancelado todas las reuniones previstas. Todas menos una.

El periódico cristiano *Dagen* quería entrevistarla. Habían escrito muchas cosas positivas de ella antes, parecían valorar su punto de vista sobre el lugar que la cristiandad debería ocupar en Suecia y de qué manera la Iglesia sueca debería actuar, y estaban dispuestos a hacerlo llegar a sus lectores. No sabía cuántos lectores del *Dagen* tenían derecho a voto en las elecciones al obispado, pero los textos anteriores habían cosechado buenas críticas y habían tenido mucha difusión. En realidad, ella no hacía campaña, no solía hacerse entre las elecciones a nominados y las elecciones al obispado en sí, pero no dejaban de ser unas elecciones.

La gente iba a votar.

Se trataba de ganar.

Serviría para que supieran quién era y lo que defendía. La Iglesia sólo tenía un objetivo, otorgado a través de Jesucristo, y era difundir el Evangelio, el buen mensaje. Nunca pedirían perdón por haber tenido la posibilidad de mejorar y cambiar no sólo la vida de las personas en particular, sino también la del mundo entero. Se trataba de defender que la Biblia era la única verdad.

Nunca estaba de más recordarlo.

Si no, habría dedicado el día a intentar olvidar de forma activa.

El día anterior, por supuesto, pero también aquella noche de verano de hacía ocho años.

Después de haber organizado su agenda, anulado o replanificado citas, había salido a dar un paseo. Se había tranquilizado. Era fácil acercarse y ver

la magnificencia de Dios y la belleza de la Creación en la naturaleza. Al volver había tomado un almuerzo ligero y había dedicado el resto del día a las oraciones y a la meditación.

Luego volvió a ducharse y se maquilló un poco; le pareció que tenía un aspecto cansado y ajado, y la periodista que la iba a entrevistar llevaba a un fotógrafo consigo. A continuación cogió el coche para ir a la ciudad. Habían quedado en una cafetería junto al lago Mälaren.

Cuando llegó, cinco minutos antes de la hora prevista, una joven se levantó y fue hacia ella; se presentó como Emma. Hablaba de forma abrumadora de lo contenta que estaba por que Ingrid hubiera aceptado, lo mucho que había esperado ese momento, y le preguntó si la podía invitar a algo.

Con una taza de té cada una, empezó la entrevista.

Emma hizo buenas preguntas, las adecuadas. «A ese tipo de personas es a las que la diócesis debería otorgarles las audiciones», pensó Ingrid. Informada, despierta, interesada. El tiempo pasó deprisa.

—Pues creo que ya tengo lo que necesito —dijo Emma al acabar, mirando la grabadora que había sobre la mesa. Una hora y treinta y seis minutos—. También solemos poner media página con veinte preguntas rápidas, algo divertido, no sé si lo ha visto.

Ingrid negó con la cabeza, no lo había visto y no estaba del todo de humor para «algo divertido».

—¿Qué tipo de preguntas?

—Bueno, de todo tipo, como su comida favorita, qué música suele escuchar y eso...

Ingrid no estaba demasiado interesada, pero accedió; no le iría mal demostrar cierta ligereza y transmitir la idea de que era una persona

accesible.

—¿Tiene algún apodo cariñoso?

—No. Cuando iba a la escuela me llamaban Idde, pero ya nadie lo hace.

—¿Qué color domina en su armario?

Ingrid tuvo que pensarlo un segundo, intentó visualizar el vestidor en el dormitorio de su casa.

—Verde, creo.

—¿A qué hora se ha despertado esta mañana?

—El despertador ha sonado sobre las siete, como siempre.

Una media verdad. El despertador había sonado a las siete y diez, pero no se había despertado. Ya llevaba horas despierta.

El sueño había sido muy real. Nada de elementos oníricos, nada elevado o distorsionado que señalara que, simplemente, era fruto de su inconsciente.

No tanto un sueño como la repetición de la vida real.

El grito en el asiento de atrás. Las voces. Altas, crispadas, llenas de pánico. Las constantes actualizaciones y las preguntas.

«¡Está sangrando!»

«¿Cuándo llegamos?»

«Se ha desmayado.»

«¿Se pondrá bien?»

«Creo que no respira. ¿Respira?»

Se concentró en la carretera para poder atravesar lo más deprisa posible la noche todavía clara de verano en Uppsala. Lo hizo lo mejor que pudo para evitar los ojos asustados y suplicantes en el espejo retrovisor. Los que

delataban que algo iba realmente mal y que, en silencio, imploraban que Ingrid la salvara.

Apartó los pensamientos contestando lo que había desayunado por la mañana (nada, aunque sabía que debería haberlo hecho), la última película que había visto (*El diario de Bridget Jones*, en la televisión), las golosinas favoritas (chocolate negro).

—¿Se arrepiente de algo?

¿Como dejar a una mujer sola sangrando y agonizando en la puerta de un hospital en mitad de la noche?

Esa mañana, o la noche anterior, cuando el sueño la había despertado, se dio cuenta.

¿Qué le había pasado por la cabeza?

No sabían que Linda iba a morir. Esperaban y rezaban para que no ocurriera. ¿Qué habría pasado entonces? Si todo hubiera salido como querían, esperaban, deseaban. Si hubiera sobrevivido. Ya había sido bastante malo verse involucradas en la situación en la que se encontraban, pero que la dejaran allí sin saber con certeza si de verdad iba a recibir ayuda, que se fueran de allí... Eso nunca habían podido justificarlo después.

¿Por eso murió? ¿La ayuda llegó demasiado tarde?

Claro que había algo de lo que se arrepentía. Tardó unos segundos, pensó y miró fijamente a Emma.

—Me arrepiento de no haber encontrado antes a Jesucristo. Tenía diecinueve años.

Emma asintió con empatía. Hizo las últimas preguntas.

La mejor asignatura en la escuela.

Lo que se llevaría a una isla desierta.

Lo que llevaba en los bolsillos en ese momento.

Preguntas banales con respuestas absurdas, hasta que Emma le dio las gracias por la entrevista. Había sido tan agradable estar con ella que esperaba de corazón que Ingrid ganara las elecciones. En la Iglesia sueca se necesitaba a más gente como ella, dados los tiempos que se vivían. El fotógrafo había llegado y salieron para tomar unas imágenes junto al agua.

Después, camino de su coche y a pesar de las circunstancias, se sintió relativamente bien.

Había ido bien.

Iba a ir bien.

Todo saldría bien.

Ella no lo sabía, pero al mismo tiempo que se sentaba en el coche, que lo ponía en marcha y se dirigía a casa, Axel Weber escribía su nombre en el buscador del ordenador del trabajo, presionaba la tecla Enter y empezaba a interesarse por la lectura.

Felix Hoekstra cogió la jarra y vertió leche en la taza. Paladeó el café. Empezaba a prepararse para las entrevistas. Era una sensación contradictoria tener tanto que hacer. Le complacía que su organización de voluntarios creciera, que fuera necesaria, pero el motivo por el que tantos llamaban le partía el corazón.

### El Hombre del Saco.

Habían pasado de dos coches a cinco en menos de un mes, y si continuaban así, necesitarían el doble. Como mínimo. El miedo se extendía entre las mujeres de Uppsala. Por supuesto, era horrible, pero para los Coches de Confianza, los vehículos de vigilancia vecinal, suponía todo un impulso. Lo habían entrevistado dos periódicos, había ido a la radio local y a la nacional, el ayuntamiento se había puesto en contacto con él para saber si podían apoyar la actividad de alguna manera y varios patrocinadores mostraron interés. Todos los participantes trabajaban de forma voluntaria, pero había ciertos gastos, y hasta ahora los ingresos no siempre los igualaban, de modo que toda ayuda era bienvenida. Pero no estaba a gusto con esa sensación contradictoria, aunque quizá era ineludible. La necesidad en sí misma de que hubiera una empresa como la suya era descorazonadora.

La idea se le ocurrió cuando sus hijas empezaron a salir solas. No siempre querían que las fuera a buscar; el taxi era caro y, por mucho que él se ofreciera a pagarlo, a veces no les apetecía coger uno. Supuso que era parte del proceso de liberación. De manera que puso en marcha la actividad, cinco años atrás, porque quería marcar la diferencia y ayudar a la gente. Aunque, sobre todo, era porque necesitaba concentrarse en algo que no fuera su divorcio. Su gran amor lo había abandonado y había perdido a las dos hijas que tenían. Cierto que las veía de vez en cuando, pero vivían en las afueras de

Hässleholm con el nuevo marido, con perros y caballos. Él sentía que no tenía nada que ofrecer, en especial durante los primeros años.

Todo había caído como un rayo desde un cielo despejado.

Un día llegó a casa y Lisa le explicó que las niñas iban a dormir con unas amigas. Felix tuvo tiempo de pensar que nunca dormían fuera de casa entre semana antes de darse cuenta de que estaban a punto de discutir sobre algo importante.

Lisa fue la que habló. Él había llorado, más que otra cosa.

Suplicado. Sin resultado.

Ella ya se había decidido. Le estaba informando. Se llamaba Max.

Lo había conocido en un cursillo un año antes y ahora lo amaba. Todavía quería mucho a Felix y realmente esperaba que pudieran continuar siendo amigos en el futuro, no dejaban de tener dos hijas en común. Aunque se irían a vivir a otro sitio cuando acabaran la escuela. Con Max, a la granja de caballos en Skåne. No había sido una decisión fácil, pero tenía que hacerlo, porque se lo pedía el corazón. Por el bien de todos.

Los dos habían sido generosos en el reparto de las propiedades. Ella no había peleado por nada, quería separarse de él cuanto antes mejor y de la forma más sencilla, supuso él, aunque en ningún momento lo expresara así.

Al principio, las niñas iban a verlo en tren cada dos fines de semana, pero tardaban casi cinco horas en cada sentido y pronto se limitaron a subir durante algún puente o por vacaciones. Fue horrible sentir cómo sus hijas se iban distanciando de él y darse cuenta de que no tenía manera de evitarlo.

Fue entonces, en algún lugar de la compacta oscuridad, cuando entendió que necesitaba algo, concentrarse en otra cosa que no fuera sentirse apartado. Tardó en analizar sus sentimientos y llegó a la conclusión de que lo que más echaba de menos era sentirse útil.

Ser importante para alguien.

Marcar alguna diferencia.

No era más complicado que eso.

Era preciso encontrar algo que cubriera esa necesidad. Llenar el vacío. La idea de los coches de seguridad volvió a aparecer. Uppsala era una ciudad estudiantil. Muchas jóvenes, como sus hijas, por la calle, de noche. Todo el año.

Se puso en contacto con las grandes organizaciones de estudiantes, y ofreció sus servicios en colaboración con ellos. Picaron de inmediato. Durante bastante tiempo fueron pocos los que ofrecían el servicio más allá de los fines de semana, aunque sin prisa pero sin pausa fueron creciendo.

Gracias a Remi. El segundo año fue a hablar con ellos y enseguida se convirtió en la colaboradora más importante y su mano derecha. Era ordenada, una administradora nata. Lo ayudaba a repasar todas las solicitudes, hacía un profundo control de antecedentes, lo organizaba todo, desde los horarios hasta el contacto con los patrocinadores. Además, era soltera desde hacía unos años y en mayo de ese año iniciaron una relación. Se veían con regularidad y tenían sexo, y a él le gustaba que hubiera sido ella quien tomara la iniciativa; él nunca se habría atrevido. Remi era algo mayor que él, pero tenía una feminidad y una pasión que lo atraían mucho. Poco a poco empezó a pensar que existía la posibilidad de convertir la relación en algo más permanente, pero quería ir despacio. No podría soportar que le hicieran daño de nuevo. La herida tras la separación de Lisa todavía no estaba curada del todo, por mucho que les asegurara a sus hijas que había pasado página. Pero iba por buen camino. Se sintieron orgullosas cuando oyeron hablar de él por la radio.

Se lo necesitaba.

Justo lo que había deseado siempre.

Ahora tenían que hacer que la organización creciera sin problemas. No sólo recibían un montón de llamadas de mujeres intranquilas que precisaban que las llevaran en coche, sino también de un montón de voluntarios que querían ayudar. Aquello significaba que tenían que ser más cuidadosos. No podían dejar entrar ninguna manzana podrida. Con que se les colara una ya sería suficiente para poner en tela de juicio toda la actividad. De manera que Remi y él aumentaron el control del historial, exigieron más referencias, además de los informes del registro de antecedentes, y comenzaron a hacer entrevistas personales.

El primero de ese día tenía unos treinta años. No había muchos colaboradores de esa edad, pues solían estar muy ocupados con el trabajo, la familia, los entrenos, las asociaciones. El rompecabezas de la vida, simplemente.

Se llamaba Zacharias Wahlgren; llegó puntual, iba bien vestido y parecía serio, de manera que era un buen comienzo. Felix le pidió que se sentara. El despacho no era otra cosa que una sala grande amueblada con tres escritorios y cinco ordenadores. Un tablón de anuncios, algunos pósteres y un mapa de Uppsala en la pared. En un rincón, una cocina con dos microondas, una nevera, un congelador, una cafetera eléctrica y una pequeña mesa con cuatro sillas plegables. Aparte de un diploma de la Universidad de Uppsala por los servicios prestados, no había nada que indicara qué hacían allí, pero aun así daba la sensación de que no se movía mucho dinero. Allí se trabajaba de forma voluntaria.

Felix invitó a Zacharias a café y empezó con la pregunta estándar.

—¿Por qué quieres trabajar con nosotros?

—Mi mujer fue atacada hace poco y desde ese momento he sentido que quiero hacer algo. Entonces leí sobre lo que hacéis y pensé que podría ayudar.

—¿Cómo está? —preguntó Felix con empatía.

—Bien, no fue tan violento como podría haber sido.

—Menos mal. Y tú, ¿cómo estás?

—¿Qué quieres decir?

—Normalmente, toda la atención recae en ella, en la víctima, pero también es un trauma para los que están cerca.

El hombre que tenía enfrente parecía pensar en lo que acababa de oír, como si para él fuera una novedad. Felix se inclinó hacia delante. Había algo en Zacharias que de forma instintiva le agradaba.

Un hombre bueno. Agitado.

Sabía que todavía había hombres a los que no les gustaba hablar de sus sentimientos. Él había sido uno de ellos, pero Zacharias lo miró agradecido.

—Gracias, pero estoy bien... No pude hacer nada y lo único que cabe ahora es estar allí para ella. Y para los demás, por supuesto.

Hablaron un rato, y como no había nada en el registro de antecedentes, si Remi no encontraba nada oscuro significaba que Felix acababa de conseguir un nuevo colaborador.

Era un grupo abatido que se estaba preparando para salir de la comisaría. A pesar de que todos trabajaban de forma intensiva, a pesar de haber conseguido dos buenos hilos de los que habían estado tirando todo el día, cuando resumieron la situación se vieron obligados a reconocer que no habían llegado a ninguna parte.

El ADN de Dan Tillman no coincidía con el esperma hallado en ninguna de las víctimas, lo cual no fue una sorpresa para nadie. Sebastian había exclamado, a destiempo, su particular «qué os había dicho yo» cuando Ursula explicó al grupo lo que ponía en el informe, y el humor había caído un poco más. Cuando estaban hablando de Tillman, Carlos reparó en que nadie le había preguntado el número que gastaba de calzado. Lo llamó y con su estilo tranquilo y diplomático hizo que se lo dijera. Un 45. A veces un 46. La huella de las Vans que habían conseguido en el escenario de los crímenes correspondía a un 42,5. Su nombre figuraba todavía en la investigación, pero quedó descartado como sospechoso hasta tener más pruebas que lo pudieran incriminar.

La primera pista, a pesar del nombre, no los había llevado a ninguna parte.

Billy finiquitó la segunda.

El cliente de Stella Simonsson.

Expuso de forma breve la visita a su casa. Muy poco sobre el local donde trabajaban las mujeres, nada de la habitación, sólo una exposición de las conversaciones a través del ordenador. Todas escuetas y precisas.

Él quería, ¿cuándo podía ella? Concertar una cita. Dejarlo acabado.

El hombre que compraba sus servicios se llamaba Villman. Había cinco Villman en Uppsala, pero todos se escribían con W. Pagó al contado, cosa que ya sabían, por lo que no había transacciones que pudieran rastrear, y toda la comunicación se hacía desde un teléfono con tarjeta prepago, imposible de localizar por el momento. También había controlado las cámaras de vigilancia. La última estaba en la carretera 272 que empezaba en Uppsala y acababa en Bollnäs. La mayor parte del tiempo con mucho tráfico de día y de noche y, aunque sabían exactamente cuándo había estado Villman en casa de Stella, no era seguro que hubiera pasado por delante de las cámaras. Por lo menos había otras dos carreteras hasta el polígono industrial, pero ninguna de ellas tenía cámaras.

Resumiendo: nada.

Y por si aquello no fuera suficiente, Anne-Lie terminó la reunión tirando un periódico de la tarde sobre la mesa.

—Pues no tenemos gran cosa, pero lo poco que sabemos se ha filtrado. ¡Joder!

Sebastian pensaba preguntarle qué se esperaba, pero se abstuvo. Anne-Lie no parecía necesitar más motivos de enfado en aquel momento, y era de las pocas personas, o quizá la única, con la que aún estaba de buenas.

—Lo llaman el Hombre del Saco —continuó furiosa, con la mirada fija en Torkel—. No tendría que haber ocurrido. Quiero cogerlo antes de que se convierta en el Hombre de Uppsala o en algún otro hombre de los cojones. Para eso os he hecho venir.

—Sólo llevamos dos días aquí —dijo Billy, extendiendo los brazos en un gesto con el que le preguntaba qué se esperaba en realidad—. Habías estado trabajando con esto durante más de un mes antes de que nosotros llegáramos.

—Y diste una rueda de prensa, lo hinchaste, lo agrandaste —añadió Ursula—. Nunca se conforman con lo que se les cuenta en ellas.

Torkel vio que Vanja asentía y le alivió el corazón. Era posible que en los últimos tiempos se hubieran distanciado, pero, en cuanto las cosas se ponían feas, se apoyaban unos a otros, a él. Todos menos Sebastian, cómo no.

—No deberíamos haberles dicho que les tapaba la cara a las víctimas — insistió Anne-Lie, mirando todavía a Torkel.

Así que él había tenido razón, constató Torkel. Ella le había dejado desarrollar el argumento en torno al dominio y el control para poder tener a alguien a quien culpar después. Sintió que aumentaba su irritación y suspiró hondo para amortiguarla.

—Quizá no —dijo. Era lo máximo que estaba dispuesto a admitir. No pediría nunca perdón—. Pero ahora ya está publicado y no podemos controlar a la prensa —añadió, encogiéndose de hombros y esperando que quedara zanjada la discusión.

—Tampoco hace falta que seamos amigos de los periodistas.

De acuerdo, ya era suficiente. Sintió que tenía bastante. Estaba cansado de estar sentado en el banquillo.

Estaba cansado de verse cuestionado, señalado como la cabeza de turco y abiertamente desafiado. Echó la silla atrás, se levantó de golpe y alzó la voz.

—Axel Weber trabaja en el *Expressen*. Éstos son la competencia. — Torkel puso el dedo índice sobre el periódico que estaba delante de él, golpeándolo varias veces—. Llevo tratando con la prensa más de veinte años, sé lo que les puedo dar y lo que no. No me gusta lo que insinúas.

—No he dicho que lo filtraras tú.

—Por eso he utilizado la palabra *insinuar*.

Se hizo silencio en la sala. Torkel y Anne-Lie seguían desafiándose, parecía que se medían con la mirada, como si el primero que dijera algo fuera

a perder. Los demás intercambiaron miradas entre sí, parecían estar algo incómodos y desconcertados.

—Escuchad, ¿no sería mejor que...? —empezó a decir Vanja, pero la interrumpió Sebastian.

—Chist, mamá y papá se están peleando. —No cabía la menor duda de que la situación le divertía. Eran pocos los que podían sacar a Torkel de sus casillas de manera que expresara su furia u otros sentimientos. Ni siquiera Sebastian había conseguido que alzara la voz demasiadas veces.

Y mira que podía ser enervante.

—Ya estamos listos por hoy —constató Torkel, volvió a su puesto y con ello acabó la reunión.

Sebastian tuvo la sensación de que las cosas serían un poco diferentes de ahí en adelante.

Antes de dejar la sala preguntó si alguien quería hacerle compañía para cenar, pero Billy y Torkel se iban directamente a Estocolmo. Ursula no podía y Vanja ni siquiera contestó, claro, pero él sabía, porque había oído una conversación entre ella y Torkel, una de esas que desearía poder tener con su hija alguna vez, que era la última noche que pasaba con Jonathan. El chico se marchaba al día siguiente, a primera hora de la mañana. Carlos se iba a casa con la familia, dijo, y Sebastian no le aclaró que la pregunta no iba dirigida a él. Anne-Lie se había metido de nuevo en su despacho. De alguna manera, Sebastian dudaba mucho que estuviera de humor para ir a cenar. Tampoco le encantaba la idea tenerla como compañía, siendo sinceros.

Por lo menos, no aquella noche.

Tampoco podría tratar de seducirla.

Por un momento, Sebastian pensó en ir con Billy hasta la capital. Hablar un poco con él en el coche. Saber cómo le iba, aunque parecía estar mucho

mejor.

Quizá por la mañana sólo estaba cansado.

Quizá lo tenía bajo control.

Sebastian esperaba que así fuera. No tenía ganas de involucrarse. Además, habría muchas preguntas incómodas si tuviera que explicárselo todo a Torkel.

¿Cuánto tiempo hacía que lo sabía?

¿Por qué no había dicho nada?

¿Estaba del todo seguro?

Así que... no. Un viaje en coche de cuarenta y cinco minutos con Billy no le apetecía.

Ni con Torkel.

Sebastian estaba seguro de que intentaría despertar su dormida amistad. Intentaría atar lazos. Con preguntas personales o algo aún peor, explicando anécdotas de su feliz vida con su triste maestra de primaria.

Además, ¿qué cojones iba a hacer en Estocolmo? Solo. En su gran piso. Donde, hablando totalmente en serio, dudaba mucho que jamás pudiera volver a ser feliz. ¿Trabajar? ¿Con el libro? Preparar las entrevistas con Ralph Svensson. ¿O ir allí para acostarse donde nadie lo encontraría? Una tentación, sí, pero no.

Salieron uno tras otro, sólo Ursula se quedó sentada delante del ordenador cuando él también se iba.

—¿Vamos juntos hasta el hotel? —preguntó mientras se ponía el abrigo.

—No, vete tú, yo me quedo. Después voy a salir.

—¿Qué vas a hacer? —Sebastian se quedó en la puerta, mirándola con

curiosidad.

—Si quisiera que lo supieras, te lo habría dicho.

—¿Por qué no lo puedo saber?

—Porque serías cínico e irrespetuoso.

—No, te lo prometo.

Ursula lo miró, sopesando consigo misma si decírselo. Que Sebastian Bergman prometiera algo no significaba nada, lo sabía. Pero esa misma mañana le había dicho lo que esperaba de él. Que tenía que espabilar, ponerle la mordaza al primer impulso, dejar de ser un desgraciado. Estaba en sus manos.

—He quedado con alguien.

—¿Alguien?

—Sí.

—¿Un hombre?

—Sí.

—¿Quién?

—Es todo lo que te voy a decir.

—Pero con «alguien», ¿te refieres a alguien con quien vas a follar?

Ursula se limitó a negar con la cabeza. Pero supuso que Sebastian no podía evitarlo. No entendía que la gente normal y corriente interpretaba ese comentario como vulgar e insensible, puesto que era el único motivo que él tenía para quedar con alguien del sexo opuesto.

—Adiós, Sebastian —dijo, y se volvió hacia la pantalla, señalando así que la conversación se había terminado.

—Ve con cuidado. Ahí fuera hay por lo menos un loco suelto.

Y cerró la puerta tras de sí. Ursula no supo del todo cómo interpretar ese último comentario. Podría ser una expresión de cuidado por su parte, pero de igual modo podría ser una manera de despertar suspicacias innecesarias en ella y de esa forma sabotear la cita. Independientemente de lo que fuera, a ella ya se le había pasado por la cabeza. No sobre Petros, ella se sabía cuidar sola.

Pero sobre Bella y Nicco.

O Nicolas Linton, como se llamaba. Debería haber aprovechado para preguntarle, para mostrar interés, cuando la había llamado para darle las gracias por la compañía de la noche anterior.

Ursula pensó que podría hacer una búsqueda. Sólo para estar segura... de que no era Tillman.

Había un montón de gente como Tillman por ahí fuera.

Lo hacía por Bella. No se enteraría nunca... mientras Ursula no encontrara nada de él. ¿Qué haría entonces? ¿Cómo se lo explicaría a Bella para que entendiera lo que había hecho? Sería la estocada de la muerte para su ya quebradiza relación. Ursula tenía que demostrar que se preocupaba por su hija, pero aquella no era la manera. No era así como se reforzaba la confianza.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el pling del ordenador. Abrió la página en la que ya había iniciado la sesión.

¿Te gusta la comida tailandesa?

Al principio Petros había propuesto que se quedaran en el hotel en el que ella se hospedaba. Se decía que el restaurante era bueno y él nunca había comido allí.

Ursula se había negado.

Ni hablar.

Por dos motivos.

El primero quizá fuera un poco tonto, pero no quería que su habitación estuviera tan cerca. Quería tener la posibilidad de dar las gracias, decir adiós y coger un taxi, un abrazo, un beso en la mejilla y después separarse de él. Como había hecho con Sebastian en Estocolmo cuando él esperaba algo más. Quizá sólo el hecho de que haberse acostado con Torkel durante años en distintos hoteles a lo largo y ancho del país era lo que le generaba esa sensación de que la mayoría de los hombres vinculaban las habitaciones de hotel con sexo probable.

El segundo motivo, del todo legítimo, era que si cenaban en su hotel, Sebastian podía bajar al restaurante en cualquier momento, y Ursula no se podía imaginar un escenario peor.

De manera que ahora estaban sentados a una mesa en un restaurante tailandés con un montón de vocales en el nombre, casi todas aes. Había buscado el nombre en Google. Estaba a apenas veinte minutos de su hotel. Un paseo perfecto, con independencia de cómo acabara la noche.

Se encontraron en la puerta. Ella llegó puntual, pero él ya estaba allí con un ramo de flores en la mano. Por un momento había pensado, desagradecida, que qué iba a hacer con unas flores frescas en el hotel, pero se quitó el

pensamiento de la cabeza, le dio las gracias y dijo que eran muy bonitas. Estaba claro que él era mejor que ella en esas cosas, pensó cuando Petros le abrió la puerta para que pasara. Se había vestido de manera elegante. Se había esforzado.

Ella llegaba directamente del trabajo.

Un camarero les mostró la mesa, les dio un menú a cada uno y preguntó si querían beber algo. Camino del restaurante, Ursula había notado una sensación rara que no reconocía. Ahora se daba cuenta, sentada con el menú en la mano, discutiendo sobre primeros platos y lo que iban a beber con la comida. Estaba nerviosa.

Hacía tiempo que no sentía la necesidad de hacerse la interesante, si es que alguna vez lo había necesitado. No recordaba bien si había sido con Micke. Habían empezado a salir juntos y punto, quería recordar. Él estaba más interesado en ella que ella en él, lo cual no cambió a lo largo del matrimonio.

Comenzaron a salir, se fueron a vivir juntos, tuvieron a Bella y estuvieron bien. Una casa en una zona agradable, desahogados de dinero, trabajos estimulantes.

Una buena vida. Tan buena como cabía esperar, supuso. Aunque ella nunca lo amó.

Después apareció Sebastian en su vida.

Demostró de forma clara que estaba interesado en ella, que la quería, puesto que tomó todas las iniciativas. Ella no necesitó hacer nada. Él la había abrazado como Micke no había hecho nunca, y eso era algo que Ursula todavía podía echar de menos.

Sebastian, el primero a quien realmente había querido.

Miró a Petros por encima de la mesa. ¿La podría abrazar él? Encontrarla,

a pesar de que ella no permitiera que nadie se acercara demasiado, superar la distancia que siempre mantenía. O aprender a vivir con ella. Incluso valorarla. ¿Tal como había hecho Sebastian?

Se dio cuenta de que el hecho de que estuviera allí sentada pensando en su ex amante podía dificultar el abrazo en sí, de manera que se obligó a dejarlo y a ver la situación desde fuera, a analizarlo todo, como si todavía estuviera en el trabajo y su vida sentimental fuera un escenario del crimen que debía examinarse de forma metódica.

Si es que se podía hablar de «vida» en aquellas circunstancias.

A veces se lo preguntaba.

Quizá lo descubriría si dejaba de estropear las cosas sobreanalizándolo todo. Así que se relajó y se dejó llevar.

Les sirvieron la comida. Petros tenía razón, era realmente buena. El vino blanco, también. Ursula pensó en si debía pedir otra copa. La conversación fluía. Sobre todo porque Petros era muy bueno en llevar una conversación intrascendente mezclada con preguntas más personales. Parecía interesado sin que por ello le preguntara demasiado o la entrevistara. Estaba claro que había hecho los deberes. Todo lo que ella le había explicado, lo cual no era mucho en realidad, Petros lo tenía presente.

Ella ni se acordaba de cómo le había dicho que se llamaban sus hijos.

En uno de los silencios cortos pero no incómodos que surgieron, Ursula intentó pensar en algo que le pudiera preguntar, quería tomar la iniciativa. ¿Qué sabía de él?

Nombre, edad, estado civil, profesión y que el día antes no pudo quedar...

—¿Dónde estabas ayer? —dijo, sintiéndose satisfecha por haber tomado por un momento las riendas del tema de conversación.

—Västerås, tenemos bastantes clientes allí.

—Una vez tuvimos un caso en Västerås —dijo.

—¿Lo resolviste?

—Sí.

No preguntó más sobre el caso. Se lo agradeció. En los pocos actos sociales en los que había participado los últimos años, la mayoría de la gente quería oír detalles de las investigaciones cuando se enteraban en qué trabajaba. Como si ella fuera una jodida revista sensacionalista como *Crímenes Semanales*.

Aunque de Västerås se acordaba muy bien. Porque el caso había sido anormalmente trágico, pero sobre todo porque era la primera vez que volvía a ver a Sebastian después de muchos años.

Allí se interrumpió. Bebió el último sorbo del vino que le quedaba. Tenía que pedir una copa más.

Relajarse y centrarse en el presente.

No pensar en Sebastian.

Esta vez había sido la versión larga y completa. Había empezado con la mañana perezosa en la habitación del hotel. Lily en chándal diciendo adiós desde la distancia. Cuando al fin salieron, el calor los recibió como una pared húmeda. La decisión de ir al mar en lugar de quedarse en la piscina. La manita de Sabine en la suya, su pulgar sobre el anillo barato con una mariposa que ella llevaba en el índice. Las palabras cuando vio a un niño con un delfín hinchable. «Papá, yo también quiero uno de esos.» La última frase que le dijo.

El agua que se había retirado de la playa cuando llegaron a la arena, de manera errónea se pensó que era la marea. El miedo mezclado con deleite cuando la sumergió hasta la barriga, ella todavía le tenía un poco de miedo al agua.

El juego y las risas.

Él y su hija en el agua templada.

La manita tierna en su cara sin afeitarse. Su cuerpecito cálido contra el suyo. Su olor a jabón infantil y protector solar. La sensación de amor incondicional, ilimitado. La existencia perfecta.

Después, el estruendo.

La masa de agua.

El caos implacable.

Su manita de nuevo en la de él. Un solo pensamiento. Nunca perder el control. Toda su vida en su mano derecha. La sensación de haberlo hecho. De haberla perdido. Para siempre.

Acababa de despertarse y estaba sentado en la cama intentando frenar la rampa de la mano derecha. Para su sorpresa, observó que tenía la mejilla mojada. Alzó la mano y casi esperó que fuera sangre, que el sueño le hubiera hecho una herida de alguna manera, no que hubiera llorado. Estaba acostumbrado a despertarse con angustia, vacío, desespero, pero muy pocas veces con lágrimas. Sin embargo, en los últimos meses el sueño había ido creciendo en fuerza e intensidad.

Lo había tenido ahora dos veces en menos de veinticuatro horas.

A su pesar, creía saber el motivo, creía haber encontrado un patrón. ¿Soñaba más con Sabine cuanto mayor era la distancia que Vanja ponía entre ellos? ¿Que la ausencia de una hija se manifestara soñando con la otra? Como psicólogo no quería afirmar esa hipótesis, pero no podía evitar percatarse de que cuando las cosas iban bien, o por lo menos había una tregua entre Vanja y él, se sentía mejor.

Soñaba menos. Con menos intensidad.

De nuevo estaban en plena guerra. Totalmente por su culpa. La podría haber mantenido en su vida si hubiese jugado las cartas con un poco de más inteligencia. Como le pasaba con la mayoría de la gente por la que no se esforzaba en llevarse a la cama. Cuando se conocieron ella le cayó mal. De forma instintiva. Pero fue antes de saber quién era. Que era suya. Cuantos más problemas tenía con su madre y con Valdemar, más había buscado Vanja a Sebastian. Sin duda, habían estado a punto de tener algo juntos cuando en la boda de Billy le contó que era su padre.

Ella había aceptado tenerlo en su vida.

Lentamente, se habían ido acercado un poco a algo que podía ser bueno. Pero él lo había estropeado. Cómo no. La había traicionado a sus espaldas. Se había liado con la única persona a la que ella de verdad odiaba. Se había

olvidado de lo único que Vanja le había pedido: que se mantuviera alejado de Anna.

«¡No tienes ni puta idea de lo que quiero, nunca la has tenido y cuando te lo he dicho te lo has pasado por el forro!»

Ahora lo recordaba. Lo que Vanja le había soltado por la tarde. Si hiciera autoanálisis, cosa que no le apetecía en absoluto, ¿no vería que ella tenía razón?

¿Lo había intentado siquiera? ¿Se había preocupado lo suficiente? ¿De verdad?

Estaba claro que no.

Todo lo que Sebastian hacía, lo hacía para sí mismo. Lo que él deseaba, lo deseaba por su propio bien.

Como cuando sabotó las posibilidades de Vanja de ir a Estados Unidos para una formación en el FBI sólo por tenerla cerca, no al otro lado del Atlántico.

En realidad, no estaba sorprendido. Siempre había sabido que era un egoísta de pura sangre. La consideración hacia los demás estaba sobrevalorada, pero si su comportamiento se interponía para que él alcanzara sus objetivos, estaba obligado a cambiarlo.

Pero ¿qué era lo que ella quería en verdad?

¿Qué podía hacer él para que le diera otra oportunidad, la última, la que deseaba con tantas ganas? La que necesitaba con desesperación.

Él lo ignoraba y ella no se lo diría nunca por mucho que se lo preguntara.

Pero sabía quién lo sabía, o por lo menos debería saberlo. El que estaba más cerca de ella. De quien incluso sólo había oído cosas buenas.

El hombre al que ella amaba.

Había llegado el momento de tener una conversación con Jonathan Bäck.

Jonathan estaba preparando algo en la cocina un poco pequeña de la calle Norbyvägen.

Era fácil encontrar veinte cosas que hacía mejor. Incluso treinta. Aunque era bastante divertido y relajante cuando no le entraba el pánico porque la comida se le salía de la cazuela, el agua no hervía en absoluto, algo se quemaba o descubría que varios ingredientes que deberían estar guisándose seguían sobre la encimera. Aquella noche tocaba pasta con salsa cremosa de salmón, hinojo, limón, berros, rábanos y queso parmesano. Parecía complicado, pero había buscado recetas en internet con menos de diez ingredientes y había encontrado ésa. Por lo visto, era de una cocinera de la tele. Jonathan no había oído nunca el nombre.

Vanja fue a la cocina; llevaba pantalones de estar por casa, una camiseta y el pelo mojado de la ducha. Sincronización perfecta. Él estaba a punto de verter la salsa sobre la pasta, que seguramente estaría al dente.

—¿Pones tú la mesa? —preguntó, y ella asintió cogiendo un rábano de la tabla de cortar, que se metió en la boca antes de abrir el armario que había a la derecha de la cabeza de él, obligándolo a apartarse a un lado.

—¿Cómo se puede elegir incluso una vajilla fea? —le dijo mientras sacaba dos platos hondos del armario.

Jonathan no respondió.

Primero, porque no era una pregunta que esperara una respuesta. Segundo, porque era una de aquellas noches en que cualquier cosa que dijera estaría mal. A veces Vanja se ponía así, y lo que Jonathan solía hacer era esperar a que se le pasara. A él no le gustaba discutir. Sabía de varias parejas que decían que las peleas eran un signo de que la relación era fuerte y

apasionada, que demostraba que se preocupaban el uno por el otro, que era bueno, incluso bueno para la vida, para limpiar el aire. Quizá fuera verdad, pero a él no le gustaban, por lo que siempre que podía las evitaba. Como por ejemplo ahora.

También sabía que en realidad el reproche no era por el piso. Era otra cosa, algo más grande. Desde que había llegado a su casa no había hablado casi de nada más que de lo que la había puesto furiosa a lo largo del día.

Lo peor, Tillman. Que ahora, por diversos motivos, ya no era sospechoso, pero contra quien Vanja parecía estar dispuesta a iniciar una cruzada sólo para meterlo entre rejas. Así que había sido mucho por Tillman, pero también bastante por Sebastian, que, como de costumbre, era un desgraciado. Y, por último, Anne-Lie, de la que por el momento Jonathan creía que sólo había oído cosas buenas, pero por lo visto ese día había varios aspirantes al ranking de desgraciados después de que ella hubiera criticado y cuestionado abiertamente a Torkel, y con ello a toda la Unidad de Homicidios.

—¿Sabes lo peor? Tiene hijos. Tiene una hija —dijo mientras ponía los cubiertos y los vasos en la mesa. Jonathan supuso que se refería de nuevo a Tillman—. Sólo tiene ocho años, pero cuando crezca puede convertirse en una de esas feministas recalcitrantes en las que él se caga; ¿querrá entonces que la viole alguien?

Aunque tampoco esperaba respuesta alguna a aquella pregunta, Jonathan sintió que tenía que decir algo. Ser sincero. Le parecía que Vanja estaba yendo un poco lejos con todo aquello.

—Seguro que no. —La mirada que Vanja le echó dejaba claro que lo tomaba como que Jonathan defendía a Tillman, por lo que tendría que desarrollar su comentario un poco más—. Parece que es una persona horrible, pero eso no significa que quiera hacerle daño a su propia hija. Eso no lo quiere ningún padre.

—Muchos lo hacen. Consciente o inconscientemente. Por ahí hay muchos padres de mierda.

Jonathan no le llevó la contraria. Como policía, Vanja había visto casi de todo. Muchas veces se preguntaba cómo podía seguir, cómo alguien podía seguir, encontrarse cada día con los que mostraban la peor cara de la humanidad y con los que los sufrían. Además, conocía la complicada relación que Vanja tenía con sus padres. Con los tres. Sabía que todos, de diferentes maneras, le habían hecho daño y la habían traicionado. ¿Había algo en ello que pudiera explicar su incapacidad de dejar de lado los acontecimientos del día?

Puso la comida en la mesa y se sentaron.

—No paras de ver a gente que no te gusta. ¿Qué tiene Tillman de especial? ¿Por qué no intentas olvidarte de él, como sueles hacer?

Le quería dar la oportunidad de pensar en ello. Ver si ella misma podía darse cuenta de que le pasaba otra cosa. Sopesaba jugar a ser un psicólogo aficionado y sacarlo a colación. No se atrevía del todo. Aunque a Vanja le iría bien hablar de ello, sabía que su familia era una herida más o menos abierta que siempre evitaba.

—No sé —dijo mientras servía la comida.

Era verdad lo que decía Jonathan. Gran parte de su trabajo, y con ello de su vida, tenía que ver con gente a la que no soportaba demasiado, que le caía mal, que a veces incluso despreciaba. No era ni de lejos una policía comprensiva ni de mente abierta, ni de las que buscaban factores subyacentes que atenuaran las circunstancias. Era rápida en juzgar, pero también bastante buena en hacer que no la afectara en su vida privada.

Le dio vueltas a la pasta con el tenedor y se la metió en la boca.

—Está buena —dijo de forma escueta.

—No, no está buena, no especialmente —la corrigió Jonathan.

—No, de acuerdo, no ha sido tu mejor momento en la cocina. —Ella le sonrió, se levantó, abrió otro armario y sacó una jarra—. Quizá sea el hecho de que es padre —dijo Vanja dándole la espalda mientras llenaba la jarra con agua del grifo—. Además, me encuentro con Sebastian cada día, y todo lo de Valdemar y mi madre y todo ese asunto... Ya sabes, padres, padres que dan problemas.

Volvió a la mesa, se sentó y sirvió agua en los vasos.

Era lo que pensaba. Jonathan no sabía con exactitud todo lo que había ocurrido, había habido muchas idas y venidas entre Vanja y sus padres antes de que él estuviera con ella. Sin embargo, la primera vez que estuvieron juntos vio bastante a Valdemar. A Jonathan le cayó bien, tuvo la sensación de que el sentimiento era mutuo, pero sobre todo estaba claro lo increíblemente unidos que estaban Vanja y él. No era en absoluto un mal padre ni un cabrón.

—Creía que Valdemar era el mejor padre que uno se podía imaginar —dijo él, y siguió comiendo.

—Lo era, hasta hace un tiempo.

—Si fue fantástico los treinta años anteriores, ¿por qué no te pones en contacto con él y lo aclaras?

—No es tan fácil.

Al decirlo Vanja sintió que era verdad, lo cual la sorprendió un poco. Realmente, Valdemar había sido el mejor padre que uno se pudiera imaginar. No tuvo ni una sola situación difícil en su vida en la que él no la ayudara a superarla. No había nada que no hubiera hecho por ella. Todavía hacía todo lo que podía. Había roto con Anna, había colaborado con el fiscal, estaba dispuesto a cumplir su condena, había pedido perdón y había demostrado auténtico arrepentimiento. Fue por completo sincero con ella, algo que no había sido en los últimos años.

Estaba dispuesta a perdonarlo, seguir, ver si podían encontrarse de nuevo. Había decidido crear una nueva vida ella sola. Durante un tiempo creyó que quizá podría tener a sus dos padres con ella.

Después, todo se derrumbó, y el único cambio que hizo fue irse a vivir a Uppsala, o huir a Uppsala, según cómo se viera.

Había una sensación de fondo de que Valdemar la había traicionado. Que lo había sabido todo el tiempo pero no había dicho nada. Puede que sus motivos fueran bienintencionados, que no quisiera estropear lo que había entre ellos, pero a pesar de ello... Una vida entera construida sobre mentiras no se barre así como así.

—Es muy fácil —mantuvo Jonathan—. Llámalo, estoy seguro de que se pondría muy contento.

—No sé si quiero que se ponga muy contento.

—Pero lo echas de menos —constató Jonathan. Vanja lo miró directamente a los ojos y asintió con brevedad.

—Echo de menos lo que teníamos, no estoy segura de si quiero ir a recuperarlo.

Apartó el plato y se levantó; con ello indicaba que ya habían hablado suficiente de Valdemar y que la cena había terminado. Por un momento él se sintió decepcionado. La cena no estaba buena, pero no era incomedible. Ella había dado dos bocados.

—No te ha gustado —afirmó.

—Estoy llena —mintió.

—Podemos salir y comprar algo.

—O podemos irnos a la cama.

Fue hacia él y Jonathan apartó la silla para que se pudiera sentar sobre sus

rodillas. Le cogió la cara con las dos manos y lo besó en la boca.

—Te quiero —le dijo, y le acarició el pelo.

—Yo también te quiero.

Vanja lo miró de una manera que indicaba que tenía algo que decirle, algo que no estaba segura de que a él fuera a gustarle.

—De acuerdo, a lo mejor te parece que soy superrara...

—Sí, me pareces superrara —bromeó él besándola de nuevo.

—Y hablando de familia... —continuó Vanja como si no lo hubiera oído—. ¿Qué te parecería convertirte en padre?

El plan era tan sencillo que ni siquiera era un plan.

Se iría a casa. Directo a casa. Saldría de la comisaría, iría al coche, giraría a la izquierda, a la derecha, cuarenta y cinco minutos por la E-4 con Cardi B a máximo volumen en el Spotify y después... en casa.

En casa de My. Con My. My y él.

Mientras bajaba en el ascensor había recibido un mensaje. De My. Lo había abierto. Un enlace de la revista *Tu hogar*, ningún mensaje escrito. No lo había abierto, pero antes de guardar el teléfono había vuelto a sonar.

¿Cuándo vuelves a casa?

Había contestado que al cabo de una hora, había añadido dos corazones y lo había enviado.

Cuando giraba para incorporarse a la E-4, ella lo llamó. Ya que llegaba del norte, ¿no podía pasar a comprar sushi en un sitio en Åkersberga del que había oído hablar? Era demasiado lejos como para ir expresamente, pero ya que pasaba por allí... My le envió la dirección, llamó al sitio y lo encargó todo para que él sólo tuviera que recogerlo.

Billy llegó a casa y ella lo recibió con un beso, y antes de coger la bolsa con la comida y meterse en la cocina le dijo que lo había echado de menos. Estaba hambrienta, no había comido desde el mediodía y había querido esperar a Billy para poder cenar juntos, así que se sentaron directamente a la mesa. Había valido la pena la vuelta para recoger el sushi, estaban de acuerdo. Mientras comían, ella le explicó lo que había ocurrido en el trabajo, que pensaba ir a un cursillo de tres días en enero y que había empezado a discutir un contrato con Tele2, como una especie de consultora personal a la que podían acudir los empleados si se ponían de acuerdo con sus jefes en que

necesitaban seguir evolucionando, a nivel personal o profesional. Si se lo daban no sólo sería un reconocimiento, sino que además le aportaría unos ingresos muy diferentes.

Hablando de eso...

—¿Has visto el enlace que te he enviado? Sobre Värmdö. Es perfecto.

—No, justo iba a subirme al coche, así que no lo he abierto.

Ella se levantó a buscar la tableta, abrió el anuncio y lo miraron juntos. Una casa de verano en Värmdö Stor-Saxaren. Sesenta metros cuadrados. Cabaña para invitados. Embarcadero propio. 3.795.000 coronas. En realidad, Billy no tenía ninguna opinión respecto a la casa, pero estuvieron hablando un rato de ella; miraron las veinticinco fotos que se adjuntaban y My dijo que pensaba llamar a la inmobiliaria para que se la enseñaran al día siguiente, si a él le parecía bien. Le pareció bien.

Así deberían ser las cosas. Llegar a casa, cenar, hablar de trabajo, del día, de cualquier cosa, mirar casas de verano.

Esto era él.

Ésta era su vida.

Su vida juntos.

—Hay otra cosa que te quiero enseñar —dijo ella abriendo una nueva página—. ¿Qué te parece esto?

Billy lo miró. Sol, agua, montañas, casas alegres, playas y un titular que decía que era Ciudad del Cabo la que ofrecía todo aquello.

—Una semana en noviembre, había pensado. En Navidad es caro y es casi mejor ir en noviembre, cuando el clima de aquí es una mierda.

—Me gustaría, pero no sé si tendré vacaciones y eso.

—Te queda por lo menos una semana más.

Levantó la vista de la tableta con sincera incomprensión en la mirada.

—¿Por qué?

—Tuviste que quedarte una semana a trabajar después del solsticio de verano.

Joder, casi se puso a llorar. Había ido todo tan bien, se había sentido tan bien, tan normal... Le había dado esperanzas de que algún día realmente podría funcionar, y entonces volvió a surgir el tema de golpe, contundente como un tren de mercancías. Hiciera lo que hiciese, por mucho que intentase dejar de pensar en ello.

Todo iría mejor. Con el tiempo, cada vez habría menos cosas que se lo recordaran. Hasta que dejaran de aparecer. Nadie ni nada en su día a día lo llevaría a pensar en Jennifer. Sería como si nunca hubiera ocurrido. Pero ese día no, ahora no.

La semana después del solsticio.

La Unidad de Homicidios pensaba que estaba de vacaciones.

My pensaba que estaba trabajando.

A diferencia de Conny, éste era un problema menor que esperaba poder solventar bastante rápido. Unas vacaciones formales tenían que solicitarse, quedaban registradas, y él no tenía más días libres el resto del año. Sin embargo, se esperaba que estuviera de servicio las veinticuatro horas del día durante la investigación actual, así que cuando terminaran con el caso Torkel no se pondría demasiado quisquilloso si se pedía unos días de descanso.

De modo que si la investigación de Uppsala quedaba lista en noviembre, podría llamar sin problemas a la puerta de Torkel para pedirle unos días. Si todavía seguían con el caso, entonces el tema quedaría solucionado automáticamente. Billy suspiró tranquilo.

—Veremos si puedo coger vacaciones, no es seguro.

—Pues tenemos que hacer la reserva ahora, o dentro de poco.

—No podemos. Si no hemos solucionado el caso de Uppsala, no podré coger vacaciones.

—¿Os falta mucho?

—Por desgracia, sí. —Lo dijo con un tono de decepción que escondía una alegría insólita por no poder ir a ningún sitio—. Si lo hemos resuelto, ya cogeremos algo a última hora —continuó con ánimo cuando vio la reacción de My.

Ella asintió, entendiendo que el trabajo tenía prioridad. Dejó el tema y propuso ver una película juntos, ¿o se le ocurría algo mejor? En absoluto. Le apetecía ver una película en el sofá junto a su mujer. Una noche perfecta.

My fue a buscar una copa de vino para ella y una cerveza para él y se sentaron a ver qué ofertas había en internet. Siempre era un reto encontrar algo que los dos quisieran ver. Tenían gustos por completo distintos y más de una noche no conseguían ponerse de acuerdo en qué ver y terminaban haciendo otra cosa diferente. Esa noche Billy dejó que ella eligiera. En Netflix encontraron *Amélie*. Ella soltó un ¡¡¡ohhh!!! como si hubiera visto un gatito.

—Me encantó cuando la vi. ¿A ti qué te pareció?

—No la he visto.

—¿Cómo puede ser que no la hayas visto?

—Es francesa.

Aquello debería servir como explicación. My vio una clara oportunidad para que el gusto de Billy evolucionara, y como podía decidir ella, la eligió. Pulsó la tecla de inicio, se inclinó sobre él y, doblando las piernas, se sentó sobre sus pies en el sofá. Empezaba la película.

Un moscardón aterrizaba en alguna parte de la calle; sobre una mesa había unas copas de vino y soplaban el viento; un hombre subrayaba el nombre de otro hombre en su agenda y, según la voz del narrador, aquello ocurría exactamente en el momento de la fecundación de la protagonista de la película.

Amélie.

Poulain.

Ya en los títulos a Billy le cayó mal. Después apareció su infancia en secuencias cortas que debían ser alegres, ocurrentes, poéticas, pero sobre todo un poco locas. Era una película que quería ser bonita y, a la vez, un poco alocada. Tan dulce y alegre que nunca podías gritar lo suficiente de emoción.

Al cabo de diez minutos, los ojos de Billy continuaban abiertos, pero ya no registraban nada de lo que ocurría en la pantalla. Los pensamientos se fueron a otro lado. A Uppsala.

—No la estás viendo.

Ella le dio un ligero empujón seguido de una sonrisa.

—Claro que sí —respondió automáticamente, con la esperanza de que no le preguntara por la historia. My se inclinó hacia delante, cogió el mando a distancia, pulsó la pausa y se volvió hacia él.

—¿Estás bien?

La miró. Su mujer, a su lado en el sofá, una noche cualquiera.

—Sí, estoy bien. —Y era cierto.

—¿Piensas en Jennifer? —preguntó, como si no pudiera contentarse del todo con la respuesta, como si su falta de interés por la película no pudiera basarse en que era un rollo.

—No, la verdad es que no. Es por lo de Uppsala, lo siento...

—La puedo ver una noche que no estés en casa. —Se inclinó de nuevo hacia delante. Cogió el mando y apagó el televisor. Después se volvió otra vez hacia él—. ¿Quieres hablar de ello?

—En verdad, no. No hay mucho de que hablar. —Se dio cuenta de que ella se refería al caso. Si bien era cierto que para Billy no había demasiadas cosas de las que sintiera que necesitaba discutir, lo que estaba pasando por su cabeza sobre Uppsala no tenía nada que ver con el caso policial.

Había vuelto a la calle Norrforsgatan.

A la habitación roja.

Estaba fantaseando con todo lo que podría hacer allí dentro.

—¿Quién era? —preguntó Lise-Lotte cuando Torkel regresó a la sala de estar, donde estaban sentados. Lo había oído hablar en el dormitorio, esforzándose por mantener un tono de voz cordial durante la conversación telefónica.

—Rosmarie Fredriksson —contestó él escueto mientras le quitaba el volumen al teléfono, como para asegurarse de no oírlo si ella volvía a llamar de nuevo.

—¿Y qué quería a estas horas?

—Pues ya ves. Quería saber cómo va todo. Estaba preocupada por las filtraciones que han tenido lugar y porque al parecer la investigación no está avanzando al ritmo deseado.

Lo último lo recitó de forma monótona con una voz más aguda de lo normal, como para imitarla, al mismo tiempo que dejaba bien claro lo que él opinaba de lo que había dicho ella.

Ella nunca le había caído bien.

Desde el principio su relación se había basado en la tolerancia mutua.

En eso entraba que ella no se entrometía en su trabajo. Mientras el departamento de Torkel no se pasase del presupuesto ni atrajese mala prensa, y las tareas administrativas fuesen correctas y se realizaran a tiempo, a ella le daba igual lo que hiciesen. Era una policía de oficina, en el sentido más estricto de la palabra.

Nunca antes le había preocupado que hubiese filtraciones. Ni había estado al día con las investigaciones.

Él sabía de dónde provenía ese repentino interés: Anne-Lie Ulander.

Lise-Lotte sabía quién era, pero nada más. Torkel tenía por costumbre explicar lo más importante de su día al llegar a casa, pero muy pocas veces expresaba opiniones acerca de sus compañeros de trabajo. A menos que fueran positivas. Le resultaba fácil elogiar y centrarse en las cosas que se hacían bien.

Ése era uno de sus muchos lados buenos.

Pero a raíz de la conversación que había tenido con su jefa fue como si se hubieran abierto todas las esclusas. Le contó todo sobre Anne-Lie, y nada de ello era demasiado elogioso.

Sobre cómo ella se había negado a cederle la responsabilidad, que era la práctica habitual.

Sobre cómo los cuestionaba constantemente.

Sobre su clara ambición de conseguir el puesto de trabajo de Torkel.

—Si a alguien le corresponde mi puesto de trabajo es a Vanja —dijo. Hubo un tiempo en que estaba seguro de que a ella también le habría gustado. Ahora ya no estaba convencido de eso.

Lise-Lotte había oído hablar también de Vanja. Mucho. A veces Torkel se refería a ella con tanto cariño que uno podía llevarse la impresión de que era su tercera hija.

—Me gusta cuando hablas de tus compañeros, sólo he conocido a uno de ellos.

Cierto, cuando Torkel y ella acababan de empezar su relación —la primera vez que se quedó a dormir en casa de él—, Lise-Lotte había conocido a Ursula, que se había presentado en su piso por trabajo, pero eso era todo.

—Yo tampoco he conocido a los tuyos.

—¿Te gustaría conocerlos?

—No especialmente...

—Yo quiero conocer a tus compañeros. Llevas tanto tiempo trabajando con ellos que casi son como tu segunda familia.

De hecho, eso era lo que eran. O ni siquiera segunda. Más bien como su primera familia. Los veía a ellos más de lo que veía a sus hijas, ya que ahora vivían prácticamente siempre en casa de Yvonne. Tal vez por eso le preocupaba tanto el ambiente que hubiera en el equipo. Sebastian era Sebastian y siempre ponía mucha presión sobre Vanja, pero también Billy parecía estar más apagado y desconectado, y Ursula parecía también más... perdida que antes.

—Claro, organizaremos algo.

—¿No los podrías invitar a casa a cenar?

No era lo que él esperaba. Cuando Lise-Lotte había dicho que quería conocer a sus compañeros, Torkel había pensado que podría pasar un día por la oficina, ir a buscarlo antes de volver a casa, y que así se la podría presentar a todos. Después de diez minutos de charla informal podrían irse. Los habría visto a todos. Misión cumplida.

Pero ¿una cena? Eso duraría varias horas...

—Sería un poco raro —protestó él a falta de argumentos más reflexionados.

—¿Cómo va a ser raro? Si os veis cada día, lo habéis hecho durante un montón de años.

—No nos solemos relacionar de esa manera —dijo Torkel encogiéndose de hombros.

—Si crees que es más fácil, podrían venir con sus parejas —ofreció Lise-Lotte—. Sólo serían dos más. ¿O Ursula tiene pareja?

Torkel dudó un instante.

Aquello se estaba complicando. Nunca le había explicado a Lise-Lotte lo suyo con Ursula. Nunca se había dado la ocasión. Lo había pensado al principio. ¿Debería contarle? Pero luego había pasado el tiempo y ya se le había hecho raro.

«Por cierto, durante muchos años me estuve acostando con una de mis compañeras de trabajo.»

Uno no decía cosas así.

¿O sí?

En todo caso, él no lo había dicho.

Torkel tampoco sabía nada de las relaciones que había tenido Lise-Lotte después del divorcio. Pero claro, lo más probable era que no se viese con sus ex cada día. Tal vez, si fuese así, ella se lo habría contado.

—No, no creo. Al menos no ha hablado de nadie.

—¿Y Sebastian? —preguntó Lise-Lotte. Eso era mucho más sencillo.

—No, si lo hacemos, él no viene —dijo Torkel con decisión.

—¿No trabaja con vosotros?

—De forma temporal, pero no puedes juntarlo con otras personas y esperar que la noche resulte agradable.

—Pensaba que habíais sido amigos. —En realidad, eso era lo único que había dicho sobre Sebastian Bergman a nivel personal. Que habían sido amigos. Que habían trabajado juntos muchos años. Había hablado muy bien de sus conocimientos profesionales, pero había dicho muy pocas palabras sobre él como persona.

—Lo fuimos, pero Sebastian ha dejado muy claro que eso no significa nada para él, excepto cuando necesita algo.

—De todos tus compañeros es quien más curiosidad me despierta.

—Pues olvídate, porque nunca lo vas a conocer.

Se quedó mirándolo en silencio, pero Torkel pudo ver en su cara que aún no había terminado la discusión sobre las invitaciones.

—¿En cuántas investigaciones ha participado?

—¿Desde que «volvió»? Ésta es la sexta.

—En menos de dos años.

—Sí.

—Entonces sería de muy mala educación no invitarlo.

—Él nunca nos invitaría a nada.

—¿Y nosotros nos tenemos que rebajar a su nivel?

Torkel dejó escapar un suspiro y negó con la cabeza. Se rendía. ¿Cómo podía decirle que no a ella? La respuesta era que no podía.

—Vale, pero luego no me digas que no te avisé.

Ella soltó una carcajada, se inclinó hacia delante y le dio un beso.

De modo que su ex amante y Sebastian Bergman iban a ir a cenar a su casa.

Había otras cosas que le habrían hecho bastante más ilusión.

Como una endodancia, por ejemplo.

*16 de octubre* Feliz cumpleaños, amor mío.

Hoy son treinta y uno.

Si no te hubieran apartado de mi lado.

Cada día es difícil.

De alguna manera, es más difícil desde que lo supe.

Cuando Ulrika me lo contó.

Pero lo más difícil es hoy.

¿Podría haber hecho algo de forma diferente?

Claro que podría.

Podría haber averiguado más.

Podría haber preguntado, exigido respuestas, no contentarme con que todo saldría bien.

Que todo iba a ir bien.

Pero fui demasiado débil. Mostré demasiado respeto.

No quise ir en contra de tus decisiones, de tus deseos, de tu voluntad.

Así que ahora sólo puedo ir a tu tumba.

Te echo de menos. Cada día, todo el tiempo.

Ayer compré dalias.

Dos ramos grandes. Uno también para Ulrika.

Al principio la odiaba. Ya era todo lo bastante difícil.

Sin saber cuánto miedo tenías, cuánto te dolía, cuánto te arrepentías.

Que te habían asesinado.

Pero también me fue de ayuda.

Me marcó un rumbo. Un fin. Un objetivo.

Debieron de pensarse que se habían salvado.

Que podían vivir sus vidas. Amar, reír, ser felices.

Ocho años.

¿Qué habría pasado si no te hubiesen matado?

¿Qué habríamos hecho tú y yo?

¿Cómo habrían sido nuestras vidas?

¿Quién habrías sido tú con treinta y un años?

Intento no pensar en ello, es demasiado doloroso.

Pero en el día de tu cumpleaños no puedo evitarlo.

Ursula miró a su alrededor en el despacho. Silencio. El sonido del teclado, una silla que chirriaba cuando quien estaba sentado encima cambiaba de posición, el sistema de ventilación que susurraba con un ruido sordo al fondo. Si entrase alguien de fuera, probablemente le parecería que todos estaban muy concentrados en la sala.

Ursula sabía la verdad: era frustración contenida, decepción. Podía reconocerlo.

El breve repaso de la mañana había dejado claro que no estaban ni un paso más cerca de la detención de lo que lo habían estado hacía tres días.

No tenían nada.

O, más bien, tenían un montón de cosas: ADN, pisadas, los sacos y la jeringuilla.

Pero nada de las cámaras de vigilancia, ningún testigo, ninguna información de la ciudadanía.

El ambiente se había vuelto opresivo cuando todos fueron conscientes de que lo más probable era que no pudiesen hacer nada hasta que su violador volviese a atacar.

Cuando hubiese una víctima más.

El fracaso más grande.

Eso que querían evitar a cualquier precio.

El lugar de enfrente de Ursula estaba vacío. No tenía ni idea de dónde estaba Sebastian.

Se habían visto un momento el día anterior cuando ella regresó de lo que se suponía que era una cita. Estaba sentado en el bar y la llamó. La segunda noche seguida que la esperaba despierto. Le trajo recuerdos de cuando ella era joven y su padre no se podía ir a dormir hasta que ella volvía a casa. Pero ni siquiera borracha quería comparar a Sebastian con su padre, así que se quitó enseguida la idea de la cabeza, se acercó a él y tomó asiento.

—¿Cómo ha ido?

Ursula le echó una mirada como para asegurarse de que no le estaba tomando el pelo y no le iba a soltar algún comentario grosero, pero su interés parecía genuino, así que decidió ser sincera.

—Bien, creo.

—¿Ha sido agradable?

Al decirlo él, Ursula se dio cuenta de que eso era justo lo que había sido. Agradable. Para ser sincera, tampoco había esperado otra cosa. Ya no era una adolescente que perdía la cabeza y se dejaba llevar por los sentimientos. En realidad nunca había sido así. Ni siquiera de adolescente.

Pero había sido agradable.

No como con Sebastian.

No le daba la sensación de que fuese a ser difícil o un desafío.

Tampoco estaba segura de que eso fuera lo que buscaba. Tal vez debería tomar un descanso hasta que lo hubiese averiguado.

—Agradable, sin complicaciones, divertido —asintió ella.

—¿Os volveréis a ver?

—Creo que sí.

—¿No habéis decidido nada?

Empezaba a ser complicado discernir si se trataba del Sebastian de escucha interesada o si se estaban acercando a un interrogatorio con algo de celos de fondo.

—Él me lo ha preguntado y yo le he contestado que por qué no.

—¿Él te ha preguntado si os volveríais a ver y tú has contestado «por qué no»? —dijo Sebastian, incapaz de contener una pequeña carcajada.

—Sí.

—Se debe de haber sentido muy especial.

Ella misma se había dado cuenta en cuanto lo había dicho de que un «encantada» u otra cosa, cualquiera, habría sido una respuesta mejor. Pero lo hecho hecho estaba, y había una razón.

—No era especial, era agradable —constató ella encogiéndose de hombros.

Los pensamientos de Ursula se vieron interrumpidos al entrar Sebastian en el despacho.

Un saludo al aire en la sala antes de quitarse el abrigo. Ninguna disculpa por llegar tarde, ninguna explicación.

—He llamado a tu puerta antes de salir, ¿dónde has estado? —preguntó Ursula cuando él tomó asiento.

—Estaba por ahí.

Lo cual era mentira.

Había puesto la alarma, se había despertado temprano, se había levantado antes de que el sueño lo pudiese perseguir y se había dirigido a Norbyvägen.

Había estado esperando fuera. Hacía un frío de cojones.

Había estado de pie dando saltitos y tiritando detrás de la cabina de una parada de autobús.

Le había traído recuerdos del verano anterior, cuando solía pasar un rato aguardando cada día delante del apartamento de Vanja en Estocolmo. Sólo para poderla ver un instante, ver lo que hacía, estar cerca de ella.

Verla. Conocerla.

Esta vez no era a ella a quien quería ver. Tenía la esperanza de que Jonathan tuviera que volver al trabajo. Con horarios de trabajo normales debería coger un tren sobre las siete o un poco más tarde. Media hora de paseo hasta la estación central. Así que Sebastian tomó posición a las seis y media, para tener un buen margen.

Pero, joder, qué frío hacía.

A las siete menos cuarto, justo cuando empezaron a revolotear algunos copos de nieve ligeros, Jonathan salió del portal. Solo. Sebastian dio un grito de alegría en su interior. No había pensado ningún plan en el caso de que Vanja se hubiese decidido a acompañarlo hasta el tren antes de ir al despacho. O en el caso de que hubiera pedido un taxi.

Pero ahora caminaba solo.

No había ningún coche esperándolo.

Sebastian lo siguió. Echó un par de vistazos rápidos por encima del hombro para asegurarse de que Vanja no iba tras él y lo pillara persiguiendo a su novio. Eso no habría estado bien. Pero no apareció ninguna Vanja y, cuando estuvieron fuera de la vista de la casa, Sebastian aceleró el paso y se puso a su altura.

—Jonathan.

El chico redujo el ritmo y se volvió hacia Sebastian con una mueca de sorpresa en la cara, dejando claro que no lo conocía. ¿Cómo iba a conocerlo?

Sebastian imaginaba que no debía de haber muchas fotos enmarcadas de él expuestas por la casa.

—¿Sí?

—Me llamo Sebastian Bergman, trabajo con Vanja.

Sebastian vio, por la inmediata reacción de Jonathan, que ella le había hablado de él. Y a juzgar por la expresión de su cara, no sólo le había contado cosas buenas.

—¿Qué quieres?

—Quiero hablar contigo. Acerca de Vanja.

—Creo que no voy a hablar contigo, Sebastian. No me parece correcto.

—No le caigo bien, lo sé.

—Eso es quedarse corto.

Jonathan volvió a acelerar el paso. Sebastian tuvo que esforzarse para seguirle el ritmo.

—Oye, ya sé lo que ella piensa de mí y me lo merezco, pero quiero arreglar las cosas.

—Entonces habla con ella, ¿no sería más sencillo?

—A mí no me escucha. —Jonathan siguió avanzando en silencio, dejando claro que él tampoco tenía la intención de hacerlo—. Es todo lo que te pido, que me escuches, y luego puedes decidir hacer lo que quieras.

Sebastian pudo ver, más que oír, el suspiro de Jonathan mientras continuaba caminando, pero al menos el chico no le pidió que lo dejara en paz, cosa que él interpretó como que le había dado una oportunidad.

La tomó.

Empezó a explicarse. Desde el principio.

Cómo se había enterado de que Vanja era hija suya, cómo había intentado acercarse a ella. Fue totalmente sincero acerca de quién era y lo que había hecho, el motivo por el cual ella se negaba a hablar con él. Ni una palabra sobre que había saboteado los estudios en Estados Unidos ni que estaba involucrado en la demanda contra Valdemar, pero todo lo demás sí. Todos los errores, todas las promesas rotas, todos los engaños y los fallos, pero que se había dado cuenta de lo equivocado que había estado y ahora era del todo sincero cuando decía que quería arreglarlo.

—¿Qué quiere ella? —preguntó al final—. ¿Qué es lo que desea? ¿Qué puedo hacer por ella? ¿Qué necesita?

—A ti, desde luego que no.

—Ya lo sé, por eso estamos hablando.

Habían llegado a la caja negra y baja que era el centro de transportes y que no sólo parecía provenir de unos tiempos completamente diferentes de los del viejo edificio de la estación que estaba al lado, pomposo y con aspecto de castillo, sino más bien de otro universo en el que «encajar» era un concepto desconocido. Jonathan se detuvo un momento delante de las puertas y se volvió hacia Sebastian. Dudaba, y con razón. Sebastian hizo un último intento.

—Los dos queremos que ella sea feliz, ¿verdad? Estoy dispuesto a hacer cuanto esté en mis manos, pero necesito saber el qué.

Jonathan lo estudió unos segundos más en silencio hasta que expulsó el aire con un nuevo suspiro; su aliento era como una pluma blanca.

—Quiere volver a estar más cerca de su padre —dijo—. Valdemar —se apresuró a añadir—. De vosotros tres, es el único al que echa de menos.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No ha sido necesario.

Sebastian absorbió la información. Sonaba creíble. Pocas veces había visto a dos personas con una relación tan estrecha como Vanja y Valdemar. Era una complicidad que cualquiera echaría en falta en caso de perderla.

—Gracias —dijo con sinceridad—. Una cosa más: te agradecería que no le dijese a Vanja que me has visto.

—No pensaba hacerlo. Y justo te iba a pedir lo mismo.

Jonathan entró en el edificio y las puertas se cerraron tras él. Sebastian metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar en dirección a la comisaría de policía.

Ahora estaba sentado mirándola. A Vanja. Su hija.

Hubo un tiempo en el que realmente habría hecho cualquier cosa para que ella rompiera con Valdemar, para hacerlo caer de ese pedestal donde ella lo había puesto. Ahora iba a ayudarla a volverlo a subir a él.

Valdemar iba a ser el padre.

Sebastian, por su parte, recibiría su atención por haber realizado un acto desinteresado y habría demostrado que en esta ocasión había querido lo mejor para ella.

Valdemar, el querido.

Él, el aceptado.

Era algo con lo que podría vivir.

—He reunido la información que tenemos sobre Rebecca Alm —dijo Carlos en voz alta desde su escritorio.

Torkel levantó la mirada de su pantalla, aunque, más que nada, había estado fingiendo que estaba ocupado. Agradeció la interrupción. Al menos

había novedades en aquella investigación que había ido a parar a un callejón sin salida.

Por la mañana, Carlos había hecho una breve presentación de lo que había encontrado.

Bien articulado, bien presentado. Trabajaba bien.

Pero nada de lo que había dicho hacía que comprendiesen por qué a Axel Weber parecía sonarle el nombre. Una chica extraña con unas relaciones de infancia desestructuradas. Los padres habían muerto cuando era joven. Había ido a vivir primero a Uppsala, luego a Gävle. Por lo que ellos podían ver, no había nada que llamase la atención. Desde luego, nada que la pudiera haber situado en el radar de un periodista de investigación. Torkel pensó en volver a llamar a Weber y preguntarle directamente si había recordado dónde había oído el nombre antes.

Sonó algún tipo de música de rap. El teléfono de Billy. Torkel no estaba en la vanguardia tecnológica, pero no sabía de nadie más que usase una canción como tono de llamada. Desde luego, sus hijas no lo hacían. Pero tal vez fuese una cosa de esas de los frikis de la tecnología. Como jugar a juegos de ordenador de hacía más de veinte años.

La música cesó en cuanto Billy contestó a la llamada. Casi se produjo un cambio físico en la habitación cuando escuchó quién era la persona que tenía al otro lado de la línea.

—Espera un momento, espera dos segundos —dijo excitado, volviéndose hacia todos los demás, que ya habían dirigido la atención hacia él—. Es Stella Simonsson, ha vuelto a tener noticias de él. Quiere una cita con ella.

El frío se agarró a ella cuando bajó del coche. No tenía garaje y no le gustaba tener que rascar las ventanas por la mañana, pero, aparte de eso, no le importaba que hiciese frío. Iba tarareando alguna canción que había oído en la radio mientras sacaba sus cosas del maletero. Cerró la puerta y empezó a caminar hacia la iglesia.

Se encontraba mucho mejor. Había dormido más tranquila; por la mañana había tenido apetito, más energía y menos inquietud. Daba las gracias a Jesucristo por la fuerza que le había conferido.

—¿Ingrid Drüber?

Dio media vuelta y vio a un hombre avanzar hacia ella. Por un instante sintió cómo el pánico le invadía el cuerpo. «Otra vez no —pensó—. Otra vez no.» Luego comprendió que el hombre que le había hecho daño no se dirigiría hacia ella de frente, cara a cara.

Esto era otra cosa. Otra persona.

—Perdone que la moleste. Axel Weber, del *Expressen*; ¿tendría un momento para contestar algunas preguntas?

Ingrid se detuvo y pensó frenéticamente. ¿Debía rechazarlo cuanto antes o averiguar qué quería saber? ¿Era algo más sobre ese campamento de confirmación? ¿O habían conseguido encontrar otra cosa, algo peor? Si era así, filtraría lo que sabía sobre Göran Peltzén al periódico local nada más llegar al despacho. O tal vez a Emma, del *Dagen*. Eso tendría más impacto, y justo en los círculos que a ella le interesaban. Si los otros jugaban sucio, ella no pensaba quedarse cruzada de brazos. Pero para ello primero necesitaba saber de qué se trataba.

—Depende de qué se trate —contestó ella acercándose un paso hacia Weber.

—Rebecca Alm.

Esto era peor, pero Ingrid no hizo ni una mueca. Al menos no tenía que ver con alguien que estuviera intentando dañar su candidatura a propósito. Si fuese así, le habrían dado a este periodista un nombre completamente diferente.

Linda Fors.

Pero ¿por qué estaba allí? Debía de haber conectado a Rebecca con la iglesia de Fugelkyrkan, pero ¿cuánto sabía?

—Ajá... —contestó con un tono de voz que podría significar tanto que conocía el nombre como que nunca antes lo había oído. Escogería una vía u otra en función de lo que él le dijese ahora.

—¿La conoce?

—El nombre me suena, pero me cruzo con tanta gente... —Aún podía llevar esto en cualquier dirección. Los periódicos habían escrito sobre Rebecca, así que existía una explicación muy natural de por qué le sonaba el nombre.

Axel Weber sacó una foto y se la mostró. Ingrid la tomó en las manos y la estudió de cerca. Luego negó despacio y pensativa con la cabeza.

—No, ¿por qué lo pregunta?

Era imposible averiguar por su tono de voz que no sólo mentía, sino que también sabía que estaba muerta. Ahora únicamente se trataba de aparentar una sorpresa y un horror creíbles cuando él se lo contase. Si es que lo hacía. Ignoraba qué quería, pero, fuera lo que fuese, ella no se lo pensaba dar. Había pasado por demasiadas cosas como para abandonar ahora.

—Está muerta. Fue asesinada en Gävle hace unas semanas.

Su actuación le pareció merecedora de un Oscar al reaccionar con verdadero horror y a la vez lo bastante contenida como para que no pareciese de ninguna manera que la afectaba a nivel personal.

—Iba a menudo a su iglesia cuando vivía en Uppsala. ¿De verdad que no la reconoce? —preguntó Weber después de que ella hubiese expresado su consternación.

—Lo siento, no la recuerdo. —Ingrid le devolvió la fotografía—. ¿Por qué pregunta por ella, si se puede saber?

Weber pensó en dar su respuesta estándar de la serie sobre violencia de género y el retrato personal, pero se detuvo. Quería presionarla un poco más antes de darse por vencido. Corría el riesgo inminente de que todo terminase allí y deseaba estar seguro de haber hecho todo lo posible.

—Me escribió una carta en 2010.

Sacó la copia de la carta del bolsillo interior de su americana y se la dio. Ella la leyó con atención y luego levantó la mirada hacia él con una expresión que mostraba todavía más desconcierto.

—No sé nada acerca de esto...

Ingrid empezó a relajarse un poco. La carta no lo iba a llevar a ninguna parte. El periodista no le estaba preguntando nada acerca de Ida o de Klara, así que aún estaba bastante lejos de la verdad, de la conexión.

—¿Por qué se fue usted de Uppsala en 2011?

Ella le lanzó una mirada con la que le decía que esperaba que no estuviese insinuando que su traslado había tenido algo que ver con la carta que le acababa de mostrar.

—Cambié de trabajo. ¿Por qué quiere saberlo?

—Sólo me preguntaba si hubo alguna razón en especial.

—¿Que tuviese algo que ver con esta carta y esta joven? —preguntó Ingrid con el grado exacto de indignación en el tono de voz que tendría una mujer que se sintiese atacada e injustamente acusada.

—Sí, con Rebecca Alm.

—No, no la hubo —dijo ella con firmeza, devolviéndole la carta—. Llevaba muchos años en Uppsala y era hora de hacer algo diferente en un sitio diferente. La iglesia es como cualquier otro lugar de trabajo. La gente cambia al cabo de unos años, no hay nada raro en eso.

Axel no dijo nada. Había estado a punto de darse por vencido. Darle las gracias, regresar a Estocolmo y verse obligado a aceptar que la tercera carta de Rebecca era igual de inútil que las dos anteriores, desde un punto de vista periodístico. Pero entonces Ingrid había soltado su respuesta acerca del cambio de trabajo. Como una pequeña exposición de los hechos. Para recalcar que de ninguna manera había otro motivo para dejar Uppsala más que el deseo de moverse. Lo cual podía significar que sí que lo había.

—Así que si me disculpa... —Ingrid hizo un gesto hacia la iglesia que tenía a su espalda como para indicarle que pensaba ir hacia allí. En ese mismo instante.

Axel pensó a toda prisa. Había una cosa más. Una posibilidad muy remota. No se había propuesto sacarlo, no le había prestado demasiada atención, pero ahora era su oportunidad.

—Sólo una cosa más...

Ingrid volvió a poner la atención en él, mostrándole con todo su lenguaje corporal que de verdad iba a ser lo último que le respondiera y que quería que fuese rápido.

—¿Sabe qué es AbOvo?

—¿Ab...?

—Ovo.

Ingrid reflexionó un instante y negó con la cabeza con determinación.

—No. ¿Qué es?

—No importa, gracias por haberme atendido.

Ingrid asintió con la cabeza hacia él, se dirigió a la iglesia y desapareció tras las robustas puertas de madera. Axel esperó a que se cerrasen detrás de ella antes de regresar a su coche con una sonrisa de satisfacción.

Había sido muy rápido. Tan sólo un segundo. Luego ella había recuperado el control sobre su expresión facial. Pero había sido suficiente. Axel sabía lo que había visto. Estaba completamente seguro de ello.

Ingrid Drüber sabía muy bien qué era AbOvo.

Él, por su parte, no lo sabía. Aún no.

Pero era sólo una cuestión de tiempo. Y entonces tendría su noticia.

Estaba convencido de ello.

Era demasiado grande.

Eran demasiados.

Tenían a un solo hombre que sabían dónde y cuándo iba a aparecer. Él no tenía ningún motivo para sospechar, así que todo era bastante sencillo.

Mantener el sitio en Norrforsgatan vigilado.

Guardar una distancia prudencial y notificar la aparición del individuo.

Dejar que entrase y luego vigilar todas las entradas y salidas por si intentaba huir.

Cogerlo cuando accediese a la habitación de Stella.

¿Qué podía salir mal?

Muchas cosas, como estaban a punto de comprobar.

Stella había dicho que solía contestar en un plazo de diez minutos, pero podía estar con otro cliente, así que si tardaba hasta una hora, tampoco sería de extrañar. Parecía como si nadie quisiese esperar tanto tiempo. La diferencia en el ambiente y en la energía con respecto a antes de la llamada era notable. Ahora había una expectativa febril en el aire que era casi palpable. Deseaban resultados de inmediato. Ahora.

—Coincide con lo que sabemos de él —constató Sebastian cuando todos se reunieron en la sala de conferencias—. Ha perdido confianza en sí mismo, necesita algo seguro, algo que sabe que será capaz de llevar a cabo.

—Vale, ¿y qué hacemos? —preguntó Billy mientras conectaba su ordenador al proyector.

—Tengo una idea.

Torkel dio unos pasos hacia el mapa en la pared sin darle la oportunidad a Anne-Lie de tomar el mando, y encontró la dirección que buscaba. Contaba con un plan, pero dependía del aspecto que tuviese la zona. Estudió el mapa un momento antes de volverse hacia Billy.

—Necesitamos un plano más detallado de la zona.

—Tengo uno aquí —asintió Billy, y proyectó una imagen de Google Maps en la pared—. Éste es el sitio en Norrforsgatan —dijo, colocando una flecha roja sobre el mapa.

—¿Esto qué es? —preguntó Torkel, señalando el edificio de enfrente.

Billy puso una nueva chincheta sobre el mapa, escogió la opción de Street View y apareció la fachada de un edificio rojo de dos plantas con techo plano. Un cartel anunciaba que dentro estaba la consulta veterinaria de Sahlén.

—Un veterinario.

—Llámales y pídeles que nos dejen entrar. Nos escondemos aquí — indicó las ventanas de la segunda planta del edificio sobre la imagen—..., vigilamos el aparcamiento y cuando nuestro sospechoso aparezca contactamos a quien tengamos dentro, probablemente Vanja. —La miró y ella dio su conformidad asintiendo con la cabeza.

«El resto suena claro y fácil», pensó Vanja. Cuando el sospechoso hubiese entrado, todos los demás saldrían de la consulta y, junto con Billy y Carlos, controlarían todas las posibles vías de escape.

Un plan sólido.

—¿Cómo lo reconoceremos? —preguntó Vanja.

—Tenemos el retrato robot.

—A ver, para ser sinceros, nos muestra un hombre blanco de unos cuarenta años. Tampoco es gran cosa.

—Tiene una cita concertada, así que quien aparezca a esa hora es nuestro hombre —dijo Billy, que sonaba como dando a entender que se estaban complicando demasiado la vida.

—¿No podríamos tener a Stella fuera? —propuso Carlos—. Así podría indicarnos quién es cuando llegue. Podría estar sentada con nosotros, en la consulta del veterinario.

—Dame un momento para comprobar una cosa —dijo Billy; cogió el teléfono y salió de la sala.

Anne-Lie había permanecido en silencio. Ahora se volvió hacia Torkel y él se preparó para lo peor.

—Quiero tener más unidades desplegadas.

—¿Por qué? —preguntó Torkel, aunque creía saber la respuesta. Él había dicho que con el equipo ya serían suficientes, todo su plan se basaba en eso. Simplemente, Anne-Lie no quería darle la razón.

—Quiero estar segura de que lo cogemos.

—Lo cogeremos.

Intercambiaron unas miradas oscuras, pero el debate no fue a más. Billy regresó.

—A ver, por lo general, la cita transcurre así: él llega, Stella lo recibe, entra en la habitación, se prepara y dos minutos más tarde entra él.

—Por tanto, ella no puede estar fuera del edificio —constató Carlos, retirando su propia propuesta.

—¿Podría ponerse de acuerdo con sus... compañeras para que no cojan clientes a la hora que va a ir él? —sugirió Vanja dirigiéndose a Billy.

—Puedo preguntárselo.

—¿De qué manera nos ayuda eso a nosotros? —quiso saber Torkel.

—Si no esperan a nadie más, sabremos seguro que la persona que viene a la hora indicada es nuestro hombre. Stella puede estar dentro de la casa, recibirlo, hacer que se relaje, y así nosotros tenemos más tiempo.

Torkel asintió con la cabeza, dando un rápido repaso mental a posibles puntos débiles en el planteamiento. No encontró ninguno. Se volvió hacia Billy y asintió con la cabeza. Billy cogió el móvil y salió de nuevo de la sala. Antes de alcanzar la puerta se detuvo y se volvió.

—Espera, ¿cuánto tiempo necesitamos? ¿A qué hora queremos que le proponga la cita?

—Que lo decida él, pero como pronto dentro de una hora.

Torkel se lo pensó todo de nuevo, y sí, era suficiente. Tal vez necesitasen un poco de tiempo para convencer al encargado de la consulta veterinaria de que los dejaran entrar. Si no lo conseguían, podían quedarse sentados en un coche cerca del local. Un poco más visible, mayor riesgo, aunque podría funcionar. Pero tener algo más de tiempo no les haría daño.

—Si nos puede conseguir dos, mejor.

—Al menos dos horas —intervino Anne-Lie.

Torkel le dedicó otra una mirada cansada. ¿Acaso no había nada en lo que pudiese estar de acuerdo sin necesidad de tener la última palabra?

—Quiero tener suficiente tiempo para hacer un repaso con los efectivos —soltó ella para defender su decisión.

—No necesitamos hacer un repaso —señaló Torkel despacio y con claridad, como si intentase contarle algo a un niño rebelde de dos años—. Lo podemos hacer nosotros cinco.

—Al menos dos horas —le dijo Anne-Lie a Billy, que volvió a salir de la sala tras pedir permiso con la mirada a Torkel, que se limitó a asentir cansado con la cabeza.

—Tú y yo en el veterinario. Vanja dentro con Stella. Carlos y Billy cerca, y junto con nosotros dos aseguramos el edificio cuando él haya entrado. Es suficiente. ¿Para qué quieres más gente? —preguntó Torkel con una rabia mal disimulada en el tono de voz.

—Vamos a cogerlo.

—En eso estamos de acuerdo.

—No vamos a perder tiempo discutiendo. Es mi investigación y haremos lo que yo diga.

Era demasiado grande.

Eran demasiados.

Pero ¿cuántos agentes necesitaban?

Si se le preguntaba a Anne-Lie, media docena más. Todos hombres, todos armados. Torkel presenció el repaso escuchando con los brazos cruzados sobre el pecho. Daba igual lo que él hiciese o pensase. Si quería conseguir modificar su relación profesional, tendría que adoptar medidas más drásticas.

O tomaba él la responsabilidad de la investigación o tendría que abandonarla.

Ninguna de las opciones era demasiado atractiva; seguir trabajando con personas a las que había tenido que desautorizar nunca era bueno, y abandonar ahora para él sería un gran fracaso. Pero algo tenía que cambiar, estaba claro. De todos modos, no era el momento. No cuando estaban preparando una operación como si fuesen a desmantelar un cártel de drogas

bien organizado y armado, en lugar de intentar atrapar a un hombre solitario que ignoraba por completo que estaba a punto de caer en una trampa. Torkel repasó la sala con la mirada. El mapa en la pared. Las cruces que marcaban dónde se iba a colocar cada uno. Las rayas de cómo se iban a mover y cuándo. Instrucciones sobre comunicación por radio.

Le sorprendía que Anne-Lie no hubiese pensado en un nombre en clave para la operación.

Ella terminó su repaso diciendo que todos debían ir a buscar armas y chalecos antibalas. Punto de encuentro, los coches patrulla al cabo de quince minutos.

Torkel se levantó y salió de la sala.

Quince minutos. Tiempo suficiente para tomar una última taza de café y asegurarse de que le tocara un coche distinto del de Anne-Lie y el Equipo A.

Era demasiado grande.

Eran demasiados.

No podía sacárselo de la cabeza, ahí donde estaba, con la mirada en los prismáticos junto a Anne-Lie en una de las salas de exploración de la consulta veterinaria. «Huele a detergente y desinfectante mezclado con hedor a perro mojado», pensó Torkel. Los propietarios los habían dejado pasar encantados y les habían preguntado con curiosidad qué estaban vigilando; al parecer ignoraban por completo el tipo de actividad que se desarrollaba en la acera de enfrente. Torkel no había visto razón para revelárselo y se había limitado a contestar que tenían motivos para creer que un sospechoso iba a aparecer ese día por allí.

Anne-Lie controlaba a través de la radio que todo el mundo estuviese en su puesto. Torkel los podía ver sin problema. Seis hombres en parejas de dos

en tres posiciones diferentes, pero supuso que había que buscarlos de forma activa o saber que estaban allí para darse cuenta. Alguien que apareciese por el aparcamiento sin saberlo no los descubriría. Iba a funcionar. Sólo que era una operación innecesariamente grande para algo tan sencillo. Habría bastado con Billy y Carlos, a quienes también podía ver sentados en un coche delante del edificio vecino, al mismo lado que el prostíbulo.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un vehículo que entraba en el aparcamiento. Era un Hyundai verde oscuro, al parecer el conductor iba solo. Se detuvo y apagó el motor, pero no bajó nadie.

—¿Es él? —le susurró Anne-Lie a Torkel, a pesar de que no corrían ningún riesgo de que fuera a oírlos. Tenían el retrato robot delante de ellos, encima de la mesa. Torkel le echó un vistazo rápido y luego volvió a llevarse los prismáticos a los ojos y enfocó al hombre en el coche.

—No lo sé. —No pudo obtener un buen ángulo y el hombre estaba vuelto, mirando hacia la puerta a la que esperaban que se acercase pronto.

—Llega cinco minutos antes de la hora —dijo Anne-Lie tras echar una ojeada al reloj. Entonces, el hombre bajó del automóvil y lo cerró. Miró un poco a su alrededor, despreocupado, antes de dirigirse con pasos rápidos hacia la entrada del edificio.

—El objetivo ha llegado. Estad preparados —oyó Torkel que informaba Anne-Lie a través de la radio.

El hombre entró por la puerta y la cerró a su paso.

—¿Era él?

—No lo sé, difícil de decir, pero supongo que era él.

Bajó los prismáticos. Hasta aquí iba todo según el plan. Ahora Stella sólo tenía que recibirlo, regresar a su habitación, decirle a Vanja si de verdad era él. Vanja, a su vez, se lo confirmaría a ellos, esperaría a que el hombre

entrase en la habitación y lo detendría. Si por alguna razón él lograba huir, los demás ya habrían rodeado el edificio.

—¿Qué coño hacen? —exclamó Torkel al ver movimiento. Dos de los hombres de Anne-Lie habían salido de su escondite y se estaban acercando despacio al edificio.

—Él está allí.

—Aún no nos lo han confirmado.

—Lo has dicho tú mismo, ¿quién va a ser, si no?

Stella respiró hondo y abrió la puerta del pasillo. Descendió hasta la sala de espera e intentó mantener las pulsaciones bajo control. Estaba nerviosa, mucho más de lo que había imaginado que iba a estar. Tendría que actuar de forma completamente normal con Villman. ¿Y si él se daba cuenta?

¿La cogería de rehén? ¿Le haría daño?

A buenas horas se lo planteaba.

Con una última inspiración para tranquilizarse, entró en la sala común. El hombre estaba sentado sobre el extremo de uno de los sillones.

Stella se detuvo con sorpresa.

No era Villman.

—Ah, hola... —dijo ella al mismo tiempo que miraba a su alrededor. ¿Se había producido algún error? ¿Había más gente ahí dentro?

—Vengo a ver a Alma —dijo el hombre con una pequeña sonrisa nerviosa y un gesto con la cabeza hacia otra parte de la casa, donde Alma tenía su habitación.

—Ah, sí, espera un momento...

Stella se dirigió al cuarto de Alma a paso ligero, abrió la puerta sin llamar y entró. Alma estaba sentada sobre la cama atándose las botas.

—¡Joder! ¡Tenías que cancelar todas tus citas! —siseó Stella dando unos pasos hacia ella.

—A éste no lo he podido localizar, ¿qué coño querías que hiciese?

—Haz algo ahora. Sácalo de ahí.

—Vale, joder...

Alma se levantó de la cama y salió con Stella. El hombre se incorporó deprisa al verlas y Alma se lo llevó con una sonrisa de bienvenida hasta su habitación. Stella se tomó un momento para calmarse antes de volver a la habitación roja. Vanja estaba esperando junto a la pared.

—¿Y? —dijo en un tono exigente en cuanto Stella cerró la puerta. Se moría de ganas de salir de allí. No podía comprender qué tipo de gente se dedicaba a esas cosas. No era una remilgada, le gustaba el sexo, le encantaba, pero eso... Látigos, esposas, cadenas, pinzas, mordazas...

—No era él.

—¿Cómo que no era él?

—Alma no pudo localizar a uno de sus clientes. Era su cliente. No Villman.

—¡Mierda!

Vanja se abalanzó sobre el *walkie-talkie* que estaba sobre la cómoda.

—No era él. Era otro putero, no era nuestro sospechoso.

Arriba, en la consulta veterinaria, Torkel y Anne-Lie ya estaban casi saliendo. Al oír el pitido de la radio, los dos habían pensado que sería para dar luz verde y tardaron un segundo en comprender lo que en realidad estaba

diciendo Vanja. Torkel se volvió hacia Anne-Lie antes de ir corriendo hacia la ventana.

—Diles que vuelvan, diles que vuelvan.

Fuera vio cómo los dos hombres armados ya estaban prácticamente en la puerta, acercándose cada uno desde un lado.

—Diles que vuelvan, ¡ya!

Pudo oír a Anne-Lie dando la orden a la vez que veía a los policías en la puerta escuchando por el auricular. Pero era demasiado tarde. Un coche se aproximaba a la casa. Un Ford rojo. Fue todo lo que Torkel pudo registrar. Era imposible que el conductor del vehículo no hubiera visto a los hombres armados delante de la puerta. Tras frenar un instante, como para asegurarse de que era cierto lo que estaba viendo, pisó el acelerador a fondo, hizo un giro para cambiar de sentido y salió disparado.

—¡Mierda, era él! ¡Es él! Se va a escapar.

Sacó su propio *walkie-talkie* y les gritó a Carlos y a Billy:

—¡Se está yendo en coche, es él! ¡Un Ford rojo!

Vio cómo Billy arrancaba el coche delante de la casa vecina y emprendía la persecución. Los dos automóviles desaparecieron de su vista en cuestión de segundos. Torkel se reclinó hacia atrás antes de levantarse de golpe y dar una patada a un carrito de acero, tirando al suelo todas las herramientas que había encima.

—¡Mierda! ¡Mierda!

Billy no tardó mucho en alcanzar al coche rojo. Carlos aún se estaba abrochando el cinturón cuando apareció delante de ellos.

—¡Coge la matrícula! —gritó Billy, recortando otro metro de distancia con el coche fugado que tenían delante.

Se acercaban a la carretera 222 y, sin frenar lo más mínimo, el Ford rojo hizo un giro hacia la izquierda, en dirección a la ciudad. Billy lo siguió. Con la mano derecha empezó a rebuscar la luz móvil azul que estaba en un compartimento de debajo de la radio.

—Yo lo hago, concéntrate en la carretera —dijo Carlos, mientras cogía la sirena y la colocaba en el coche.

Las luces de freno se iluminaron por un instante en el coche que tenían delante; por un momento parecía que iba a aprovechar la primera oportunidad de girar a la derecha, pero luego se arrepintió y siguió recto. Aunque no por mucho tiempo. Sin frenar, tomó la siguiente a la derecha, una vía de acceso. Tras hacer un giro de ciento ochenta grados, aparecieron en una carretera más amplia.

—¿Ésta cuál es? —preguntó Billy, incrementando todavía más la velocidad. Había desacelerado un poco al subir por la vía de acceso, pero por suerte había poco tráfico y pronto volvió a alcanzar al otro coche.

—¿El qué? —replicó Carlos sin entender.

—¿Qué carretera es ésta? —aclaró Billy mientras adelantaba por la derecha a un Toyota blanco que, por algún motivo incomprensible, permanecía en el carril izquierdo.

—La cincuenta y cinco.

—Mira a ver si puedes conseguir que cubran las salidas.

Nada más decirlo comprendió que seguramente sería imposible. Que alguien, en algún lugar, recibiese la llamada y reaccionase con rapidez suficiente, que se conociese el recorrido de la carretera y diese la orden de enviar patrullas a diferentes salidas a tiempo era algo que nunca iba a suceder. Tal vez, si la llamada iba a parar a la persona correcta, podrían coordinar una intervención así, pero para entonces el coche al que seguían ya habría dejado bastante atrás el municipio en el que estaban, incluso la provincia.

—Es igual, déjalo —dijo—. Infórmalos de dónde estamos, a ver si por casualidad hay alguien cerca que pueda intervenir.

Carlos asintió con la cabeza. Cogió el micrófono de la radio fija y empezó a cantar de forma continuada dónde se encontraban mientras Billy volvía a centrar toda la atención en la carretera que tenían delante y el Ford fugitivo. La carretera era de dos carriles, pero cada vez que Billy se acercaba para avanzar el coche de delante giraba y se ponía en medio, bloqueándole el paso. Billy redujo la velocidad, se colocó detrás y avanzó hacia la derecha, pero el Ford le siguió los movimientos impidiendo el adelantamiento por cualquiera de los dos lados.

Tras aproximadamente un kilómetro y medio alcanzaron una salida. El Ford la tomó, ascendiendo por la rampa que iba hacia la rotonda que había en el otro nivel. Billy se percató de la barrera sonora repleta de grafitis que había en el lado derecho y, sobre todo, de los arbustos en el lado izquierdo. Algunos de ellos eran bastante altos, estaban ahí para bloquear la vista hacia la rotonda, para obligar a reducir la velocidad. Algo que el conductor del Ford al parecer no tenía ninguna intención de hacer.

Cruzó la rotonda por el centro a toda velocidad.

Una furgoneta blanca con un gran logotipo de una empresa de piscinas en

un lateral tuvo que frenar en seco y el conductor pitó enfadado. El Ford torció a la derecha, tomando una carretera más pequeña. Los carteles indicaban que se dirigían hacia un hospital y algo que se llamaba Svartbäcken. Carlos les explicó a todos por la radio que acababan de tomar el camino de Svartbäcken y que iban hacia el sur. Si actuaban rápido, deberían tener alguna posibilidad de detenerlo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Billy.

—Esta calle termina en el cruce grande que hay justo delante de la comisaría.

—A ver si ahí conseguimos que salga alguien, joder.

Al cabo de pocos metros aparecieron casas a ambos lados de la calle. Vida y movimiento. Carril bici, pasos de peatones, niños y cochecitos. Billy aflojó un poco la presión sobre el acelerador. La distancia con el Ford creció de inmediato. Estaba claro que el conductor que huía no tenía ninguna intención de reducir la velocidad. Billy no vio las luces de freno encenderse ni cuando un cartel anunció un CAMINO ESCOLAR ni cuando el límite de velocidad máxima autorizada bajó a treinta. Cuando consiguieran detenerlo, ya podrían añadir unas cuantas infracciones de normas de circulación a la lista de acusaciones.

En el siguiente cruce apareció una pareja con un cochecito de bebé que estaba a punto de cruzar el paso de peatones, pero advirtieron las sirenas que se acercaban y se detuvieron. El Ford hizo un pequeño giro a la izquierda, pero sin reducir la velocidad. No habría tenido ninguna posibilidad de esquivarlos en caso de que hubiesen seguido hacia delante.

—Tenemos que pararlo —constató Billy.

—O dejarlo ir —contestó Carlos.

Billy contempló por un momento esa alternativa. No se trataba en absoluto de una propuesta idiota, tal vez incluso fuese la mejor. Si algo

llegaba a pasar, si un conductor o un transeúnte inocente resultaba herido, o si el coche que tenían delante perdía el control y se estrellaba, la gran noticia sería que había sucedido durante una persecución policial. Siempre habría alguien que pensaría que el accidente había sido a consecuencia de la presión, que la adrenalina habría desplazado el sentido común del fugitivo. Era evidente que no merecía la pena. Billy volvió a levantar el pie del acelerador. La distancia aumentó.

—¿Han conseguido sacar a alguien? —preguntó Billy cuando redujo la velocidad todavía más, aunque aún permanecía por encima de los setenta kilómetros por hora.

—Nos estamos acercando más; ¿habéis tomado posiciones? —oyó que Carlos decía por la radio.

Billy volvió a acelerar.

Dejarlo escapar ahora sería de idiotas.

Si no los llevaba tras él, podría desviarse por alguna de las calles más estrechas que Billy supuso que habría en todo el camino hasta la comisaría. Para su gran decepción oyó por la radio que aún no habían logrado que nadie llegase al lugar. Billy maldijo en voz alta mientras Carlos los informaba de que les quedaba menos de un minuto para conseguirlo.

Se aproximaban a una rotonda. Billy vio el ciclomotor que iba por el carril bici a su izquierda y que no mostraba ninguna intención de detenerse, sino que giró para cruzar el paso de peatones, tranquilo por la seguridad que le infundía la ley que obligaba a los coches a frenar al llegar a un paso de peatones no vigilado. Sin embargo, eso no se aplicaba si permanecías sentado sobre tu vehículo y mucho menos si el coche que se acercaba era perseguido por la policía.

El Ford rojo frenó en el último segundo y se las arregló para girar lo bastante a la derecha como para esquivar al motorista por apenas unos

centímetros de margen. Sin embargo, el conductor del ciclomotor perdió el control del vehículo y cayó al suelo, deslizándose sobre el asfalto y bloqueando el paso a Billy, que ya no pudo tomar el mismo camino por el que se había ido el Ford rojo. Nunca podría frenar a tiempo, no le quedaba más opción que torcer a la izquierda. Derribó una señal de tráfico al pasar, continuó por el camino de peatones que cruzaba la rotonda, arrastró consigo una de las farolas al abrirse camino por el centro de la rotonda, en la que se habían colocado seis esferas sólidas de hormigón de diferentes tamaños a modo de decoración. Como si dos muñecos de nieve se hubiesen tumbado a dormir sobre el césped.

Billy se estampó contra uno de los grupos de piezas de hormigón y el coche paró en seco.

Por un momento, el mundo se volvió blanco cuando el airbag saltó haciendo un chasquido que atravesó el ruido de chapa que se chafaba. A Billy aún le silbaban los oídos cuando, unos instantes más tarde, apartó el airbag todo lo que pudo y se volvió hacia Carlos.

—¿Estás bien?

Carlos se limitó a asentir con la cabeza. Billy vio que le sangraba la nariz. Un hilo fino le bajaba de un orificio hacia el labio superior y le goteaba en la boca cuando la abría mientras movía la mandíbula de derecha a izquierda como si intentase destaparse los oídos.

—No puedo oír nada por el oído izquierdo —dijo mientras seguía con la gimnasia facial. Billy sabía que, si se tenía mala suerte, el airbag podía reventar el tímpano, pero con el tiempo se recuperaba la audición.

En ese instante les comunicaron por radio que no habían detenido ningún Ford rojo delante de la comisaría. Billy no sabía si era porque no habían tenido tiempo de movilizarse o porque se había desviado antes de llegar allí, pero ya le daba igual.

Tenían su matrícula.

Lo iban a coger de todos modos.

Cuando Vanja volvió a la oficina, sólo estaban Sebastian y Ursula.

—Se ha ido todo a la mierda —dijo, resumiendo los acontecimientos de la tarde.

—Ya nos hemos enterado —respondió Ursula. Tal vez fueran imaginaciones tuyas, pero Sebastian tuvo la sensación de que, en el futuro, Ursula usaría esto en contra de Torkel cada vez que él le pidiese que fuese más abierta con los compañeros de fuera de Estocolmo.

—¿Qué tal están Billy y Carlos? —preguntó él. Mostrar un poco de consideración no podía hacer daño. Además, era un tema de lo más estrictamente profesional.

—Están en el centro de atención primaria. Billy estaba un poco dolorido, tal vez una leve conmoción cerebral, y parece que a Carlos se le ha perforado el tímpano. ¿Hemos encontrado el coche?

—¿Dónde tienes a los demás? —preguntó Ursula en lugar de responder a la pregunta de Vanja.

—Torkel y Anne-Lie tenían que hablar con alguien de cómo manejaremos a la prensa. Al parecer, ya hay alguien hablando de una persecución de locos en una zona urbana... ¿El coche? —inquirió de nuevo.

—No lo hemos encontrado, pero sabemos quién es el propietario.

—¿Quién?

Vanja se acercó a Ursula como si la respuesta estuviese escrita en su ordenador.

—Está registrado a nombre de una empresa. Brode & Hammarsten. Aquí

está la dirección.

Le entregó a Vanja una nota en un pòsit. Ella le echó un vistazo antes de metérselo en el bolsillo y dar media vuelta para irse de nuevo.

—¿Te vienes? —le preguntó a Ursula mirando hacia atrás.

—No.

Vanja se detuvo, ya estaba a medio camino, saliendo por la puerta.

—¿Por qué no?

—Me acaba de llegar el informe de la autopsia y un repaso completo del piso de Rebecca Alm. Necesito echarle un vistazo.

—Vale...

—Llévate a Sebastian contigo —sugirió Ursula con un gesto de la cabeza en dirección a él.

Vanja le dedicó una mirada expresando muy claro cuál era su opinión sobre la propuesta.

—Ya somos pocos y encima faltan cuatro de los nuestros. Si trabajamos juntos, trabajamos juntos —continuó Ursula, sin sonar demasiado a reproche, pero con un tono subyacente que insinuaba lo único que podría hacer que Vanja cambiase de opinión: que su forma de actuar era poco profesional. Vanja titubeó, pareciendo buscar una causa razonable de por qué quería ir sola, pero se rindió.

—Vámonos —dijo con un suspiro y el mismo entusiasmo que si le hubiesen pedido que bañase a un perro lleno de pulgas. Sebastian se incorporó de un salto, cogió su chaqueta del respaldo de la silla, pasó al lado de Ursula moviendo los labios en un silencioso «gracias» y siguió a Vanja afuera.

El GPS les indicó cómo ir hasta la calle Dag Hammarsjöld. Era la única voz que se oía en el coche. Sebastian permanecía callado. Recordó la primera vez que fue con Vanja en coche. Cuando no tenía ni idea de quién era ella en realidad. También entonces los guiaba el GPS. A la vieja escuela del padre de él. Por un momento jugó con esa idea...

¿Qué habría pasado si él nunca se hubiese enterado?

Si nunca hubiese encontrado las cartas en la casa de sus padres, si nunca hubiese buscado, si nunca la hubiese descubierto.

La vida de Vanja habría sido, si no mejor, al menos mucho más sencilla.

Hinde nunca la habría secuestrado.

Anna y Valdemar seguirían juntos. Tendrían una hija juntos.

Trolle Hermansson probablemente estaría vivo, a menos que se hubiese matado a beber.

A Ursula nunca la habrían disparado.

Aquello había afectado a la vida de muchas personas, y ninguna para mejor, a juicio de Sebastian. ¿Y qué pasaba con la suya propia?

Nunca habría vuelto a entrar en la Unidad de Homicidios. Era posible que hubiese ido a parar allí de todos modos en el momento en que Edward Hinde se había visto involucrado, pero sólo como consultor. Entrar y salir en cuanto resolvieran el caso. Ningún motivo para intentar aferrarse. De vuelta a una vida solitaria en un piso del que sólo usaba algunas partes, navegando sin rumbo entre aburridos trabajos esporádicos y sexo sin sentido. Cualquiera diría que en realidad era una descripción bastante acertada también de su existencia actual, aunque no del todo. Tenía un deseo, estaba dispuesto a luchar por ello; ahora tenía un rumbo que antes le había faltado por completo. Había ido a mejor y a peor, pero de todos modos la Unidad de Homicidios había sido una suerte de constante. En términos grandilocuentes, se podría

decir que Vanja le había vuelto a dar sentido a su vida. Con independencia de cómo fuese su relación, saber de la existencia de ella era bueno para él. Lo había salvado.

Entonces ¿cómo podía haberla cagado de semejante manera?

Era Sebastian Bergman.

La respuesta era así de sencilla.

—¿Compras sexo?

Sebastian fue arrancado de sus pensamientos. ¿Había oído bien? Podría haberse preguntado durante mucho tiempo cuáles serían las primeras palabras de Vanja cuando se decidiese a dirigirle la palabra, pero jamás habría adivinado que iban a ser ésas.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Me estaba acordando de ese sitio en el que he estado hoy, el prostíbulo, en lo penoso y asqueroso que era, y entonces he pensado en ti.

«Penoso y asqueroso, y he pensado en ti.» No iba a ponérselo nada fácil.

—¿Lo haces? —preguntó ella de nuevo cuando él no contestó.

—¿Estás intentando encontrar motivos para pensar aún peor de mí? —soltó él.

—No creo que eso sea posible.

Sebastian la miró, deseando ver una pequeña sonrisa que les restase peso a las palabras, pero enseguida descubrió que era pedir demasiado.

—No, no lo hago —contestó con sinceridad—. No pago por tener sexo.

—¿Porque es ilegal? Porque tú no tienes escrúpulos morales, ¿verdad?

—Es demasiado simple —explicó él—. Pagar y recibir algo. No se trata de eso. El follar en sí nunca ha sido lo más importante.

—Vale, no lo quiero saber.

Él estuvo a punto de señalarle que si no quería saber algo, tal vez no debería preguntar, pero se limitó a callarse. Dejó que fuera ella la que decidiera.

—He pensado en nosotros —dijo Sebastian a modo de prueba cuando el GPS les anunció que debían tomar la siguiente calle a la derecha, y luego otra vez a la derecha tras ochocientos metros.

—No existe ningún «nosotros» —constató Vanja con aspereza.

—Vale, he pensado en ti y en mí. En lo que dijiste. —No hubo respuesta, pero tampoco ninguna orden de que se estuviese callado, así que continuó—. Que no me importa lo que tú quieres.

Seguía sin haber ninguna reacción por parte de Vanja. Él mantenía la mirada al frente, temiendo que cualquier movimiento hiciera que ella lo mandara callar de nuevo.

—Sí me importa. Siempre me ha importado, desde que supe que eras mi hija. Pero soy..., o me he convertido en una persona muy egoísta, y a veces olvido lo buena que eres para mí y lo agradecido que estoy por haberte encontrado. Espero poder cambiar eso.

—Ahora para de hablar.

Hizo lo que ella le ordenó. Se calló. Había llegado más lejos de lo que jamás se habría atrevido a desear. Pero hablar era una cosa, era algo fácil, cualquiera lo podía hacer. Podía decir que lo sentía, que se había dado cuenta de sus errores, que iba a mejorar. ¿Qué valía eso? Nada.

Las acciones eran más importantes que las palabras.

Por eso tenía que realizar un acto completamente desinteresado, demostrarle a ella que hablaba en serio. Que si no podía ser su padre, al

menos quería ser su amigo. Iba a asegurarse de que ella se reconciliara con Valdemar.

Pero ahora permaneció en silencio.

Alcanzaron el edificio que buscaban en la calle Dag Hammarsjöld, una casa de ladrillo sencilla, de dos plantas, que podría haber sido una guardería, un centro de día, viviendas, cualquier cosa. Ahora había un cartel que anunciaba que pertenecía a Brode & Hammarsten. Vanja aparcó y salieron del coche.

—¿A qué se dedican? —preguntó ella mirando a su alrededor mientras se dirigían hacia la entrada.

—Ursula ha dicho que al Content Marketing.

—¿Eso qué es?

—Confiaba en que tú lo supieras.

—Espera un momento.

Vanja se acercó a uno de los coches que había en el aparcamiento. Al llegar a él sacó su móvil y pronto encontró lo que buscaba. No sabía nada del modelo en concreto, pero todo lo demás coincidía.

Un Ford rojo con la matrícula correcta.

Se aproximó al lateral del vehículo y miró dentro, a través de las ventanillas, al mismo tiempo que marcaba un número y se ponía el teléfono a la oreja.

—Ursula, está aquí. El coche. En el aparcamiento —dijo en cuanto contestaron—. Ven aquí o manda a alguien.

Luego colgó. Regresó con Sebastian a paso ligero. Si el coche estaba allí, probablemente también lo estaría la persona que lo había conducido antes. O

al menos averiguarían quién era. Sintió cómo la adrenalina empezaba a bombear por su cuerpo.

Si el exterior del edificio resultaba insignificante, ello quedaba compensado con creces por su interior. Tras haber empujado la puerta de entrada, una oscura y gruesa moqueta se extendió ante ellos hasta un mostrador de recepción blanco con iluminación integrada y un pesado jarrón con unos enormes lirios blancos colocado a un lado. En la pared de detrás volvía a aparecer el logotipo, esta vez en letras metálicas iluminadas desde la parte posterior entre dos cenefas con una trama blanquinegra. Había ojos de buey en el techo blanco y por unos altavoces escondidos se podía oír un hilo musical.

Detrás de la recepción se extendía una oficina diáfana. Sebastian calculó que allí había una treintena de personas, la mayoría jóvenes, sentados ante sus ordenadores, muchos con diferentes tipos de auriculares puestos.

—Vanja Lithner. Éste es mi compañero, Sebastian Bergman. Queremos hablar con la persona responsable de los coches de empresa —dijo Vanja enseñando su identificación. La mujer del mostrador, que según la placa de empleada se llamaba Rosa, miró la identificación de Vanja; luego la miró a la cara, después a Sebastian, que se limitó a levantar un poco la mano a modo de saludo, y de nuevo se dirigió a Vanja.

—¿Qué quiere decir con «responsable»?

—Tenéis un Ford rojo que es propiedad de la empresa, está ahí fuera. — Vanja hizo un gesto con la cabeza en dirección al aparcamiento—. Quiero hablar con la persona responsable del vehículo.

—No sé quién puede ser. Pueden hablar con Christina.

—¿Quién es Christina?

—Es nuestra jefa.

—De acuerdo, nos vale, ve a buscar a Christina.

Rosa asintió con la cabeza y marcó una extensión en el teléfono que tenía delante. Vanja dio un paso hacia atrás y miró a su alrededor mientras escuchaba a Rosa explicar por los auriculares con micrófono que estaba allí la policía. En la pared situada a la derecha del mostrador había una estantería empotrada con algo que parecía un reposacabezas de metal, pero, por las tazas y las cápsulas que había al lado, comprendió que se trataba de una máquina de café. También había una jarra con agua y rodajas de pepino, un bol con fruta y una bandeja con algún tipo de galletas. El resto de la pared se componía de unas estanterías rectangulares empotradas con unos objetos bien iluminados que sólo podían ser premios y reconocimientos.

Una mujer de unos cuarenta años se dirigió hacia ellos. Llevaba el pelo recogido en un moño suelto, una camisa tejana de color azul, pantalones grises elegantes y zapatos de lona negros sin tacón.

—Hola, soy Christina —dijo tendiéndoles la mano—. ¿En qué os puedo ayudar?

Vanja se presentó y mostró otra vez su identificación. Sebastian volvió a levantar la mano a modo de un breve saludo. Christina les preguntó si querían tomar algo. Los dos rechazaron el ofrecimiento y Vanja repitió el motivo de su visita. El Ford rojo.

—Es uno de los coches de la flota —asintió Christina.

—¿Qué significa eso?

—Tenemos tres coches a los que el personal tiene libre acceso. Nos dimos cuenta de que era más económico que no que estuviesen cogiendo taxis todo el tiempo.

—¿Cómo se puede saber quién los ha conducido?

—Se pueden reservar con antelación, pero si hay algún coche dentro sólo

tienes que apuntar el tiempo que crees que lo vas a usar y cogerlo.

—¿Dónde lo escribes?

Christina les indicó con la mano que la siguieran, pasando de largo las estanterías de los trofeos hasta la otra punta de la oficina. Los que trabajaban allí se instalaban en unos pequeños cubículos de cristal colocados en fila, a modo de oficina. Había también un comedor con una mesa alargada que ocupaba todo el ancho de la cocina con su superficie de trabajo igual de larga, que incluía dos grandes neveras, varios microondas, lavavajillas y más máquinas de café y una fuente de agua.

—¿Puedo saber por qué estáis interesados en el coche? —preguntó Christina, y se detuvo delante de una puerta blanca con clave de acceso.

—Ha sido visto hoy en el escenario de un crimen.

No era del todo cierto, pero era la versión más rápida y sencilla y probablemente no llevaría a más preguntas.

—¿Estáis seguros de que se trataba de nuestro coche? —No cabía duda de que tenía la esperanza de que se hubiesen equivocado, de que su empresa no tuviera que verse involucrada en la investigación de un crimen.

—Sí, lo estamos —constató Vanja, apagando así su pequeña llama de esperanza.

Christina se limitó a negar con la cabeza como si no fuese capaz de imaginarse que alguno de sus empleados pudiera estar involucrado en un crimen. Marcó el código en la puerta y la abrió. La luz se encendió de forma automática al entrar y reveló estanterías repletas de material de oficina, carpetas y archivadores, papel higiénico, candelabros de adviento, velas, bolsas con aperitivos que habían sobrado de alguna fiesta, latas de cerveza en una caja medio llena. El trastero era un gran contraste con el atrevido, moderno y deslumbrante espacio de fuera. Nada más entrar por la puerta

había un pequeño armario de llaves del que colgaba una libreta con espiral y un lápiz de un cordón.

—Aquí está.

Vanja cogió la libreta y la abrió, tensa por la expectación.

La última página. La última anotación.

Nadia Aziz.

Vanja sintió cómo la invadía la decepción. No podía tratarse de una mujer.

—No puede estar bien —dijo Christina al enderezarse tras haber mirado por encima del hombro de Vanja—. Nadia lleva toda la semana fuera.

Vanja comprobó la fecha de la última anotación. El 12 de octubre. Después de eso, nada. Examinó la libreta más de cerca. Ahora podía ver con claridad que la página siguiente había sido arrancada, quedaban algunos trocitos enganchados alrededor de la espiral.

—Ha arrancado la hoja —le dijo a Sebastian antes de dirigirse de nuevo hacia Christina—. ¿Cuántos trabajáis aquí?

—Tenemos cuarenta y seis empleados.

—¿Cuántas mujeres?

—No lo sé con exactitud, veinte, veintidós, tal vez.

—Así que unos veinticinco hombres...

—¿Hay alguien aquí que pueda saber quién ha usado hoy el coche? —preguntó Sebastian.

—No lo sé, tendremos que preguntar —propuso Christina, y Sebastian se percató de lo colaboradora que estaba siendo, y por primera vez se planteó qué podría suceder si la iba a ver de nuevo para otro «asunto policial». Dejó

caer la mirada hasta su mano izquierda sin anillo. No porque le importase, aunque solía facilitar un poco las cosas. Para lo bueno y para lo malo. Pero había hecho una promesa...

—Espera —dijo Vanja, y volvió a sacar su teléfono, lo desbloqueó y pasó varias pantallas hasta encontrar lo que buscaba—. ¿Se parece a alguien que puedas reconocer? —preguntó enseñándole el retrato robot que Stella les había ayudado a componer. Christina ladeó algo la cabeza observándolo un poco más de cerca.

—Podría tratarse de Silas. Franzén. Uno de nuestros Content Managers.

—¿Está aquí?

—Sí.

—¿Podríamos hablar con él en algún sitio más reservado?

—Podéis usar una de nuestras salas de ahí —dijo, señalando dos puertas que parecían de cabinas de teléfono inglesas.

—¿Puedes ir a buscarlo?

Silas Franzén era grande. Eso fue lo primero en lo que pensó Vanja cuando entró en la estrecha sala. Musculoso. La camisa de cuadros azul se tensaba sobre su cuerpo. Un auténtico matón, cara cuadrada debajo del pelo rapado. Vanja vio de inmediato la semejanza con el retrato robot. Pero era un misterio cómo a Stella se le podía haber pasado mencionar que el tío se parecía a Hulk. Los saludó a los dos, retiró una silla, tomó asiento con las piernas abiertas, inclinándose hacia delante, los codos sobre las rodillas, y frunciendo el ceño miró a Vanja y a Sebastian.

—Bueno, ¿de qué se trata?

Vanja vio a Ursula a través de la puerta, a la espalda de Silas. Se levantó

con una breve disculpa y salió de la sala.

—¿De qué se trata? —repitió Silas a Sebastian cuando ella hubo salido.

—Se enfada si empiezo sin ella, así que tendremos que esperar un poco —contestó Sebastian, y se puso a inspeccionarse las uñas.

Esto le iba bastante bien. Ahora podría ver si Silas mostraba señales de nerviosismo o impaciencia. Si comenzaba a hacerle preguntas a Sebastian para intentar hacerse una idea de lo que sabían y, en ese caso, cómo posicionarse al respecto. Pero éste se limitó a asentir con la cabeza para sí mismo y se reclinó en la silla. Parecía completamente indiferente ante la situación.

Fuera, Vanja alcanzó a Ursula.

—¿Has traído gente contigo?

—Sí.

—Que se ocupen del coche, tú repasa su puesto de trabajo mientras él está con nosotros. —Hizo un breve gesto con la cabeza hacia la sala en la que podían ver sentados a Silas y Sebastian.

Ursula asintió en silencio y se fue. Vanja regresó a la sala y tomó asiento.

—Perdone que le haya hecho esperar...

—No pasa nada, pero a lo mejor ahora me pueden decir de qué se trata —intentó él por tercera vez.

—¿Dónde estaba hoy entre las once y las doce y media? —preguntó Vanja, lo que no respondió en absoluto a la pregunta de Silas.

—A las once estaba aquí. Sobre las once y media he salido a hacer un recado y luego a comer; he vuelto poco antes de la una. ¿Por qué?

Una mirada rápida entre Sebastian y Vanja dio a entender que los dos estaban pensando lo mismo. Muy detallado, mucho control, más de lo que la

mayoría solía tener y sin ni siquiera dedicar un segundo a meditarlo. Como si fuese algo aprendido. Memorizado.

—¿De qué recado se trataba?

—He ido a buscar un paquete.

—¿Adónde?

—Al súper ICA. Una de esas máquinas automáticas.

—¿Ha ido en coche?

—No, está aquí mismo.

—Así que hoy no ha usado ninguno de los coches de la flota.

—No.

—¿Dónde ha comido? —intervino Sebastian.

—He ido al 7-Eleven de aquí fuera, me he comprado un bocadillo y una Coca-Cola. Me lo he comido arriba, en el jardín botánico.

—Hace un frío de narices fuera —constató Vanja.

Silas se encogió de hombros con cara de no entender qué tenía que ver eso con el asunto.

—¿Ha tenido compañía mientras comía, ha quedado con alguien?

—No.

Sebastian examinó el hombre relajado que tenía delante. Era listo. Una gestión en la que no había tenido que interactuar con nadie. Nadie lo recordaría en el 7-Eleven estando tan cerca de una universidad, a la hora de comer, cuando el lugar estaba repleto de estudiantes. Solo en el jardín botánico. Unas huellas dactilares en el coche serían fáciles de justificar. Si no encontraban a alguien que lo hubiese visto cogerlo, no tendrían gran cosa a lo que aferrarse. Claro que podrían pedirle a Stella que lo identificase en una

rueda de reconocimiento, pero eso sólo demostraría que había estado allí antes, no que hubiese sido él quien se había dado a la fuga con el Ford rojo, y mucho menos que fuese el culpable del crimen del que era sospechoso.

Sebastian se levantó sin decir palabra, salió de la sala y se acercó a la oficina abierta, donde había algunos trabajadores en un pequeño corrillo susurrando. Sebastian sabía por qué. Ursula estaba repasando con guantes finos y de forma metódica un escritorio más abajo, junto a la ventana. Si Vanja y él habían sido discretos, si le habían pedido a Christina que fuera a buscar a Silas, si habían hablado con él aparte, la presencia de Ursula era más que suficiente para que empezaran a aflorar los rumores y las preguntas. Sobre todo porque la recepcionista estaba en uno de los corrillos y los demás la escuchaban con atención.

Sebastian se abrió paso y fue hasta donde estaba Ursula.

—Hola, ¿encuentras algo?

—Todavía no. Nos llevamos el ordenador, se lo damos a Billy. ¿Cómo os va a vosotros?

—Bastante mal. Necesitamos algo para podérselo llevar.

—Pronto habré terminado aquí, así que... —dijo Ursula encogiéndose un poco de hombros a modo de disculpa. Cogió la americana azul que colgaba sobre el respaldo de la silla y la palpó—. Espera.

Hizo desaparecer la mano por el bolsillo interior y sacó un móvil.

—Mira esto.

—Un teléfono —constató Sebastian muy poco impresionado; era más o menos lo que uno podía esperar encontrar en el bolsillo interior de una americana.

—Un segundo teléfono. —Ursula señaló con la cabeza el escritorio, sobre el que había un móvil cargando al lado del teclado. Encendió el aparato que

acababa de hallar y constató que estaba bloqueado.

—Dámelo.

Ursula sacó una bolsa de pruebas e introdujo en ella el teléfono. Sebastian lo cogió de sus manos, cruzó con pasos rápidos la oficina abierta hasta donde estaban Vanja y Silas sentados y le enseñó el teléfono a él.

—Desbloquéelo, por favor.

Silas miró el aparato y lo reconoció; pudieron ver cómo apretaba los dientes de rabia, y la mirada oscura cuando se volvió hacia Vanja.

—¿Han hurgado en mis cosas?

Vanja no contestó.

—Desbloquéelo, por favor —repitió Sebastian.

Silas se reclinó y cruzó los brazos sobre el pecho. Ya sabían lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

—No.

¿Cómo había ido a parar allí?

No había necesitado quedarse mucho tiempo en el médico; dolor en un hombro, moratones donde había llevado el cinturón del coche, algo que podría ser una leve conmoción cerebral, pero como no estaba ni mareado ni tenía náuseas, probablemente no fuera más que dolor de cabeza. En general estaba bien. No había nada que le impidiese volver al trabajo si le apetecía.

Había ido allí.

A la calle Norrforsgatan.

Para trabajar, se dijo a sí mismo. Ver cómo se encontraba Stella. Se habían ido muy rápido y ella había estado bastante tiempo con Vanja, que no era buena en ocultar lo que pensaba de la gente. Era mejor que averiguase ya mismo si debía pedir disculpas por su compañera. Además, existía la posibilidad de que Villman diese señales de vida, cabreado por haber estado a punto de caer en una trampa, tras deducir que tenía que haber sido ella la que le había dado el aviso a la policía. Tal vez para amenazarla. O tan sólo preguntar qué coño había estado haciendo la poli ahí fuera.

Tenía muchas excusas para volver a ver de nuevo a Stella Simonsson. En su habitación roja.

Podía imaginársela delante.

Fantaseaba con todo lo que podría hacer en ella.

Sabía que no debía. Sabía por qué, pero lo apartaba enseguida de su mente. Lo que había sucedido con Jennifer nunca volvería a pasar.

No debía pasar.

Nunca habría pasado si no hubiese estado borracho.

Cuando estaba sobrio lo tenía todo bajo control. Además, había más gente en la casa. Incluso podría ser bueno para él. Para todos. Se calmaría, estaría en paz, los oscuros pensamientos que surgían de vez en cuando desaparecerían. La serpiente estaría tranquila y satisfecha.

Como era obvio, el hecho de que Stella fuese una prostituta y él un policía era un problema. Si los pillaban, él perdería su trabajo. Y a My. Lo perdería todo. Así que el mero hecho de estar allí pensando en ello era una auténtica locura. Que tuviese la página web de ella abierta en su teléfono.

Pero recordaba lo que había sentido.

Lo que había hecho con Jennifer antes de que todo se fuera a la mierda. La experiencia más intensa que había tenido jamás, incluso más que matar. La embriaguez del poder y del control total seguida de una satisfacción sexual como la que nunca antes había sentido, a la que ni siquiera se había acercado.

Ni con My ni con nadie.

Sólo con Jennifer.

Todo eso estaba ahora al alcance de su mano.

Lo interrumpió el tintineo del móvil. Una notificación se sobrepuso a la página de Stella. Ursula. De vuelta a la realidad. Abrió el mensaje. Sólo preguntaba dónde estaba y si se sentía en forma para trabajar. Contestó que todo estaba bien, que iba de camino. Guardó el teléfono, arrancó el coche y se puso en marcha. Consternado por lo cerca que había estado de hacer algo muy muy estúpido.

Se habían visto obligados a esperar a que llegase un abogado defensor. La pausa fue bien recibida. Les daría la posibilidad de prepararse el interrogatorio, discutir cómo proceder a continuación. Después del fracaso con Stella habían improvisado, habían ido corriendo tras la pelota más próxima, y al parecer habían tenido éxito, pero era el momento de darle un poco de estructura al asunto, de esbozar un plan.

Junto con el jefe de prensa de la policía, Anne-Lie elaboró una nota de prensa para los datos que ya se habían publicado:

Frenética persecución termina en un violento accidente.

Fotos del Volvo negro en medio de la rotonda y testimonios que los habían visto ir a mil por hora por un barrio lleno de familias con niños. Había que gestionarlo.

Billy trabajaba en el teléfono de Silas, y Ursula fue a casa de Franzén para ver si había algo que lo conectaba con las violaciones y el asesinato. Lo necesitaban.

Cuando al final llegó la abogada, que se presentó como Mette Blomberg, Silas pidió de inmediato que el teléfono que habían encontrado no pudiese ser usado como prueba en su contra ya que lo habían obtenido mediante métodos ilegales. Mette quiso saber un poco más antes de empezar el interrogatorio.

—Los agentes pueden decidir *in situ* hacer un registro de las pertenencias de un sospechoso cuando el posible crimen puede condenar al culpable a más de dos años de prisión —explicó Vanja en un inconfundible tono ligeramente aleccionador.

—Lo sé.

—La conducción temeraria se puede condenar con dos años de prisión.

—Pero sois de la Unidad de Homicidios —replicó Mette—. Estáis aquí por las violaciones y el asesinato de Rebecca Alm, no para investigar una infracción de la ley de compra de servicios sexuales o de las normas de circulación.

—Ésos son los motivos de nuestras sospechas contra él —dijo Torkel tomando el relevo, aunque sentía que debía avanzar con prudencia. Mette era aguda—. Pero ahora que lo tenemos aquí, también lo queremos interrogar sobre otros crímenes.

—Las violaciones y los asesinatos.

—Sí.

—Pero él no es sospechoso de ellos.

Torkel dudó un instante. Claro que lo era, pero las pruebas eran débiles. La conexión entre Silas y su caso era, desde un punto de vista jurídico, inexistente.

—No, en estos momentos no es sospechoso de esos crímenes —se vio obligado a admitir.

—Entonces, le voy a aconsejar a mi cliente que no conteste a ninguna pregunta al respecto —sentenció Mette—. ¿Empezamos?

Torkel puso en marcha la grabadora que había sobre la mesa de la sala. Dos ventanas con cristal translúcido eran lo único que rompía la armonía en las paredes de color blanco roto. Estaban sentados en unas sencillas sillas de plástico con patas metálicas. Silas y Mette a un lado, Torkel y Vanja al otro. Sebastian se había ubicado de nuevo como espectador, junto a la puerta, detrás de sus compañeros.

Antes de que apareciese Mette, los policías habían tenido la esperanza de poder dirigir la conversación bastante rápido hacia los crímenes más graves, preguntar por su coartada, hablarle de las víctimas, presionarlo. Además, pretendían tomarle una muestra de ADN con un bastoncillo. Pero ahora tendrían que esperar.

Silas se negaría, Mette lo cuestionaría.

El nuevo objetivo era conseguir sacarle suficiente información para que un fiscal accediese a arrestarlo. Ganar tiempo para poder encontrar con calma y sin prisas las pruebas que ahora mismo les faltaban.

A pesar de todo, Torkel estaba bastante satisfecho con el punto de partida.

Hizo una relación de los presentes en la sala, explicó las sospechas contra Silas y preguntó cómo se declaraba ante las acusaciones.

—No tengo nada que ver con todo eso —contestó él tranquilo.

—Hemos desbloqueado el teléfono que hemos encontrado en tu americana —dijo Vanja a modo de introducción, y dejó el móvil en la bolsa de pruebas transparente sobre la mesa.

—No es mío.

—Estaba en tu americana —repitió Vanja.

—No, no lo estaba. —Silas miró con tranquilidad a Vanja, y luego a Torkel, y de nuevo otra vez a Vanja—. ¿Alguien os ha visto cuando lo encontrabais allí?

Torkel lo miró con cara de cansancio. Ésta era la desventaja de darles a los sospechosos demasiado tiempo antes del interrogatorio. Durante la espera podían inventarse respuestas más o menos pensadas. Imaginaba que esto no era nada que hubiese acordado con Mette. Ella era demasiado inteligente para eso.

—¿Recuerdas que te hemos tomado las huellas dactilares al llegar? — preguntó Torkel con calma.

Silas comprendió lo que eso significaba y permaneció en silencio.

—Así que hablemos del contenido —continuó Vanja—. Conversaciones de chat con una mujer de una web para trabajadoras sexuales. Concertasteis una cita para hoy.

—Yo no he concertado ninguna cita.

—Un Ford Mondeo de color rojo con matrícula KVT 665 al que tienes acceso libre ha aparecido justo a la hora y en el lugar que habías acordado con ella a través de tu teléfono.

—Yo no he acordado ninguna hora.

—¿Has pasado por alto lo que te han dicho de tus huellas dactilares? — preguntó Vanja con ironía, y recibió una mirada de desaprobación por parte de Mette.

—No, es mi teléfono, pero debe de haberlo usado otra persona.

—El chat se remonta a varios meses atrás.

Silas se limitó a encogerse de hombros como si fuese algo para lo que no tenía explicación.

—Entonces lo habré usado varias veces sin darme cuenta.

—¿Cuántas personas en tu trabajo saben que tienes un teléfono de tarjeta de prepago en el bolsillo interior de la chaqueta?

—No lo sé. Al menos una, por lo que parece.

—¿Por qué tienes un teléfono de tarjeta en el bolsillo?

—No es ilegal, ¿o sí?

—A ver si te estoy entendiendo bien —dijo Torkel despacio mientras se

inclinaba hacia delante—. ¿Quieres decir que otra persona, durante varios meses, ha usado tu teléfono para concertar citas con una trabajadora sexual y ha conducido uno de los coches de la empresa para verse con ella?

Silas asintió con ímpetu con la cabeza, como si su explicación sonase mucho mejor ahora que la oía en voz alta.

—Pues sí, así tiene que haber sido.

Torkel y Vanja intercambiaron una mirada rápida. Por supuesto, nada de lo que habían escuchado era cierto, pero el problema, incluso con móviles de contrato, era demostrar quién era realmente la persona que los había usado. Si no conseguían desmontar esto, no podrían detenerlo, de eso estaban bastante seguros.

El bolsillo de Torkel vibró y él sacó su teléfono; leyó lo que ponía en la pantalla y se levantó de la silla. Dado que estaban grabando, avisó de que salía de la habitación. Al irse, Sebastian se incorporó y se dejó caer sobre la silla que Torkel acababa de abandonar. Vanja lo contempló con desagrado, sorprendida.

—Háblame del sexo —dijo Sebastian inclinándose con interés hacia Silas, que se echó un poco atrás en el asiento—. El sexo con Stella Simonsson —aclaró.

—No sé de lo que estás hablando —respondió Silas con decisión.

—Hablo de asesinato, violación, intento de violación...

—Espera, espera... —lo interrumpió Mette. Silas parecía estresado y asombrado, estaba claro que no esperaba este giro de la conversación. Se volvió hacia Mette para intentar comprender lo que había sucedido, pero ella se limitó a ponerle una mano tranquilizadora sobre el antebrazo y lo acalló—. Eso no son crímenes de los que mi cliente sea sospechoso. —Se dirigió a Vanja. El enfado era proporcional a la seriedad de su tono de voz—. No va a contestar a ninguna pregunta al respecto.

Sebastian se volvió hacia la abogada con una sonrisa complaciente enorme.

—Si colaboráis un poco, soltaré un monólogo que te prometo que no acabará en una pregunta.

Sin esperar respuesta, se volvió de nuevo hacia Silas.

—Quiero que sepas que éste es el motivo por el que estás aquí. Tres crímenes. Tres crímenes graves. A este nivel. —Sebastian le mostró hasta dónde, manteniendo la mano aproximadamente un metro por encima de la mesa—. Cadena perpetua. Luego tenemos la compra de los servicios sexuales y la conducción temeraria. Dos delitos más. No demasiado graves. En la escala de penas, estarían por aquí.

Se inclinó hacia un lado y mantuvo la mano a unos palmos por encima del suelo.

—Tres, aquí.

Sebastian volvió a levantar la mano sosteniéndola sobre la mesa.

—Dos, aquí.

La situó de nuevo por debajo de la mesa sin dejar de mirar a Silas.

—Tenemos el teléfono, tenemos el coche, encontraremos alguna vieja cámara de vigilancia en algún punto del recorrido de la fuga. Te vamos a pillar en estos dos. Pero ni siquiera es seguro que tengas que entrar en prisión preventiva. A nadie lo acusan por comprar sexo, es una ley de mentirijilla, y las faltas de tráfico son una cuestión de criterio. Podrás salir de aquí cuando hayamos terminado.

Sebastian se levantó de la silla. Vanja lo siguió con la mirada. Había mucho que argumentar en contra de ese razonamiento, pero permaneció

callada. No acababa de comprender qué estaba haciendo Sebastian, pero lo dejó continuar.

—Pero ahora estás mintiendo y lo haces fatal —prosiguió Sebastian, y empezó a moverse por la sala—. Cuando mientes, lo que haces es conseguir que pensemos que hay algún motivo para ello. Que estás ocultando algo. Algo diferente de dos delitos de mierda que en principio podrías confesar directamente para salir de aquí y así poder esperar en casa a que te llegue la multa, pagarla sin que se entere tu mujer, estar mañana de vuelta en el trabajo, contarles a las chicas en la pausa del café que todo fue un error y seguir con tu vida.

Sebastian se calló para que Silas pudiera asimilarlo. Se había colocado detrás de él, pero a pesar de no verle la cara, le pareció notar cómo el enorme cuerpo de Silas se tensaba mientras éste intentaba decidir qué hacer a continuación. Se volvió un poco hacia el lado echando un vistazo a Mette, que negaba con firmeza con la cabeza; permaneció en silencio durante un rato más, que pareció un minuto, y respiró hondo y negó resignado. Sebastian miró a Vanja, que le sostuvo la mirada y asintió con la cabeza de forma casi imperceptible. Funcionaba.

—Vale —dijo Silas en susurro—. Concerté una cita con...

—No, no, no —lo interrumpió Sebastian, esforzándose por borrar la tremenda sonrisa de satisfacción de la cara antes de volver ante la vista de Silas—. No cómo, me importa una mierda el cómo, lo que quiero saber es por qué.

Sebastian volvió a sentarse y le dedicó a Silas toda la atención. En parte porque ahora podría salir algo de verdad interesante de ese hombre, y en parte porque le podría dar una idea sobre qué tipo de agresor era el que tenían entre manos. Era un conocimiento de un valor incalculable para futuros interrogatorios más detallados.

—Si no..., no funciona.

—¿El sexo?

Silas asintió con la cabeza y bajó los ojos.

—¿Por qué no?

—No lo sé, yo... necesito... sentirme..., no lo sé, como si sólo estuviese yo. Que simplemente... puedo hacerlo. Sin que me importe nadie más. — Levantó la mirada y se encontró con la de Sebastian, buscando tanto comprensión como las palabras adecuadas—. Sólo..., ya sabes, follar. Duro.

—¿Por qué le tapas la cara?

—Es una puta... No quiero ver que me estoy follando a una puta.

La puerta se abrió y Torkel volvió a entrar en la sala con una bolsa de plástico en la mano. Sebastian soltó un suspiro sonoro; era muy mal momento, pero era demasiado tarde para pedirle a Torkel que esperase. Silas se enderezó y el tiempo de confianzas se esfumó. Sebastian cedió el sitio en la mesa a Torkel y se percató de que parecía más satisfecho ahora que cuando había salido. Fuera lo que fuese lo que le habían dicho ahí fuera, eran buenas noticias.

—Hemos estado en tu casa —dijo Torkel a modo de introducción mientras tomaba asiento. Silas se levantó de un salto de la silla. Torkel se puso en alerta en el acto, Vanja también. Silas era grande. Muy grande. Mette lo agarró con firmeza del antebrazo.

—Silas...

—Mi mujer está en casa —siseó Silas entre dientes y apretando la mandíbula.

—Con tu cuarto hijo, lo sabemos —dijo Vanja tranquila—. Siéntate.

Silas permaneció de pie, mirándolos con odio, respirando con fuerza.

Estiró con ímpetu el brazo para soltarse de Mette y se sentó de nuevo, reclinado hacia atrás, con los brazos cruzados sobre el enorme tórax.

—¿Qué le habéis dicho? —preguntó.

—Le hemos dicho que teníamos que registrar vuestra casa —constató Torkel con sobriedad.

—¿Le habéis dicho por qué? Ése ha dicho que nadie tenía por qué saberlo. —Señalaba a Sebastian, y Torkel miró indeciso a Vanja. ¿Qué era lo que había pasado allí dentro durante su ausencia? Vanja se limitó a encogerse de hombros un poco y Torkel se volvió de nuevo hacia Silas.

—No, pero ¿sabes qué hemos encontrado en tu despacho?

Torkel levantó la bolsa que había llevado con él y empezó a colocar el contenido sobre la mesa. En bolsas de pruebas individuales había varias cajas con pastillas, cien en cada una. Metaxon-10. Más bolsas, otras cajas, otros nombres. Pequeños frascos con líquidos. Al final tenían delante una pequeña farmacia. Todo EAA. Esteroides.

—Eso no es mío.

—¿Esto tampoco? —preguntó Torkel levantando unas jeringuillas. Vanja las reconoció. Eran del mismo tipo que la que habían encontrado en el lugar donde fue atacada Klara Wahlgren. Lo iban a detener, no cabía duda de ello. Por mucho que en aquel momento estuviera negando insistentemente con la cabeza.

—Un amigo me pidió que se lo guardase una temporada.

—¿Cómo se llama el amigo?

—Eso no os lo pienso decir.

Menos agresivo, menos seguro de sí mismo. Sebastian vio a un hombre que había comprendido que había perdido la partida.

¿Usaba él mismo esos preparados?

Pongamos que así fuera. No era inusual que los hombres tuviesen fantasías de poder y dominación. Era posible que, si tenía problemas de relaciones y de impotencia, lo cual resultaba bastante frecuente cuando se tomaban esteroides, y ello se sumaba a una creciente sensación de falta de control sobre su propia vida, hubiese decidido darles rienda suelta a sus fantasías. Sin embargo, Sebastian no tenía la impresión de que Silas fuese un hombre capaz de ir a más. Parecía darle salida a lo que necesitaba a través de sus encuentros con Stella. Por la breve conversación que habían mantenido, Sebastian pensaba que todo ello iba acompañado de una sensación de vergüenza, la vivencia de estar haciendo algo malo. El hacerle lo mismo a una mujer desconocida e inconsciente en la calle... Claro que el abuso de esteroides llevaba a menudo a realizar acciones violentas, pero no había nada en los crímenes que indicase una furia descontrolada o una rabia pasada de vueltas. Todo lo contrario, se habían cometido de forma bastante metódica.

Él no pensaba que el hombre que tenía delante fuese el autor de los hechos.

Casi deseaba que fuese así.

En parte porque le encantaba tener razón, pero sobre todo porque cuando el caso estuviese resuelto ya no habría más motivos para que Vanja siguiera en contacto con él. Si no trabajaban juntos, ella se aseguraría de que no se viesen de ninguna manera. Él nunca volvería a formar parte de la Unidad de Homicidios, de modo que ésta era su última oportunidad, y aún no había terminado.

Como muestra de su egoísmo, deseó que aún hubiese un violador suelto ahí fuera.

El 16 de octubre Axel Weber había logrado enterarse de bastantes cosas.

Pero había mucho sobre lo que aún no tenía ni idea.

Por ejemplo, seguía sin saber qué era AbOvo, si es que era algo. El motivo por el que le había preguntado a Ingrid Drüber al respecto era que se había encontrado con esa palabra junto al nombre de ella en un blog abandonado de hacía mucho tiempo. No tenía ni idea de quién había escrito el blog y lo único que decía era que Ingrid era la líder de AbOvo y que se podía leer más acerca del tema si se hacía clic en un vínculo del mismo artículo. Al pulsar sobre el enlace, lo único que le salió fue «Error 404». La página ya no podía encontrarse o había dejado de existir.

Preguntó a quienes dominaban más la tecnología que él en la redacción —lo cual en principio era todo el mundo, excepto tal vez Harriet— si alguien le podía ayudar a reconstruir el documento de alguna manera, pero le dijeron que no. En el Departamento de Informática le comentaron que tal vez lo podrían encontrar, a lo mejor, aunque no confiaban en conseguirlo porque no dependía de ellos. No le explicaron de qué dependía, y Axel comprendió que aquel asunto no sería el primero en sus listas de prioridades.

Sabía que AbOvo era latín, significaba «del huevo» o algo parecido, y tenía que ver con poesía, con Homero y con Helena de Troya, pero nada de eso le revelaba lo más mínimo.

También sabía, tras haber pasado horas en el ordenador repasando todo lo que había sucedido en Uppsala en 2010, los meses antes de que Rebecca le escribiese la carta, que una mujer embarazada había sido hallada desangrándose en la entrada de urgencias del Hospital Universitario la noche del 23 de junio. La mujer, de nombre Linda Fors, y su hijo no nato fallecieron

a la mañana siguiente. Se había iniciado una investigación policial, pero llegaron a la conclusión de que probablemente no había tenido lugar ningún delito en relación con el fallecimiento de la mujer y la criatura. Ése era el único hecho que destacaba en las noticias de esos meses, así que siguió buscando.

Cuando horas más tarde salía de la redacción, no sabía que, en ese momento, Derya Neshat, la mujer a la que había conocido en la fiesta de los cincuenta años de su hermano y que luego lo había acompañado a casa y habían pasado horas riendo y jugando al pinball, justo descolgaba su teléfono, marcaba el número del diario sensacionalista *Expressen* y pedía a la telefonista de la centralita que le pasaran con Axel Weber.

—Teléfono de Axel Weber. Kajsa Kronberg al habla.

Derya se presentó y pidió hablar con Axel, pero le respondió que el periodista acababa de abandonar la redacción. ¿Podía Kajsa dejarle algún recado?

—No, no hace falta, volveré a llamar —se oyó decir Derya a sí misma, y tras un breve intercambio de frases de despedida, colgó.

Podría haber dejado un mensaje, decir que lo quería ver de nuevo o incluso pedir su número de móvil. Por un momento se planteó volver a llamar, pero parecería raro. Al día siguiente. Decidió que esperaría a volver a llamar al día siguiente. Entonces no se daría por vencida con tanta facilidad. Ahora se sentía más animada después de haberse decidido a dar el primer paso, su estómago le decía que con Axel Weber quizá podría tener algo bueno.

Cuando Weber fue a buscar el coche al aparcamiento que había debajo del rascacielos del diario *Dagens Nyheter* y salió a la calle en Kungsholmen y se encaminó hacia el norte, ignoraba por completo que casi lo había llamado alguien con quien él habría podido pasar el resto de su vida.

Lo que sí sabía era que mientras iba en el coche miraba el futuro con anhelo. La conducción para él era algo relajante. Aún tenía unos cuantos CD en el espacio que había entre los asientos, y echó un vistazo a la pequeña colección. Se veía a la legua que pertenecía a un hombre blanco de mediana edad: Rolling Stones, Bruce Springsteen, Neil Young, John Fogerty, Ulf Lundell. Pero estaba bien, se correspondía con quien era él. Pescó uno de los discos y lo introdujo en el reproductor. *Slugger*, de Ulf Lundell, de 1998. Las primeras notas brotaron por los altavoces, y él subió el volumen y cantó la canción.

Lo que ahora sabía era que Linda Fors era un año mayor que Rebecca Alm y que, aunque no vivían en la misma zona, la iglesia de Fugelkyrkan era la más cercana para las dos. Había dedicado la tarde a averiguar todo lo que pudiera acerca de Linda. Necesitaba encontrar a personas que la hubieran conocido. Preguntar si solía ir a la iglesia, si conocía a Rebecca, si alguien la había oído mencionar a Ingrid Drüber o AbOvo. Si conseguía una respuesta afirmativa a alguna de las preguntas, ya tendría su historia. Su instinto le decía que se llevaba algo grande entre manos.

En Uppsala, Torkel Höglund regresó a su escritorio tras el interrogatorio a Silas Franzén y vio sobre la mesa un pòsit con el nombre de Axel Weber. Todavía no lo había llamado para averiguar si el periodista había logrado recordar dónde había oído antes el nombre de Rebecca Alm. El periódico no había publicado nada más sobre ella, pero eso no significaba que Axel lo hubiese dejado ir. Aunque nunca se lo iba a contar todo a ellos, Torkel esperaba que compartiese con él la información que podía ser decisiva para el caso. Si es que la tenía. Que trabajase con ellos en lugar de correr a su lado como si se tratase de una competición para ver quién llegaba primero a la línea de meta. Confiaba en que Weber hubiese aprendido algo de los sucesos de antes del verano. Si descubrían que Silas no era su hombre, Torkel lo llamaría en persona para preguntarle; sabrían algo al cabo de pocas horas, cuando les diesen el resultado preliminar de la prueba de ADN.

Axel no tenía ni idea de todo esto mientras iba cantando en su coche y dando golpecitos en el volante a medida que se acercaba a su destino.

Tampoco sabía que era alérgico a las benzodiazepinas y que ése era el principio activo, por ejemplo, del Rohypnol.

Sabía que había llegado a la dirección correcta cuando el GPS le indicó que su destino estaba en el lado izquierdo. Aparcó delante de la puerta en la calle, salió del coche, lo cerró y se dirigió a la casa. No había llamado para anunciar su llegada. Esperaba que no fuese necesario. Que lo dejaran entrar. Encontrar algunas piezas del puzle. Conseguir su historia. Lo esperaba, pero naturalmente no lo sabía con certeza.

Tampoco sabía que le quedaban menos de veinte minutos de vida.

## Segunda parte

*27 de octubre* Está sola en casa.

A Milan lo han admitido en un curso de especialización.

Lo ha anunciado muy orgullosa en Facebook.

No pensaba que me llegaría la oportunidad.

Después de que viniera ese periodista.

Cuando murió.

Tenía la certeza de que después vendría la policía.

Ingrid, Ida, Therese y Klara son una cosa.

Ellas intentan escabullirse.

No quieren recordar. Quieren ser normales. Inocentes.

Ida me sorprendió.

Pero el periodista...

No podía dejar que contara lo que sabía.

No era mi intención matarlo.

Lo sabes.

Pero ahora me habrías odiado.

Odiado lo que he hecho. En quién me he convertido.

Pudo conmigo. El periodista.

Completamente inocente.

Pero han pasado once días.

Aún estoy aquí. No viene nadie.

Y Therese está sola esta noche.

Ya va siendo hora de continuar.

Finalizaron la jornada de trabajo en la sala.

Billy se había disculpado hacía una hora, había algo que tenía que hacer. Los demás también se habrían ido a casa si no fuese porque Rosmarie Fredriksson había insistido en que la pusieran al día. La Unidad de Homicidios seguía oficialmente formando parte de la investigación; mantenían contacto diario con Anne-Lie y Carlos, pero, a excepción de algunas visitas cortas, hacía más de diez días que habían estado en Uppsala. No había nada que pudiesen hacer allí que no pudieran hacer en casa. O, mejor dicho, no había gran cosa que pudieran hacer. Punto.

En principio seguían esperando a que alguno de los agresores volviese a actuar para tener nuevas pruebas, nuevos testimonios, nuevas posibilidades. Deseando que cometiese su primer error. Después del ataque a Klara Wahlgren catorce días atrás, sólo se habían mantenido en guardia; no había ninguna denuncia nueva.

Si habían cambiado de ciudad, la Unidad de Homicidios se enteraría. Los detalles acerca del *modus operandi* se habían enviado a todos los distritos policiales, e incluso Ursula tenía que reconocer que el saco y la jeringuilla eran lo bastante específicos como para que incluso el policía de campo menos espabilado pudiera pasarlos por alto.

Si por algún motivo ya habían parado del todo, existía un riesgo elevado de que nunca fueran a cogerlos. A menos que fuesen arrestados y detenidos por otro motivo, en otra ocasión, más tarde, y que un control rutinario de ADN diese con esa coincidencia. En tal caso, sería pura suerte para la policía.

Nadie quería que fuera así.

Mucho menos Torkel.

La Unidad de Homicidios tenía un porcentaje de resolución de casos muy alto. Ése era uno de los motivos por los que le dejaban dirigir su departamento sin que intervinieran demasiado las políticas internas. Sólo de vez en cuando Rosmarie, la mujer que opinaba que la definición de buen trabajo policial era respetar el presupuesto, tenía la idea de que necesitaba estar al tanto de su actividad. Siempre en relación con casos de elevada repercusión mediática y, por tanto, que hubieran captado la atención de la directora general de la Policía Nacional.

Torkel sabía que quería estar informada para demostrar su iniciativa e implicación a los de arriba y a los de afuera, al mismo tiempo que no dudaría un segundo en cargarles a él y a su equipo la culpa en caso de no tener éxito.

Era una persona LAPA. Lamer a los de Arriba, Pisar a los de Abajo.

Cuidaba de su casa lo mejor que podía. No había otra cosa que hacer que adaptarse, darle lo que quería, lo que necesitaba. A Torkel se le daba bien manejar a Rosmarie. Claro que le molestaba que le hubiesen dado el trabajo a ella y la manera en que lo había conseguido, pero la situación no mejoraría por muchas vueltas que él les diera a cosas que no podía cambiar. Y, casi siempre, Torkel sentía un poco de pena por ella. Todas sus acciones tenían como base su baja autoestima y su poca confianza en sí misma. No se le daba bien su trabajo y ella lo sabía. Sólo podía estar agradecido de que se le diese demasiado mal el juego político como para llegar a convertirse en una amenaza real. Sin embargo, ese día no pudo dejar de ponerse nervioso cuando Rosmarie obligó de nuevo a Ursula a explicar paso a paso cómo había revisado las pruebas técnicas.

Unas semanas atrás, antes de Uppsala, antes de Anne-Lie, cuando él y Lise-Lotte se habían ido a dormir, le había explicado que él había fantaseado con la idea de dejar su cargo.

No jubilarse, pero dar un paso atrás.

Hacer algo diferente.

Algo menos exigente, más horario de oficina y menos viajes.

Más tiempo para ella, para pasarlo juntos. Estaba convencido de que su trabajo había sido un motivo importante para que sus dos matrimonios anteriores fracasaran. No quería perder también a Lise-Lotte.

Ella había dicho que era muy bonito por su parte, pero le había pedido que lo pensara con cuidado, que estuviera seguro de que era de verdad lo que él quería. El exmarido de ella había cambiado muchas cosas en su vida, se había adaptado a lo que él pensaba que ella quería, a lo que sería mejor para ellos. Al final se había perdido, había renunciado a demasiadas cosas, y se había convencido de que era culpa de Lise-Lotte.

Torkel no había podido quitárselo del todo de la cabeza.

Dejar la Unidad de Homicidios no tenía por qué ser una mala idea.

El trabajo aún era emocionante, interesante y satisfactorio, pero ya no era igual de importante y llevaba muchos años en el mismo sitio, así que si quería hacer algo nuevo, algo diferente, ya iba siendo hora. No lo iba a hacer por ella, no únicamente, iba a hacerlo por ellos. Lise-Lotte había abierto una nueva puerta, le había dado la oportunidad de vivir una nueva vida que él, siendo sincero, no se había atrevido a desear. ¿Por qué no cambiar más cosas, cambiarlo todo? Empezar de nuevo de verdad en el intento de construir algo duradero.

Pero eso era entonces. Antes de que Anne-Lie, a ojos de él, lo hubiese desafiado de forma tan abierta en su puesto de trabajo y de que él sintiese que ella tenía el claro apoyo de su superior inmediato. Ahora, esa noche, en la sala, la idea de dar un paso al lado le quedaba muy lejos. En absoluto pensaba dejarlo ahora. No mientras existiese la posibilidad de que le diesen el trabajo a Anne-Lie Ulander en cuanto él saliese por la puerta.

Ursula finalizó su repaso de las pruebas técnicas: saco, jeringuilla,

somnífero, huella, ADN, *modus operandi*, todo lo que tenían, nada nuevo. Algo con lo que Rosmarie no estuvo satisfecha. Paseó su mirada decepcionada por la mesa y al final la posó en Torkel.

—Entonces ¿qué haréis ahora? ¿Cuál es el próximo paso?

Torkel carraspeó esperando que su tono de voz fuese profesional y objetivo al dar la respuesta. La había mantenido al día de forma continua. Ella sabía los pasos que habían dado. Tal vez fuese el teórico de la conspiración que se había despertado en él, pero tenía la sensación de que ella quería oír cómo lo decía para que sonara como si realmente no hubieran hecho gran cosa.

—Hemos sacado un nuevo aviso para conseguir datos de testimonios de los lugares y fechas en cuestión, hemos repasado de nuevo lo que obtuvimos la primera vez y hemos vuelto a ir de puerta en puerta por las zonas correspondientes. Hasta ahora no ha dado ningún resultado.

—¿Y este tal Silas?

De nuevo otra cosa que ya debería saber. Si es que se leía el material que Torkel le enviaba, lo cual tampoco era seguro. O tal vez sólo quería oír cómo ponía palabras a otro fracaso más.

—Descartado por completo. Su ADN coincidía con un caso de maltrato de unos meses atrás, pero eso es todo.

—Con lo cual está detenido por compra de sexo, conducción temeraria, una falta leve por posesión de narcóticos y maltratos graves —intervino Vanja, y Torkel tuvo la sensación de que lo hacía por solidaridad hacia él, hacia el equipo, para mostrar que avanzaban aunque no fuese en la dirección que a ellos les habría gustado.

—Pero no por las violaciones ni el asesinato de Rebecca Alm —constató Rosmarie.

—No, está detenido por compra de sexo, conducción temeraria, una falta leve por posesión de narcóticos y maltratos graves —repitió Vanja, y se pudo oír un claro «¿no te enteras, o qué?» en el silencio que se produjo después.

—Disculpa, ya sé que no soy un policía de verdad —interrumpió Sebastian con un gesto intencionado hacia Rosmarie—. Pero ¿no crees que te lo habríamos dicho si estuviese detenido por violación y asesinato? —dijo, dedicándole una sonrisa capaz de seducir y desarmar, aunque a la vez era una declaración de su idiotez—. Si fuese así, el caso estaría resuelto, tú podrías hacer lo que se te da mejor, besarle el culo al jefe, o conseguir que tu cara salga en todas las fotos de una rueda de prensa, y todos los demás podríamos estar en algún sitio en el que no fuéramos perdiendo poquito a poquito las ganas de vivir.

Torkel miró hacia Sebastian, que estaba sentado en el lado largo de la mesa, junto a Ursula. Si no lo hubiese conocido tan bien, habría pensado que Sebastian se estaba poniendo de su lado, pero el resultado fue que Rosmarie se volvió aún más hostil.

Habían discutido si tenía sentido que Sebastian siguiese participando en la investigación cuando trasladaron su parte de regreso a Estocolmo. Había sido Anne-Lie quien lo había reclutado, la que había luchado para que se quedase. «Si va a seguir en el caso, debería quedarse en Uppsala», había sido el argumento de Torkel.

La cosa no había ido así.

Parecía que las cosas nunca iban como él quería cuando se trataba de Sebastian.

Por ejemplo, esa misma noche él también iría a la cena.

—¿Y tú qué aportas? —le gruñó Rosmarie, asegurándose de no mostrarse afectada por la dura oposición con la que se estaba encontrando—. Llevamos una semana sin una actualización del perfil del autor de los hechos.

—Creo que más de una semana —asintió Sebastian con la cabeza.

—¿Cómo es posible?

Sebastian sabía exactamente por qué, pero fingió tener que pensarlo. Había intentado aportar todo lo que podía, pero, dado que el trabajo policial estaba en la práctica más o menos parado y que no había datos nuevos disponibles, el perfil seguía siendo un primer borrador, bastante vago. No estaba satisfecho, pero sin datos nuevos no podía hacer mucho más.

—A ver cómo te lo explico para que lo entiendas... —dijo, mientras simulaba estar reflexionando y reforzaba esa imagen frotándose la barbilla con el pulgar y el índice—. Sí, verás, se llama «perfil del autor de los hechos». Está basado en sus agresiones, que es una palabra complicada para «acciones» o «lo que hacen». Si no hacen algo, no hay nada que analizar y, por tanto, nada que actualizar.

—Si no tiene nada que hacer, tal vez deberías revisar su contrato —dijo Rosmarie dirigiéndose a Torkel, decidida a ignorar a Sebastian por completo.

—Fue Anne-Lie quien insistió en contar con él —contestó Torkel con precaución—. A nivel formal, aún está contratado por ella y ella carga con el coste, no nosotros. Si quieres cambiar eso, habla con Anne-Lie.

Algo que él deseaba que hiciese. Al menos entonces saldría algo bueno del hecho de que Sebastian la hubiese hecho enfadar. Podría ir a su amiga Anne-Lie, pedírselo a ella, un favor de amiga, deshacerse de él y *voilà*, se resolverían los problemas de todo el mundo.

—Entonces, todo lo que habéis conseguido en dos meses es una llamativa persecución en coche en una zona densamente poblada —resumió Rosmarie, ansiosa de decir ella la última palabra y que nadie saliese de la sala con la sensación de haber hecho un buen trabajo.

—Eso es porque dos policías bajo el mando de Ulander no cumplieron las órdenes —dijo Torkel, notando que sonaba más a disculpa de lo que habría

deseado.

Parecía que Rosmarie estaba a punto de decir que, a pesar de todo, él era el responsable último, pero se detuvo al darse cuenta de que ése no era el caso. Fue la primera y probablemente la única vez que Torkel se alegró de ello.

—Como tú ya sabes, yo no soy el máximo responsable de la investigación, así que estoy un poco atado de manos ante las decisiones que se toman a nivel local —continuó él, por si hubiese malinterpretado la intención de ella de decir algo al respecto.

Rosmarie echó un vistazo a los papeles que tenía delante, sobre la mesa, pero parecía que se había terminado su lista de «cosas pesadas de las que hablar con la Unidad de Homicidios», porque se levantó, dio unas escuetas gracias por la reunión, insistió en la importancia de que la mantuviesen informada siempre y abandonó la sala.

El equipo se unió en una exhalación colectiva cuando ella cerró la puerta. Las miradas que se intercambiaron eran lo bastante expresivas como para saber lo que todos pensaban de los últimos cuarenta y cinco minutos; no necesitaban ni hablar de ello. En lugar de eso, Ursula preguntó a qué hora debían acudir a casa de Torkel y Lise-Lotte aquella noche y, antes de irse, los otros coincidieron en lo mucho que les apetecía ir a cenar.

Torkel se quedó sentado. Disfrutaba de la soledad y del relativo silencio, aunque no podía quitarse de encima una sensación desagradable. En parte, le preocupaba la investigación, no le gustaba en absoluto que no hubiesen avanzado más. Habían pasado dos semanas desde que los llamaron y no estaban ni un paso más cerca de la detención de algún sospechoso ahora de lo que habían estado entonces. El riesgo de que esto se convirtiese en un caso que realmente no podrían resolver era cada vez más grande. Por otra parte, se sentía inquieto por la cena de la noche. Por poco que le hubiera gustado el

encuentro con Rosmarie, tenía la sensación de que eso no era lo peor que le iba a suceder ese día.

Y pronto se vería que estaba en lo cierto.

Billy yacía desnudo y medio dormido. Medio soñando, si es que era posible. My, Conny, Stella.

Esas tres personas que ocupaban casi todo su tiempo despierto entraban y salían de su conciencia en una mezcla de recuerdos y elaboraciones inconscientes mientras oía la ducha en la habitación contigua y los bajos de los altavoces ocultos al otro lado de la pared.

Había pasado el fin de semana con My.

Mirando casitas de verano.

Ella había acordado tres visitas. Tres ávidos agentes inmobiliarios que les habían dado la bienvenida al llegar. Tres casas en diferentes condiciones y estilos que, en realidad, no interesaban a Billy en absoluto, y de las que sin embargo le hacía ilusión llegar a ser propietario.

Porque se trataba de algo normal.

Un lugar de veraneo. Lo bastante cerca como para poder ir allí el viernes después de trabajar y pasar el fin de semana. Con amigos. Celebrar San Juan. Salir un rato a navegar con el barco que tendrían que comprar, ya que las tres viviendas tenían su propio embarcadero. Pasar el verano arreglando la casa. Decidir si debían cambiar la madera de la terraza o si aguantaría un año más. Cortar el césped. Encender el fuego en la chimenea en los días de otoño.

Una vida normal.

Su vida. Con My.

Lejos de los otros dos. Conny y Stella.

Había llamado al padre de Jennifer. Porque se había visto obligado. Si no

daba señales de vida, Conny seguiría buscando y ésa sería la peor alternativa. Billy había llegado a la conclusión de que lo mejor sería insinuarle que tenía razón. Las imágenes parecían haber sido manipuladas. Pero necesitaba un poco más de tiempo para estar seguro del todo y ver si había alguna posibilidad de conseguir pruebas que les sirviesen para dar el paso siguiente. Conny casi se había echado a llorar de agradecimiento y alivio. Billy prometió volver a llamarlo muy pronto.

De eso hacía cuatro días.

En su camino de vuelta a casa, después de ver a Stella.

La habitación roja y todo lo que él podía hacer allí dentro. Todo lo que ella le permitía hacer. Cuando se puso en contacto con ella, se convenció a sí mismo de que sólo sería esa vez. Lo iba a probar, pero, con independencia del resultado, nunca lo volvería a hacer. La primera vez iba a ser también la última.

Le había hecho dos visitas más desde entonces. Sabía muy bien lo que estaba haciendo. Igual que la mayoría de las personas con un problema de dependencia, se dijo que lo podía dejar en cualquier momento. En caso de necesitar dejarlo. ¿De verdad era tan peligroso eso que estaba haciendo? Los días inmediatamente después de estar con Stella se sentía mejor hombre, mejor persona. Estaba más tranquilo, pensaba de forma más clara, estaba más atento después de haber dado salida a sus impulsos. Cuando la serpiente estaba satisfecha.

La ducha se abría y cerraba, y al otro lado de la pared, la canción *Maneater*, de Hall & Oates, dejó paso a *You Give Love a Bad Name*, de Bon Jovi. A alguien le gustaban los ochenta, y se dio cuenta de que la lista de reproducción tal vez estaba más elaborada de lo que había pensado en un primer momento.

Después de lo que había hablado con Conny, había repasado cada

publicación que había hecho en las cuentas de Jennifer. Las había examinado con lupa. Había analizado los riesgos.

Tenía un gran problema.

Si le confirmaba a Conny que las publicaciones de Jennifer eran falsas, el padre iría directo a la policía a poner la denuncia, y las palabras de Billy y el hecho de que Jennifer había sido una compañera de profesión pesarían mucho para que se interesaran y abrieran una investigación. Lo primero que haría un buen policía —no, joder, ni siquiera tenía que ser demasiado bueno, en la actualidad ya era algo rutinario— sería rastrear el móvil de Jennifer y todo el tráfico enviado y recibido desde el teléfono y desde su ordenador. Esa persona descubriría enseguida que Jennifer había publicado tres fotos de Estocolmo mientras su teléfono curiosamente se hallaba en Bohuslän. En poblaciones y lugares en los que Billy había estado en ese mismo período. Billy, que, sin lugar a dudas, tenía suficiente conocimiento para hacer aquello que se sospecharía que alguien había hecho.

¿En qué coño había estado pensando?

Sabía en lo que había pensado. Se había visto obligado a bajar a ver a My para que no empezase a preguntarse qué estaba haciendo, y él había temido que una semana de silencio en las publicaciones de Jennifer pareciese sospechoso.

¿Cómo coño había podido ser tan imbécil?

Descuidado.

Pero en estos momentos ése era el único problema que veía Billy en confirmar las sospechas de Conny. Por otra parte, era un problema muy grande que tendría que resolver antes de poder dar un paso más.

De nuevo, un motivo para ir a ver a Stella. Ella hacía que el deseo oscuro fuese manejable, incluso algo sin importancia, de modo que él se podía concentrar. Estar alerta.

—Tienes que irte, pronto llegará un nuevo cliente.

«Le gustaba más la de Risten», fue lo último que se le pasó por la cabeza antes de abrir los ojos y ver a Stella junto a la cama, recién duchada y vestida con un albornoz blanco. Cuando My le pidiese que ordenara su preferencia por las casas que habían visitado, y no tardaría en hacerlo —era hora de seguir avanzando, seguir buscando en caso de que no les gustasen ninguna de las tres, o bien pedir hora en el banco si alguna era la elegida—, tenía pensado decir que la casa roja de unos sesenta metros cuadrados y el césped que bajaba hacia el lago de Risten era su favorita.

Se incorporó y se obligó a apartar los últimos restos de sueño de su conciencia. Se levantó y empezó a vestirse. Miró hacia Stella, que estaba sentada delante del espejo que había en un rincón y había comenzado a maquillarse con un tono muy natural. No podía ver si tenía marcas en el cuerpo. Había sido bastante brusco.

—¿Estás bien? —preguntó él mientras introducía la cabeza en la camiseta.

—No has hecho nada que no hayamos acordado —contestó ella mirándolo a los ojos a través del espejo. Eso no era en realidad una respuesta a su pregunta, y empezó a pensar en cómo podría reformularla, si es que debía hacerlo, cuando sonó su teléfono. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. My, claro. Dejó que sonara mientras levantaba la mano a modo de saludo. Stella se despidió con la mano en silencio y continuó con el maquillaje. Él abandonó la habitación y avanzó hacia la salida con pasos rápidos. Contestó cuando estaba a punto de llegar a la puerta de la calle.

—Hola.

—Hola, ¿dónde estás? —No había ni sospecha ni celos en la voz. Era una simple pregunta cotidiana acerca de dónde se encontraba.

—En Uppsala —dijo él, de acuerdo con la verdad, mientras se dirigía

hacia el coche.

—¿No habrás olvidado que hoy salimos?

—No, claro, estoy de camino a casa.

—Deberíamos llevar algo.

—Vale.

—¿Compras una botella de vino o un espumoso o algo así?

—Claro.

—Bien, entonces nos vemos ahora.

Él había llegado hasta el coche y vio su imagen reflejada en las ventanas laterales. Se dio cuenta de que estaba sonriendo. De que estaba satisfecho. No por el lugar del que llegaba, sino por adónde se dirigía. Por lo que tenía. Una vida con una esposa que lo llamaba para pedirle que comprase una botella de vino antes de que fuesen a salir a cenar juntos.

—Oye, My... —dijo él y se detuvo.

—Dime.

—Me gustó más la que está en Risten. La pequeña, roja.

—A mí también. —Pudo oír cómo sonreía, se la imaginó planeando el siguiente paso, sintió cuánto la quería y se vio impulsado a decírselo.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Conduce con cuidado.

Ella colgó. Él se quedó de pie, con una amplia sonrisa en los labios y el teléfono en la mano, como alguien en una comedia romántica que acaba de saber que va a llegar a tiempo a la boda, a pesar de todos los obstáculos y dificultades.

El problema con Conny seguía sin estar resuelto, pero lo resolvería.

Lo resolvería todo.

Nunca se acostumbraba a verlo.

La cuenca del ojo vacía, el oscuro agujero que entraba directo en la cabeza.

Cogió una toalla limpia y secó la mejilla y alrededor del ojo, que en ese momento descansaba sobre una gasa en el borde del lavabo, tras haber enjuagado la cavidad. Oyó a Bella decir algo en la sala de estar, pero no lo entendió, así que entreabrió la puerta del baño.

—¿Qué has dicho?

—¿Por qué sigue poniendo B. y M. en tu buzón? Si ya no vivimos aquí...

—No me lo he cambiado, simplemente —contestó Ursula, y empezó el proceso de volver a colocar el ojo de nuevo. Se desinfectó las manos y se puso unos guantes finos.

—¿Por qué no? —se oyó desde fuera.

—Por nada en especial.

Se concentró para colocar la prótesis húmeda en su sitio levantando el párpado superior, introduciéndola debajo, estirando el párpado inferior y dejando que el ojo se colocase de forma correcta. Parpadeó unas cuantas veces y se encontró con su mirada en el espejo. Mucho mejor.

—Ninguno de nosotros va a volver aquí; lo sabes, ¿verdad?

Como siempre con Bella, no lograba saber del todo si se trataba de mantener una simple conversación o si intentaba pincharla un poco. En esos momentos estaba de tan buen humor que le daba igual lo que fuese.

—Entiéndeme cuando te digo que no os quiero aquí a ninguno de los dos

—dijo ella en un tono ligero para que Bella captase la sonrisa aunque no la viese.

Salió del baño. Se arregló el vestido verde oscuro sin mangas y de falda plisada que Bella le había ayudado a escoger justo antes de sentir cómo su prótesis ocular le empezaba a molestar.

Se había sorprendido al oír el timbre de la puerta, pues ya no recibía muchas visitas, pero la sorpresa fue aún mayor al ver que era Bella. Iba a una fiesta en el barrio de Södermalm, y quería dejar unas cosas que necesitaría al día siguiente en casa de Ursula, adonde pensaba ir a dormir después de la fiesta, si a ella le parecía bien.

Claro que le parecía bien.

Más que bien.

Bella elegía su apartamento y no el de Micke y Amanda. Ursula le había preguntado por este detalle más tarde, después de descorchar una botella de vino juntas en la cocina. Bella había dicho que, aparte de que en casa de Ursula había más espacio y que allí tenía su vieja habitación, Amanda se seguía encontrando mal y Bella no quería oír sus arcadas y vómitos a primera hora de la mañana. Además, estaba todo el tiempo de mala leche. Bella no se lo podía reprochar. Debía de ser una tortura eso de estar mareada cada día durante meses.

—Este crío nunca va a tener hermanos... Un hermano carnal —dijo corrigiéndose.

Ursula se permitió sentir un poco de alegría y envidia ante el hecho de que al menos Amanda no se paseaba descalza por el suelo de madera barnizado con aceite de linaza, resplandeciente, con ropa blanca revoloteando a su alrededor mientras tomaba infusiones y se acariciaba la barriga de embarazada y todo era maravilloso, que era lo que se había imaginado cuando Bella le contó que Amanda estaba preñada.

—Nada asqueroso, ¿eh?, tienes el ojo puesto, ¿verdad? —dijo Bella tapándose los ojos con una mano, como cuando esperaba que sucediera algo que daba miedo en la tele, al ver que Ursula aparecía por la puerta de la sala de estar. Con una sonrisa, abrió los ojos de par en par mostrando que los dos estaban en su sitio—. Lo siento, pero es que me parece superasqueroso —se disculpó Bella.

—A mí también —dijo Ursula, que fue a la cocina, cogió la botella de vino de la nevera, se la llevó a la sala de estar y se la enseñó a Bella, que asintió con la cabeza y le acercó su copa. Rellenó las dos copas antes de sentarse en el sillón, enfrente de su hija. Aún le faltaba un rato para tener que irse.

—¿Y quién más va a la cena? —preguntó Bella desde el sofá, y tomó un sorbo de su vino.

—Van Billy y su mujer, Vanja y su novio, Sebastian y yo.

—¿Fue en su casa donde te dispararon?

—Sí.

—¿Fue él la razón por la cual viniste a vivir a Estocolmo?

Ursula se puso rígida. Se había esperado otra pregunta sobre cómo la dispararon. No habían hablado demasiado de ello. Pero ¿esto? ¿De dónde salía? Sabía exactamente a qué se refería Bella, pero ¿cuándo había hecho esa conexión? ¿Cómo? Ursula decidió hacer como si no supiese de qué hablaba y ver adónde la llevaba.

—¿Cuándo?

—Cuando nos dejaste a papá y a mí, cuando yo tenía siete años.

Ursula no oyó ninguna acusación en la voz, sólo una curiosidad fáctica, una hija adulta que quería saber más acerca de un período de su infancia. En

realidad, no había nada raro en ello. Pero Ursula se vio obligada a decidir cómo iba a responder ante eso.

Mentir y ser la que mentía para salvar su propio pellejo.

Contestar con sinceridad y ser la que abandonaba a su familia para estar con otro.

Hiciera lo que hiciese, delataría su egoísmo. Pero era mejor haber sido egoísta entonces que serlo ahora. Reconocer sus errores en lugar de cometer otros nuevos. Tal vez hubiese una salida sin tener que contestar. Desviar la atención, ver lo que sabía Bella, adaptarse a su conversación.

—¿De dónde lo has sacado?

—He hablado con Barbro.

Eso no se lo esperaba. En absoluto. Estaba convencida de que era Micke quien se lo había contado. Seguro que sabía más de lo que aparentaba. Siempre lo había sabido. Pero Barbro... Ursula sólo conocía a una Barbro, así que no podía tratarse de otra, pero igualmente quería estar segura.

—¿Mi hermana?

—Sí.

Ursula no le había dedicado a Barbro ni un pensamiento en muchos años, no había sabido de ella desde esa tarde que se habían enfrentado y había arruinado su matrimonio.

—¿Por qué hablas con ella? —En su voz había más frío y acusación de lo que esperaba. Dejaba claro lo que pensaba de su hermana, y también lo que opinaba de que su hija hubiese hablado con ella.

—Me llamó cuando te dispararon. Me preguntó cómo estabas, estaba preocupada por ti.

Ursula resopló como si no se lo creyese en absoluto.

—Supongo que quería saber si iba a morir.

—No lo sé... En todo caso, le prometí que no te diría nada de que había hablado con ella.

—Pero ahora lo has hecho.

—Eras tú la que querías que te contase cosas.

Ursula asintió en silencio. Eso era verdad. Tenía la sensación de que había sido su mano extendida y la visita al pub en Uppsala unas semanas atrás lo que había hecho que Bella estuviese en esos momentos en su sofá. Un principio, la oportunidad de volver a empezar. Eso era algo que no quería estropear ahora pareciendo una desagradecida.

—Y bueno, ¿eso vale sólo para mí o tú también piensas contarme cosas? —preguntó Bella; tomó un sorbo de vino y la miró exigente por encima de la copa. Ursula respiró hondo, como si literalmente fuese a sumergirse en aguas profundas.

—Sebastian fue uno de los motivos por los que me mudé. Pero también quería cambiar de trabajo, y formar parte de la Unidad de Homicidios era mejor y mucho más divertido que mi vieja ocupación en la Federación de Municipios y Diputaciones Provinciales —reconoció Ursula.

—¿Mejor y más divertido que nosotros?

A Ursula le parecía una forma de razonar demasiado simple e injusta, pero decidió repetir la misma fórmula del éxito que había usado antes. No confrontarse, no buscar conflictos. Hacerlo todo para intentar mantener una conversación agradable.

—Habíamos hablado de mudarnos toda la familia. Micke no quiso. En realidad, fue él quien propuso que viviésemos separados por un tiempo.

—No lo hablasteis conmigo.

—Eras demasiado pequeña.

—Si yo te hubiese pedido que te quedaras, ¿lo habrías hecho?

—Nunca me lo pediste.

—Pero si lo hubiese hecho...

Era sólo una pregunta hipotética. En el caso de... Lo único que se podía hacer era especular. El hecho era que Bella nunca le había pedido que no se fuese. Claro que se había puesto triste, pero también había expresado de forma muy clara que le parecía que era el progenitor correcto el que se iba. Ya entonces había entre ellas una barrera emocional. Una distancia que ahora Ursula tenía la oportunidad de salvar, al menos un poco.

—No lo sé. Es probable que no.

Bella se limitó a asentir con la cabeza, parecía satisfecha con la respuesta. No era ninguna sorpresa que Ursula pusiese sus propias necesidades, su propia voluntad, por delante de las de su hija durante su infancia, pero al menos ahora era sincera al respecto.

—¿Qué pasó entre Barbro y tú? —preguntó Bella cambiando de tema.

—¿No te lo contó ella?

—No.

—Entonces ¿qué te dijo?

Bella respiró hondo, dejó la copa y se enderezó en el sofá.

—Me llamó, preguntó qué había pasado, le dije que te habían disparado en casa de alguien que se llamaba Sebastian, ella preguntó si se trataba de «ese Sebastian» y yo no sabía a qué se refería, ella dijo «ése por el que se fue a vivir a Estocolmo», y yo le respondí que no lo sabía, ella dijo «seguro que es él», y luego volvió a preguntar por ti y no hablamos más del tema.

Silencio.

Una nueva mirada demandante de Bella.

Ursula reflexionó. En realidad, ¿qué podía perder si se lo explicaba? Llegó a la conclusión de que nada. De hecho, en esa parte de la historia, ella era la víctima.

—Se acostó con él. O él se acostó con ella, ese otoño que yo me mudé de nuevo a Linköping. Cuando tu padre estaba enfermo.

—Quieres decir cuando bebía.

Ursula estaba tan acostumbrada a defender a Micke, a dar explicaciones, a protegerlo, lo llevaba grabado en el cuerpo. Olvidaba que hacía ya mucho tiempo que Bella había comprendido que durante su infancia él había tenido problemas con el alcohol en algunas épocas. De modo que se limitó a asentir con la cabeza.

—No quería a Micke, probablemente nunca lo haya hecho, pero quería a Sebastian.

—Acabas de decirme que él no fue la razón por la que te mudaste.

—Sí, no fue sólo por eso. Empecé a quererlo en Estocolmo. Cuando pudimos pasar más tiempo juntos. Pero entonces se acostó con Barbro...

Volvió a hacerse el silencio en la habitación. Era la primera vez que hablaban de la manera en que lo habían hecho durante los últimos minutos, que averiguaba tantas cosas acerca de su madre. Se sentía casi sobrepasada. Seguro que había más que contar. Mucho más. Sobre su infancia, sobre Micke, las elecciones que había hecho Ursula, su relación con Sebastian, con quien ahora hacía años que volvía a trabajar. Pero ya habría tiempo para ello.

—Pero ahora vais a ir a una cena juntos —constató Bella.

—Sí, ahora vamos a una cena.

Parecía un buen punto para dejarlo.

Ursula echó un vistazo al reloj, se levantó, tomó su copa de vino, fue a la cocina y la dejó en el fregadero. Bella permaneció sentada en el sofá. Aún faltaban varias horas para que empezase la fiesta. Ursula llamó a un taxi, se puso el abrigo, comprobó que llevaba todo lo que necesitaba y soltó un «adiós» hacia el interior del apartamento. Bella salió al recibidor.

—Nos vemos mañana —dijo, y le dio un abrazo a su madre.

Era algo que Ursula no recordaba que hubiera pasado antes.

Sintió que era algo a lo que no le importaría acostumbrarse.

—Hola, adelante.

Torkel se apartó y dejó que Sebastian entrara en el apartamento. «Parece un hombre al que le gustaría que la noche ya hubiese terminado», pensó Sebastian mientras se quitaba la ropa de abrigo y la colgaba.

—¿Soy el primero?

—Sí.

Lise-Lotte salió de la cocina, lo saludó y le dijo lo contenta que estaba de conocerlo al fin. Había oído hablar mucho de él. Eso no podía ser una buena señal, pensó Sebastian.

—Así que tú eres el motivo por el que Torkel está tan contento últimamente —le dijo Sebastian cuando le entregó las flores que había comprado de camino.

—Eso espero.

—Estoy seguro de ello —dijo Sebastian con una sonrisa.

—¿Quieres tomar algo?

—Cualquier cosa sin alcohol me va bien.

—¿Cerveza sin alcohol?

—Perfecto, gracias.

Torkel estaba a un lado observándolo. Sebastian Bergman. Comportándose como una persona normal. Era fácil olvidar lo manipulador y seductor que podía ser cuando se lo proponía. Torkel supuso que debería alegrarse de que al menos estuviese haciendo un esfuerzo. Entraron en la sala de estar. Sebastian se detuvo y miró a su alrededor.

—Nunca he estado aquí, ¿verdad?

—Tú ya sabes que no.

—Bonito. Agradable. ¿Cuánto hace que vives aquí?

—Desde el divorcio de Yvonne.

Sebastian asintió con interés con la cabeza, contempló la sala y dio unos pasos hacia la librería más cercana.

—¿Son tus hijas? —preguntó Sebastian con un gesto hacia una foto de Vilma y Elin; la cogió y la estudió un rato.

Estaba siendo fiel a su plan.

Charlar acerca de cosas intrascendentes.

Cosas de esas que un tipo aburrido y carente de fantasía como Torkel podría apreciar. Porque incluso aunque consiguiese que Vanja al menos tolerase tenerlo cerca, no sería suficiente para permanecer en la Unidad de Homicidios. Para eso necesitaba a Torkel.

—Cómo han crecido.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Torkel, quitándole la foto a Sebastian y colocándola de nuevo en la estantería.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quieres? Tú sólo te intentas comportar como una persona normal cuando quieres algo.

Vale, a lo mejor había exagerado, pero si conocía bien a Torkel, el único camino era seguir adelante y no echarse atrás.

—Quiero... quiero recuperar una parte de mi vieja vida. —Se calló como si estuviese buscando las palabras adecuadas—. Como bien sabes, me he

acercado a Ursula y me he dado cuenta de que... he estado muy muy solo estos últimos años. Y al fin y al cabo, solíamos ser amigos.

Torkel lo observó en silencio y Sebastian lo contempló con la mirada más abierta y sincera que consiguió poner. ¿Demasiado? ¿Demasiado pronto? Lo mejor era esperar una respuesta y adaptarse a ella.

No hubo tiempo para ninguna porque llamaron a la puerta. Torkel se fue a abrir al mismo tiempo que Lise-Lotte entraba en el salón con una cerveza para Sebastian. Enseguida entró Ursula. Se detuvo un momento al ver que sólo había llegado Sebastian. ¿Le contaba que hacía un rato había estado hablando de él? ¿Que había hecho una visita al baúl de los recuerdos? ¿De qué iba a servir? Estaba convencida de que él no le había dedicado ni un pensamiento a lo que sucedió desde que sucedió. Nunca le iba a pedir disculpas. No estaba segura de que supiese que ésa era la razón por la que ella lo había odiado durante tantos años.

Lise-Lotte dejó a Sebastian y se acercó a saludar.

—Pero nosotras ya nos conocemos —dijo ella al estrechar la mano de Ursula.

—Sí, así es —respondió Ursula devolviéndole la sonrisa. Ya esa vez, cuando había visto a Lise-Lotte recién despierta y sin maquillaje, Ursula se había fijado en lo guapa que era. Ahora, con el pelo arreglado, un maquillaje discreto y un sencillo vestido de Karen Millen, estaba realmente deslumbrante.

Ursula preguntó si podía ayudar a Lise-Lotte con algo en la cocina, pero la cena ya estaba lista. Lo había preparado casi todo el día anterior, y el resto lo había hecho al llegar a casa por la tarde. ¿Quería Ursula algo de beber? ¿Vino tinto, blanco, cerveza, agua con gas, Coca-Cola?

—Una copa de vino blanco, por favor —dijo Ursula, y vio cómo Lise-Lotte se dirigía hacia la cocina. Por supuesto, era también una anfitriona

perfecta. Se acercó a Sebastian; notó que le habían hecho efecto las dos copas que había bebido, así que tendría que vigilar un poco.

—Bonito vestido —dijo él a modo de saludo.

—Gracias.

—¿Vendrá también tu cita del Tinder?

—No es una cita del Tinder, y no, no viene. Sólo nos hemos visto una vez.

—Yo una vez llevé a una fiesta a una mujer que acababa de conocer en el metro.

—No me sorprende. Por desgracia.

Volvieron a oír el timbre de la puerta y pronto se les unieron Vanja y Jonathan. Entraron, saludaron y les dieron algo de beber. Vanja se abstuvo de tomar alcohol. Dijo que tenía que conducir. La verdad era que no sabía si estaba embarazada o no. Si no lo estaba, no sería porque no lo hubieran intentado. De hecho, ése era el motivo por el que llegaban un poco tarde.

Saludaron a Sebastian, que estrechó la mano de Jonathan y se presentó con nombre y apellido. Ni una palabra de que ya se habían visto antes. Ésa era una ocasión excelente para mostrar una versión nueva y mejorada de sí mismo. Al fin y al cabo, en una noche así, Vanja no podía exigirle que hablaran sólo de trabajo. En especial cuando Torkel y Lise-Lotte les habían pedido que procuraran reducir los temas de trabajo al mínimo por deferencia a los acompañantes. Eso a Sebastian le iba perfecto. Con Torkel y Lise-Lotte dividiendo su atención entre los invitados y la cocina, habían quedado los cuatro solos.

Ser fiel a su plan.

Esforzarse.

Charlar sobre cosas intrascendentes.

My y Billy llegaron los últimos y todo se repitió otra vez. Colgar los abrigos, entrar, saludar, ofrecer algo de beber.

—Perdonad que lleguemos tarde, pero Billy estaba en Uppsala —se disculpó My después de saludar.

—¿Qué hacías allí? —preguntó Sebastian en un tono de conversación educado.

—Sólo comprobaba algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Dejad ya de hablar del trabajo —los interrumpió Lise-Lotte con una sonrisa—. Y venid a sentaros, la cena ya está lista.

Empezaron a moverse en dirección a la cocina. Sebastian miró la espalda de Billy. Él también había estado en Uppsala trabajando gran parte del día. No había visto a Billy en la comisaría, y ni Anne-Lie ni Carlos habían mencionado que los hubiese ido a ver.

—Sentaos donde queráis —dijo Lise-Lotte cuando entraron todos en la cocina, donde la mesa estaba puesta para ocho.

Sebastian miró a Vanja, que claramente estaba esperando a que él tomara asiento primero para poder elegir el sitio más alejado de él.

Empezó la cena.

Tortillas de coliflor con parmesano.

Sirvieron el vino. Iniciaron la conversación. Jonathan, Lise-Lotte y My recibieron más espacio y atención. Nuevas historias, nuevas experiencias, nuevas profesiones y, por el hecho de conocer a tres personas del equipo en su faceta más personal, nuevos puntos de vista y descubrimientos acerca de los viejos compañeros de trabajo.

Bacalao marinado y horneado con cobertura de gambas, acompañado de patatas salteadas con eneldo.

Al llegar el plato principal, Sebastian se percató de que estaba pasando un buen rato. Los temas fluían y se entrelazaban los unos con los otros. Trabajo, música, series de televisión, ciudades de nacimiento, cotilleos, política. Parecía que incluso Vanja se descongelaba un poco en su actitud hacia él al estar rodeada por todos los demás.

Al día siguiente sería todo aún mejor.

Había hablado con Valdemar, habían fijado una cita. Valdemar sabía muy bien quién era Sebastian, un compañero que trabajaba con su hija —seguía refiriéndose a ella así—, pero en su conversación no había salido nada sobre la paternidad, de modo que Sebastian partía de la idea de que sencillamente no sabía nada, que Vanja nunca se lo había contado.

Sebastian le había explicado que la cita era justo para hablar de Vanja, que sentía que a ella le faltaba algo y que ese algo era Valdemar. Al oír que Vanja lo echaba de menos, había sonado como si Valdemar estuviese a punto de echarse a llorar. No necesitó mucho para convencerlo de que debía sorprenderla con una visita. Si ella supiese que iba a suceder, si le preguntaran si quería verlo, conseguiría inventar una excusa para que el encuentro no tuviese lugar.

El statu quo siempre era lo más fácil.

Los cambios eran lo difícil.

Cambio y reconciliación.

Mousse de limón y de fruta de la pasión con crujiente de avena.

Después de la cena, todos dieron las gracias, superándose los unos a los otros en sus alabanzas a la comida. Ursula insistió en echar una mano en la cocina. Lise-Lotte quería que lo dejaran todo, Torkel y ella se podían ocupar

de ello al día siguiente. Ursula se salió con la suya. Los otros pasaron a la sala de estar. Sebastian no lograba recordar la última vez que había estado en un encuentro social como ése sin intentar dar con alguien con quien acostarse. Simplemente relacionarse con gente, la última vez debía de haber sido con Lily. Hacía mucho tiempo. Miró a su alrededor en la habitación.

Jonathan y Billy estaban sentados con las cabezas juntas discutiendo algo que él ni siquiera pensaba fingir que le motivaba. Vanja no estaba en la sala. A lo mejor se había quedado en la cocina. Tal vez tuviese la oportunidad de hablar un poco con ella. Estaba siendo una noche agradable. Incluso ella parecía pensarlo. De camino a la cocina pasó al lado de My, que acababa de pararse delante de Torkel.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —oyó decir a My. Ralentizó los pasos, manteniéndose lo bastante cerca para oír, especialmente interesado en lo que afectaba a Billy.

—Claro.

—En noviembre, si no pasa nada inesperado —continuó My—, ¿crees que os las podréis apañar sin Billy una semana?

—Lo tendremos que ver, es difícil saberlo ahora. ¿Por qué?

—Pensábamos hacer un viaje. Tomar unas vacaciones.

—Lo dicho, lo tendremos que ver. ¿Le quedan días de vacaciones?

—Sí, trabajó una semana extra después de San Juan.

—¿Ah, sí?

—Sí, no bajó conmigo a Bohuslän hasta principios de julio.

—Vale —asintió Torkel para él mismo—. Lo comprobaré.

No había nada en la conversación que interesase a Sebastian y parecía que ya habían terminado el uno con el otro. Continuó hasta la cocina en la

que Ursula y Lise-Lotte estaban secando los platos. Ahí tampoco vio a Vanja. Tal vez estaba en el baño. Pero no podía plantarse a esperarla en la puerta sólo para poder hablar con ella. Lise-Lotte se volvió hacia él cuando entró y sacó una silla para que se sentase.

—¿Quieres algo?

—No, estoy bien, gracias. Estaba todo muy rico, y supongo que no es mérito de Torkel.

—Me ha ayudado.

—Pues mira por dónde, a pesar de eso, estaba muy bueno —contestó Sebastian con una cálida sonrisa—. Esto ha sido una idea muy buena. Me ha gustado conocerte.

—Me ha gustado conocerlos a vosotros también, llevo oyendo hablar de vosotros desde la primera vez que nos vimos.

—Pues esperemos entonces que se repita.

Ursula lo miró como si tuviese que asegurarse de que estaba oyendo bien. ¿Estaba ahí sentado tirándole la caña a Lise-Lotte?

Atento, educado, bromeando.

Sebastian nunca se comportaba así, a menos que quisiese algo, y si quería algo, se trataba sólo de una cosa, llevar a alguien a la cama. Pero ni siquiera en su versión más autodestructiva podía ser que se estuviese intentando ligar al nuevo amor de Torkel. ¿O se trataba de algún juego psicológico para ponerla a ella celosa? Para que lo echara de menos. «Ursula, mira qué hombre más majo que te estás perdiendo...»

—Y que vosotras hayáis venido a parar aquí las dos solas... —lo oyó decir, sabiendo al instante que la conversación se estaba encaminando hacia algo que convertiría el ligoteo en un problema menor—. No todo el mundo sería capaz de hacerlo.

La sonrisa de Lise-Lotte se quedó helada, confundida.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no íbamos a ser capaces de hacerlo?

—Sebastian —dijo Ursula con un tono suave para desviar la atención.

Tuvo el efecto contrario. Lise-Lotte miró a Sebastian y a Ursula, con una arruga de interrogación en la frente cada vez más marcada al volver a contemplar de nuevo a Sebastian, que permanecía en silencio. Acababa de darse cuenta de que Torkel no le había explicado a Lise-Lotte lo suyo con Ursula.

—¿Por qué no íbamos a ser capaces de estar solas en la misma habitación? —Lise-Lotte repitió la pregunta con un tono de voz que indicaba que de alguna manera ya sospechaba cuál era la respuesta. Pero su mirada fija en Sebastian sugería que la quería oír.

—Porque... porque... —empezó él, sintiéndose como un alumno al que acababan de llamar al despacho del director. Ni siquiera había sido su intención intentar estropear nada para nadie, y mucho menos para sí mismo, sólo quería ser simpático. Si le caía bien a Lise-Lotte, habría más probabilidades de que Torkel lo volviese a coger. Procuró inventar una buena respuesta, pero su mente estaba en blanco. Él, que solía ser capaz de mentir incluso dormido. Pero tenía que decir algo—. Vaya, no pretendía... Pensaba que te lo había contado...

—¿Contarme qué?

—Sebastian —volvió a intervenir Ursula, como si dejar de hablar fuese una alternativa para salirse de la situación.

—¿Contarme qué? —preguntó Lise-Lotte de nuevo, con rabia subyacente en la voz.

—Torkel y Ursula... tenían... algo.

—¿Como qué?

—Ya sabes, algo —dijo Sebastian encogiéndose un poco de hombros. Ya estaba lo bastante mal la cosa como para que encima tuviese que entrar en detalles.

—¿Cuánto hace de eso?

—No lo sé... —Miró a Ursula buscando apoyo—. Hará medio año o así, o un poco más...

De modo que uno o dos meses antes de encontrarse con ella. Lise-Lotte guardaba silencio mientras asimilaba la nueva información cuando Torkel los interrumpió en la cocina.

—Ha llamado Ulander, tenemos que irnos. Nuestro agresor ha vuelto a actuar.

La pequeña sala de espera estaba iluminada con suavidad por unos pocos puntos de luz y tenía muebles y telas en verde y amarillo. Colores que la mayoría de la gente asociaba con algo tranquilo, relajado, cálido y amable. Un acuario a lo largo de una pared, unas plantas verdes grandes y revistas esparcidas sobre la mesa que había entre el sofá amarillo y los sillones verdes. Una música instrumental fluía por unos altavoces ocultos. Daba la sensación de que un interiorista había estudiado cómo los colores y el ambiente afectaban a los pacientes.

Therese estaba sentada en el sofá vestida con una fina sudadera y unos pantalones de chándal de color gris. Había apoyado los talones sobre el asiento, y se abrazaba las rodillas como si quisiese hacerse pequeña o desaparecer. Tenía los ojos rojos de llorar, una parte del pelo oscuro estaba recogido en una coleta y el resto le colgaba por un lado de la cabeza.

—Había salido con unas amigas. He vuelto a casa sobre las once y media —dijo ella con una voz tan baja que Anne-Lie tuvo que inclinarse hacia delante para poder oírla—. He llamado al Coche de Confianza.

—¿Eso qué es?

—Como un taxi para chicas que van solas. Es gratis. Empezó como una cosa de estudiantes...

Anne-Lie asintió con la cabeza, creía recordar haber leído algo al respecto hacía una semana. Que por desgracia su actividad había tenido un incremento considerable en los últimos tiempos.

—Cuando lo has pedido...

—¿Sí?

—¿... has dicho que estabas sola en casa?

Anne-Lie estaba intentando descubrir si alguien sabía que el piso estaría vacío, ya que el atacante la había estado esperando en su casa al volver. Unos años atrás habían detenido en Gotemburgo a una banda que entraba a robar en casas, y habían resultado implicados una serie de taxistas. Éstos informaban de sus viajes al aeropuerto de Landvetter a los tres tipos que cometían los robos cada vez que la casa donde habían recogido al viajero parecía quedar vacía. En algunos casos incluso habían charlado un poco con el cliente, averiguando cuánto tiempo estaría fuera. Aquí el margen de tiempo era bastante más estrecho, pero no era imposible.

—No, no lo he hecho —contestó Therese.

—¿Estás segura?

—Sí.

Anne-Lie hizo una anotación. Una empresa de taxis que transportaba a mujeres solas a sus casas era algo que se tenía que comprobar.

Se abrió la puerta de la pequeña sala de espera y regresó Gabriella, la hermana menor de Therese. Llevaba una taza de té caliente que colocó sobre la mesa de delante de Therese antes de sentarse a su lado en el sofá.

—He conseguido hablar con Milan; está volviendo, llegará a casa dentro de unas horas. —Therese se limitó a agradecersele con un gesto de la cabeza y permaneció sentada abrazándose las piernas; no hizo ningún movimiento para coger la taza con la bebida caliente. Gabriella tomó su mano y la estrechó.

—Milan está de viaje, en un curso —le explicó a Anne-Lie.

—¿Quiénes sabían que estabas sola?

Gabriella miró a su hermana, esto era algo a lo que debía contestar.

—Nuestros amigos, los de su trabajo, nuestros padres... —Miró a su hermana buscando apoyo y para preguntar si se le ocurría alguien más. Gabriella guardó silencio.

—¿Escribiste algo sobre ello en alguna red social? —preguntó Anne-Lie.

No quería darle a Therese ningún motivo para culparse a sí misma, de ninguna manera. Lo más importante en casos de agresión sexual era comprender que el responsable era el agresor, y sólo él. Pero necesitaba saber si estaban buscando a un hombre que tal vez tuviera una relación más cercana con las víctimas de lo que habían pensado hasta ahora o si la información que precisaba para llevar a cabo sus crímenes estaba disponible con una simple conexión al ordenador. Que la hubiese atacado dentro, tras esperarla en su apartamento, indicaba que había contado con que ella regresaría sola a casa.

—Sí, lo puse en Facebook —admitió Therese.

—Y Milan ha estado colgando fotos en Instagram desde ayer por la noche —añadió Gabriella.

—Hablamos de ello —dijo Therese entre sollozos, estableciendo contacto visual con Anne-Lie por primera vez desde que había entrado en la sala—. Sobre que se fuese tan poco tiempo después de..., ya sabes. La primera vez.

La voz se le trabó en la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas. Gabriella le pasó el brazo por encima de los hombros y la abrazó.

—Dije que estaba bien. Que lo que había pasado no debía afectarnos tanto. Sólo quería olvidarlo y seguir viviendo como siempre.

Era una actitud admirable, aunque Anne-Lie sabía que a la mayoría de las personas que habían vivido lo que le había ocurrido a Therese les resultaba difícil seguir adelante y dejar atrás lo sucedido. Se veían afectadas por el ataque, aunque las reacciones y el momento en el que tenían lugar podían variar mucho. Desánimo, sentimientos de culpa, dificultades para dormir, angustia, autolesiones e incluso pensamientos de suicidio. Cada uno

reaccionaba a su manera. De forma inmediata. Aunque en algunos casos podía suceder algo que desencadenaba una reacción varios años después del ataque. Eran muy pocos los que conseguían salir adelante como si no hubiese pasado nada.

—No lo entiendo. ¿Por qué yo otra vez? —dijo Therese más para ella misma que dirigiéndose a alguien.

—No lo sé. —Anne-Lie realmente lo sentía por ella. Si más o menos había logrado superarlo después de la primera vez, ahora iba a serle más complicado, por no decir imposible. Incluso cuando lo cogieran, a Therese le sería difícil curarse.

Anne-Lie odiaba a esos hombres.

Tenían que atraparlos.

—¿Tienes alguna idea de por qué alguien podría desear que esto te sucediese a ti? —preguntó con calma, intentando de nuevo evitar sembrar la duda en Therese, que de ninguna manera se culpase a ella misma. Pero Therese se limitó a negar despacio con la cabeza.

El teléfono de Anne-Lie vibró y ella miró la pantalla. La Unidad de Homicidios había llegado.

—Tendremos que hablar más de este asunto contigo, pero ahora no podemos seguir. —Anne-Lie cerró la libreta y se incorporó. Se inclinó hacia delante y puso con delicadeza su mano en el antebrazo de Therese—. Prométeme que tendrás en cuenta tus sentimientos.

Therese asintió con la cabeza mientras las lágrimas le caían en silencio. Anne-Lie se volvió hacia su hermana.

—Cuida de ella.

Gabriella también asintió con la cabeza y abrazó a su hermana con más fuerza.

Torkel, Sebastian y Vanja esperaban en un pasillo vacío. Sebastian estaba sentado sobre una camilla de hospital balanceando las piernas. Vanja caminaba impaciente arriba y abajo, mientras que Torkel se había sentado y leía una revista, *Diario pesquero*, en la que fingía estar interesado. Ninguno de los tres decía nada.

Habían ido en dos coches. El de Torkel y el de Billy. Condujeron Vanja y Billy, ya que Torkel y Ursula habían bebido. Torkel menos que Ursula, pero lo suficiente como para no ponerse al volante. Sebastian había insistido en ir con Torkel. Necesitaba explicarse, intentar arreglar las cosas. Torkel había accedido, más que nada porque era lo más sencillo. Ursula y Billy iban a ir directos al lugar del crimen, así que era lógico que cogiesen uno de los coches y que Vanja, Sebastian y él, que iban al hospital, cogiesen el otro. Cuando dejaron atrás Kungsholmen, Sebastian se sinceró disculpándose de corazón.

—De verdad que pensaba que se lo habías contado —dijo Sebastian, instalado en el centro del asiento de atrás—. Trabajáis juntos todos los días.

—Precisamente por eso —soltó Torkel de manera abrupta.

Vanja había decidido mantenerse al margen de la discusión. Ella también pensaba que Torkel habría explicado que él y Ursula tenían un pasado. En eso no tenía más remedio que estar de acuerdo con Sebastian. Si uno trabajaba todos los días con su ex era un detalle que se explicaba. Sin embargo, no iba a compartir este pensamiento con los demás. Se concentró en tratar de seguir a Billy cuando tomaron la E-6 y se dirigieron hacia el norte.

—De verdad que no quiero estropear nada. Se lo puedo explicar a ella, si quieres.

—No, no quiero.

—Pregúntale a Ursula —intentó Sebastian. Era importante que Torkel lo creyese, que no pareciese ser el mierdas que por lo general era. Sobre todo estando Vanja en el coche—. Ella estaba ahí, sabe que no lo he hecho con ninguna mala intención, ha sido un error.

—Invitarte a la cena fue un error —dijo Torkel taciturno desde el asiento del copiloto, y ya no hablaron más del tema en el resto del camino. No hablaron de nada.

Ni cuando aparcaron.

Ni cuando entraron en el hospital y les enseñaron un lugar en el que podían esperar.

Ni en el pasillo mientras aguardaban a Anne-Lie, que ahora se les acercaba.

—¿Sólo venís vosotros tres? —preguntó al llegar.

—Ursula y Billy han ido directos al apartamento —dijo Torkel, dejando la revista de pesca a un lado e incorporándose.

—Carlos ya está allí —les informó Anne-Lie.

—Bien, pues que siga al mando, estábamos cenando. Ursula ha tomado unas copas de vino.

—Entonces ¿por qué la has traído? —Anne-Lie lo miraba con cara de confusión.

¿Por qué? La verdad era que a Torkel ni se le había pasado por la cabeza no llevarla. No estaba borracha, sabía lo que podía y no podía hacer, cómo comportarse. Pero Torkel se arrepentía de haberlo dicho. Ya imaginaba que la próxima vez que oyese hablar de compañeros afectados por el alcohol y lo que opinaba su jefa del tema, saldría de la boca de Rosmarie. Decidió no comentar nada de que él también había tomado un par de cervezas a lo largo de la noche.

—¿Qué os ha contado? —se limitó a preguntar, desviando así la atención.

—Ha llegado a casa a las once menos cuarto. Alguien la esperaba en el apartamento, se le ha acercado por detrás y la ha sedado. Se ha despertado con el saco en la cabeza. Otra violación llevada a término. El examen médico ha confirmado restos de semen.

—Pobre mujer, ¿cómo está? —preguntó Vanja.

—Físicamente, le han hecho pruebas de enfermedades de transmisión sexual y le han dado la pastilla del día después. La otra vez la vacunaron de la hepatitis B. Psicológicamente, nada bien, y lo más probable es que vaya a peor.

—Vive con su pareja —intervino Torkel, dirigiendo de nuevo la conversación hacia la investigación—. ¿Cómo sabía que estaba sola?

—Por las redes sociales. A menos que la conozca, claro.

Sebastian asintió con la cabeza, casi con resignación. No era la primera vez. No dejaba de sorprenderse de la cantidad de información personal que la gente compartía de forma voluntaria, información que dejaba a las personas expuestas y en situación de vulnerabilidad.

—Ha vuelto a su apartamento con un Coche de Confianza. Una especie de empresa de taxis que lleva gratis a casa a mujeres que van solas.

—¿Qué sabemos de la empresa?

—Que es real. Tendremos que investigarla más en detalle mañana.

—Vuelve a actuar bajo techo otra vez, en la casa de la víctima —constató Sebastian. Esto era lo que habían estado esperando y temiendo. Un nuevo ataque. Esta vez, el caso se complicaba—. Y lo más importante: ha vuelto a elegir a Therese.

—Sin duda, eso parece, pero ¿podría tratarse de una casualidad?

La pregunta no era tan tonta como parecía. Lo peor que podían hacer era llegar a conclusiones precipitadas, buscar pruebas que demostrasen una teoría definida en lugar de buscar de manera incondicional.

—Eso significaría que habría elegido un piso al azar después de haber peinado Facebook para localizar a mujeres solas, se habría encontrado con Therese y no la habría reconocido —dijo Sebastian, resumiendo la situación y con una mirada hacia los demás que puso palabras a algo que en realidad ya sabían—. Ha sido elegida. Es algo personal.

—En ese caso, significa que podría volver a atacar a Ida y a Klara también —dijo Vanja.

Se miraron los unos a los otros. Sin duda, era cierto. Con un poco de suerte, no sería demasiado tarde. Sebastian bajó de la camilla de un salto y siguió a los demás.

Recordaba cómo había visto a Ida la última vez.

Asustada, aislada, rota.

Así que Sebastian localizó su número de teléfono y le envió un SMS desde el coche avisándola de que estaban de camino. Había un gran riesgo de que le diesen un susto de muerte si la despertaban llamando a su puerta en mitad de la noche. No obtuvo respuesta a su mensaje, así que mandó otro. Justo cuando estaban delante de la puerta de la casa en la que vivía, la intentó telefonar. La llamada fue directa al buzón de voz. Colgó sin decir nada. Era inútil. Iban a llamar a su puerta en menos de un minuto.

Junto con Anne-Lie subió corriendo la escalera hasta el piso, en la segunda planta. Llamaron. El edificio era lo bastante viejo como para tener todavía una rendija para el correo en la puerta en lugar de buzones abajo, en la entrada. Sebastian se agachó en cuclillas y abrió la estrecha rendija. Había una lámpara encendida en el recibidor.

—Ida, soy Sebastian Bergman, de la Unidad de Homicidios —dijo lo bastante alto como para que lo oyese desde el interior del apartamento, pero no lo suficiente como para que todos los vecinos curiosos de la escalera se enteraran.

No pasó nada.

Anne-Lie volvió a pulsar al timbre. Esta vez mantuvo el dedo sobre el botón más rato. Sebastian intentó mirar por la rendija del correo; tenía un ángulo de visión limitado, no vio nada sobre el suelo.

—Ida, ¿nos puedes oír? Soy Sebastian, de la Unidad de Homicidios, necesitamos hablar contigo.

Seguía sin pasar nada en el interior del apartamento.

Sebastian se incorporó y Anne-Lie sacó su teléfono.

—¿Qué hacemos?

—Vamos a entrar —decidió Anne-Lie, y marcó un número al mismo tiempo que descendía unos escalones. Sebastian permaneció allí, algo perplejo.

No pasaron más de diez minutos y llegó una patrulla con el equipo adecuado para abrir la puerta cerrada. Aunque estaba bastante seguro de que el apartamento estaba vacío, Sebastian gritó por la rendija del correo lo que iban a hacer. A pesar de todo, había una pequeña posibilidad de que estuviese durmiendo, y le daría un ataque de pánico si se despertaba porque alguien pretendía entrar en su apartamento.

La puerta se abrió, el policía de uniforme que la había abierto se apartó a un lado. Sebastian entró.

—Ida...

No hubo respuesta. Había una carta solitaria en el suelo, delante de la puerta. Todo estaba quieto y en silencio. El apartamento estaba completamente cerrado, el aire cargado, necesitaba ser ventilado. Sebastian y Anne-Lie siguieron avanzando. Las lámparas estaban encendidas, tanto en la cocina como en la sala de estar. Sebastian pasó a la cocina. Igual que cuando estuvieron allí la otra vez, todo estaba ordenado y en su sitio, excepto una bolsa de papel en el suelo y algunos productos sobre la encimera. Había un cajón abierto. Sebastian miró en su interior. Utensilios de cocina. Cuchillos, un colador de té, un tenedor de madera, una espátula, una batidora y otros objetos. Echó un vistazo por la encimera. Algunas conservas, un trozo de queso, un paquete de mantequilla, huevos, una bolsa de albóndigas congeladas, un paquete de papel higiénico. Algunas cosas estarían mucho mejor dentro de la nevera o en el congelador. Sebastian miró en el interior de

la bolsa de papel que había en el suelo. En el fondo había un recibo. Se agachó y lo cogió. Comprobó la fecha. 21 de octubre. Hacía seis días.

Oyó a Anne-Lie renegar y fue a buscarla.

—¿Qué pasa?

Se limitó a hacer un gesto con la cabeza hacia el dormitorio. Sebastian se acercó a ella y miró dentro. En el suelo, al lado de la cama, había un saco de yute que él reconocía demasiado bien, y los pantalones y las bragas de Ida formaban un montón sobre la cabecera de la cama.

—Mierda, llegamos tarde.

Los dos se volvieron casi a la vez hacia la puerta cerrada del baño. Era la única habitación en la que no habían registrado. Habían echado el cierre, mostrando que estaba ocupado. Sebastian se aproximó, con una mala sensación en el estómago, y golpeó la puerta.

—Ida, soy Sebastian, de la Unidad de Homicidios. —No hubo respuesta. No se oía ningún movimiento al otro lado. Intercambió una breve mirada con Anne-Lie, que asintió con la cabeza, y llamó al policía que estaba esperando fuera, en la escalera.

La puerta del baño fue fácil de forzar. El policía uniformado se apartó de nuevo a un lado, dejando que Sebastian y Anne-Lie entraran primero. Sebastian respiró hondo y empujó la puerta. Deseaba encontrársela en el suelo, paralizada por el miedo, incapaz de moverse.

Ante lo que vio, lo invadió de inmediato un sentimiento de pena.

Ida estaba en la bañera.

El agua roja de sangre.

En el suelo, un cuchillo de pelar fruta.

Profundas heridas a lo largo de uno de sus antebrazos. La mirada fija y

vacía. El cuerpo estaba algo hinchado tras haber permanecido sumergido en el agua desde el 21 de octubre, adivinó Sebastian. Seis días.

Se imaginó a Ida atreviéndose a salir a comprar, sola o acompañada, y regresando a casa; había empezado a vaciar la compra en la cocina, el hombre se le había acercado por atrás, la había sedado, la había arrastrado hasta el dormitorio. Ella despertándose con el saco en la cabeza.

Si el segundo ataque había conseguido romper a Therese, no era nada en comparación con lo que le había sucedido a Ida. Ella ya estaba rota. Sebastian estaba convencido de que las semanas de soledad no la habían ayudado a mejorar. Demasiado tiempo para darle vueltas, pensar, cargarse de culpa, arrepentirse, dejar volar la imaginación, sucumbir sin que nadie estuviese ahí para cuidarla o ayudarla a aclarar los pensamientos.

Nadie que la ayudase.

Caminó hacia atrás alejándose de la puerta abierta, invadido por un sentimiento de culpa por no haber hecho más, por no haber hecho algo. Al despertar de su inconsciencia, Ida debía de haberse dado cuenta de que ya no podía más. Eso que estaba roto se había derrumbado por completo, dejando que los pensamientos oscuros saliesen a raudales y llevándose por delante a todos los demás, esos que intentaban encontrar una salida, una manera de soportarlo, de seguir adelante a pesar de todo. Un diluvio de pura desolación ante el que era imposible defenderse.

Había ido a la cocina, había cogido el cuchillo para la fruta, se había metido en el baño y llenado la bañera...

Los remordimientos, que, para ser sincero, hacía mucho tiempo que no experimentaba, que ni siquiera había estado seguro de poder sentir, se mezclaron con rabia. Esos hombres tendrían que responder por muchas cosas. Pero, y esto casi no era ni capaz de reconocérselo a sí mismo, el caso se acababa de poner interesante. Un grupo, o al menos dos personas, con una

capacidad de autocontrol desarrollada, algo poco frecuente cuando se trataba de crímenes sexuales, que no confiaban para nada en la suerte o la casualidad al llevar a cabo sus crímenes.

Planificados, insensibles, efectivos, con un objetivo claro.

Unas víctimas bien elegidas.

Eso ponía patas arriba todo lo que hasta ahora habían pensado sobre de los autores. La primera víctima no había sido elegida por su ubicación geográfica. La motivación ya no tenía nada que ver con poder, control, odio a las mujeres, sexo ni nada sobre lo que habían especulado. El saco y las jeringuillas seguían teniendo importancia, pero no se trataba de deshumanizar a las víctimas ni de aportar una sensación de control total. Tampoco era seguro que hubiesen experimentado con dominación y sumisión con anterioridad.

A raíz del ataque a Therese y la muerte de Ida, iban a tener que pensar de modo diferente. Pensar en algo nuevo.

Cogió su teléfono. Llamó a Torkel. Le resumió lo que habían encontrado en casa de Ida. ¿Él y Vanja seguían en casa de Klara?

Necesitaban hablar con urgencia con ella.

Klara era la que les podría dar la solución, Sebastian estaba convencido de ello.

—¿Ida está muerta?

Klara parecía completamente perdida. Se la habían llevado a la comisaría a pesar de ser más de la una de la madrugada. Ella había preguntado por qué no se podían quedar en su casa, pero Vanja y Torkel se habían limitado a decir que era mejor que la conversación continuase en sus dependencias, y ella no había protestado demasiado, con lo que a Vanja le dio la sensación de que, de alguna manera, ella ya sabía de qué le querían hablar.

Que no la iba a pillar por sorpresa.

Que había esperado que esto llegaría, tarde o temprano.

Que les había ocultado información.

La habían despertado. Su novio les había abierto la puerta. Cuando le dijeron que querían hablar con Klara, él había preguntado si no podían esperar a la mañana, puesto que estaba durmiendo. Dijeron que no, y unos minutos más tarde estaban los cuatro sentados en la cocina y Torkel y Vanja le habían explicado en voz baja lo que le había pasado a Therese. Sabían que no se conocían, pero eso indicaba que las víctimas habían sido elegidas y que a ella podían volverla a atacar. ¿Podía imaginarse alguna razón para ello?

A Vanja le pareció que Klara contestaba de forma evasiva. Se había centrado en que no conocía a Therese y en que no tenían nada en común, excepto la pregunta más importante: si ella era una elegida, ¿por qué lo era?

Entonces llamó Sebastian con la noticia de que Ida estaba muerta. Se habían confirmado sus teorías y necesitaban todas las respuestas que pudiesen conseguir. De inmediato.

Por eso estaban sentados en la sala de reuniones. Klara, Anne-Lie, Torkel,

Vanja y Sebastian. Anne-Lie había cerrado las tapas de la pizarra blanca para ocultar su investigación y todos ellos estaban repartidos por la sala, para reducir la impresión de que formaban un bando en contra de Klara, los cuatro frente a ella, al mismo tiempo que su presencia subrayaba la seriedad de la situación.

—Sí, parece que fue víctima de un ataque y se quitó la vida —contestó Anne-Lie sin rodeos. Entendía que Klara estuviese desorientada y preocupada. La habían despertado en plena noche, la habían llevado a la comisaría de policía, una conocida suya había sido hallada muerta. Lo más considerado y empático habría sido esperar hasta el día siguiente, pero Anne-Lie no tenía tiempo que perder. Iban a actuar de modo profesional y efectivo, pero si la mujer que tenían delante sabía algo, iban a sacárselo.

—Dios mío... —Los ojos de Klara se llenaron de lágrimas y negó con la cabeza.

—Era la segunda vez que la atacaban, tanto a ella como a Therese.

—Conocías a Ida —constató Torkel, y se puso de pie. Klara asintió con la cabeza. Él se acercó al armario del material de oficina. Al lado del bol con fruta que había encima, halló un montón de servilletas de papel; cogió un par y se las dio a Klara—. Pero ¿a Therese no?

Klara negó con la cabeza y recibió los pañuelos con agradecimiento.

—¿Y a Rebecca?

Un momento de duda. Luego un débil asentimiento. Vanja se inclinó hacia delante desde donde estaba sentada. «Ahora viene», pensó. La otra vez que le habían preguntado, Klara había dicho que no sabía quién era Rebecca Alm. Una mentira, pero ahora iban a conocer la verdad. También Sebastian pareció espabilar un poco ahí donde estaba, reclinado contra la pared de al lado de la puerta.

—A ella también la conocía —dijo Klara en voz baja, con la mirada fija

en el sobre de la mesa—. Éramos... formábamos parte de un grupo, por decirlo de alguna manera, hará unos ocho o diez años.

—¿Qué tipo de grupo? —preguntó Vanja.

—Se llamaba AbOvo. Nos veíamos en la iglesia.

—¿Y qué hacíais en este tal AbOvo?

Klara respiró hondo, levantó la mirada del sobre de la mesa y contempló a Vanja. A Sebastian le pareció ver en sus ojos que se trataba de unos recuerdos que no le gustaba revivir.

—Era un grupo de apoyo para mujeres que se habían quedado embarazadas, para que se quedasen con el niño y no abortasen.

—¿Un grupo antiaborto?

—No pensábamos que íbamos en contra de nada, más bien a favor. A favor de la vida.

—Es decir, un grupo antiaborto —constató Vanja, y la forma en que pronunció la palabra expresó con toda claridad que ella no iba a convertirse en miembro.

Sebastian la conocía lo suficiente como para saber lo que pensaba de que alguien intentase decidir lo que ella debía hacer con su cuerpo. Mucho menos un libro de hacía más de dos mil años que trataba sobre el deseo de un dios.

—¿Quién más formaba parte de este grupo? —preguntó Anne-Lie, ansiosa por seguir avanzando.

—Lo inició Ingrid Drüber. Y luego estábamos nosotras tres, Ida, Rebecca y yo, y Ulrika.

—¿Ulrika qué?

—Månsdotter. Ella era mayor, de la edad de Ingrid.

Anne-Lie miró a Torkel, que con un escueto asentimiento de la cabeza salió para pedir que Billy y Carlos empezasen a buscar a Drüber y a Månsdotter.

—De modo que Ida, Rebecca y tú formabais parte de este grupo. Pero Therese no —constató Sebastian. Tres de cuatro era suficiente como para sentirse bastante seguros de que iban en la pista correcta. Ya buscarían más tarde el motivo por el que Therese fue atacada. Había una conexión, eso estaba claro.

—No.

—Si esto tiene que ver con el grupo, ¿qué fue lo que pasó que ha provocado que alguien os ataque ahora?

Klara titubeó de nuevo. Esta vez más tiempo. La idea se le había ocurrido ya la primera vez que llamó a la policía, tras haber sido atacada junto a su coche. Cuando supo que Rebecca había muerto, estuvo segura, pero igualmente había logrado convencerse a sí misma de que podía ser por otra cosa, por casualidad, que podía estar equivocada.

Quería estar equivocada.

El tener la razón costaba un precio muy alto.

Ella no había estado esa noche, pero lo sabía.

Sabía lo que había sucedido. Sabía lo que habían hecho.

Ella lo sabía y se calló. Ya no lo podía seguir haciendo.

—Lo único que se me ocurre es el asunto de Linda. Lo que pasó con Linda.

—¿Cuál es su apellido y qué pasó con ella? —Vanja estaba en alerta. Un motivo. Al fin Klara iba a darles un motivo.

—Linda Fors. Vino a nosotras, los médicos la habían advertido en contra

de seguir adelante con su embarazo, pero realmente deseaba tener al niño. Nosotras la apoyamos en esa decisión.

—¿La apoyasteis o la convencisteis?

Klara miró a Vanja, comprendió la insinuación, pero estaba demasiado cansada como para enfadarse o defenderse.

—La apoyamos, ella ya estaba decidida, pero fue difícil.

—¿Qué pasó?

—Murió. Yo no estaba esa noche, acababa de tener a Victor, así que estaba en casa. La verdad es que no sé qué pasó, pero ella murió, y después de aquello no las vi más. El grupo se disolvió; Ingrid y Rebecca se mudaron y yo dejé de ir a la iglesia.

—¿Eso cuándo fue?

—En 2010. Victor tiene ocho años.

—¿La Iglesia lo sabía? —preguntó Sebastian sin poder evitar ilusionarse, si así era el caso, ante la posibilidad de revelarlo al resto del mundo. Sabía que se trataba de un pensamiento vengativo hacia su padre, muy religioso, pero no por eso dejaba de producirle una cierta satisfacción.

—No lo sé, era el proyecto de Ingrid e insistía mucho en que no hablásemos de ello con el resto de la congregación.

—¿Ingrid Drüber?

—Sí.

—Dijiste que se mudó, ¿sabes adónde?

—Creo que a Västerås.

Su ciudad de nacimiento. Y él, que la última vez que estuvo allí había jurado que nunca iba a regresar.

Seguían sentados en la sala de reuniones.

Intentaban concentrarse un rato más. La oscuridad al otro lado de las ventanas era opaca y otoñal, y la fuerte iluminación del techo no hacía nada por ocultar lo pálidos y cansados que estaban. El café había dejado de despejarles la mente y ahora ya sólo les producía acidez de estómago.

Había sido un día realmente largo.

El personal uniformado había llevado a Klara a su casa. Se habían asegurado de que no estuviera sola hasta que pudieran hablar de nuevo con ella y habían elaborado un plan sobre cómo proceder. Era posible que fuese necesaria protección personal y otras medidas.

Billy y Carlos se habían unido a ellos y estaban presentando los pocos datos que habían conseguido averiguar. Referente a AbOvo, era menos que poco. De hecho, nada. No parecía haber sido una actividad que tuviese el apoyo oficial de la Iglesia, y el único sitio en la red que lo mencionaba llevaba a una página de «Error 404».

Había sido más fácil encontrar información sobre Linda Fors. Fue hallada desangrándose delante del Hospital Universitario la noche del 23 de junio de 2010. A pesar de todas las intervenciones, no pudieron salvarla ni a ella ni al niño. Se había abierto una investigación policial, pero enseguida fijaron un escenario plausible en el que no había ninguna sospecha de que se tratara de un crimen, así que la cerraron.

—¿Cuál era el escenario? —preguntó Torkel.

—Que se había visto con unas amigas, iba de regreso a casa, sufrió contracciones y hemorragias, intentó llegar hasta el hospital, pero se derrumbó antes de poder entrar.

—¿El hospital estaba de camino hacia su casa?

—No se trataba de un desvío excesivo —dijo Carlos, y se acercó al mapa en la pared—. Ella vivía aquí... —Dibujó un punto verde con el rotulador de la pizarra blanca—. El hospital está aquí. —Un nuevo punto a unos centímetros del primero—. Y sus amigas dijeron que se separaron aquí. —Una marca más. En línea recta con respecto a la primera, un poco a la derecha de la segunda.

—¿Dónde habían estado? —preguntó Vanja, estudiando los puntos en el mapa como si le pudiesen dar una respuesta.

—En casa de Ulrika, comiendo, charlando. Linda quería dar un paseo hasta su casa, hacía un tiempo agradable —dijo Billy tras haber consultado la vieja investigación preliminar que tenía delante de él, sobre la mesa.

—¿Según quién?

—Los agentes que investigaban el caso sólo hablaron con una de ellas: Ingrid Drüber.

—¿El teléfono de Linda? —continuó Vanja, manteniendo la mirada en el mapa, como si no acabase de comprar esa narración de los hechos que les acababan de contar—. ¿No intentó llamar a urgencias, al hospital ni a su marido, si es que había alguno?

—No, según las listas no realizó ninguna llamada aquella noche.

—¿No os parece raro? Estás embarazada, vuelves a casa caminando, tienes dolores, empiezas a sangrar, ¿y decides ir a pie hasta el hospital? ¿Y sin llamar a nadie?

—Tal vez al principio no era para tanto y fue a peor... —aventuró Torkel, dándose cuenta él mismo de lo vacío que sonaba.

—¿Qué sabemos de Drüber? —preguntó Anne-Lie, presionando; no había motivos para especular y tenía ganas de terminar la reunión cuanto antes.

—Nacida en Jönköping en 1970, máster en Teología en la Universidad de Gotemburgo, admitida como seminarista en la diócesis de Västerås, donde fue ordenada sacerdote en 1998, se mudó a Uppsala en 2003, y en 2011 regresó a Västerås, donde ahora mismo es candidata al obispado. Defiende una cristiandad conservadora, ha sido miembro de la Misión Evangélica Luterana-Amigos Fieles a la Biblia. Soltera, sin hijos, no hay antecedentes penales y no ha denunciado ninguna violación —resumió Carlos—. Hay más, pero he pensado que es tarde —concluyó casi a modo de disculpa, echando un vistazo hacia Anne-Lie mientras dejaba unas copias impresas sobre la mesa para que los demás las pudiesen coger.

—Tenemos que hablar con ella. Alertarla —determinó Vanja al tiempo que estiraba la mano para tomar una de las copias.

—Y la otra, la quinta mujer, Månsdotter, ¿qué sabemos de ella? —intervino Ursula. Tenía que hacer un gran esfuerzo para mantener los ojos abiertos, y se dio cuenta de que en los últimos quince minutos no había contribuido con nada. Torkel le había explicado que se le había escapado lo de la cena, pero Ursula no pensaba darle a Anne-Lie ni un solo motivo para quejarse.

—Está muerta —explicó Billy—. Murió en abril, cáncer de pecho.

—Pero con Drüber, si no ha pasado, pasará, y si ha pasado, volverá a pasar. Según Klara ella era la líder —añadió Vanja.

—O tal vez está implicada de alguna manera —lanzó Sebastian al aire a modo de prueba.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero como tú misma has dicho: ella era la líder y es la única del grupo que no ha sido atacada.

—O también puede ser que, simplemente, no lo haya denunciado —replicó Vanja.

—Sea como sea, no le pasará nada esta noche. —Sebastian se encogió un poco de hombros como queriendo poner fin a la discusión—. Nunca ha sucedido dos veces en la misma noche.

—Puede que uno de ellos ya esté en Västerås. Pueden ser más de uno.

Estaba claro que Vanja no pensaba rendirse, por muy tarde que fuese. Sebastian suspiró levemente y se desplazó desde su sitio junto a la puerta hasta la pizarra blanca sobre la que aún estaban anotadas todas las fechas y los lugares de los ataques.

—Las horas de los ataques y el orden en el que tuvieron lugar —empezó él, señalando la pizarra mientras proseguía—. Primero Ida, luego Therese, Rebecca, Klara. Luego Ida otra vez, Therese otra vez, Rebecca está muerta, de modo que el siguiente turno es el de Klara.

—¿Cómo lo sabes? Desconocemos qué puesto ocupa Ingrid en esto. Tal vez no lo ha denunciado. ¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo?

Sebastian no contestó.

Estaba claro que ella tenía razón.

No sabían nada acerca de Ingrid Drüber, podía ser una víctima igual que las demás, incluso podía ser la siguiente víctima. Que ella estuviese implicada de alguna manera no era más que una especulación por su parte, algo para lo que en realidad no tenía ningún tipo de base.

Pero Sebastian también tenía razón.

No la iban a atacar esa noche, y entonces valía la pena esperar a que tuviesen un poco más de fundamento cuando hablasen con ella al día siguiente.

Pero eso no era lo que estaba pensando mientras permanecía ahí en silencio contemplando la pizarra. Poco a poco, una idea había empezado a

tomar forma mientras iba repitiendo los nombres y mirando las horas. Se volvió hacia Carlos y Billy, que eran los que habían hecho la rápida comprobación de los datos de los nombres nuevos que les había dado Klara.

—¿Había un padre del hijo? ¿Linda tenía marido o pareja?

—Pareja —contestó Carlos tras echar un rápido vistazo a los papeles—. Hampus Bogren. Maestro de educación especial, ahora vive en Hudiksvall. ¿Por qué?

—Creo que estamos buscando a un hombre —dijo despacio, como si estuviese formulando sus pensamientos en voz alta a medida que las piezas iban cayendo en su sitio en la cabeza—. U hombres que perdieron algo, que lo perdieron todo, cuando Linda murió.

—¿Por qué?

—Es como un calendario, violaciones llevadas a término con un número determinado de semanas entre medio. —Aún sonaba como si estuviese intentando ordenar sus ideas mientras las expresaba. Pero de repente pareció satisfecho con su conclusión, se quedó en silencio y se volvió hacia el resto del cansado grupo de aquella sala—. La intención es que se queden embarazadas.

—¿Qué?

—Los médicos habían alertado a Linda contra los riesgos de seguir adelante con el embarazo. —Sebastian asintió, cada vez más seguro, las palabras fluían con mayor rapidez—. AbOvo la convenció para que continuara con el embarazo, y ella murió. Ahora las responsables de su muerte se van a ver obligadas a escoger entre dos cosas que para ellas en principio son inconcebibles. Dar a luz a un hijo que es el resultado de una violación o abortar. Ponerlas entre la espada y la pared, al más alto nivel.

Su teoría fue recibida por los otros en silencio. Un violador en serie era un caso complicado, pero de vez en cuando aparecía alguno. Cuando el autor

de los hechos, o en este caso los autores, además atacaba a las mismas mujeres varias veces, era peor, más enfermizo, y ya en sí un hecho que no habían presenciado nunca. Pero la teoría de Sebastian estaba al límite de lo concebible en cuestión de crueldad retorcida.

Y, al mismo tiempo, ninguno de los presentes fue capaz de desmontársela de inmediato. Todo lo que había dicho podía ser cierto. Si analizaban de forma objetiva lo que había sucedido y los momentos, estaba claro que ése podía muy bien ser el motivo. Por desgracia.

—Aún mayor razón para avisar a Ingrid Drüber —dijo Vanja en voz baja.

—Hay algunos interrogantes con respecto a ella —introdujo Anne-Lie—. ¿De qué manera fue Linda a parar delante del hospital? Ingrid fue la última en verla, la única que habló con la policía.

—Y por eso vamos a dejar que la violen... —dijo Vanja indignada.

Por lo general, Sebastian habría hecho cualquier cosa para darle su apoyo, pero justo en este caso pensaba que tenían mucho que ganar si esperaban y sabían más antes de ir a hablar con ella.

—Prometo que no le va a pasar nada esta noche —aseguró Sebastian con convicción—. Estará segura hasta mañana, incluso durante más tiempo.

—Ah, si lo prometes tú, pues ya está solucionado —repuso Vanja con sarcasmo, sin poder ocultar lo mala que le parecía esa idea. Si los otros tenían alguna opinión de lo que debían hacer a continuación, se la guardaron para ellos mismos.

La noche se estaba transformando en mañana y a nadie le apetecía iniciar una discusión sobre el plan de actuación más adecuado, sobre todo cuando la decisión final era igualmente cosa de Anne-Lie.

Así que se volvieron hacia ella.

—Hacemos lo que propone Sebastian —sentenció la jefa con un gesto de

la cabeza hacia él. Vanja se levantó de golpe y salió de la sala de conferencias. Sebastian no necesitó ver la oscura mirada que le lanzó antes de salir para saber lo que estaría pensando de él en ese momento.

«Mañana irá mejor», dijo consolándose.

Valdemar subiría al pedestal.

Él mismo tendría un punto positivo.

Ya sólo era cuestión de horas.

Eran casi las tres y media cuando Billy introdujo la llave en la puerta. Después de la reunión, habían discutido brevemente sobre si debían quedarse en Uppsala y alojarse en un hotel, pero ninguno llevaba ropa limpia y todos iban un poco demasiado arreglados tras la cena en casa de Torkel y Lise-Lotte. Además, encontrar un hotel, reservar una habitación y poner todo en orden les iba a tomar casi tanto tiempo como regresar a casa a Estocolmo, así que optaron por lo segundo.

Torkel fue muy claro al salir de la comisaría en que la única persona a la que quería llevar en su coche era a Vanja, así que Billy tuvo por compañía a Sebastian y a Ursula en el suyo. Habían regresado a casa en silencio. No había tráfico, de modo que Billy pudo conducir más rápido de lo que solía y logró recorrer los ochenta kilómetros en poco más de media hora. Una vez en Estocolmo había insistido en dejar primero a Sebastian. Así se evitaría las preguntas cuando se quedaran solos en el coche.

Sobre cómo se había sentido últimamente.

Sobre cómo estaba con My.

Sobre si había tenido alguna recaída.

Se creía muy listo. Que sólo porque había visto a Billy haciendo una cosa estúpida, ya lo conocía. Que sabía quién era.

No lo sabía.

Nadie lo sabía.

Una vez en casa, Billy se quitó la chaqueta y los zapatos, tiró las llaves en un bol que había sobre la pequeña cómoda del recibidor y continuó hasta la cocina. Necesitaba comer algo, no había conseguido tomar nada desde la

cena en casa de Torkel y, aunque la comida había sido abundante, ya habían pasado casi nueve horas. Sacó mantequilla, queso y un tubo de caviar de la nevera; cogió dos rebanadas de pan de la bolsa que había sobre la encimera y se preparó dos bocadillos. Al volver a dejar los productos en la nevera, extrajo un envase de zumo. Lo agitó, no quedaba mucho, no valía la pena coger un vaso. Se sentó a la mesa de la cocina, hambriento, y dio un mordisco a uno de los bocadillos y tomó algunos sorbos de zumo directamente del tetrabrik. Sobre la mesa había un nuevo número de *En el centro de Estocolmo*; Billy lo acercó a él mientras se terminaba el primer bocadillo masticando deprisa.

Debajo de la revista había un sobre blanco con su nombre y dirección escritos a mano en letras mayúsculas. Billy lo cogió y le dio la vuelta. No había remitente. Lo abrió con una pequeña arruga de interrogación en la frente. Intentaba recordar la última vez que había recibido una carta escrita a mano, pero no tuvo éxito. ¿Quién en su sano juicio escribía algo a mano, lo ponía en un sobre y pagaba para que otra persona lo entregara tres días más tarde?

Algo que parecía una foto impresa cayó sobre la mesa cuando Billy sacó un folio doblado por la mitad y lo abrió.

Las mismas letras mayúsculas escritas a mano.

Breve y conciso.

5.000 KR O TU MUJER LO SABRÁ.

Debajo estaba escrita en letras mucho más pequeñas la dirección de una web. Parecía una especie de foro de juegos. Billy cogió la foto que había caído, ya sabía más o menos lo que mostraría, la giró y su sospecha se confirmó.

Él mismo saliendo de Norrforsgatan.

De la habitación roja.

De Stella.

Se quedó sentado mirando fijamente la foto, incapaz de definir ningún tipo de sentimiento. Lo más natural habría sido preocuparse o enfadarse, o una mezcla de ambos. Sentir un nudo en el estómago de nervios y angustia, rabia hacia la persona anónima que acababa de complicar todavía más su vida, ya lo bastante jodida de por sí. Pero era como si estos indicadores emocionales ya hubiesen alcanzado su límite. En lugar de eso estudió la foto en detalle. No mostraba nada que fuese comprometedor. Estaba claro que si uno sabía lo que había en esa dirección, entonces podría ser problema, pero, por otra parte, Billy había ido allí por trabajo varias veces; no había nada que indicase que esa foto no había sido tomada en una de esas ocasiones.

Sería posible explicarlo.

Si es que se decidía a no hacer nada.

Pero despertaría preguntas innecesarias. En especial ahora. Pensó en cómo el chantajista habría conseguido su dirección y adivinó que debía de ser gracias a que había usado su propio coche. Buscar el número de matrícula, encontrarlo, averiguar que estaba casado, escribir la carta. Pero tal vez esa persona no sabía que era policía. ¿Podía sacar algún provecho de ello?

Desde luego, aquello no era lo que necesitaba en esos momentos. Antes, esa misma noche, de camino a su casa desde Uppsala, tras dejar a Stella, Conny lo había vuelto a llamar. Para preguntar si Billy ya tenía suficientes pruebas para estar seguro de sus sospechas. Para asegurarse de que seguía pensando que las fotos habían sido manipuladas. Billy lo había tranquilizado diciéndole que sí, que estaba convencido por completo, pero que la investigación en Uppsala había vuelto a tomar fuerza y que precisaba algo más de tiempo para reunir las pruebas. ¿Cuánto? Tal vez un día, como mucho dos o tres días más. Conny terminó la conversación diciendo que esperaba que lo llamara pronto para que pudiese hacer una denuncia a la policía antes del fin de semana.

De modo que el lunes habría una sospecha de crimen en relación con la desaparición de Jennifer. Iban a investigarlo a fondo y él sería el que aportaría las pruebas definitivas para abrir una investigación preliminar. Pero no había otra cosa que pudiese hacer. A partir de entonces tendría que improvisar. Lo único que representaba una amenaza para él eran las fotos que habían sido publicadas desde Bohuslän, y aún estaba lejos de estar seguro de que jamás lo relacionarían con él.

Unos silenciosos pasos descalzos se acercaron a la cocina y lo arrancaron de sus pensamientos; recogió deprisa la carta, el sobre y la foto y lo metió todo entre las páginas de la revista local; la dobló y la dejó a un lado. Al instante entró My en la cocina. Se estaba atando el cinturón del fino albornoz, los ojos dormidos entreabiertos, el pelo despeinado. «Está fantástica», pensó Billy. Era por eso por lo que tenía que solucionar sus problemas, se recordó a sí mismo.

Para poder regresar a casa con ella cada noche.

Cada noche durante el resto de su vida.

—Ay, pobre, ¿has llegado ahora?

—Sí.

—¿Qué tal en Uppsala?

—Dos violaciones más y un suicidio.

Se acercó a él y lo abrazó. Él hundió la cara en la barriga de ella. A través de la fina tela podía sentir el calor de su cuerpo cálido. Le acarició el pelo.

—Te ha llegado una carta.

—Sí, la he visto.

—¿Qué era?

—Nada, alguien que preguntaba si quería un préstamo a un tipo de interés

ridículo.

Ella se sentó sobre las rodillas de Billy, lo abrazó y le apoyó la cara sobre el hombro. Podía notar su respiración tranquila en el cuello. Cerró los ojos. Permitiéndose disfrutar del contacto, del cariño. Del amor. Por un momento, pensó que ella se había dormido.

—Vanja está intentando quedarse embarazada —dijo, y sonaba como si estuviese medio dormida. Podría jurar que al menos tenía los ojos cerrados.

—Ajá.

—Lo dijo en la cena, que Jonathan y ella lo están intentando.

«Extraño», pensó él. Vanja no solía compartir detalles de su vida privada, aunque, claro, a My se le daba bien hacer hablar a la gente, que se abriera. También se le daba bien planear el futuro. Como irse a vivir juntos, casarse, comprar una casita de verano...

—Yo no quiero tener hijos. —Deseaba cerrar esa puerta rápido, evitar esa discusión a toda costa.

Ahora no. Esa noche no.

—¿Nunca? —Notó cómo el cuerpo de ella se tensaba y, aunque seguía sin poderla ver, sabía que ahora había abierto los ojos.

—No lo sé, tal vez. Pero ahora no.

«No especialmente ahora», pensó él.

—Vale.

Volvió a haber silencio, pero podía sentir sus ojos abiertos, intuir su decepción. Tenía que explicarse, sintió él. Lo mejor que pudiese.

—Estamos buscando casa de verano, hace menos de medio año que nos casamos. Aún no hace ni dos años que nos conocemos. ¿No podríamos

limitarnos a estar juntos sin necesidad de tener siempre el próximo jodido gran proyecto vital esperando?

My se incorporó, le colocó la palma de las manos sobre los hombros y lo miró con seriedad a los ojos.

—¿Te arrepientes de algo?

Billy respiró hondo, negó despacio con la cabeza y logró producir una sonrisa reconfortante.

—Ya sabes que no, pero todo va demasiado rápido.

—¿Demasiado rápido?

—A veces. Me gustaría que pudieses limitarte al presente. Aquí y ahora, que fuese suficiente con eso. Que el noventa por ciento de lo que hablamos deje de ser sobre el futuro y qué es lo que vamos a hacer luego.

Aunque en ese momento era él quien estaba obsesionado con el «luego».

Luego, cuando todo en lo que estaba involucrado hubiese pasado.

—No sabía que te sentías así.

—Ahora lo sabes.

—Me habría gustado que me hubieses dicho algo antes, es el tipo de cosas que tienes que comunicarme. Es importante.

—Intentaré hacerlo mejor.

—Tú ya eres el mejor —dijo ella, desplazando las manos a la cara de él, y se inclinó hacia delante.

—Tú también —consiguió decir él antes de que ella lo besase. Estaba deseando a la vez que quisiese y que no quisiese tener sexo. Sentía que el contacto y la intimidad le sentarían bien, lo necesitaba, pero a la vez sabía que sería tan dulce y aburrido que después se sentiría frustrado.

—Me voy a dormir, tengo que despertarme dentro de tres horas —dijo ella zanjando el asunto. Lo volvió a besar en la boca—. Ya seguiremos hablando mañana. —Y se levantó para regresar al dormitorio.

Billy esperó hasta estar seguro de que ella no volvería, se acercó a la revista y cogió la carta y la foto.

Sacó su móvil, abrió el navegador y tecleó la dirección de la carta. En efecto, se trataba de un foro de juegos. Fue a parar directo a un hilo creado por el usuario WoLf232. «¿Billy pagará?» se llamaba. Debajo de la pregunta introductoria había algunos comentarios de otros usuarios del foro, pero sobre todo de «WTF» y signos de interrogación. Alguno intentaba ayudar replicando a qué juego se refería WoLf232. Billy comprendió que esperaba que escribiese su respuesta en el hilo, que era así como mantendrían la comunicación. Pero ahora no. Cerró la ventana y borró el historial y la memoria caché. La carta sería difícil de rastrear, pero con WoLf232... tal vez tendría más suerte.

Pero ahora no. No esa noche.

Estaba agotado y sabía que si estaba cansado, era posible que cometiera errores.

No se podía permitir cometer ningún error.

Su futuro estaba en juego.

Torkel soltó un suspiro de alivio al estar al fin en casa. Colgó su abrigo y fue directo al baño, se enjuagó la cara y se encontró con su imagen en el espejo.

Cansado.

Un hombre cansado.

Tal vez debería dar un paso al lado, a pesar de todo. No se hacía más joven con el transcurso de los años. En días como éstos, lo podía sentir con total claridad. Apartó los pensamientos, ese tipo de decisiones no se podían tomar poco antes de las cuatro de la madrugada, después de llevar despierto más de veinte horas. Se lavó los dientes durante un minuto y veintidós segundos, un poco menos de los dos minutos que solía dedicar desde niño, orinó, se lavó las manos y entró de puntillas en el dormitorio.

Se metió en su lado de la cama, puso la alarma en el móvil y suspiró al ver que iba a sonar al cabo de cuatro horas y once minutos.

—Estoy despierta —oyó desde el lado de Lise-Lotte, y se volvió hacia ella. Estaba tumbada sobre el costado mirando hacia él—. No sabía si ibas a quedarte en Uppsala o no. —Tal vez se lo estaba imaginando, pero le pareció oír un leve tono de acusación en la voz.

—Perdona que no te haya dicho nada, ha sido una locura. Resulta que hemos tenido dos violaciones consumadas más y un suicidio.

Ella no contestó. Levantó la manta y se acercó al otro lado de la cama. Apoyó su brazo sobre el pecho de Torkel y la frente en su mejilla. Él consiguió meter su brazo debajo del cuerpo de Lise-Lotte de forma que ella se apoyara sobre él.

—Sobre Ursula... —empezó a decir Torkel.

—No hace falta que lo hablemos ahora.

—No sé por qué no te lo conté —continuó él como si no hubiese oído su objeción—. Creo que pensé que si te lo contaba, tal vez no querrías que me viese con ella cada día.

—¿Te doy la impresión de ser celosa?

—Eso lo desconocía al principio, y luego cuando lo supe... De alguna manera nunca se dio la ocasión y pensé que no importaba.

—No importa.

Él giró la cabeza todo lo que pudo para mirarla. ¿De verdad que iba a ser tan fácil?

—No importa que hayáis tenido una relación ni que trabajéis juntos. Sólo que me habría gustado que me lo contaras tú y no otra persona.

Realmente, ella era mucho mejor de lo que él se merecía.

—Aunque ahora entiendo lo que querías decir acerca de Sebastian —dijo, y notó cómo su cara sonreía apoyada sobre su hombro.

—Pues que sepas que esta vez se ha esforzado de verdad para intentar portarse bien.

—Va, duérmete —dijo ella acariciándole la mejilla.

—Te quiero.

Pensaba decírselo a menudo. Cada día. No sólo decírselo, también mostrárselo. En todo lo que hacía. Para que ella nunca tuviese dudas al respecto.

—Lo sé, y haces bien en hacerlo —dijo ella en tono de broma, levantó la cabeza y le besó la mejilla, con barba incipiente—. Yo también te quiero.

Pero Torkel ya se había dormido.

*28 de octubre* Tres personas han muerto.

¿Estoy haciendo lo correcto? ¿De verdad que vale la pena?

Todo esto pasa porque tú no quisiste que nadie muriese.

Sólo que teníamos una opinión diferente de lo que significaba estar vivo.

No puedes tomar una vida.

Bajo ninguna circunstancia.

Eso fue lo que me dijiste.

Eso es lo que está escrito.

Así son las cosas.

Eso a veces me consuela, cuando tengo dudas.

Porque también pone que:

si alguien hace daño al prójimo, se le debe hacer a él el mismo daño que ha infligido.

Mano por mano. Ojo por ojo. Diente por diente.

Así que aún están saliendo bien paradas.

Las otras.

Las que sobreviven.

Esto podríamos haberlo discutido.

Como hacíamos con todo lo demás.

No siempre estábamos de acuerdo. Ni de lejos.

Pero nos respetábamos.

Respetábamos nuestras respectivas opiniones.

Incluso cuando eran descabelladas. Fatales.

Lo que daría yo por poder recuperar esos tiempos.

Pienso mucho en entonces. En ti. En nuestra relación.

Cada vez más en el pasado.

Cada vez menos en el futuro.

Tal vez porque siento que no tengo ninguno.

Valdemar ya estaba esperando en la acera cuando Sebastian fue a buscarlo. Se percató de lo mucho que había adelgazado, estaba encorvado. Tal vez no fuera de extrañar, había tenido que pasar por muchas dificultades en los últimos tiempos.

Cáncer. Dos veces.

Un intento de suicidio y una investigación policial que aún seguía abierta.

Sebastian intentó recordar cuándo había visto a Valdemar por última vez. Debió de ser en la época en que acababa de saber que Vanja era hija suya y tenía una necesidad compulsiva de estar cerca de ella. Cuando él, y no se enorgullecía de ello, prácticamente la perseguía. Entonces había visto a Valdemar cada jueves cuando la acompañaba hasta su piso en Sandhamnsgatan, después de haber cenado en la casa de ellos.

En la casa de él y de Anna. Sus padres.

Cuando aún eran una pareja. Una familia.

Antes de que todo se derrumbase.

Antes de que apareciese Sebastian Bergman en sus vidas.

Aún recordaba cuánto había deseado estar tan cerca de ella como lo había estado Valdemar. Cómo habría dado cualquier cosa por ser él quien recibiese el abrazo al separarse, él quien la besara con ternura en la frente.

Lo celoso que había estado.

La envidia.

Cómo lo había hecho todo para intentar estropear su relación. Era difícil hacerse a la idea de que tan sólo había pasado poco más de un año y ahora iba

a dedicar la misma energía, o más, a procurar repararla de nuevo.

Tras abrocharse el cinturón, Sebastian señaló una bolsa en el suelo del copiloto que contenía café, unos panecillos con queso y dos bollos de canela del 7-Eleven, pero Valdemar lo rechazó con un gesto de la cabeza. Estaba claro que estaba nervioso, retorció las manos sobre las rodillas y miraba por la ventanilla lateral. Sebastian puso en marcha la radio. Siguieron viajando en silencio.

—¿Aún no sabe que voy a verla? —preguntó Valdemar al girar por la calle de Jonathan en Sundbyberg.

—No.

—¿Y qué pasa si no quiere verme?

—Yo creo que sí que quiere.

—¿Y si no quiere?

Sebastian comprendía su preocupación. La ausencia de contacto que tenían en esos momentos podía deberse a que Vanja no tenía tiempo, a su recién enamoramiento, a que estaba trabajando en otra ciudad, a que tenía otras cosas en las que pensar. Pero un distanciamiento activo, un rechazo, una puerta cerrada en la cara, eso sería otra cosa. Sebastian, más que nadie, sabía lo que eso significaba.

—Te echa de menos.

—Sí, eso dices.

Más que eso, esperaba que fuera cierto. Había mucho en juego. No sólo para Vanja y Valdemar. Para ser sincero, le importaba bien poco ese asunto, por mucho que se esforzase en que saliese bien.

Aparcó delante de un edificio de cuatro plantas de color amarillo sucio con la fachada de hormigón y los marcos de las ventanas y los balcones de

rojo chillón. El contraste entre el edificio en sí y los detalles en rojo daba la sensación de que a alguien se le había ocurrido que un poco de color desviaría la atención del hecho de que se trataba de un viejo y horrendo edificio de setenta y cinco años de antigüedad. Sebastian miró el reloj. El equipo había acordado empezar a trabajar más tarde debido a la hora a la que habían acabado el día anterior. De repente se sintió un poco inseguro ante el plan. O más bien ante la ausencia de un plan.

¿Estaría despierta?

¿Estaría allí?

¿Querría que la despertaran dos padres de los cuales se había distanciado?

Las respuestas a estas tres preguntas eran que no lo sabía, no lo sabía y no, pero no tenía más opción que seguir adelante. Se volvió hacia Valdemar al mismo tiempo que abría la puerta del coche.

—Vamos —dijo con todo el entusiasmo que pudo—. Va a ir bien.

Salieron del vehículo; estaban avanzando juntos en dirección al portal cuando una voz los detuvo.

—¿Qué coño estáis haciendo?

Se volvieron a la vez y vieron a Vanja, detrás de ellos en la calle, sudando y con ropa de entreno, a pesar del frío, con la respiración entrecortada. Los miró a ambos sin mostrar ni una pizca de entusiasmo por ver a ninguno de los dos.

—Hola, Vanja —oyó Sebastian decir a Valdemar, y esas dos simples palabras reunían tanta alegría contenida que incluso Sebastian se emocionó un poco. No parecían haber causado el mismo efecto sobre Vanja.

—¿Qué coño hacéis vosotros aquí? —repitió ella, un poco más despacio, como si pensara que no la habían entendido la primera vez.

—Ha sido idea mía —explicó Sebastian, y dio un paso hacia ella mientras Valdemar seguía en su sitio, como si tuviese miedo de que si se acercaba, ella daría media vuelta y saldría corriendo.

—Pues claro que lo ha sido.

—Si sólo me escuchas dos minutos...

—Preferiría no hacerlo.

—Por favor, dos minutos y nos vamos.

Ella echó un vistazo a Valdemar, que se había encogido de hombros, perdido, con la mirada clavada en el suelo. Vanja se volvió de nuevo hacia Sebastian, dando su conformidad con un ademán de la cabeza.

—Es culpa mía. Todo es culpa mía —empezó a decir, y se decidió a contar la verdad. Ésta era su última oportunidad, de perdidos al río—. Fui yo quien destrozó tu familia. Si yo no hubiese aparecido, aún estaríais juntos. Comprendo que a lo mejor no se puedan arreglar las cosas con Anna, pero Valdemar... —Hizo un gesto con la cabeza hacia la miserable figura que había en el camino—. Lo echas de menos, sé que lo echas de menos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has hablado con Jonathan?

Joder, qué buena era. Rápida. Era probable que no hubiese hablado con demasiada gente acerca de lo que echaba de menos, lo que anhelaba o deseaba. Por lo que se refería a sus emociones, no era precisamente un libro abierto. Pero Sebastian no pensaba dejar colgado a Jonathan, no quería alimentar más su enfado.

—No hizo falta. Pensé en lo que me dijiste. En que no me importa lo que tú quieres. Pensé qué podía ser lo que tú querías, y recordé lo estrecha que era tu relación con Valdemar.

La miró con sinceridad y franqueza, una expresión que dominaba a la perfección, pero que resultaba más difícil ahora que era verdad lo que estaba

diciendo.

—Ese tipo de complicidad. Ese tipo de amor. Sé que yo lo echaría de menos.

Una breve pausa. ¿En serio iba a jugar la carta de Lily y Sabine? ¿Por qué no? Debía echar mano de todo lo que tenía si pretendía llevar ese tema a buen puerto.

Y era verdad.

Todo lo que había dicho hasta ese momento era verdad.

Tal vez por eso estaba funcionando relativamente bien.

—Sé que lo echo de menos. Cada día.

Él mismo se dio cuenta de que sonaba como salido de una mala película norteamericana superromántica, casi esperó que empezasen a sonar los violines de fondo.

Vanja no contestó de inmediato, cosa que él interpretó como un paso hacia delante. Miró a Valdemar, que seguía en el sitio en el que Sebastian lo había dejado, inseguro ante la situación.

—Tenemos que ir a Västerås —dijo ella, pero tanto su voz como el argumento carecían de fuerza.

—No tenemos que llegar a ninguna hora determinada.

Una nueva mirada, un breve debate interno que terminó en un corto suspiro y un asentimiento con la cabeza.

—Bueno, vale, de todos modos tengo que desayunar, puede hacerme compañía.

—Yo espero en el coche.

Sebastian se quedó quieto y vio cómo ella se aproximaba a Valdemar y

cómo éste, tras un torpe abrazo, la seguía hacia el portal. Lo invadió una sensación de afecto. Lo había conseguido.

Estaba un paso más cerca de la aceptación, un paso más cerca de su hija.

Las cosas empezaban a mejorar.

Su acto desinteresado había dado resultado.

Empezaba a hacer frío en el coche.

Sebastian estaba pensando en dar una vuelta con el automóvil para calentarlo cuando Vanja y Valdemar salieron. El abrazo de despedida le dio a entender que esos cincuenta y tres minutos que habían estado juntos claramente los habían acercado. La pregunta era cuánto. Tras unas breves frases de despedida, vio que Valdemar se alejaba mientras Vanja se aproximaba al coche, abría la puerta del copiloto y tomaba asiento.

—¿No vamos a llevarlo a casa? —preguntó Sebastian mirando hacia Valdemar, que se iba despacio caminando.

—Va a coger el metro, le he dicho hace un rato que teníamos que ir a trabajar.

—Vale.

Vanja se abrochó el cinturón. Sebastian arrancó el coche y se puso en marcha. Pasaron al lado de Valdemar y Vanja lo saludó con la mano y una sonrisa. Una señal más de que su plan parecía haber funcionado, pero era mejor asegurarse.

—¿Cómo ha ido? —dijo en un tono lo más neutro posible.

—Bien. Muy bien.

—Me alegro.

Vanja se volvió hacia él y le dedicó una mirada abierta y honesta.

—Gracias —añadió de manera escueta.

Sebastian se limitó a asentir con la cabeza a modo de respuesta, pero en su interior daba saltos de alegría. Ahora iba a cambiar de tema, no la iba a

presionar para que le contase más de lo que ella quería, no pediría detalles. Aumentó la velocidad, subió el volumen de la radio y siguió conduciendo en silencio.

Vanja se reclinó en el asiento mientras dejaban atrás Sundbyberg y se encaminaban hacia la E-18 en dirección norte. El cielo estaba cubierto de nubes y no llegaba a ser de día del todo, como era normal al final del otoño. Las fachadas parecían más apagadas de lo habitual. Era demasiado pronto para la decoración navideña en las ventanas, que las iluminaría al cabo de un mes. Los árboles habían perdido todas sus hojas con el frío tan temprano, la nieve se había derretido, las personas se envolvían en ropa cálida pero oscura. El mundo de ahí fuera daba una clara impresión de ser gris y pálido.

Qué mañana tan extraña.

Valdemar la había acompañado arriba, se había sentado en la cocina con Jonathan mientras ella se duchaba y se preparaba. Cuando se estaba vistiendo en el dormitorio, los había oído hablar. Valdemar reía. Le gustaba la sensación, hacerlo feliz. Había entrado en la cocina y Jonathan había anunciado que los dejaba solos, se iba a trabajar. Le había estrechado la mano a Valdemar con cariño y había dicho que se había alegrado mucho de volver a verlo.

Valdemar asintió.

Ella pudo ver que los dos estaban siendo sinceros.

Al quedarse solos, la cosa se volvió un poco torpe de nuevo. Vanja se preparó el desayuno y preguntó a Valdemar si quería algo, pero éste dijo que no, gracias, que le bastaba con el café. Era como si él no se atreviese a tomar la iniciativa cuando estaban los dos solos.

Seguía indefenso, débil, disculpándose.

Pero también seguía siendo completamente honesto.

Quería dejarle claro que el motivo por el que no la había llamado era que no quería presionarla. Que le iba a dar el tiempo que ella necesitase para llegar a saber cómo quería que fueran las cosas y que él acataría su decisión.

Le habló de forma sincera acerca del cáncer, la demanda judicial, de todo lo que había sucedido con Vanja y Anna, que eso había hecho que por un momento perdiese el equilibrio, que pensase que no había marcha atrás, nada por lo que continuar. Se había equivocado, ahora lo sabía. Se encontraba mejor. Que bajo ninguna condición quería que ella lo admitiese de nuevo en su vida por culpa o por miedo de lo que él haría si no lo aceptaba.

Si volvían a encontrar un camino de vuelta sería porque ella lo deseaba.

Ella le había preguntado acerca de la demanda. Él se encogió de hombros. ¿Qué quería que le dijese?

Había cometido errores.

Había tomado decisiones estúpidas.

Había infringido la ley.

Toda la historia de Daktea era incomprensible. Más grande y más complicada que el enredo de Trustor. Varias empresas involucradas. Testaferros, compras, quiebras, empresas fantasma, hombres de paja. La investigación preliminar ya llenaba miles de páginas y aún no había concluido. Valdemar seguía siendo sospechoso de haber estado involucrado, pero ya no tenía que estar en prisión provisional.

¿Adónde podía ir?

Todo el mundo comprendía que él no formaba parte de la cúpula en ese embrollo y que no tenía millones escondidos en ningún sitio de los que pudiese vivir en caso de huir, y al parecer habían descartado la posibilidad de que fuese a destruir pruebas. Así que seguía ahí.

Sin Anna. Sin su hija.

Solo.

Tal vez fuese porque Vanja últimamente había empezado a pensar en formar su propia familia, en pasar más tiempo en casa, en tener una historia, que el encuentro le había dado mucho sobre lo que reflexionar. Siempre había sabido que, de todos ellos, Valdemar era quien le había hecho menos daño, quien menos la había defraudado, pero quien más lo había pagado. Creía saber adónde la llevaría el encuentro de la mañana, pero necesitaba poner orden en sus impresiones para estar segura de que la decisión era la correcta cuando se decidiese a tomarla.

Una mañana extraña. Pero estaba bien. Se sentía bien. Ver de nuevo a Valdemar le había sentado bien. Y había sido gracias a Sebastian. Eso nunca se lo habría imaginado. Tal vez había cambiado.

¿De verdad lo pensaba?

Fuera como fuese.

Sabía que Sebastian no se dirigiría a ella, ya que ella le había pedido que no lo hiciese, pero se merecía una pequeña recompensa. Se volvió hacia él.

—¿Qué opinas de la nueva pareja de Torkel?

Sebastian pareció sinceramente sorprendido, se había esperado que seguirían la regla de no hablar entre ellos acerca de nada más que el caso, pero enseguida bajó el volumen de la radio.

—Bien. Parece simpática... Juro que no era mi intención contarle lo de Ursula. Estaba convencido de que él ya se lo habría explicado. Torkel parece ser de los que cuentan ese tipo de cosas.

—Sí —asintió Vanja.

—Espero no haber estropeado nada —dijo Sebastian con sinceridad—. Él es feliz, se le nota.

—Sí... ¿Y qué piensas de la mujer de Billy?

—Pues no sé. ¿Qué era? ¿*Coach* de estilo de vida?

—*Coach* vital y profesional —dijo Vanja, corrigiéndolo con una pequeña sonrisa que a él lo llenó más de calor que la calefacción del coche, que marcaba veinticuatro grados.

—Y ¿eso qué significa? Sé que lo explicó, pero desconecté.

—Ayuda a las personas a sentirse mejor y a alcanzar su pleno potencial. —Ella lo miró y la pequeña sonrisa se fue expandiendo—. Tú eres psicólogo, a lo mejor tenéis muchas cosas en común.

Le estaba tomando el pelo. Y a él le encantaba.

—No, no las tenemos —respondió Sebastian con cierto énfasis.

Él había estudiado cinco años en la universidad y luego había cursado la especialización. Imaginaba que My habría conseguido su título o diploma en alguna *master class* por internet y que en su página web, si es que tenía una, pondría que creía en tu potencial y que «puedes entrar en contacto con tu fuerza interior», que «tienes todas las respuestas dentro de ti» y, para ocultar la ausencia de ciencia real, que ella había comprendido que eran «su propio viaje por la vida y las experiencias» los que más le habían enseñado.

—Pero Billy parece feliz con ella —dijo para terminar encogiéndose de hombros.

—No estoy tan segura de ello.

Se quedó callada como si se hubiese dado cuenta de que había hablado demasiado y, a la vez, Sebastian tuvo la sensación de que quería contar más. Esperó en silencio.

—Le fue infiel —dijo al final.

—¿Cuándo?

—Este verano. Cuando íbamos detrás de Lagergren.

—¿Con quién?

—No lo sé.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Me lo dijo.

—¿Y él quería que me lo contases a mí?

Una pregunta totalmente legítima. Sobraba decir que la respuesta era «no». Eran amigos. De hecho, uno de los pocos amigos que ella tenía. ¿Por qué entonces estaba sentada en un coche de camino a Västerås chismorreando sobre él?

Era por culpa de My.

En algún momento de la noche en casa de Torkel y Lise-Lotte se había quedado sola con My y de repente se había descubierto a sí misma explicándole que intentaban tener un hijo. Algo que no era asunto de nadie más. Menos aún de My, que había logrado la tremenda hazaña de parecer interesada y curiosa a la vez que le había hablado de Billy, de su trabajo, del matrimonio, de la búsqueda de la casita de veraneo. Todo era tan jodidamente estupendo y maravilloso que Vanja había sentido la necesidad de ensuciar un poco esa imagen de perfección. Si My había conseguido sacarle a ella algo que nadie debía saber, era más que justo que Vanja también pudiese contar algún secreto.

Era un razonamiento tonto de narices, claro.

Ruin, infantil, inmaduro.

Pero ya estaba hecho.

—No se lo puedes decir a nadie —dijo ella con énfasis, arrepintiéndose—. En especial a Billy.

—Vale.

—Promételo.

—Pero si cuando prometo cosas no significa nada —dijo él con fingida ofensa en la voz. Se dio cuenta de inmediato de que la broma no era bien recibida—. Lo prometo. Si quiero hablar con Billy, tengo otras cosas que tratar con él.

Estaba claro que no pensaba explicarle de qué se trataba y ella no preguntó. Siguieron viajando. El móvil de Vanja vibró. Ella lo cogió.

—Billy y Carlos han enviado lo que han encontrado sobre Ingrid Drüber.

Vanja empezó a leer y continuaron el trayecto en un silencio agradable. Era uno de los mejores viajes en coche que Sebastian podía recordar.

Ni siquiera el cartel que una hora más tarde les indicó que habían llegado a Västerås logró estropear su buen humor.

A veces uno no tenía más remedio que rendirse.

A veces no se podía seguir adelante.

La llamada de Ida, los dos asaltos, ese periodista que la había pillado por banda en el aparcamiento, todo eso lo había conseguido afrontar y había continuado hacia delante. Porque estaba centrada en su objetivo; era más importante que los hechos mundanos con los que se enfrentaba, y tenía un Dios que la sostenía, que la apoyaba en cada paso en su camino.

Esa mañana se había despertado a las seis. Volvía a dormir otra vez bastante bien por las noches. Iba con especial cuidado cuando regresaba a casa sola, cada vez tenía una sensación desagradable, pero en general se las apañaba mejor cada día que pasaba. Como había sabido que iba a ocurrir. Con la ayuda de Dios. Se sentía fuerte de nuevo. Después de media hora de oración, un paseo rápido, una ducha y el desayuno, había ido a la iglesia.

Tras finalizar la reunión de la mañana con el personal, había entrado en su pequeño despacho, de decoración sencilla. Un escritorio, un pequeño sofá y un sillón solitario en un rincón para conversaciones privadas, una librería en una pared con la misma cantidad de folletos informativos que libros. Cuadros con diferentes motivos cristianos sobre las paredes de color verde oscuro. Detrás de su silla estaba su favorito, una impresión sobre lienzo de Salvator Mundi, se suponía que pintado por Leonardo da Vinci. Había dedicado toda la mañana a tareas administrativas y a preparar el sermón del domingo; para ese día no tenía prevista ninguna actividad relacionada con las elecciones, ni conversaciones de guía espiritual, ni planificaciones de bautizos, bodas o funerales. Su buzón de entrada estaba repleto de mensajes pendientes de contestar, y tenía que repasar un plan de rehabilitación y prepararse para un

asunto sindical con un músico de iglesia. Era un día normal con muchas tareas normales.

Y entonces habían aparecido esos dos.

De la policía. De la Unidad de Homicidios.

La mujer más joven y el hombre mayor. Vanja Lithner y Sebastian Bergman. Sabían muchas cosas, mucho más de lo que sabía el periodista. Parecían saberlo todo.

A veces una no tenía más remedio que rendirse.

A veces no se podía seguir adelante.

La mujer joven no la soltaba con la mirada, como si escrutase e interpretase cada palabra que Ingrid pronunciaba.

—Sabemos de AbOvo —dijo ella, quedándose luego en silencio, esperando claramente a que Ingrid hablase.

Por un instante pensó en mentir. O al menos aparentar que no sabía de qué hablaban, pero comprendió que si la policía había llegado hasta ella, era porque o Ida o Klara se lo habían contado.

—Un grupo antiaborto en Uppsala del que tú eras la líder —completó Vanja al ver que la respuesta se hacía de rogar.

—Sí.

—Del que Linda Fors era miembro.

Volvió a aparecer la idea de negarlo todo. Klara no había estado allí la noche que sucedió, así que no lo podía explicar. ¿Qué habría contado Ida? Era probable que todo. Ingrid había notado en su voz, cuando la llamó, que estaba a punto de derrumbarse.

Habían pasado ocho años desde entonces.

El recuerdo empalidece.

Una olvida, añade cosas, quita otras.

Tal vez podría lograr que eso volviera a desaparecer. Pero entonces necesitaría saber más.

—¿Por qué preguntáis sobre esto?

—Creemos que una serie de ataques, violaciones y muertes pueden tener una conexión con ese grupo y con lo que pasó con Linda Fors —contestó Vanja sobria, sin quitar la mirada de la mujer sentada en el sillón.

—¿En serio?

—Sí; ¿a ti te han atacado? —intervino Sebastian.

—No.

Una respuesta rápida, una mentira rápida. Sebastian se percató de ello, así que se convenció de que Vanja tampoco lo habría pasado por alto.

—¿Seguro?

Ingrid hizo un rápido repaso mental de las opciones que tenía. ¿Le ayudaría si ella también era una víctima? ¿Si ya había sido castigada? No en el sentido jurídico, claro, sino a nivel personal. Al menos no haría daño.

—No quiero que nadie lo sepa... —dijo en voz baja, clavando la mirada en sus rodillas.

—No hace falta que lo contemos.

Ingrid respiró hondo, levantó la cabeza y con los ojos fijos en Vanja les explicó que la habían atacado dos veces. Cómo había sucedido. La primera vez cuando iba hacia su coche tras una reunión en la iglesia. La segunda vez en su casa.

La inyección.

El saco horroroso.

Al poner palabras a los sucesos, al explicárselo a alguien, sintió de repente hasta qué punto la había afectado, a pesar de todo, cómo los terribles hechos se habían apoderado de ella, que se había convencido a sí misma de que se sentía mejor de lo que en realidad estaba, pero que a la vez agradecía que su fe la hubiese ayudado a superarlo, a seguir adelante.

Querían saber si había visto al agresor.

No, no lo había hecho. Las dos veces se le había acercado por detrás. Les contó cuándo se habían producido los dos ataques. En el plan de acciones que parecía seguir el agresor, las dos ocasiones habían tenido lugar antes de atacar a Ida. Por tanto, Ingrid había sido la primera víctima. Parecía creíble. A pesar de todo, ella había sido la líder del grupo.

Explicarles lo que había vivido la conmocionó. Sacó a la luz recuerdos que ella había hecho todo lo posible por reprimir. Necesitaba salir, calmarse, tomar un vaso de agua.

—Háblanos de Linda —pidió Vanja cuando volvió a entrar y tomó asiento.

—No sé qué decir...

—¿Cómo llegó hasta vosotras?

—Estaba embarazada, los médicos le habían aconsejado interrumpir el embarazo y ella necesitaba apoyo y sostén; una amiga le había hablado de nosotras.

—¿Por qué le habían recomendado que interrumpiera el embarazo?

—Consideraban que había riesgo para los dos si lo llevaba a término.

—Así que la convencisteis para conservar el hijo aunque sabíais que era peligroso para ella —resumió Vanja, intentando mantener un tono de voz

neutral, profesional.

—No la convencimos —la corrigió Ingrid—. Ella vino a nosotras porque quería conservarlo. Y nadie «sabía» si era peligroso para ella. Nadie excepto Dios.

—¿De modo que la opinión de los médicos no tenía ningún peso? —preguntó Sebastian, logrando disimular la crítica en su tono de voz bastante peor que Vanja.

—Dios podría haber deseado que tanto ella como el hijo sobreviviesen, y entonces habría sido así —respondió Ingrid de manera natural y sencilla.

—Pero, al parecer, no quiso —constató Sebastian—. El viejo barbudo del cielo estaba de acuerdo con la ciencia médica...

Ingrid había vivido esto muchas veces. Una cosa eran las críticas de los intérpretes liberales de la Biblia, de los que adaptaban la fe a las ideas básicas de la secularidad contemporánea y rebajaban el significado de los escritos, con ellos podía mantener un debate. Pero a un ateo acérrimo, como estaba convencida de que era Sebastian, no necesitaba ni dignificarlo con una respuesta. Le dedicó una mirada más bien compasiva mientras permanecía en silencio.

—De modo que Linda vino a vosotras... —dijo Vanja, intentando reconducir la conversación hacia el motivo por el que estaban allí. No era la primera vez que las opiniones personales de Sebastian y su forma de expresarlas ponían en riesgo la decisión de un testimonio o de un sospechoso de hablar con ellos.

—En su casa no tenía apoyo —asintió Ingrid—. El hombre, el padre del hijo, se desentendió. Por lo que intuí, se distanció de ella.

—¿Y los padres, hermanos, amigos?

—Los padres no sabían nada de lo que habían dicho los médicos. Ella no

se lo quiso contar. Dijo que no lo habrían comprendido. —Ingrid hizo una breve pausa, se inclinó hacia delante y fijó la mirada en Vanja, como si fuese muy importante que ella lo comprendiese—. Estaba completamente sola. Únicamente nos tenía a nosotras en una situación muy difícil.

—¿Qué pasó el veintidós de junio de 2010?

*Las llama por la tarde y quiere que se vean. Ha intentado conseguir que el hombre hable con ella, sobre ellos, sobre el niño, sobre su futuro, sobre si pasa lo peor. Pero él no quiere, no puede, se aparta. Se siente más sola que nunca, y no se encuentra demasiado bien.*

*Están allí para apoyarla. Todas excepto Klara Wahlgren. Ella acaba de dar a luz. Un hijo. Comentan que se llevarán poco tiempo, tal vez serán amigos. Los hijos de Linda y Klara.*

*Cuando llega está más pálida de lo habitual, pero no es tan raro, está pasando por muchas dificultades. Tanto a nivel físico como mental. Cuando le preguntan cómo se encuentra contesta que no se siente bien, que por primera vez tiene la sensación de que algo no va bien. Esa sensación le da miedo, hace que se cuestione, empieza a dudar. El hecho de que su pareja no tenga la fuerza para apoyarla tampoco ayuda. Que nadie esté ahí con ella. Tiene a su amiga Therese, pero ella no es un apoyo de verdad, no lo acaba de comprender. Dice que la apoya, sea cual sea la decisión que tome Linda, que eso es cosa suya, pero entre líneas se puede leer que la amiga piensa que se está equivocando.*

*De modo que no tiene a nadie.*

*Excepto a AbOvo.*

*Hablan sobre todo tipo de cosas, no sólo sobre el embarazo y lo que le preocupa; consiguen que se relaje, que se encuentre mejor, que esté más tranquila. Intentan hacer que suelte la angustia, que tenga confianza en que*

*Dios siempre hace lo que es mejor, que sienta la alegría de llevar en su seno una pequeña vida. Disfrutar del milagro que crece en su interior. Después de la conversación rezan juntas. Por ella, por su hijo aún sin nacer, por su marido. Piden que todo vaya bien, que la fuerza la acompañe en el difícil momento que está pasando, que la inquietud se calme y que encuentre de nuevo el camino de vuelta junto a su marido y a una relación amorosa.*

*Parece sentirse mejor, está más contenta y más tranquila. Les da las gracias, no sabe qué haría sin ellas. Sin su fe. Sin Dios. Se preparan para despedirse. Linda tiene que ir primero al baño. La esperan charlando sobre Linda y el niño, naturalmente, pero también sobre otras cosas.*

*Ulrika es la primera en darse cuenta.*

*—Sí que está tardando.*

*Esperan unos minutos más y luego bajan todas hasta los lavabos que están en la planta baja. Sólo uno de ellos está ocupado y cerrado con llave. Llaman a la puerta.*

*—Linda.*

*No hay respuesta.*

*—Linda, ¿estás bien? ¿Va todo bien?*

*Sigue habiendo silencio. Se producen algunos segundos de confusión hasta que deciden que tienen que intentar abrir la puerta. Por suerte, se trata de una cerradura vieja, de ésas con una ranura en el exterior en la que puedes poner una moneda o una llave y girar para abrir desde fuera. Eso es lo que hacen.*

*Linda está tumbada en el suelo. Inconsciente. Hay mucha sangre. Todas se quedan paralizadas, no saben qué hacer. Ida empieza a rezar en silencio detrás de ellas. Ulrika entra en el lavabo, procura reanimar a Linda, le toma*

*el pulso. Lo encuentra claro, aunque irregular. Necesita atención médica, tienen que llevarla a un hospital.*

*—¡Llama a una ambulancia!*

*Se trata de una reacción natural, una reacción real, aunque no pueden hacerlo. No pueden llamar a una ambulancia. Se encuentran en las dependencias de la iglesia. En las dependencias de la Iglesia sueca. Bajo ninguna circunstancia puede ser vinculada a su grupo, a su actividad.*

—¿Entendéis el problema? —dijo Ingrid interrumpiendo su relato. Sebastian y Vanja observaron cómo se enderezaba en el sillón, estaba claro que era un tema que la afectaba mucho—. Un grupo que defiende que la palabra de la Biblia, la palabra de Dios, es indiscutible e incuestionable no puede mostrar que pertenece a la Iglesia.

—¿Por qué no? —replicó Vanja. Tenía la sensación de conocer ya la respuesta, pero preguntó de todos modos.

—¿Por qué? Porque ha perdido por completo su sentido. Habrían hecho cualquier cosa para distanciarse del tema, explicar que no estaban involucrados, que no sabían nada, y habrían tomado medidas.

—Habrían echado a los fundamentalistas —sugirió Sebastian.

—Habrían tomado medidas porque creemos y vivimos según las palabras de Dios —continuó Ingrid, como si ni siquiera hubiese oído la intervención de Sebastian. Tanto él como Vanja observaron cómo sus mejillas empezaban a subir de color—. Porque defendemos que la vida es sagrada. Hasta tal punto han llegado que se habrían deshecho de nosotras, que representamos lo que en realidad deberían representar ellos. Por eso la Iglesia sueca está en crisis.

—¿De modo que no llamaste a una ambulancia porque tenías miedo de que te echasen?

Ingrid se volvió hacia Sebastian, y a Vanja le pareció percibir que su paciencia estaba llegando al límite. Querían conseguir el máximo de información, y para ello los ataques constantes no solían ser la mejor de las estrategias.

—No espero que tú lo entiendas —dijo Ingrid con una calma que a Vanja le pareció admirable.

—Bien, porque no lo hago.

—Si por algún motivo la diócesis no me hubiese echado, el público general se habría encargado de ello. La justicia de la plebe en las redes sociales. Entonces la cosa no era tan grave como hoy, que Twitter te puede destrozarse la vida, pero aun así...

—Estoy seguro de que hay alguna Iglesia libre desquiciada en alguna parte que te recibiría con los brazos abiertos.

—Sebastian —lo interrumpió Vanja con un tono severo—. Cierra la boca.

Cosa que hizo. Comprendía lo que ella quería, lo que él estaba saboteando. Vanja se volvió de nuevo hacia Ingrid.

—Te pido disculpas por mi compañero. Por favor, continúa. ¿Qué pasó?

*Entre todas consiguen sacar a Linda, llevarla hasta el coche y meterla en el asiento trasero. Aún sangra, pero se despierta a ratos, asustada, confundida. Ingrid conduce. Rebecca e Ida están sentadas cada una a un lado de ella. En realidad, son incapaces de hacer nada. Presas del pánico. Ulrika delante, en el asiento del copiloto. Ingrid intenta concentrarse en el camino, atravesar lo más rápido posible la ciudad de Uppsala, aún iluminada por la clara noche de verano. De vez en cuando echa una mirada por el retrovisor.*

*Desde atrás llega una serie de actualizaciones y preguntas en voces altas*

y agudas.

«¡Está sangrando!»

«¿Cuándo llegamos?»

«¡Está inconsciente!»

«¿Lo va a conseguir?»

«Creo que no respira. ¡¿Respira?!»

*Ingrid les pide estresada que se callen, que no sabe, que no puede responder a sus preguntas. Mira de nuevo por el retrovisor. Linda vuelve a estar consciente por un instante. Sus ojos muestran miedo y suplicio. Sabe que algo grave está pasando y le suplica a Ingrid en silencio con su mirada rota que la salve. Aun así, ésta se detiene cuando faltan sólo unos minutos para llegar a la entrada de urgencias. De repente se da cuenta. Acompañar a Linda hasta el hospital traerá consecuencias.*

*Harán preguntas, exigirán respuestas, establecerán conexiones.*

*Lentamente, se aproximan al hospital, intentando ponerse de acuerdo en qué hacer. Al final encuentran un lugar oculto cerca de urgencias y sacan a Linda del coche. La tumban despacio sobre el suelo mientras Ulrika, que es la que parece más serena de todas, se acerca a la puerta de urgencias, entra y se dirige a la recepción. Explica rápido que hay una mujer fuera en el suelo, sangrando, que está grave. Desaparece antes de que les dé tiempo a hacerle más preguntas, se reúne con las demás en el punto de encuentro que han acordado antes. Esperan hasta que ven cómo el personal del hospital halla a Linda y se la lleva dentro; luego se alejan del lugar en silencio.*

*Regresan a la iglesia, limpian el baño y lo organizan todo. Limpian hasta que parece que los acontecimientos de la noche nunca han tenido lugar. Se ponen de acuerdo en contar la misma historia en caso de que sea necesario. Se han encontrado en casa de Ulrika. Han comido y pasado un rato juntas.*

*Ingrid y Rebecca han acompañado a Linda de camino a casa. Acuerdan el lugar en el que se han separado. A una distancia corta de camino al hospital.*

*Hicieron todo lo que pudieron por Linda. Fuera cual fuese el desenlace, no había motivo para involucrar a AbOvo. Nadie saldría ganando con ello. Con pasos y mentes apesadumbradas, se despidieron delante de la iglesia. Ninguna de ellas estaba orgullosa de lo que habían hecho, pero no habían tenido otra alternativa.*

—¿Qué habrías hecho si llega a sobrevivir? —preguntó Sebastian con una curiosidad sincera. Ese plan que habían inventado tan rápido se habría venido abajo en el mismo instante en que Linda hubiese recuperado la consciencia.

—No llegamos a pensar en eso —reconoció Ingrid sin andarse por las ramas, y se volvió de nuevo hacia Vanja—. ¿Por qué creéis que lo que nos ha pasado tiene que ver con lo que ocurrió con Linda?

Vanja miró a Sebastian, que claramente estaba dejando que ella se ocupase de la respuesta. Dudó un momento y luego decidió decir la verdad.

—Creemos que el agresor os está intentando dejar embarazadas. Que quiere obligaros a tener que tomar una decisión imposible. Como castigo.

—El castigo no es cosa de los hombres, eso le corresponde a Dios.

—No todo el mundo cree en Dios —resopló Sebastian—. Por suerte.

Se puso en pie para salir de la sala. Ya estaba harto, tanto de Ingrid Drüber como de sí mismo. Se paró en la puerta para esperar a Vanja.

—¿Por qué pasa esto ahora? —planteó Ingrid, deteniéndola justo cuando la policía se levantaba del sofá—. Hace ocho años de aquello. ¿Por qué ahora?

Era una pregunta que ellos mismos se habían hecho desde que habían estado bastante seguros de que todo estaba conectado con la muerte de Linda, pero aún no habían encontrado la respuesta.

—No lo sabemos. ¿Eres consciente de si ha pasado algo últimamente? ¿Alguien que se haya puesto en contacto contigo para hablar sobre este tema?

—Vino un periodista. Había oído hablar de AbOvo.

—¿Axel Weber?

—Sí, así se llamaba, estuvo aquí, pero no pasó nada y no volvió a venir.

—¿Cuánto hace de esto?

—Hará unas dos semanas.

Eso fue después de que la Unidad de Homicidios se involucrara en el caso, después de la rueda de prensa. Lo que Vanja había intentado averiguar era si alguien más había mostrado interés por los sucesos que habían tenido lugar en junio hacía ocho años. Antes de que empezasen los ataques y las violaciones, pero supuso que las investigaciones que estaban haciendo Billy y Carlos sobre Linda darían algún nombre con el que trabajar. Sebastian había hablado de hombres de su entorno que lo hubiesen perdido todo con aquella muerte. No podría haber demasiados que encajasen con esa descripción.

Hizo un nuevo intento de incorporarse. Esta vez lo consiguió, pero no llegó más lejos que la puerta que Sebastian todavía mantenía abierta cuando Ingrid la volvió a detener.

—Me presento a las elecciones de obispo.

—Lo sabemos.

—Esto no tiene por qué salir a la luz, ¿verdad? Sinceramente, estoy haciendo todo lo que puedo para ayudaros.

—Es probable que se reabra la investigación sobre la muerte de Linda

Fors —dijo Vanja—. Dependerá de lo que concluyamos.

Vanja suponía que eso acabaría en que todas las personas que habían estado presentes aquella noche, de las que Ingrid era la única que aún seguía viva, serían consideradas culpables de homicidio imprudente, y en ese caso el crimen ya habría prescrito. Parecía poco probable que un fiscal intentase tratarlo como asesinato. Así que lo más seguro era que el asunto nunca llegase al conocimiento público.

—Un grupo antiaborto en la Iglesia sueca, partícipe de la muerte de una mujer joven y su bebé no nato que luego intenta ocultar —oyó decir a Sebastian—. Yo diría que más te vale desear que tu Dios quiera mantenerlo en secreto, o lo tienes bien jodido.

Abrió la puerta de par en par y salió de la sala. Vanja le dedicó a Ingrid una mirada de disculpa antes de seguirlo, aceleró el paso y lo alcanzó a medio camino de la salida, con el teléfono ya puesto en la oreja para informar a Torkel y saber si ellos habían descubierto algo.

—De verdad que a veces no entiendo nada de las cosas que haces —constató ella mientras esperaba una respuesta.

—No, ya lo sé. Soy un misterio.

—No, eres un imbécil —afirmó Vanja, zanjando el tema mientras salían juntos de la iglesia.

En la sala de reuniones hacía calor.

Fue lo primero que pensó Torkel al llegar ya un poco sudado y unirse a los demás tras haber regresado de Estocolmo. Echó un vistazo al termostato que había justo al lado de la puerta. Veintiséis grados. Miró hacia Carlos, ya en la mesa, con su lado derecho orientado hacia los demás, pues aún no había recuperado la audición del oído izquierdo después del accidente. Iba vestido con camisa, jersey y chaleco acolchado. Fuera, la temperatura ya era más normal para finales de octubre, incluso un poco por encima de lo habitual. Una constante lluvia fina había empezado a caer a mediodía y no mostraba signos de cesar. El cielo y la ciudad eran de un sólido gris. Faltaban tres días para noviembre, pero el frío se había adelantado y había envuelto el país en la vestimenta más triste y deprimente. Coincidió bastante con el estado de ánimo de todos. Tenían un móvil plausible, muy probable, pero no estaban más cerca de una detención ahora que cuando habían empezado.

A menos que uno de los hombres cuya foto estaba colgada en la pizarra blanca fuera el que buscaban. La primera, un retrato en color de un tipo de unos treinta años, ojos castaños, pelo oscuro y una cara redonda imberbe que irradiaba amabilidad. Hampus Bogren, la pareja de Linda y padre del hijo que nunca tuvieron.

A su lado, un hombre de la misma edad. Foto en blanco y negro, sacada del registro de pasaportes. Ojos castaños con mirada penetrante bajo una cabeza rapada, ni una insinuación de sonrisa. Una imagen que puesta en una portada habría conseguido que la mayoría de los ciudadanos pensarán de inmediato que él era el culpable. Algo que, por otra parte, compartiría con el noventa por ciento de la población, ya que eran muy pocos los que lograban

el arte de parecer amables e inspiradores de confianza en sus fotografías de pasaporte.

El hombre de la edad de Torkel y Sebastian que aparecía en la tercera foto no era ninguna excepción. Los mismos ojos oscuros que el hombre más joven, pero con pelo oscuro y rizado y barba. Un gran aro en una de las orejas.

Rodrigo y Daniél Valbuena.

El padre y el hermanastro de Linda.

Y luego otro hombre que Torkel no había visto antes. Más o menos de la misma edad que Hampus, unos treinta, con grandes entradas en la frente, pelo largo y rubio peinado hacia atrás, que le alcanzaba los hombros, ojos pálidos tras unas gafas, nariz muy prominente, labios finos y, entre medio, un bigote que habría sido la envidia de cualquier actor porno de los años setenta.

—¿Quién es Boris Holt? —preguntó Torkel, indicando con un gesto de la cabeza la novedad añadida a la pizarra al mismo tiempo que se volvía y bajaba el termostato hasta unos soportables veintitrés grados, tras lo cual se quitó la chaqueta.

—Un amigo de Linda. Según Therese, su mejor amigo. Al menos hasta 2010 —respondió Anne-Lie mientras Torkel tomaba asiento en una de las sillas vacías en torno a la mesa de reuniones—. Todos hemos tenido muchas cosas que hacer hoy, pero puedo empezar yo con mi visita a la calle Almqvistgatan.

Milan Pavic abrió la puerta. Anne-Lie le explicó el motivo de la visita: necesitaba hablar con Therese. Milan preguntó si de verdad era necesario. Sí, lo era. Se hizo a un lado y le mostró el camino por el piso de tres habitaciones. La hermana pequeña de Therese, Gabriella, estaba sentada en la sala de estar. Era como entrar en una fotografía en blanco y negro; en una

pared vio un sofá gris con cojines blancos y grises. Un sillón de tela blanca con una manta gris. Fotos en blanco y negro sobre las paredes. Una alfombra gris claro debajo de la mesa de centro blanca. Lámparas, jarrones, todos los detalles decorativos eran blancos o grises. Lo único que destacaba de otro color era el parquet marrón.

Gabriella le preguntó a Anne-Lie si quería tomar algo. Dijo que no, gracias, y se sentó en el sillón. Casi con cuidado, como si temiese que su vestido rojo se fuese a desteñir.

—¿Cómo está? —preguntó a la hermana menor.

—Está durmiendo bastante.

«O sea, que no tan bien», pensó Anne-Lie. Medio minuto más tarde entró Therese en la sala y confirmó su sospecha. Se había puesto un quimono sobre las bragas y la camiseta. Cabía pensar que no había pegado ojo. Tenía aspecto de cansada, ojeras oscuras, la piel pálida y seca; parecía casi transparente, y tenía los ojos entrecerrados, como si mantenerlos abiertos del todo le supusiera un sobreesfuerzo. Se sentó en el sofá y Milan, a su lado, le puso con cuidado la mano en el hombro. Anne-Lie tuvo la sensación de que no pensaba perderla de vista nunca más.

—¿Cómo estás?

—No muy bien.

—¿Tienes fuerzas para contestar a algunas preguntas? —continuó Anne-Lie con toda la comprensión que pudo en la voz. Therese asintió con la cabeza, tomando el quimono y cerrándolo, y después cruzó los brazos sobre el pecho como si se abrazase a sí misma.

Anne-Lie respiró hondo y le explicó lo que sabían y lo que creían. Sobre AbOvo, sobre la muerte de Linda, sobre que alguien probablemente estaba buscando venganza y, tras un atisbo de duda, añadió que el motivo por el que la habían atacado dos veces era para dejarla embarazada.

—Así que es importante que ayer en el hospital te diesen la pastilla del día después. ¿La tomaste?

Therese se limitó a asentir con la cabeza. Anne-Lie podía ver cómo se le iban llenando los ojos de lágrimas. Por si los ataques no fuesen lo bastante horribles, la violencia hacia su cuerpo, hacia todo su ser, alguien tenía un objetivo, un plan horroroso de intentar estropear aquello que debería ser el resultado deseado de una unión amorosa, querían transformarlo en algo horrendo y grotesco.

—Tú no formabas parte de AbOvo. —Más valía seguir avanzando, nadie sabía por cuánto tiempo Therese sería capaz de responder a sus preguntas.

—No.

—¿Sabías de los riesgos del embarazo de Linda? —Un nuevo asentimiento con la cabeza—. Pero no intentaste convencerla de que lo interrumpiese. —Más que una pregunta, una afirmación. Si hubiese sido de otro modo, Therese nunca habría sido una víctima.

—Ella no quería. De verdad que no quería —dijo Therese con las lágrimas recorriendo en silencio sus mejillas. Milan se la acercó hacia él, como si quisiese envolverla, protegerla de todo—. Ella era mi mejor amiga. Yo le di mi apoyo.

—Claro que lo hiciste.

—Fuera de la iglesia no tenía a nadie más.

—¿Qué tal con sus padres y su hermanastro?

—No sabían nada. Estaba sola. Yo la apoyaba.

Así no era como lo consideraba el autor de los hechos. A su modo de ver, aquellos que no hubiesen hecho lo que podían para impedir el embarazo eran cómplices.

—¿Puedes imaginarte a alguien más que desee vengarla? ¿Aparte de su expareja, su padre y su hermanastro?

—Boris —dijo de inmediato, sin pensar ni un instante.

—¿Boris qué?

—Holt. Eran vecinos. En la calle Jumskilsgatan, ¿sabes dónde está? —Sí, lo sabía—. Iban siempre juntos, yo incluso le tenía un poco de celos, ya sabes, ella era mi mejor amiga pero yo no era la suya.

Eso era algo con lo que Anne-Lie se podía identificar. Ella misma había tenido relaciones así, en las que los otros significaban más para ella que ella para ellos. Darse cuenta de que era así siempre resultaba duro.

—Pero Linda rompió con Boris cuando él no la apoyó en su decisión de tener al bebé. Yo creo que estaba enamorado de ella.

—Al parecer, solían pasar las noches sentados en el tejado cuando eran más jóvenes. Ver la salida del sol, hablar de todo, era más un hermano para ella que su propio hermanastro —dijo Anne-Lie como conclusión de su visita a casa de Therese.

—Entonces ¿qué sabemos de Boris Holt? —preguntó Torkel dirigiéndose a Carlos y a Billy. Un hombre que había perdido a la persona que amaba. Justo lo que estaban buscando.

—Jefe de logística en una empresa que se dedica a la venta de productos para el hogar. Vive a las afueras de Norrtälje desde 2013, casado, con dos hijos por parte de su mujer desde 2015 —pudo explicar Carlos.

—¿Hemos enviado a alguien a verlo?

—No vale la pena, ayer se fueron de viaje a Chipre. Vacaciones de otoño. Regresan el domingo.

Torkel comprendió que tendrían que esperar pacientemente. Contactar con la policía de Chipre para interrogar a Holt en el lugar no era viable por varios motivos, y llamarlo, en el mejor de los casos, lo alertaría de que seguían sus pasos, lo cual no era una estrategia demasiado inteligente cuando el sospechoso ya se encontraba en el extranjero. Por un instante, Torkel jugó con la idea de mandar a personal de la Científica a la casa de Holt en las afueras de Norrtälje para recoger pruebas de ADN, para saber con certeza si él era su sospechoso cuando volviese del viaje, pero con la información que tenían, Holt no podía ser clasificado como sospechoso razonable. Había estado enamorado de Linda, era todo lo que tenían, de modo que sería difícil justificar un registro domiciliario.

—No lo he pensado hasta ahora —dijo Vanja interrumpiendo sus pensamientos—. Si su plan es que las mujeres se queden embarazadas... Estamos en 2018, sólo es cuestión de tomar una pastilla del día después.

—Yo diría que eso únicamente le servirá a Therese —dijo Sebastian—. Si eran miembros de AbOvo, seguro que es lo equivalente a un aborto.

—Therese cogió uno de esos Coches de Confianza, ¿qué más sabemos de eso? —Anne-Lie dirigió la conversación hacia la otra pista y se volvió para ver a Carlos, que se enderezó y consultó la libreta que tenía delante sobre la mesa.

—Empezó hace cinco años como un servicio para estudiantes, y desde entonces ha crecido y ahora tienen cinco coches. Lo lleva el fundador, Felix Hoekstra.

—¿Y él qué dijo?

—No estaba.

—¿Dónde está?

—Linköping, Växjö y luego Borås, una pequeña gira por otras ciudades universitarias en las que los municipios se han interesado por nuestra empresa —explicó la joven mujer que había abierto la puerta de la oficina de los Coches de Confianza en el centro de Uppsala cuando Carlos llamó. Después de mostrar su identificación y explicar lo que quería, lo habían dejado pasar, y supo que la mujer se llamaba Samantha y que en esos momentos estaba sola en la oficina.

—Pero esto no es una actividad municipal, ¿verdad? —dijo Carlos al seguirla, adentrándose en los locales después de haber rechazado el ofrecimiento de colgar su abrigo.

—No, pero los temas de seguridad están muy al día, se están intentando establecer colaboraciones con el sector privado. Como aquí —declaró Samantha abriendo los brazos en el local vacío, como un gesto que tenía por intención mostrar toda su actividad. Lo cual no era difícil. Tres mesas y cinco ordenadores. En las paredes había una pizarra, algunos pósteres y un mapa de Uppsala.

Samantha le explicó que la oficina estaría vacía, salvo por ella, hasta las cuatro, más o menos, cuando empezaba a oscurecer. Era entonces cuando había más demanda de sus servicios. Casi todos los que colaboraban allí tenían otros empleos y no solían ir más que por la noche algunos días a la semana.

—¿Cuántos trabajáis aquí? —preguntó Carlos.

—Unos veinte, pero los días de diario somos sólo tres o cuatro aquí, además de los conductores. En fin de semana, algunos más.

—Necesito una lista de vuestros empleados.

—No son empleados, son voluntarios, no reciben sueldo.

—Necesito una lista de todo el mundo que trabaje aquí. —Carlos reformuló la pregunta sin el menor indicio de irritación, a pesar de que

Samantha debía de haber comprendido lo que quería decir la primera vez, ya que su corrección la hacía parecer una puntillosa policía lingüística.

—Todos han entregado una copia de sus antecedentes penales —explicó Samantha, como si eso de alguna manera hiciese innecesaria la petición de Carlos.

—No lo dudo, pero aun así necesito un listado.

En el mejor de los casos aparecería algún nombre conocido de su investigación. Alguien que pudiesen conectar con Linda Fors o con alguna de las víctimas. Cosas más raras habían sucedido.

—No sé muy bien dónde la tenemos, Felix se ocupa de esas cosas. O Remi, ella hace gran parte de las tareas administrativas, pero tampoco está aquí.

—Llama a alguno de ellos dos —sugirió Carlos, lo cual a Samantha le pareció buena idea.

Sacó su teléfono, marcó un número y, tras unos segundos, obtuvo respuesta. Explicó que era ella y lo que necesitaba. Luego fue y se sentó delante de uno de los ordenadores e introdujo el nombre de usuario y contraseña; recibió instrucciones de cómo proseguir y la fueron guiando, y pronto se oyó el ruido de una impresora que había en una esquina.

—¿Necesitas algo más? —preguntó con el aparato en la oreja—. Mientras aún la tengo al teléfono.

—Viajes; ¿tenéis datos sobre los trayectos?

—Los trayectos, ¿los guardamos en algún sitio? —repitió Samantha al teléfono. Algunos murmullos, algún «ok» y más presiones sobre el teclado.

Lo que más les interesaba saber era el tiempo que se tardaba desde que la persona llamaba hasta que la recogían y llegaba a su casa. No porque Carlos pensase que eso les podría revelar demasiado; tenía la sensación de que

estaba pidiendo datos para poder descartar una conexión entre los ataques y los Coches de Confianza. Que alguien se enterase de la llamada recibida allí, que averiguara que la víctima estaría sola cuando llegase a su casa, que se lo explicara a un cómplice que iría hasta la dirección, que consiguiese forzar la puerta y entrar, y que esperara hasta que la persona que había llamado llegase a su casa..., todo eso parecía más bien rebuscado...

—Y en principio algo imposible con el margen de tiempo del que estamos hablando —dijo Carlos, finalizando su informe de la visita a los Coches de Confianza.

—¿Alguna de las otras víctimas ha usado sus servicios?

—Klara nunca lo ha hecho, eso lo sabemos. No están en Gävle, que es donde vivía Rebecca. Respecto a Ida, he comprobado la fecha que encontramos en el recibo del día que fue a comprar, el veintiuno, a plena luz del día, y no hicieron ningún viaje.

—Buen trabajo —soltó Torkel cuando Carlos cerró su libreta.

Estaba impresionado con el hombre helado. Contrastar los viajes de los Coches de Confianza con el recibo de Ida había sido inteligente. Ese tipo de inteligencia con la que a Torkel le gustaba rodearse. Si alguna vez Carlos quería cambiar de trabajo, Torkel lo recibiría con los brazos abiertos. Sería una buena aportación al equipo, tranquilo, metódico y agradable. Que con eso Torkel se llevara al mejor hombre de Anne-Lie, si es que Carlos alguna vez iba a parar a la Unidad de Homicidios, sólo era un plus añadido.

—¿Le preguntaste si Weber había estado allí? —soltó, seguro de que obtendría una respuesta afirmativa. Al hecho de que Carlos habría preguntado, no de que Weber hubiese estado allí. Parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra: no había contestado a ninguna de las llamadas de Torkel, ni se las había devuelto.

—No había estado. No según Remi, al menos, que era con quien hablaba esa tal Samantha y que parecía saber casi todo lo que ocurría en ese lugar.

—¿Hemos tenido noticias de él? —preguntó Ursula. Sólo lo había visto una vez, pero sabía que Torkel le tenía un cierto respeto profesional y que, de hecho, los había ayudado en más de una ocasión.

—No.

—¿Y en el *Expressen* qué han dicho?

—Nada.

Torkel estaba sentado a la oscura mesa pulida de roble de la elegante sala de reuniones con portadas históricas enmarcadas en las paredes. Recordaba la primera vez que había estado allí, cuando Sebastian y él convencieron al anterior redactor jefe, Lennart Källman, de que accediese a hacerle una entrevista a Sebastian, lo cual había llevado de forma indirecta a que David Lagerman lo asesinara. Es decir, a Källman, no a Sebastian. «Por desgracia», se pilló Torkel a sí mismo pensando de manera automática, aunque enseguida se arrepintió avergonzado. También recordaba haberse sentido igual de irritado con Källman que ahora con su sucesora.

—¿No puede contarme nada?

—En relación con lo que estaba investigando, no.

Torkel apretó los dientes. Estaba allí porque habían sabido que Weber había contactado con Ingrid Drüber, y que era probable que hubiera descubierto la conexión entre Linda Fors y AbOvo.

Weber era bueno.

Torkel tuvo que admitir, en contra de su voluntad, que existía una pequeña posibilidad de que el periodista hubiese llegado más lejos que ellos.

Lo que sabían por ahora parecía indicarlo. Al menos habría llegado igual de lejos, pero él más rápido.

De modo que le explicaron que no habían visto a Weber desde hacía más de una semana, pronto serían dos. Un colaborador muy apreciado, según comprendió Torkel, que había desaparecido mientras investigaba unos crímenes graves. Se imaginaba que la dirección quería colaborar para averiguar qué le había pasado.

Al parecer, no.

—Pero ¿no me acaba de decir que no saben nada de él desde hace más de una semana? —preguntó Torkel con incredulidad, esperando haberse perdido algo.

—Doce días —confirmó Sonia.

—¿Suele desaparecer de esa manera?

—No. Según sus compañeros, nunca lo ha hecho antes.

—Y a pesar de eso ¿no quiere contarme qué había descubierto, lo cual podría ser el motivo de su desaparición?

—Tal vez quiera, pero no puedo.

Torkel comprendió de inmediato a qué se refería, lo había oído antes. La protección de las fuentes. Una ley fantástica que obliga a los periodistas a proteger la identidad de una fuente de información. Estaba claro que un redactor jefe no se podía arriesgar a romperla. Torkel tampoco había esperado tener libre acceso al ordenador de Weber, pero sí que había confiado en que alguien tendría interés en ayudarlo.

—Tonterías —soltó Torkel, inclinándose hacia delante mientras alzaba la voz—. Si repasa sus notas, su histórico de búsquedas, puede darme información sin infringir ninguna ley.

La sensación de *déjà vu* era notable. Había mantenido la misma conversación y había vivido la misma frustración con Källman, pero esta vez tenía todavía más interés en conseguir que respondiesen a su demanda. Albergaba la inquietante sensación de que el motivo de la desaparición de Weber estaba relacionado con que se había acercado demasiado a sus sospechosos.

Peligrosamente cerca. Mortalmente cerca.

Pero no llegó más lejos.

Sonia le explicó, con gran corrección, que entendía su argumento, que si la desaparición de Weber aún no había sido denunciada a la policía, ella se podría plantear hacerlo, pero que no apoyaría que el periódico compartiese información con la policía. Eso despertaría importantes dudas de credibilidad, en especial en estos tiempos de *fake news* y una descendente confianza de la gente en la prensa establecida. Sobre todo era importante no darles más armas para que les siguiesen disparando.

Torkel tenía más argumentos —ética periodística, morales, basados en hechos—, pero comprendió que ninguno surtiría efecto. Sonia estaba decidida. Le agradeció el tiempo dedicado y cruzó la redacción en dirección al ascensor. Tras haber entregado su identificación de visitante en la recepción, tardó sólo dos minutos en llegar a la calle. Un frío viento lo asaltó al salir fuera del edificio del periódico y se detuvo para abrocharse la chaqueta.

—¿Eres policía? —oyó a su espalda, y se dio la vuelta. Se le estaba acercando una mujer de unos treinta años. Se presentó como Kajsa Kronberg. A Torkel le pareció reconocerla. ¿Verdad que había estado sentada arriba en la redacción del periódico?—. ¿Conoces a Axel? —preguntó ella confirmando su suposición—. ¿Es por eso por lo que has venido?

—Sí, ¿lo conoces? —Torkel sintió cómo de nuevo se encendía una

pequeña esperanza. Al fin y al cabo, ella lo había seguido, algo más que curiosidad la habría empujado a hacerlo—. ¿Sabes qué estaba investigando?

Kajsa miró a su alrededor como en una vieja película de espías y Torkel se alejó, sin ser consciente de ello, algunos pasos de la entrada, acercándose a la pared.

—Estaba investigando algo llamado Ab Ovo. —Hizo una pequeña pausa entre la «b» y la «o», probablemente para remarcar que eran importantes y para que pudiera recordarlo—. Preguntó cómo se puede ver una página web eliminada, pero no creo que nadie lo pudiera ayudar.

Torkel comprendió por la reacción de ella que no había podido ocultar su decepción.

—Ya lo sabíais —constató Kajsa.

—Sí. ¿No dijo ningún nombre o adónde iba o algo así?

—No, lo siento.

—Gracias de todos modos —concluyó Torkel, y empezó a caminar hacia su coche para regresar a Uppsala.

—A mí me cae bien —oyó decir a Kajsa detrás de él—. Así que ¿qué vais a hacer ahora?

—Ponemos una búsqueda a su coche, rastreamos su teléfono —afirmó Torkel, tras haber resumido los hechos con los representantes del tercer poder estatal en Estocolmo—. ¿Puedes ocuparte tú, Billy?

Billy levantó la vista de su ordenador portátil. Acababa de entrar en el foro de juegos a mirar otra vez. Esa mañana temprano había entrado para contestar, había accedido a pagar. No porque hubiese decidido si hacerlo o no, sino porque le compraba tiempo. Eso parecía ser lo único que hacía

últimamente. Comprarse tiempo. Iba posponiendo cosas al futuro con la esperanza de que de alguna forma milagrosa se solucionarían. Ahora esperaba una respuesta de WoLf232, pero hasta el momento la entrada de Billy era la última del hilo. Había dedicado un rato por la mañana a intentar rastrear al usuario que había detrás del apodo, pero no había tenido éxito, y luego otros asuntos se lo habían impedido. El trabajo. Eso a lo que debería estar dedicando su plena atención, pero notaba que cada vez perdía más la concentración, cada vez dejaba más tareas en manos de Carlos.

¿Serviría de algo que fuera a ver a Stella?

Apartó la idea de su cabeza. No iba a ser necesario. Su anhelo por la habitación roja no podía ser justificado por su trabajo. Esta investigación no era una de las más técnicas que había vivido, así que su especialidad no era muy demandada. Había analizado varias veces las películas de las cámaras de vigilancia en cuestión, había revisado los móviles de Silas Franzén, había seguido el rastro de Dan Tillman hasta donde había podido en la red, había hecho una comprobación de los antecedentes de Ingrid Drüber y también de los cuatro hombres cuyas fotos estaban en la pizarra. Y ahora, al parecer, debía intentar localizar a Axel Weber a través de su móvil.

—Sí, claro, ningún problema —contestó, y cerró el ordenador—. Pero si no lo ha usado en doce días, es muy probable que se haya quedado sin batería —continuó, esperando así que todo el mundo comprendiese que sería difícil de localizar.

—También tenemos el ordenador y la tableta de Ulrika —le recordó Ursula, y Billy asintió con la cabeza.

—Con éstos ya he empezado.

—¿Qué ha dicho el viudo? —preguntó Anne-Lie.

—¿Gösta? No gran cosa. Bueno, en realidad habló mucho, pero no dijo nada que nos resulte demasiado útil.

El hombre canoso salió a recibirlos antes de que Ursula y Billy ni siquiera hubiesen puesto un pie en el jardín. Habían aparcado delante de la casa de ladrillo de una sola planta situada en la somnolienta calle de viviendas unifamiliares llamada, con mucho criterio, Lugngatan, «la calle de la calma». El jardín aún daba una impresión verdosa, con tres abetos a un lado de la casa, un seto de tuya detrás de la valla de madera marrón y una serie de plantas de jardín de diferentes tamaños distribuidos por el césped y los parterres.

—¿Han venido por la casa? —El hombre hizo un gesto con la cabeza señalando un pequeño cartel naranja con el logotipo de una inmobiliaria que había junto a un *Buxus colchica*.

—No.

—Es una buena casa, pero ahora es demasiado grande para mí —dijo, como si la respuesta negativa se le hubiese escapado—. Además, es un jardín muy grande y a mí no me gusta la jardinería, eso era cosa de Ulrika, a mí no me gusta ni cortar el césped.

—Somos policías —lo interrumpió Ursula, y le explicó que estaban allí para hablar de Ulrika y de una muerte que había tenido lugar ocho años atrás.

—¿Linda? —constató el hombre con un leve tono interrogante mientras les indicaba el camino hacia la casa—. ¿Quieren café? Justo ahora iba a poner la cafetera.

Ursula y Billy rechazaron la oferta, pero los dos con la sensación de que de todos modos acabarían con una taza en la mano. Siguieron al hombre canoso, que se volvió hacia ellos antes de abrir la puerta.

—Por cierto, me llamo Gösta.

Billy y Ursula se presentaron y entraron en la casa.

—No hace falta que se quiten los zapatos —los informó Gösta, y entraron directos en la cocina, quitándose la ropa de abrigo de camino—. Siéntense, siéntense —les indicó él, señalando las sillas alrededor de la mesa de la cocina mientras se dirigía hacia la encimera y los armarios pintados de blanco para empezar a preparar el café.

Ursula y Billy colgaron las chaquetas cada uno en el respaldo de una silla y tomaron asiento. Sobre la mesa había un periódico abierto por la página del crucigrama, y al lado, un lápiz, unas gafas y una goma de borrar. En la parte más cercana a la ventana de la cocina, en cuya repisa había dos macetas con plantas con flores rojas que incluso Billy sabía identificar como geranios, había un pastillero con una determinada cantidad de pastillas en cada compartimento para tomar tres veces al día, unas hojas publicitarias y unos cuantos sobres con ventana que, al menos el de arriba del todo, provenían del centro médico de Gottsunda.

—Tenemos entendido que su mujer falleció en primavera —empezó diciendo Ursula para retomar el motivo por el que estaban allí. Gösta había terminado con la cafetera y asintió con la cabeza mientras abría uno de los armarios que había encima del fregadero y sacaba tres tazas.

—El dieciocho de abril. Ya no pudo más... Supongo que nadie pensó que yo viviría más tiempo que ella. Tenía veinte años más. Cuando nos conocimos, ella sólo tenía veintitrés, así que no todo el mundo se alegró con el asunto, en especial sus padres, pero seguimos de todos modos. Pasamos veintinueve años juntos. Dos hijos... —Hizo un gesto hacia la nevera, en la que había dos fotos. Una de un hombre de unos veinticinco años con un bebé en el brazo y un niño de dos o tres años colgado de un lado. Otra con una mujer más joven, morena, que sonreía a la cámara y que parecía haber sido tomada en algún lugar del sudeste asiático—. Johannes y Emelie, dos nietos. La última, Maya, nació en marzo, así que Ulrika tuvo tiempo de conocerla.

—Ha mencionado a una tal Linda cuando le hemos comentado el asunto

sobre el que le queríamos hablar. —Ursula hizo un nuevo intento de redirigir la conversación hacia el tema que en realidad les interesaba.

—Sí.

—¿Qué nos puede contar acerca de ella?

Gösta abrió la nevera y sacó un paquete de galletas Ballerina que dejó sobre la mesa.

—Era una conocida de la iglesia. Eran unas cuantas mujeres que tenían un pequeño grupo, a veces se juntaban. ¿Leche?

—No, gracias. ¿Sabe qué hacían?

—No, se reunían, pasaban un rato juntas —dijo Gösta encogiéndose de hombros mientras cerraba la puerta de la nevera—. Supongo que era como un círculo de costura pero sin coser.

De modo que no sabía nada acerca de AbOvo ni de lo que representaba ni del tema que las unía. O tal vez lo sabía, pero no sabía si ellos lo sabían y pensaba que, si era el caso, no era necesario explicárselo. En realidad, daba igual. Estaba más que encantado de hablar con ellos y eso era lo importante.

—¿Qué le contó acerca de Linda?

—Que murió. Estaba embarazada y tanto ella como el niño murieron. Había estado aquí aquella noche, cenando, junto con las otras chicas. Yo no estaba, pero Ulrika me lo dijo cuando llegué a casa. Estuve trabajando para una empresa tecnológica durante muchos años. Viajaba bastante. Era divertido, conocí a mucha gente interesante, pero claro, también era pesado, sobre todo cuando los niños eran pequeños; me perdí muchas cosas. Luego, cuando me hice mayor, hice menos viajes pero más lejos. Trabajábamos mucho con China. Es un país fascinante. ¿Han estado?

—No.

—Trabajé hasta los sesenta y nueve años, aunque reduje un poco el ritmo. No tenía ningún sentido que me pasase aquí los días encerrado en casa cuando Ulrika trabajaba. Me jubilé del todo hace cinco años. Pero el año que viene voy a cumplir setenta y cinco, así que ha llegado el momento de vender la casa y buscar algo más pequeño y más sencillo. Me estoy planteando irme a vivir un poco más cerca de los niños, los dos viven hacia el sur. Johannes y su familia están en Kalmar, y Emelie se acaba de comprar un piso en Helsingborg.

—Linda —dijo Ursula con una voz ligeramente inquisitiva. Casi tuvo remordimientos de conciencia, parecía que hacía mucho que aquel hombre de pelo cano no hablaba con nadie.

—Sí, fue un golpe duro para Ulrika, muy duro. Y después de eso, no sé. Algo le pesaba.

—¿Nunca hablaron del tema?

—Ella no quería, pero podía ver que le pesaba algo.

—¿Sabe si habló con alguien de ello?

Gösta se volvió de nuevo hacia la cafetera, tomó la jarra y llenó las tazas que había sobre la mesa.

—Mantuvo el contacto con la iglesia, vino un pastor nuevo que le gustaba. Cornelis algo... Así que tal vez con él, o con alguna diaconisa, la verdad es que no lo sé.

Las miradas de Billy y Ursula se encontraron sobre la mesa. Parecía que estaban pensando lo mismo. Si la muerte de Linda le pesaba a Ulrika, tal vez quiso hacer algo al respecto antes de morir. Contárselo a alguien.

Pedir perdón.

Obtener la absolución.

¿Con quién podría haber hablado?

Naturalmente, con alguien de la iglesia, pero también existía la posibilidad de que la mala conciencia la hubiese llevado a tender la mano hacia los seres cercanos y queridos de Linda. Pero ocho años eran mucho tiempo y no parecía probable que hubiese mantenido el contacto con ellos, si tan siquiera los había conocido.

¿Dónde se localiza de forma más fácil a las personas en la actualidad?

Billy sabía la respuesta.

—¿Tenía Ulrika algún ordenador, una tableta o un móvil? —preguntó, y se metió una galleta en la boca. Cuando era más pequeño solía morder la galleta superior y raspar el relleno de chocolate con los dientes, pero sintió que se suponía que ya era demasiado mayor para hacer esas cosas.

—Sí, tenía todo eso —confirmó Gösta—. Yo no lo usaba. Bueno, sí, tengo un teléfono móvil para que me puedan llamar los críos, pero no las otras cosas. Por ahora puedo pagar mis recibos por correo y leer los periódicos, aunque cada vez es más difícil. En la tele y en la radio no paran de hablar de las webs, las apps, los podcasts y Swish y todas esas cosas.

«Cada vez son más los que se dan cuenta de la realidad», pensó Billy. Exigir que todo el mundo ofreciese los mismos servicios que existían hacía veinte o treinta años era como exigir poder viajar en tren de vapor o poder comprar la música en casetes.

Otras cosas más rápidas y mejores habían ganado terreno.

—¿Sigue estando aquí su ordenador y todo lo demás? —preguntó, en lugar de decir nada al respecto.

—La semana pasada fui a una cafetería nueva —continuó Gösta, sin el menor indicio de haber oído a Billy—. Pensaba tomarme un café, pero no aceptaban efectivo, ¿se lo pueden imaginar? No aceptaban dinero.

—¿Sigue estando su ordenador aquí, en la casa? —repitió Billy de nuevo, y esta vez obtuvo una respuesta.

—Sí, claro, todo está en la habitación de juegos; ¿quieren echarle un vistazo?

Querían más que eso. Querían llevárselo con ellos, y no hubo ningún problema. La ventaja de que Gösta no usase nada de eso era que no tenía prisa en que le devolviesen las máquinas, como él las llamaba.

—Así que en cuanto acabemos aquí voy a darles un repaso, a ver si encuentro algo —dijo Billy, completando el relato de Ursula sobre la tarde que habían pasado con Gösta.

Parecía como si otra pequeña pieza del puzle cayese en su sitio. Si Ulrika quería desahogarse, pedir perdón, podría ser una explicación de por qué todo aquello pasaba ahora y no había pasado antes.

—De acuerdo, sabemos dónde tenemos al mejor amigo, ¿y a los demás? —preguntó Anne-Lie, levantándose y dando así la señal de que se estaba acercando el final de la larga reunión. Se aproximó a la pizarra y señaló las fotos que había colgadas—. Su expareja, padre y hermanastro.

—La expareja, Hampus Bogren, vive en Hudiksvall, es maestro de educación especial, casado, tiene una hija. Sin antecedentes penales, nada que destacar —informó Billy rápidamente y miró a Carlos para que tomase el relevo.

—Rodrigo y Daniél Valbuena. Rodrigo vino aquí desde Venezuela en 1977, se casó con Gudrun Torsson y tuvieron a Daniél en 1980. Se separó en 1983, se volvió a casar en 1986 con Renate Fors y tuvieron a Linda el año siguiente. Se divorciaron cuando Linda tenía quince; Rodrigo se mudó a Gotemburgo, donde vivía Daniél. En 2013 se volvieron los dos a Venezuela y abrieron juntos una empresa de electrónica. He intentado hablar con ellos.

Hay un número de teléfono que lleva a un contestador y una dirección de correo electrónico. He escrito en español y en sueco, pero no he recibido ninguna respuesta. Sencillamente, no sabemos dónde están —concluyó mirando a los demás.

—Podría ser uno de ellos, pero no los dos —soltó Ursula.

—¿Por qué?

—Según el laboratorio, los hombres que han dejado semen no son familia.

Anne-Lie asintió para sí misma y miró de nuevo las fotos de la pizarra.

—El amigo, Holt. ¿Conocía al padre o al hermano?

—Tiene que haberlos conocido —constató Torkel—. Al menos al padre, si eran vecinos.

—O a la expareja.

—Si se trata del padre, su ADN coincidirá con el de Linda. ¿Hemos conseguido algo de eso por ahora?

Se volvió hacia Sebastian y Vanja, que a su vez se miraron el uno al otro. ¿Quién iba a informar de la visita que habían hecho por la tarde? Vanja hizo un gesto con la cabeza hacia Sebastian, que respiró hondo.

—No ha sido tan fácil.

Estaban hablando de ello cuando Anne-Lie los llamó para pedirles que se pasaran por casa de Renate Fors, la madre de Linda, ya que vivía más o menos de camino de regreso de Västerås. ¿Cómo iban a conseguir una muestra de ADN de su hija fallecida sin explicar por qué lo necesitaban y qué iban a hacer con él?

Era imposible.

Al mismo tiempo, la idea de explicarle las circunstancias en torno a la muerte de Linda tampoco resultaba muy convincente. Una mujer que durante ocho años había creído que su hija se había puesto mala volviendo de una cena con sus amigas, había intentado llegar al hospital y falló. ¿De verdad querían rebatir esa trágica explicación contándole una verdad bastante más cruel? Habían decidido que tratarían de evitarlo.

Por ella.

Por pura consideración.

Entraron con el coche en Örsundsbro. Ninguno de los dos sabía tan siquiera de la existencia de esa pequeña comunidad antes de introducir su nombre en el GPS, y gracias a su ayuda encontraron el camino hasta la calle Skolvägen. Ocho viviendas unifamiliares de una planta y media ubicadas en fila, al parecer con la distancia mínima obligatoria entre una y otra. Las casas puntiagudas eran o rojas o grises. La tercera de la calle. Aparcaron delante, pasaron de largo el garaje hasta la puerta de la entrada y llamaron al timbre. Pronto vieron movimiento detrás del cristal translúcido y al instante les abrió una mujer de unos cincuenta años. Sebastian no había conocido a demasiados irlandeses a lo largo de su vida, pero eso fue en lo que pensó al ver su pelo rojizo grueso y sus ojos verdes. Llevaba unos tejanos desteñidos y una amplia camisa blanca, iba descalza y un gran colgante en forma de flor de lis le llegaba justo por debajo del pecho. Explicaron quiénes eran, de dónde venían y que necesitaban hablar con ella de su hija, Linda. La mujer los dejó entrar con una cara de leve desconcierto e interrogación. No tuvieron ni tiempo de sentarse en la sala de estar, elegantemente decorada, cuando les preguntó qué querían decir con eso de que tenían que hablar de Linda. Sebastian la miró allí donde estaba, detenida en la puerta, claramente inquieta, con las manos a la altura de su barriga, una girando con nerviosismo un anillo de oro que llevaba en la otra.

—¿Puede ser que aún conserve algo que pueda contener su ADN? —

preguntó Vanja. No había ninguna manera buena de exponer el asunto, ninguna posibilidad de suavizarlo, así que era mejor ir al grano y luego ver cuánto más necesitarían explicar.

—No lo entiendo... —dijo Renate, contemplando confundida a Vanja y a Sebastian. Él comprendió que no lo conseguirían sin contarle lo que sabían. Era probable que lo que ella imaginaba ahora que podía ser el motivo de su visita fuese peor que la verdad—. Son de la Unidad de Homicidios, ¿no es eso lo que habían dicho? —continuó Renate, confirmando con esa simple frase las suposiciones de Sebastian.

—Sí... —dijo Vanja esperando un poco.

—¿Fue asesinada? —preguntó la mujer de la puerta en un tono débil al mismo tiempo que se llevaba la mano a la boca y los ojos se le llenaban de lágrimas. Sebastian y Vanja se miraron. No podían esperar más. Sebastian le pidió que se sentase. Renate hizo lo que le había dicho mientras seguía dando vueltas y vueltas al anillo con nerviosismo.

Él le empezó a hablar en un tono tranquilo y con empatía.

—¿Ella lo sabía? —fue su primera reacción cuando Sebastian le describió lo que había sucedido y lo que los había llevado a hacerle la visita, y a la pregunta de si conservaba en la casa algún objeto con el ADN de Linda—. ¿Linda sabía que podía morir?

—Eso parece —contestó Sebastian—. No hemos leído sus informes del hospital, así que no sabemos qué fue exactamente lo que le dijeron los médicos.

—¿Por qué no me contó nada?

¿Qué podían contestarle a eso?

No había nada que pudieran decirle.

Sebastian sabía que tampoco era algo a lo que Renata esperase una

respuesta. Se trataba de una frase que manifestaba su necesidad de replantearse la relación que había tenido con su hija, pues ella, al igual que la mayoría de los padres, había contado con que su hija acudiría a ella si se encontraba en una situación así. Que la confianza era tal que buscaban consuelo y apoyo cuando lo requerían. Que se conocían profundamente. Saber de repente que en realidad no había sido así resultaba doloroso y brutal.

—¿Y las personas de ese grupo? —preguntó Renate, tras darse unos segundos más de tiempo para hacerse a la idea e intentar ordenar sus pensamientos.

—Como hemos dicho, estamos trabajando con la hipótesis de que hay alguien que se está vengando de ellas —contestó Vanja.

Renate asintió en silencio con la cabeza, pero se quedó paralizada al establecer la conexión entre lo que acababan de decir y el motivo por el que habían ido a verla.

—¿Por qué quieren el ADN de Linda? ¿Creen que ha sido Rodrigo? —repuso ella con un tono de voz que dejaba claro lo absurda que le parecía la idea.

—Para nada, pero tenemos que descartar a todos los que podamos —respondió Vanja, con tal convicción que incluso Sebastian pensó por un momento que era la verdad.

—Él está en Venezuela —les informó Renate, dejándoles también saber que estaban perdiendo el tiempo—. Todo el mundo pensaba que era católico, pero resultó ser ateo. Linda sí que era creyente. Pero respetaban las creencias del otro, o la falta de creencias.

—Aún no lo hemos localizado. Ni a su hijo.

—Ellos la querían, pero no... —Renate se quedó callada; la idea de que hubiesen tenido que ver con los ataques era tan impensable que ni siquiera

podía ponerle palabras. Una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla, la limpió con la palma de la mano.

—¿No habrá tenido noticias de Ulrika Månsdotter? —preguntó Vanja para ver si podían confirmar la teoría sobre algún tipo de confesión por su parte.

—¿Ésa quién es?

—¿No se ha puesto en contacto con usted?

—No, ¿quién es? ¿Forma parte de ese grupo?

—Formaba. Está muerta.

—¿Es una de las que me han contado que murió?

Vanja comprendió a qué se refería Renate: una de las que había muerto en relación con las agresiones, las violaciones. En realidad no lo era, pero no había motivo para entrar en detalles de quién y cuándo, así que Vanja se limitó a asentir con la cabeza y volvió atrás para seguir avanzando.

—¿Cree que puede haber algo con el ADN de Linda en la casa?

—De modo que no había nada —constató Anne-Lie con una cierta decepción.

—No que ella pudiera recordar. Ha dicho que iba a pensarlo y que se pondrá en contacto con nosotros si se le ocurre algo.

—De acuerdo, buen trabajo —dijo Anne-Lie, juntando las manos en un gesto que daba a entender que el repaso del trabajo del día había terminado. Todos los que estaban sentados alrededor de la mesa empezaron a estirarse y a recoger sus cosas—. Ahora lo que quiero hacer es lo siguiente —continuó, reclamando su atención durante unos minutos más.

Torkel apretó los dientes. Siempre era «yo», nunca «nosotros». Una cosa

era que él y su equipo no hubiesen tomado el mando del caso, pero lo mínimo que se podía pedir era que se le informase de la dirección que adoptaría la investigación para que pudiese aportar su punto de vista y opinión antes de encontrarse con los hechos consumados, de forma que el plan de acción fuese el de ellos y no el de ella.

Pero al parecer no era así.

—Billy, tú vas a repasar el ordenador, la tableta y el móvil de Ulrika.

—Claro, lo tendré enseguida. Gösta nos ha dado las contraseñas.

—Carlos, sigue buscando al padre y al hermanastro, a ver si consigues localizar a alguien que sepa cómo ponerse en contacto con ellos fuera de la empresa.

Carlos se limitó a asentir con la cabeza y se abrochó el chaleco mientras echaba una mirada hacia el termostato.

—Torkel, haz las comprobaciones de la gente que trabaja en los Coches de Confianza —prosiguió Anne-Lie, pero fue interrumpida cuando Torkel levantó una mano para detenerla.

—Que se encargue Ursula, yo tenía intención de ir a hablar con Kajsa Kronberg, del *Expressen*.

Había estado pensando en su breve encuentro. Parecía que ella tenía una mínima idea de lo que Weber estaba haciendo, y además mostraba sentimientos hacia él. Tal vez podría conseguir que averiguase lo que había descubierto el compañero sin que infringiese ninguna ley de libertad de prensa. Anne-Lie no pareció del todo conforme, pero tuvo la sensatez de darse cuenta de que una cosa era no involucrarlo de antemano en las decisiones que tomaba, y otra muy diferente era darle a él la orden de cumplirlas.

Aún no había alcanzado ese punto.

Y nunca llegaría hasta allí.

—El único que nos queda por interrogar es la expareja que está en Hudiksvall —concluyó, dedicándole a Torkel una larga mirada.

—Sebastian y yo nos ocuparemos de él —se apresuró a informar Vanja para sorpresa de los presentes. Sobre todo para Sebastian. Sintió cómo lo invadía una cálida alegría burbujeante. La iniciativa de aquella mañana, su acto desinteresado, estaba dando resultado. Ella había elegido formar equipo con él. Esto no había pasado nunca antes, ni siquiera en sus mejores momentos juntos.

—Tenemos que hablar —dijo ella, dedicándole una mirada seria, y Sebastian sintió cómo se esfumaba de inmediato la alegría reciente. Con riesgo de sonar a algo salido de una columna de consejos sentimentales de una revista para adolescentes, Sebastian nunca había sacado nada bueno de esa frase.

«Tenemos que hablar.»

Pero claro, alguna vez tenía que ser la primera.

De nuevo los dos en el coche. Ese día hicieron muchos kilómetros. Ahora, doscientos treinta más. A Hudiksvall. Vanja dejó atrás Uppsala, se incorporó en la E-4 dirección norte y apretó el acelerador. Sebastian permanecía callado en el asiento del copiloto viendo cómo cada vez había menos casas a medida que la luz del día se iba retirando, hasta que al final se hallaron en plena oscuridad haciendo kilómetros por la autopista. Vanja aún no había dicho nada. Sebastian se hallaron con su propia mirada en la ventanilla lateral, más valía quitárselo de encima. Se volvió hacia ella.

—O sea, que quieres que hablemos de algo.

Vanja no contestó, ni siquiera lo miró, se limitó a seguir conduciendo con atención al tiempo que sujetaba el volante en la firme posición de las dos menos diez.

—Vanja...

Pasaron otro par de segundos, como si ella estuviese valorando si iba a decir algo y en tal caso, cómo.

—No te va a gustar —expuso al fin.

—Eso ya lo sé desde que me has dicho que tenemos que hablar —contestó Sebastian intentando hacer una broma, más que nada para ocultar lo nervioso que estaba ante lo que iba a venir.

—Esta mañana, lo que has hecho con Valdemar, de verdad que lo valoro.

—Bien, ésa era la intención.

—Lo he estado pensando y... él es mi padre.

—Lo sé.

—Lo fue durante treinta años, antes de que aparecieras tú —continuó ella, como si Sebastian hubiese puesto alguna objeción a lo que ella había dicho y necesitase convencerlo con más argumentos—. Yo lo adoraba. Lo quiero. Lo he echado de menos.

Sebastian permaneció callado. Tenía razón, esto no le iba a gustar en absoluto.

—Como tú bien has dicho, destrozaste mi familia y, si sigues presente en mi vida, lo vas a volver a hacer.

Sebastian apartó la cara. Esto iba directo a la catástrofe. Apenas podía respirar.

—No porque tengas la intención de hacerlo —oyó señalar a Vanja con voz suave—. Ni porque quieras hacerlo, sino porque no lo puedes evitar.

—Puedo cambiar, puedo mejorar —se esforzó por decir él en voz baja.

—¿De verdad puedes? —Se quedó callada. No porque esperase que él fuese a contestar, sino más bien para decidir cómo iba a proceder, cómo poner palabras a lo que estaba pensando. Pero él lo tenía que comprender.

—Sé que las echas de menos. A tu mujer y a tu hija. Sabine. —Vio cómo Sebastian se quedaba de piedra al oír mencionar el nombre de su hija—. Creo que estás intentando sustituirla por mí. Igual que hiciste con Nicole y su madre.

Sebastian no contestó, tampoco le pidió que se callase la boca, apenas demostró haberla oído, así que ella continuó.

—Yo no puedo ocupar ese lugar. No lo quiero. Yo no soy tu hija. Soy la hija de Valdemar.

Sebastian siguió con la mirada vacía puesta en la ventana. El paisaje de fuera concordaba a la perfección con cómo se estaba sintiendo. Una total oscuridad.

—Puedes ser una amiga —se oyó decir al fin a sí mismo, en voz baja, manteniendo todavía la cara vuelta para que ella no pudiese ver la silenciosa lágrima que se deslizaba por su mejilla. Permaneció inmóvil, no se la quería secar. No quería dejar que ella viese que estaba llorando.

—Sebastian...

—Una compañera de trabajo —intentó él.

—Tú nunca te conformarías con eso.

Cierto. Eso era cierto. Eso era lo que eran ahora y él había hecho todo lo posible para cambiarlo. Al parecer, incluso había hecho demasiado.

—Esta mañana, lo que has hecho... ¿Era por mí o por ti?

Siempre se olvidaba de lo jodidamente aguda que era ella. Por supuesto que había mirado los hechos de la mañana y los había analizado, no sólo lo que había sucedido, sino también el porqué. Se habría sentido impresionado si no fuese porque en ese mismo momento se estaba desmoronando.

—¿No puedo haberlo hecho por los dos? —preguntó él con la voz afectada.

Vanja lo miró a la espalda. Era hora de poner fin a esto. No había una buena manera de hacerlo, pero no podía permitirse tener consideración por sus sentimientos. Había tomado una decisión y tenía que conseguir que él entendiese que era así. Que iba a ser así.

—Durante treinta años tuve una familia, y entonces apareciste tú y lo hiciste volar por los aires —dijo con voz firme—. Ahora estoy aterrizando. Me estoy volviendo a encontrar, volviendo a recuperar mi vida. Y tú no puedes ser parte de mi vida, y Anna tampoco.

Más clara no podía ser.

No había nada que añadir.

Al parecer, Sebastian también lo comprendió. Después de haber permanecido vuelto hacia un lado durante un minuto, miró de nuevo hacia delante. Se pasó la palma de la mano deprisa por la cara como para limpiar algo. Vanja echó un rápido vistazo hacia él. La expresión de la cara de Sebastian era completamente impasible. Se inclinó hacia delante y puso en marcha la radio.

*Happier*, de Ed Sheeran.

No dijeron nada más en lo que quedaba del viaje.

—Prefiero no hablar de Linda.

Hampus Bogren expulsó el humo de su cigarrillo, titiritando un poco debajo de su fina chaqueta cortavientos. Todo él daba la impresión de ser muy fino, parecía casi transparente ahí donde estaban, debajo de la única farola. Pelo rubio, casi blanco, media melena desgastada y un flequillo que le caía sobre uno de los ojos azul claro, un poco acuosos, la nariz recta y puntiaguda, pómulos marcados bajo unos pocos pelos que formaban una barba incipiente y unos labios finos que daban otra calada al cigarrillo. Piernas delgaduchas en unos tejanos negros que bajaban hasta unas Converse de cuero igual de negras. A Sebastian le recordaba a uno de los chavales chulillos con los que había ido al instituto años atrás. Esos que se pasaban los recreos en el rincón de los fumadores.

Igual que lo que estaban haciendo ellos en ese momento, sentados Vanja y él en el banco de madera de un parque recubierto de grafitis, y Hampus instalado enfrente, en otro. A su izquierda había un bloque de hormigón con un tubo de metal clavado en medio y un cartel que declaraba que AQUÍ PUEDES FUMAR, junto al icono de un cigarrillo humeante.

Eso era todo.

Dos bancos, el uno frente al otro, y un cartel, todo colocado más allá del aparcamiento, fuera de la zona residencial. Nada para proteger contra la lluvia ni el viento. Inhóspito e inaccesible, como si la junta de la comunidad de vecinos hubiese asumido la responsabilidad de la salud pública.

No había tenido ni tiempo ni fuerzas para procesar lo que había escuchado en el coche. Sabía que al final habría en él algún tipo de reacción, que no le sentaría nada bien cuando el mensaje empezase a calar, eso lo sabía,

pero por ahora mantenía el tema aparcado. Su atención estaba puesta en Hampus.

—¿Por qué no? —preguntó—. ¿Por qué no quieres hablar de ella?

—Porque me ha costado mucho superarlo. He vuelto a empezar, una vida nueva —contestó Hampus, mirando hacia las ventanas iluminadas del piso de la tercera planta del que habían salido y en el que le esperaban una pareja y una hija.

Antes de llegar al edificio amarillo de tres plantas en la zona occidental de la ciudad, Vanja le había explicado a Sebastian cómo pretendía enfocar la conversación. La situación era muy diferente de cuando habían hablado con Renate; ahí se trataba de un hombre que muy bien podía ser sospechoso, un potencial autor de los hechos. Quería que empezasen con que habían reabierto la investigación de la muerte de Linda, que había nuevos datos que apuntaban a que las cosas tal vez no habían ocurrido tal como indicaba la vieja investigación policial.

No iban a mencionar la palabra *venganza*.

Nada acerca de violaciones.

Iban a ver qué les daba Hampus.

—Como quieras —había contestado Sebastian, y después de eso no había hecho mucho más que responder con brevedad cuando se dirigían a él directamente.

Habían llamado a la puerta en la tercera planta y, tras presentarse, él les había pedido que lo acompañasen fuera a fumar. A esa deprimente zona de fumadores en la que en ese momento estaban sentados. Dentro de casa no podía fumar para no convertir a su hija en fumadora pasiva, y la comunidad de propietarios había decidido que el patio interior debía ser un espacio libre de humo.

—¿Ha sido ella, Ulrika, la que se ha puesto en contacto con vosotros? — preguntó Hampus mirando a los dos con ojos entrecerrados. Vanja pareció sorprendida. No se esperaba que les confirmase su teoría de forma tan fácil, esa de que quienes estaban vengando a Linda podrían haber obtenido la información de la persona perteneciente a AbOvo que había fallecido.

—¿Ulrika? —repitió Vanja como si no tuviese ni idea de sobre quién estaba hablando.

—Me llamó un día en invierno, una tal Ulrika no sé qué. Dijo que me tenía que contar algo sobre Linda. —Hampus apagó el cigarrillo en el suelo, pisando con un pie la colilla a la vez que sacaba el paquete del bolsillo de la chaqueta y cogía uno nuevo—. Yo no quería hablar del tema, así que le colgué.

—¿No te interesaba saber lo que le pasó?

—Murió —constató él encogiéndose de hombros; introdujo el nuevo cigarrillo en la boca y lo encendió. Dio una calada profunda y expulsó el humo—. Tardé años en poder aceptarlo.

Se incorporó y se alejó unos pasos dándoles la espalda a Vanja y a Sebastian, mirando hacia la casa en la que vivía, en la que se encontraba su nueva vida. Los dos esperaron con paciencia. Contemplando el humo blanco que rodeaba su cabeza en la fría luz.

—No lo podía soportar, me aparté. Creí que si me retiraba, no me afectaría tanto. Dejé que ella tomara la decisión. Estaba seguro de que íbamos a perder al niño, pero pensaba que ella sobreviviría.

Se calló y se volvió hacia ellos. Ojos tristes y rotos. Sebastian podía reconocer la mirada. La había visto en él mismo muchas veces en el espejo.

—He tardado años en poder manejar los sentimientos de culpa. Por no haberlos podido salvar, por no haberla intentado convencer... ¿Lo comprendéis?

Sebastian lo comprendía a la perfección.

El sentimiento de no haber podido salvarla.

Vivir con ello.

Todos los pensamientos sobre las cosas que podría haber hecho de forma diferente, de lo que debería haber hecho. Sebastian había tenido tan sólo unos segundos para actuar y aun así le retornaba una y otra vez. ¿Cuánto tiempo había tenido Hampus? ¿Semanas? ¿Meses? Tantas oportunidades en las que podría haber actuado de forma distinta, en las que había tenido la posibilidad de cambiar el futuro.

—Le pedí a Therese, su mejor amiga, que tratase de hablar con ella, le dije que a mí no me escuchaba, pero... —Negó con la cabeza, un gesto que daba a entender que ella tampoco había logrado llegar a Linda. Apagó su segundo cigarrillo y hundió las manos en los bolsillos—. Ahora sé que no pudimos hacer nada. Ella lo había decidido y se trataba de su cuerpo. Yo no podía llevarla a rastras hasta un hospital y exigir un aborto.

Vanja lo miró. Se le daban bien muchas cosas, pero en lo que era mejor era en detectar si alguien mentía o no. Hampus Bogren no sabía demasiado sobre las circunstancias de la muerte de Linda, de eso estaba segura. En la Unidad de Homicidios estaban convencidos de que esa información, que probablemente había salido de Ulrika, era el móvil de los crímenes que ahora estaban investigando.

Eso significaba que Bogren no era culpable.

Aun así le parecía tomárselo demasiado a la ligera si dejaba el asunto así sólo por una convicción. No podían pedirle si tenía coartada para las fechas y las horas en cuestión sin desvelarle demasiada información. No tenían suficiente base, ni siquiera para una mínima sospecha, como para llevarlo con ellos. Y si imaginaba por qué estaban allí, podría destruir pruebas cuando se

hubiesen ido. Pero tampoco hacía falta que se fueran con las manos vacías del todo, pensó ella.

—¿Estarías dispuesto a darnos una prueba de tu ADN? —quiso saber ella en un tono lo más neutro posible.

—¿Por qué?

—Como hemos dicho, estamos repasando la investigación en torno a su muerte, y cuantas más personas podamos excluir, mejor.

—¿Fue asesinada? —preguntó él, curiosamente con un ápice de esperanza en la voz. Sebastian comprendió lo que estaba pensando. En apariencia, había aceptado que no habría podido evitar la muerte de Linda, pero siempre quedaba una pequeña duda carcomiéndolo por dentro. Si la muerte de ella hubiese sido debida a factores que estaban por completo fuera de su alcance, como el haberse cruzado con un asesino de camino a casa, podría liberarse de la última parte de reproche y sentimiento de culpa. Sería libre.

—No —contestó Vanja de inmediato, ahogando esa esperanza—. Pero las circunstancias en torno a su muerte pueden ser diferentes de lo que se pensó entonces y estamos revisando de nuevo las pruebas técnicas.

—Pero ¿fue el embarazo lo que la mató?

—Sí, por lo que nosotros sabemos —dijo con sinceridad. Habría deseado poder decir que era posible que Linda hubiera sido asesinada, entonces seguro que habría accedido a darles una muestra de ADN para demostrar su inocencia, pero se trataba de una mentira demasiado grande, tendría demasiado efecto sobre él. No podía mentir sobre la causa de la muerte, en especial si algún día podía saber la verdad.

—Entonces no lo entiendo... —Parecía claramente perdido ahí donde estaba, delante de ellos.

Había empezado a nevar. Los copos caían despacio en la luz de la solitaria farola bajo la que Hampus estaba de perfil. La imagen de calma y armonía contrastaba con la confusión que irradiaba el hombre que tenían enfrente.

—Yo no estuve allí. Había salido con unas amigas de la iglesia e intentó ir hasta el hospital. Me llamaron por la mañana, cuando ella ya estaba muerta.

—En cualquier caso —insistió de nuevo Vanja—, tu ADN nos ayudaría mucho.

Hampus la miró, y a Sebastian le pareció intuir que él estaba convencido de que detrás de su petición había otra cosa, que tenía una agenda oculta.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero. No quiero que el Estado lo tenga todo sobre mí en sus registros.

Los miró. Si antes habían conseguido generar en él algún tipo de confianza, ahora había desaparecido. Se ajustó la chaqueta y dio un paso hacia atrás, señalando con el cuerpo que si la decisión era suya, esa conversación había terminado.

Y podía hacerlo, ya que se había prestado a hablar con ellos de manera voluntaria.

Había poco tráfico, así que Vanja pisó el acelerador a fondo hasta alcanzar una gran velocidad, cortando con las luces largas la oscuridad compacta que envolvía el camino de regreso a Uppsala. No quería pasar más tiempo del necesario en el coche con Sebastian.

Echó un rápido vistazo hacia él.

Volvía a apartar la cara, medio dándole la espalda.

Apoyaba la cabeza en la mano, era difícil saber si dormía.

Al menos no hablaba. No lo había hecho desde que habían salido de Hudviksvall, después de haber constatado que lo más probable era que Hampus Bogren no fuese uno de los hombres que estaban buscando, a pesar de su reticencia a darles una muestra de ADN. Tal vez fuese cuestión de integridad personal, tal vez fuese culpable de algo, pero no de lo que estaban investigando, en eso estaban de acuerdo.

La radio estaba encendida. Un programa en el que el locutor, con una voz empática y, según Vanja, un interés fingido, guiaba a los oyentes que llamaban a través de una serie de historias sin sentido, relacionadas con el tema de «cómo remontar lo que fuese», ya se tratase de salir de una situación difícil o del ascenso real de una montaña, o una cuestión de superación profesional, de salir de la cama por la mañana, de sobreponerse a una enfermedad o de algo tan literario como haber caído de un barco. Era el oyente el que decidía, y a Vanja le resultaba imposible comprender que a alguien le pudiesen parecer interesantes esas historias más o menos personales, aburridas y sin sentido.

—¿Puedo apagarla? —preguntó en voz baja.

—Claro —oyó decir a Sebastian.

De modo que no estaba dormido.

Vanja apagó la radio, pero se arrepintió casi de inmediato. Ahora el silencio en el coche era palpable. Pensó en encender de nuevo la radio y cambiar de emisora, poner alguna con música. Pero no lo hizo.

Si había silencio, pues que hubiese silencio.

Lo que le había dicho en el coche cuando iban de camino a ver a Hampus Bogren era algo que necesitaba explicar. Se recordó a sí misma que hacía tan sólo unas semanas ni siquiera soportaba ver a Sebastian. La cena en casa de Torkel, el encuentro con Valdemar —un hecho que demostraba que era capaz de hacer algo que no sólo lo beneficiase a él— y que en general parecía estar intentando espabilar no eran motivos suficientes.

Ése no era su estado natural.

La balanza se inclinaba de forma irremediable hacia adjetivos como *imposible*, *arrogante* y *antipático*. El hecho de que a ella le importase algo, de que se preocupase por sus sentimientos, de que no lo quisiese herir, todo eso era, en realidad, una muestra de lo tremendamente manipulador que era. No de que hubiese cambiado ni de que las cosas fueran a ir mejor. Era una fuerza destructiva en una constante espiral descendente que tarde o temprano la hundiría con él.

Más de lo que ya había hecho.

Hasta tal punto que ella ya no se podría volver a levantar.

De modo que sí, lo que le había explicado en el coche era algo que le tenía que decir.

Si había silencio, pues que hubiese silencio.

Aun así se le escapó un pequeño suspiro de alivio cuando el teléfono sonó

y apretó el botón para pasar la llamada a manos libres.

—Soy Vanja, estás en el altavoz.

—Soy Ursula —oyeron desde las puertas—. ¿Cómo os ha ido por Hudik, la ciudad alegre?

—No hemos conseguido su muestra de ADN, pero tanto Sebastian como yo estamos bastante convencidos de que el culpable no es él —dijo Vanja con una rápida mirada de confirmación hacia el asiento del copiloto.

—Seguro que tenéis razón —constató Ursula—. Billy ha repasado el ordenador de Ulrika Månsdotter. En marzo hizo una búsqueda de Cosas Útiles y les envió un correo electrónico.

—Y Cosas Útiles es...

—La empresa de Rodrigo y Daniél Valbuena en Venezuela.

—¿Qué les escribió? —preguntó Sebastian con interés mientras se enderezaba en el asiento—. Por cierto, hola.

—Hola. Pues que necesitaba contactar con ellos para tratar sobre un asunto relacionado con Linda.

—¿Qué contestaron?

—No lo hicieron. Pero ella les dio su número del móvil; podrían haberla llamado, aún no tenemos el registro de llamadas.

Vanja y Sebastian absorbieron la información bajo otro tipo de silencio diferente del que había reinado en el coche un minuto antes.

—Eso no es todo —oyeron continuar a Ursula—. Los dos Valbuena entraron en Suecia por Gotemburgo hace poco más de dos meses.

—¿Están aquí? —Pura sorpresa en la voz—. ¿En Suecia?

—Pero nadie sabe dónde. No han registrado ninguna dirección. —El tono

de satisfacción de Ursula era inconfundible. En pocas horas, los cuatro hombres sospechosos en la investigación se habían reducido a dos sospechosos principales—. Hemos emitido una orden de búsqueda y captura —les informó Ursula de forma innecesaria. Vanja echó un vistazo al reloj del tablero del coche.

—Nos queda menos de una hora para llegar a Uppsala, ¿vamos a comisaría?

—No, no hay mucho más que podamos hacer esta noche. Anne-Lie nos quiere allí mañana a las ocho.

—Vale, entonces me iré al apartamento, y Sebastian... —Se volvió hacia él. ¿Pensaba ir a Estocolmo o quedarse en Uppsala?

—Yo iré al hotel.

—Entonces a lo mejor nos vemos allí luego —dijo Ursula.

—¿Estás en el hotel ahora?

—No, aún estoy en el trabajo, luego saldré a cenar.

—¿Con Bella?

—No... Conducid con cuidado.

Y colgó el teléfono. Volvió a hacerse un tenso silencio en el coche.

Una servilleta.

Una servilleta cuadrada de lino.

No estaba del todo limpia, había algunas manchas que mostraban claramente que alguien la había usado. Ursula estaba sentada en la punta de la cama de su habitación de hotel contemplando el trozo de tela cuadrado.

Esto era de locos.

Esta vez él la había conseguido convencer. Era tarde, la cocina estaba abierta hasta las diez, era cómodo, iba a estar cerca de su habitación después de un largo día. Había muchos buenos motivos para encontrarse en el hotel.

Petros la había estado esperando fuera; pareció alegrarse mucho al verla y ella sintió cómo una amplia sonrisa se extendía por su propia cara. Tras un breve abrazo entraron en el local, que estaba medio lleno. Ursula deseó que les diesen una mesa que fuese difícil de ver desde la calle, desde la entrada del hotel o desde la barra del bar, y se quedó satisfecha cuando los acompañaron hasta una mesa oculta tras una estantería repleta de libros y utensilios de cocina que bloqueaban la vista. Se acomodaron en las sillas amarillas, miraron el menú y pidieron. Ursula estaba dividida entre el hecho de que no había comido nada de verdad desde el mediodía y el de que no debía atiborrarse con un montón de comida siendo la hora que era. Optó por un «bol hippie» vegetariano y una copa de vino. Después de los primeros sorbos —y después de echar de vez en cuando unas miradas inquietas hacia la recepción, confirmando que Sebastian no los podría ver— se relajó. Petros la ayudó. Eso todavía se le daba mucho mejor a él. Se aseguró de que la conversación fluyera sin parar de un tema a otro, escuchaba, hacía preguntas,

y así consiguió que la noche se convirtiese en una continuación de lo más natural de la última vez que habían estado juntos.

Llegó la comida.

Ella pidió otra copa de vino.

Explicó con pocas palabras que su investigación estaba avanzando y Petros bromeó lamentándose de ello porque significaba que pronto dejaría Uppsala. Aunque estuvieron de acuerdo en que Estocolmo tampoco estaba tan lejos. Acababa de preguntarle por Bella cuando le vino la idea.

La última vez que estuvieron juntos. En el restaurante tailandés.

Entonces, él había estado en Västerås. La noche antes.

La misma noche que Ingrid Drüber fue violada en su casa. En Västerås. Ahora ella lo sabía.

Tardó menos de un segundo en comprender lo absurdo que era. Una idiotez. Un montón de personas se encontraban en Västerås aquella noche. Una de esas personas era el agresor. Pero no Petros. Claro que no. Eran los Valbuena, eso pensaban ahora. Incluso estaban bastante seguros de ello.

Rodrigo y Daniél Valbuena. Padre e hijo.

Aunque sus agresores no eran familia.

Petros Samaras no era familia de los Valbuena.

Se obligó a sí misma a espabilarse, a apartar de su cabeza esos pensamientos. Había trabajado demasiado, su cerebro estaba frito. Este caso la había afectado más de lo que ella había creído o querido admitir. Por esa razón le venían ahora esas ideas tan tontas, ridículas e imposibles. Tenía que ser por eso, o al menos por algo parecido. U otra cosa.

Se concentró en Petros, en volver a disfrutar del buen rato que estaban teniendo. Lo consiguió.

Cuarenta y cinco minutos más tarde se retiraron. Él la abrazó, ella le dijo que lo había pasado muy bien. Acordaron volver a repetirlo; él empujó las puertas y desapareció en la noche y ella se dirigió hacia los ascensores. Se detuvo. Titubeó. Volvió al restaurante, en el que el camarero ya estaba recogiendo su mesa. Se disculpó, se acercó y cogió la servilleta de Petros.

Con la que se había limpiado con cuidado alrededor de la boca.

Que, por tanto, contenía su ADN.

Luego regresó a recepción y subió en el ascensor hasta su habitación. Allí estaba ahora sentada. En la punta de la cama. Con la servilleta delante.

Esto era de locos.

En el fondo comprendía lo que había sucedido y el porqué. No era que pensara que Petros fuera uno de los culpables. No en serio. Pero se había permitido a sí misma pensarlo.

Para estropear lo que tenían.

Para encontrar un motivo para no confiar en él, para no poder confiar en él. Casi le sorprendía no haberse dejado descubrir por él. Que no se hubiese asegurado desde el principio de que hubiera los suficientes obstáculos para que no llegase a ser nada normal, sencillo y agradable.

Ella era incapaz de sostener lo normal, sencillo y agradable.

Ella no funcionaba así.

Lo había probado con Micke durante demasiados años. Deseando ser capaz de hacerlo porque así todo sería mucho más sencillo.

El matrimonio, la maternidad, la vida.

Si tan sólo se hubiese dado por satisfecha, si tan sólo se hubiera conformado...

Luego lo probó con Torkel, y cuando tuvo la oportunidad, o el riesgo, de

que fuese lo que él quería, se retiró y lo terminó.

Normal, sencillo, agradable.

Ella no era así.

Entonces ¿qué sentido tenía probar con Petros también? Con él funcionaría igual de mal que con Micke y con Torkel.

Sólo había una persona con la que había funcionado.

Sólo una persona con la que ella podía funcionar.

Una persona que, al igual que ella, nunca estaba del todo satisfecha, nunca del todo quieta. Alguien que elegía la distancia, alejarse un poco del centro de la vida. Igual que ella. Un alma gemela. Si es que esas cosas existían.

Sebastian Bergman.

Se había prometido a sí misma que nunca nunca más tendría algo con él, pero más le valía aceptarlo: era imposible vivir con ella al igual que con Sebastian, y con él nunca sería normal, sencillo y agradable.

Sería algo diferente.

Algo que sólo ellos dos podían comprender y valorar.

La locura de la noche había sido su manera de alertarse a sí misma de que estaba a punto de cometer un error cuando pensaba que podía ser como todos los demás.

Conocer a alguien a través de una web de citas.

Salir a cenar, relacionarse, conversar y dejar que brotase la relación.

Intimar y crecer juntos.

¿A quién estaba intentando engañar? Si tan sólo se acercaba a Sebastian con una expectativa razonable, podía llegar a ser algo especial. A pesar de

todo, hubo una vez que lo quiso.

Se incorporó, dobló la servilleta y la dejó sobre la mesa. La señora de la limpieza se la podía llevar al día siguiente. Salió de la habitación, subió una planta y llamó a la puerta. Con fuerza. A lo mejor estaba durmiendo. Otra vez. Más fuerte. Para que fuese imposible dejar que nadie durmiera al otro lado de la puerta.

Pero continuó cerrada.

Sebastian no estaba allí.

Había estado allí.

Durante un rato, hacía apenas una hora. Vanja lo había dejado delante del hotel. Le pareció ver a Ursula en el restaurante, pero se limitó a observarla y siguió hacia su habitación.

Estaba empezando a asimilarlo.

La pérdida de una segunda hija.

La forma en que lo había dicho. «Y tú no puedes ser parte de mi vida, y Anna tampoco.» A Sebastian le parecía inimaginable que Vanja llegase algún día a perdonar a su madre, que la aceptase de nuevo. Que lo hubiera metido en el mismo saco que a ella era una mala señal. Muy mala. Más valía aceptarlo. La había perdido.

Esta vez, para siempre.

No paraba de dar vueltas en su habitación. Literalmente. Arriba y abajo. Si bebiera o consumiese drogas, ése habría sido un momento de recaída. Su acto desinteresado, ése con el que iba a conseguir que ella diese un primer paso para reconsiderarlo todo —y que, por tanto, si era objetivo, tal vez no fuese del todo desinteresado—, había fracasado, le había salido el tiro por la culata de una forma que él no había logrado prever. Dejándolo sin esperanzas para el futuro, teniendo sólo los recuerdos del pasado para refugiarse.

Estaba claro que, de alguna manera, ella era una sustituta de Sabine. No había nada raro en eso. Cuando has perdido a una hija quieres tener a las otras cerca. Pero cuando uno tenía dos padres, no estaba tan claro que quisiese tener a los dos cerca.

No era incomprensible.

Sólo insoportable.

Ésta había sido su última oportunidad. La había utilizado y había fracasado. Había llegado el momento de que aceptase que su relación terminaba allí. Que era hora de seguir adelante. Qué pena que eso fuese lo que se le daba peor.

«Pero no hay mal que por bien no venga», pensó él mientras continuaba dando vueltas en su limbo tormentoso. Gracias a Vanja había espabilado. Para poder seguir en la investigación. Al lado de ella. Si a pesar de todo ella no quería saber nada de él, daba igual lo que hiciera o dejara de hacer.

Ni con quién.

Ella pareció sorprendida.

De que llamasen a la puerta a esas horas, pero sobre todo de ver quién era la persona que estaba fuera.

—Ha sido una tarde muy dura, estaba pensando en preguntarte cómo te encontrabas —explicó Sebastian cuando ella le preguntó qué hacía allí, qué era lo que quería.

—O sea, ¿que has venido hasta aquí para saber cómo estoy? —Escepticismo razonable en su tono de voz. Sus ojos verdes clavados en él—. ¿Desde cuándo muestra la policía tanta consideración?

—Yo no soy policía, soy psicólogo. Psicólogo criminal. Cuando trabajo con la Unidad de Homicidios lo veo como una parte de mi trabajo —mintió despreocupado. Si ella no hubiese sido, a ojos de él, una mujer atractiva de la edad adecuada, y si él no se hubiese sentido inquieto, decepcionado y excitado, le habría importado una mierda—. A lo mejor molesto.

—No, no molestas, para nada. —Pero no mostró ninguna intención de dejarlo pasar, permaneció ahí con la puerta entreabierta examinándolo como

para determinar si tenía algún otro motivo para hacerle una visita nocturna. Sebastian le dedicó una mirada que sabía por experiencia que era difícil de calar. Pasados unos segundos, Renate se apartó a un lado y lo dejó entrar.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó mientras él se quitaba la chaqueta y los zapatos—. ¿Café, té?

—No, gracias, estoy bien.

Lo guio hasta la sala de estar. Había una luz tenue en la sala, excepto en uno de los sillones, que estaba iluminado por una intensa lámpara de lectura. Sobre una mesita había un bordado junto a una copa de vino vacía. Eso lo sorprendió; por algún motivo no había imaginado que fuese de las que hacían manualidades. Renate hizo un gesto con la cabeza hacia el sofá, encendió la luz de los ojos de buey y fue a coger su copa.

—¿Vino? —le preguntó a él.

—No bebo.

—¿Por qué no?

Según sabía Sebastian, sólo en Suecia se podía preguntar de manera directa y sin complejos por qué alguien no bebía alcohol. El beber, cuando uno socializaba, era la norma, y el no hacerlo le parecía a la mayoría de la gente cuestionable.

—Soy de carácter dependiente —contestó Sebastian, siendo sincero por primera vez desde que había llegado. Era una forma elegante para decir que tenía tendencia a caer en abusos. En uno de ellos estaba deseando ardientemente tener una recaída dentro de la próxima hora o lo que fuese lo que tardase en llevársela a la cama.

Sebastian se sentó en el sofá. Miró a su alrededor mientras escuchaba los movimientos de Renate en la cocina. La sala era blanca, clara, y parecía moderna y planificada. Superficies amplias, pocos muebles, y los que había

parecían haber sido escogidos con esmero. No tenía ni idea de si eran muebles de diseño o de IKEA, pero el conjunto quedaba bonito y con personalidad. Renate regresó con una pequeña bandeja. Una copa con vino blanco, para él una Coca-Cola Light y un pequeño bol con anacardos.

—Te he traído una Coca-Cola —dijo ella al dejar la bandeja sobre la mesa y tomar asiento junto a él en el sofá.

—Gracias.

Se estiró para coger la lata, la abrió y se sirvió un vaso. Tomó un pequeño sorbo antes de reclinarsse de nuevo. No valía la pena charlar de cosas sin importancia, hacerle cumplidos por la casa y la decoración ni preguntar cuánto tiempo llevaba viviendo allí, por su trabajo y por sus intereses. Estaba ahí representando a un profesional considerado.

—Como te he dicho antes, nuestra visita de hoy puede haber removido tus sentimientos, así que quería ver cómo estabas.

—He pensado bastante en ello —asintió ella tomando un sorbo de vino. Sebastian sintió cómo crecía su esperanza. Estaba claro que quería hablar. Una conversación los acercaría el uno al otro, los abriría, le daría la oportunidad de jugar su juego. Ganar—. Sobre todo, lo que podríamos haber hecho de otra manera —continuó Renate—. No en torno al embarazo en sí, sino antes. Para que sintiese que podía confiar en nosotros. Contárnoslo.

Sebastian asintió con la cabeza comprensivo. Aquí podía escoger entre dos formas de proceder. Darle la razón en que había habido una grieta, una falta de confianza, e intentar suavizar el sentimiento de haber hecho algo mal, calmar su angustia.

O bien, darle otra explicación a lo sucedido y liberarla por completo de la responsabilidad ante aquel suceso.

Consuelo o agradecimiento.

El sexo solía ser mejor tras el consuelo, pero el agradecimiento era un camino más seguro hacia el éxito. Esa noche no necesitaba nada especial, un simple alivio ya sería más que suficiente. Así que optaría por el agradecimiento.

—No tiene por qué haber sido porque no confiara en vosotros. Puede que os quisiese proteger de una situación muy difícil —dijo Sebastian despacio, como si estuviese escogiendo con cuidado sus palabras—. Ella sabía lo que quería y sabía lo que vosotros queríais. De esta manera os ahorró una cierta cantidad de sufrimiento. A posteriori, fuera como fuese la cosa, no podríais haber hecho nada diferente porque no sabíais nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no nos lo contó por consideración?

—Puede que fuese así. Yo no la conocía, no sé nada acerca de vuestra relación, sólo digo que no tiene por qué haber sido que no confiase en vosotros.

Observó cómo este mensaje llegaba a Renate, que para ella era una idea nueva, una idea bienvenida.

—¿Qué habríais hecho si lo hubieseis sabido? —preguntó Sebastian inclinándose hacia delante.

Renate tomó otro sorbo de vino, se apartó un mechón de pelo rojo que le había caído sobre el ojo y miró a Sebastian.

—La habría intentado convencer. Salvarla.

—Ella no quería que la salvaran. Era adulta, mayor de edad. Estaba decidida, era su cuerpo. No podríais haberla arrastrado hasta un hospital y exigir que abortase. —Tomó prestadas las palabras de Hampus Bogren. Seguro que no tendría nada en contra, era por una buena causa. Iba a tener sexo.

—Podríamos haberlo intentado. Tal vez habríamos logrado llegar a ella,

conseguir que cambiase de opinión. Tal vez nos hubiese odiado luego, tal vez nunca nos hubiese vuelto a dirigir la palabra, pero al menos estaría viva.

—Es normal pensar en lo que uno podría haber hecho de manera diferente, pero en este caso no lo podríais haber hecho. Uno sólo puede actuar a partir de la información que tiene.

—Que ella no nos dio.

—Exacto. Para protegeros. Proteger vuestra relación. Y así ella se evitaba la sensación de haberos fallado y vosotros os ahorrabais la sensación de impotencia. Tal vez incluso el tomar distancia de ella.

Vio cómo Renate reflexionaba sobre lo que él acababa de decir. La idea iba calando y, tal vez fuese impresión suya, pero le pareció ver que su cuerpo daba señales de un cierto alivio. Quizá no fuese agradecimiento, pero el alivio también podía funcionar, pensó él.

Renate cambió de postura en el sofá, recogió las piernas acurrucándose y apoyándose en el respaldo. A pesar de que quedaba poco, el vino de la copa estaba a punto de derramarse. Volvió a caerle un mechón de pelo y ella se lo apartó, mirándolo.

—¿Sabes?, antes de esto, cuando leía que publicaban en los periódicos homenajes póstumos y había personas que seguían de duelo cinco, diez, quince años más tarde, solía pensar: «Déjalo ya, suéltalo, sigue adelante». — Se acabó lo que quedaba del vino y dejó la copa sobre la mesa. Sebastian echó un vistazo a su escote cuando ella se inclinó hacia delante, con cuidado de volver a mirarla a los ojos en cuanto ella se dejó caer de nuevo en el sofá —. Pero ¿qué haces cuando no puedes? Cuando continúas llena de su pérdida. Vacía.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo Sebastian asintiendo con la cabeza —. El equilibrio entre la tristeza y los recuerdos y el seguir adelante... Puede ser muy difícil.

Esperaba que algo en su voz le dijese a Renate que no estaba hablando desde el punto de vista profesional, sino personal. Que él de verdad lo sentía cuando le decía: «Sé por lo que estás pasando».

—¿Tú a quién has perdido? Si me permites que te lo pregunte.

Sebastian dudó. Esta vez no era parte del juego. Su duda era auténtica. ¿Quería avanzar por ese camino? ¿Quería abrir esa puerta? Después de una breve reflexión llegó a la conclusión de que no podía ir a peor.

—Mi mujer y mi hija. En Tailandia, el veintiséis de diciembre de 2004.

—¿El tsunami?

Sebastian asintió con la cabeza y le empezó a contar su historia. Veinticinco minutos más tarde, Renate se inclinó sobre él para besarlo.

Los demás ya estaban reunidos cuando Sebastian entró en la sala de reuniones. Su día había empezado de forma poco habitual en todos los sentidos. En lugar de despertarse en plena noche con la mano derecha apretada en un puño y con la angustia del sueño aún enganchada a él como una telaraña pegajosa, como acostumbraba a ocurrirle, lo había despertado Renate a las seis y media de la mañana. Fuera aún estaba oscuro, pero no era de noche. La sensación de vacío y de pesadumbre que solía seguir a la conquista no estaba. El alivio de la noche había desaparecido, pero al menos no se sentía peor de lo habitual, constató mientras se levantaba de la cama y se vestía. Se descubrió a sí mismo sin la necesidad de salir de allí de inmediato y, para su sorpresa, le hizo compañía a Renate durante el desayuno. Ya se había topado antes con ellas. Mujeres que daban más que sólo sexo. Esas de las que te podías enganchar y con las que, de repente, querías volver a estar. En especial si estabas en baja forma. Sebastian incluso tenía un nombre para ellas.

Ascendentes.

Renate era una ascendente.

En su compañía se podía relajar y desconectar. Eso no significaba de ninguna manera que aquello fuera a ser algo duradero. Si dependía de Sebastian, nunca más se volverían a ver, pero era una experiencia agradable que no sucedía demasiado a menudo.

—Disculpad que llegue un poco tarde —dijo Sebastian mirando hacia Vanja. ¿Iba a contar el motivo? ¿Lo que había hecho? ¿Demostrarle que si ella pasaba de él como de la mierda, él también podía pasar de ella? No tenía nada que perder con ello, pero tampoco mucho que ganar, y menos con el

resto del equipo, así que decidió no hacerlo. Pasó por detrás de Carlos y Billy de camino a una silla vacía. Billy parecía estar metido en una web de juegos, según vio al echar un vistazo a su pantalla. No parecían haber empezado aún el trabajo del día—. Bueno, ¿y aquí qué está ocurriendo? —preguntó mientras retiraba una de las sillas para sentarse.

—Hemos hablado de las víctimas, del orden... —dijo Anne-Lie señalando la pizarra en la que, en el lado izquierdo, colgaba una hoja con una lista con los nombres, a estas alturas bien conocidos.

Ingrid. Ida. Therese. Rebecca. Klara. Ingrid. Ida. Therese.

—Rebecca está muerta, así que si siguen su plan, la siguiente es Klara —explicó ella aunque no fuese necesario. Sebastian sabía muy bien quién había sido atacada y cuándo—. Aún no tenemos todos los detalles —continuó—. Pero hemos trazado un plan para cogerlos.

—Cuéntame.

Lo primero que iban a hacer era convocar una nueva rueda de prensa. Explicarían que se había producido otra violación, que la que antes había sido la segunda víctima había vuelto a ser atacada. Luego iban a admitir que, muy a su pesar, no tenían ninguna pista nueva, que aún no había sospechosos y que, hoy por hoy, no sabían por qué justo ella había sido atacada dos veces ni si existía alguna conexión entre las víctimas. Iba a parecer como si no hubiesen avanzado nada en la investigación, y Sebastian adivinaba que esta vez a Torkel le tocaría desempeñar un papel más destacado.

—¿Y eso se lo van a creer? ¿Que no hemos encontrado ninguna conexión? —preguntó con escepticismo.

—Eso esperamos —contestó Anne-Lie con seriedad—. Ellos no saben si hemos estado en contacto con Ingrid Drüber, y sobre el suicidio de Ida no se ha escrito nada, mucho menos en relación con nosotros.

—Ellos suponen que nosotros pensamos que la segunda víctima fue

Therese y que ella ni siquiera formaba parte de AbOvo —completó Torkel.

—Aunque no digamos nada acerca de Ida, ¿no crees que ellos partirán de que ha puesto la denuncia?

—Tal vez sí, en el peor de los casos, pero la cuestión es: aunque fuese así, ¿eso los detendría?

Sebastian repasó mentalmente lo que acababa de oír y luego negó con la cabeza.

—No, esto no nos va a llevar a nada. —Se incorporó, ignorando los suspiros de los demás y la mirada furiosa de Anne-Lie—. Aunque consigamos hacerlos creer que no estamos buscando a nadie que tenga que ver con AbOvo o con Linda Fors... —se volvió hacia la lista de nombres que había en la pared—... seguro que han comprendido que hemos averiguado el orden. Que Klara es la próxima.

—De nuevo. Tal vez sí —contestó Anne-Lie—. Pero parece que se trata de unos agresores que están más que dispuestos a asumir riesgos.

Cierto, Sebastian tuvo que admitir que en eso tenía razón. Tal vez volverían a ir a por Klara aunque fuese arriesgado y pudiera ser lo último que hacían. Al menos para uno de ellos. Se encogió de hombros.

—¿Y luego qué?

—Klara y su marido han publicado en Instagram que el padre y el hijo van a ir a pasar unos días con los abuelos durante las vacaciones de otoño. De modo que ella estará sola en casa, no podrá acompañarlos por el trabajo.

—¿Y la tendremos bajo vigilancia?

—No del todo, no sólo eso.

—A veces yo ocuparé su lugar —dijo Vanja, y Sebastian percibió de inmediato que un desagradable escalofrío le recorría el cuerpo. En un instante

había desaparecido la pequeña sensación de bienestar que había tenido por la mañana, y notó un desasosiego—. Las últimas veces, Ingrid, Ida y Therese fueron atacadas en sus casas, así que allí estaré yo.

—No lo entiendo —reconoció Sebastian, y se lo volvieron a explicar.

El plan era que Vanja se encontrase en la casa por las noches. Por la mañana iría a su piso, en el que estaría viviendo Klara, y ésta se dirigiría al trabajo asegurándose de no hallarse sola durante el día; tan pronto como volviese a su casa por la noche se intercambiaría de nuevo con Vanja, que regresaría en el coche a «casa», entrando por el garaje, y se quedaría allí a pasar la noche.

—¿Y si alguien la está esperando? —preguntó Sebastian, notando que su preocupación se trasladaba a su voz en forma de enfado y frustración.

—No podemos revisar la casa cada día antes de que llegue —explicó Anne-Lie—. Por si acaso la están vigilando.

—Pero Billy va a colocar cámaras y sensores de movimiento —intervino Torkel antes de que Sebastian tuviese tiempo de protestar—. Sabremos si entra alguien.

Sebastian se limitó a negar con la cabeza. No le gustaba, pero sabía que lo que él pensase no importaba lo más mínimo. Así iba a ser, y si su instinto rechazaba este plan de que su hija trabajase de encubierto y corriese riesgos, significaba que el plan no era del todo malo.

Podía funcionar.

Tenía que funcionar.

Jamás los perdonaría a ninguno de ellos si no funcionaba.

*1 de noviembre* Therese ha vuelto a poner la denuncia, Ida no.

Parece inverosímil, pero tal vez no lo sea.

Dijeron que no habían establecido la conexión.

En la rueda de prensa del lunes.

No necesitan hacerlo para adivinar cuál es la siguiente.

Así que tienen a Klara bajo vigilancia.

Está sola en casa.

Segura de que la pueden proteger.

He estado allí. Los he visto.

Eso lo hace más difícil. Más peligroso.

Pero lo voy a conseguir.

A cualquier precio.

Van a sufrir.

Como yo he sufrido.

Como tú sufriste.

Pensaba hacerlo este fin de semana.

El día de Todos los Santos. De todas las almas.

Cuando honramos a nuestros muertos.

Pero he cambiado los planes.

Tendrá que ser mañana.

Viernes.

Me prepararé.

Viernes por la mañana.

Vanja se despertó antes de que sonase la alarma con una sensación nerviosa de expectación en el pecho. Se quedó tumbada haciendo algunas respiraciones profundas antes de sacar la pistola de debajo de la almohada de Zacharias y dejarla sobre la mesita de noche.

El penúltimo día que podía pasar algo.

Ese día o el siguiente.

Por lo demás, empezaba a resultarle extrañamente familiar el despertarse en la cama de matrimonio del dormitorio de Klara y Zacharias y ver su foto de boda sobre la cómoda blanca al lado del armario, así como las fotos de Victor a diferentes edades en la pared de al lado.

Las primeras noches las había pasado en alerta. Casi no había dormido nada, tumbada en la oscuridad escuchando y reaccionando al menor ruido. Por la noche siempre había un montón de ruidos dentro y fuera de una casa, pero como para ella todos los ruidos eran nuevos y desconocidos, no sabía si eran normales o no.

Si significaba que había alguien dentro de la vivienda.

Con ella.

Alguien que quisiera hacerle daño.

De vez en cuando contactaba con Billy. En plena noche. Le pedía que volviese a comprobar todas las cámaras. Sólo por seguridad. Cogía el *walkie-talkie* y confirmaba que los refuerzos estaban fuera, en su sitio. Que estaban despiertos. Que estaban cerca. Comprobaba su arma, asegurándose de tenerla siempre a mano.

Pero no había pasado nada.

En toda la semana.

Se levantó de la cama y se dirigió al baño. No había ninguna ventana de camino al cuarto de baño, así que no necesitaba pensar en mantener la cabeza un poco girada ni en cómo dificultar que alguien pudiese ver su cara. Echó el cierre de la puerta del baño y entró en la ducha. Se sentía más segura, aunque un poco ridícula, al dejar la pistola en la cesta de aluminio inoxidable donde estaba el jabón de ducha, el champú y el suavizante. Desnuda en la ducha era cuando se sentía más vulnerable y experimentaba algo que sólo se podía parecer al miedo.

A lo largo de la semana, de vez en cuando se había cerciorado de que la vieran a través de alguna ventana. Era igual de alta que Klara y tenía la misma constitución física. Lo único que necesitaba era una peluca para que su pelo fuese igual. El hecho de que Klara tuviese flequillo largo los ayudaba: bastaba con que ella moviese un poco la cabeza, que la mantuviese girada o que su mano toquetease el flequillo para que fuese muy difícil ver que ella no era Klara. A un poco de distancia era más bien imposible.

Después de vestirse salió a la cocina. Había una ventana, pero le daba el sol matutino, así que era completamente natural que ella se acercase y bajase la persiana. Una taza de café y una tostada, y luego se iría. Durante toda la semana habían hecho el intercambio en el piso de Vanja. Les preocupaba un poco que si alguien la estaba siguiendo, se preguntase por qué iba de visita a Norbyvägen cada mañana y cada noche, pero Vanja podía jurar que nadie la había seguido. Cada vez había cogido un camino diferente y había observado con atención los vehículos de su alrededor.

Y el tiempo había ido pasando.

Día tras día.

O más bien noche tras noche.

Dormir en la casa de Klara, encontrarse con ella, que se iba a su trabajo; otra vez lo mismo por la tarde aunque en sentido contrario: volver de nuevo a «casa», entrar en el garaje, entrar en la casa y pasar otra noche más.

Repitiendo. Una y otra vez.

Cuatro días desde la rueda de prensa.

Todo había estado tranquilo.

Demasiado tranquilo. El día anterior Anne-Lie se había hartado. Vanja justo pensaba ir a echarse y dormir un rato mientras Klara estaba en el trabajo cuando la llamaron.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al reunirse con los demás en la oficina.

—Nada, ése es el problema —contestó Anne-Lie claramente insatisfecha con la ausencia de resultados de los últimos días.

»Seguimos sin tener ni idea de dónde están los Valbuena, padre e hijo —continuó, con el mismo tono alto de irritación—. Por lo que sabemos, la expareja sigue en Hudiksvall, y el jodido Boris Holt vuelve de Chipre este fin de semana.

—¿Estamos seguros de que Hampus sigue en Hudiksvall? —preguntó Ursula, mirando a Carlos y a Billy como si por alguna razón supusiese que ellos lo sabrían si se hubiese movido.

—Joder, al menos no está aquí atacando a Vanja, eso seguro, ¿verdad? —dijo Anne-Lie casi escupiendo—. No hemos encontrado el coche de ese tal Weber y no tenemos ni puta idea de por qué lo han matado.

—Su colega Kajsa Kronberg no nos puede ayudar —intervino Torkel, informando calmado a los demás—. Su jefa ha ordenado al departamento técnico que la avisen si alguien intenta entrar en el ordenador de Weber, así

que... —Se encogió de hombros para expresar que era un callejón sin salida. Por desgracia, no era el primero—. Además, no sabemos si está muerto —dijo volviéndose hacia Anne-Lie al corregirla.

—Joder, no sabemos nada. No tenemos nada. Es inaceptable.

Torkel imaginaba que estaban allí porque algún jefe superior le había preguntado a Anne-Lie «cómo va» con un tono de voz que en realidad querría decir «más te vale solucionar esto rápido o si no...». La estaban presionando aún más desde la segunda rueda de prensa que habían celebrado el lunes para informar de la segunda violación de Therese y en la que, según habían planeado, habían quedado como unos incompetentes. Ahora los periódicos escribían sobre el caso cada día. Dos de ellos habían mandado reporteros que informaban a diario desde la «Uppsala aterrorizada». Los noticiarios Rapport, Aktuell y Noticias de TV4 habían sacado la noticia de las violaciones y ninguno de los reportajes dejaba demasiado bien a la policía. Todo iba según el plan, pero aun así Anne-Lie no pensaba quedar retratada como una incompetente sin obtener resultados. Se suponía que habría intentado hablar con Rosmarie, pero que ésta tampoco le habría sido de demasiada ayuda. Dado que Anne-Lie se había negado a traspasar el caso a la Unidad de Homicidios, a nivel oficial esto no los iba a salpicar, y, por tanto, tampoco a Rosmarie. De modo que la solución del problema recaía por completo sobre Anne-Lie. Y ahora parecía determinada a resolverlo.

—Vamos a darles una ventana. Un marco temporal. Forzarlos a actuar.

—¿Cómo? —preguntó Sebastian, dejando claro que le parecía una mala idea incluso antes de oír los detalles.

—Klara va a publicar en las redes sociales que va a estar fuera un rato. Un tiempo indefinido. Se irá el sábado por la noche. —Anne-Lie cogió unas hojas impresas que tenía delante sobre la mesa, repartió una copia para cada uno y empezaron a leer.

«Sólo quería compartir con vosotros que el sábado por la noche dejamos Uppsala. Zach, Victor y yo nos iremos una temporada. Veremos durante cuánto tiempo y adónde vamos a parar. Zach y Victor ya están con los abuelos, y yo iré con ellos este fin de semana. Nos vamos a tomar un tiempo de descanso para estar juntos toda la familia. Ha sido un otoño duro y necesitamos pasar un poco de tiempo juntos. Sólo para que lo sepáis si no me veis por aquí durante una temporada. Cuidaos todos. Un abrazo, Klara.»

—¿Ella sabe algo de esto? —preguntó Vanja mientras leía por encima el texto.

—Claro que lo sabe, lo ha escrito ella.

—No —dijo Sebastian escueto tras leer el papel y dejarlo sobre la mesa—. No hagas esto.

—¿Por qué no?

—No fuerces la situación, no los provoques; cuando lo haces es cuando las cosas pueden acabar mal. Ten paciencia. Tarde o temprano van a atacar. Tal vez no sea esta semana, tal vez no la próxima, pero los vamos a coger.

—Esta misma semana ya es demasiado tarde.

Sebastian miró a su alrededor en la sala buscando apoyo. Torkel dejó el papel sobre la mesa y se subió las gafas de leer hasta la frente.

—¿Es tan diferente esto de lo que ya estamos haciendo? —preguntó volviéndose hacia Sebastian.

—Sí, lo es.

—¿De qué manera?

Sebastian se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por la sala.

—¿Recuerdas que me dijiste que era un depredador cuando nos vimos en Sala? —preguntó dirigiéndose directamente a Anne-Lie.

—Sí.

—Imagínate un depredador de verdad, un... un león devorador de humanos. Quieres cazarlo, así que colocas una cabra y te aseguras de que haya gente en el lugar que pueda intervenir cuando aparezca el león para cazarlo o matarlo.

—¿Me acabas de comparar con una cabra? —intervino Vanja con una pequeña sonrisa. Sebastian ignoró su comentario por completo.

—Esperáis, el león se acerca, cuando se siente seguro ataca y entonces lo atrapáis.

—Vale.

—El mismo escenario, pero esta vez perseguís al león. Lo forzáis a avanzar hacia la cabra con fuego y esas cosas eléctricas que se usan con las vacas... ¿Qué crees que pasará? —Sebastian contestó antes de que Anne-Lie tan siquiera tuviera tiempo de respirar—: El león ataca y no necesariamente a la cabra. Luego huye. Lo más seguro es que mate a alguien por el camino.

—Y yo soy la cabra, ¿verdad?

—Vale, escuchad, a lo mejor no es la mejor metáfora del mundo —dijo Sebastian tras haberse detenido un momento a observar las miradas divertidas y escépticas de los demás—. Pero el hecho sigue siendo el mismo: intentar forzar una acción desesperada es una mala idea.

—A mí me parece que es una idea brillante —dijo Vanja enderezándose—. ¿Por qué esperar más de lo necesario?

—Acabo de explicarlo.

—Ya sé que me quieres proteger, que es alguno de esos rollos de padre, pero yo no necesito que nadie me proteja, especialmente tú.

—No se trata de eso, no se trata de mí.

—Todo lo que haces trata de ti. Pero yo puedo cuidar de mí misma.

Sebastian abrió los brazos en un gesto que se podía interpretar tanto como que se rendía como que se lavaba las manos en esta cuestión.

Anne-Lie lo había iniciado.

Torkel no se había opuesto.

Vanja lo quería hacer.

No siempre era demasiado intuitivo, pero incluso él se daba cuenta de que ésa era una batalla que no podía ganar.

Eso había sido el día anterior. Vanja había pasado toda la tarde en la casa. Había procurado leer un poco, ver una película, pero todo el rato le venía a la cabeza lo que había dicho Sebastian. ¿Era un error intentar forzar una acción? ¿Iban a desesperarse los agresores y volverse así más peligrosos? Había contactado algunas veces con el equipo de fuera y había llamado a Billy, pero tenía la sensación de que molestaba, de que él tenía otras cosas más importantes en las que pensar. Parecía distraído y estresado, así que Vanja había cortado la conversación y en su lugar había telefoneado a Jonathan y habían hablado hasta la madrugada. Se había sentido más nerviosa, inquieta y expuesta de lo que había estado en toda la semana.

Pero al despertarse habían desaparecido esos sentimientos por completo y habían sido sustituidos por una excitación nerviosa y expectante.

Iba a ser ese día o el siguiente.

Iban a cogerlos.

Por fin iban a cogerlos.

Sobre todo se alegraba de que la cosa fuera a terminar pronto, porque echaba de menos a Jonathan. No se habían visto en toda la semana. Lo echaba de menos. A todo su ser. Su compañía. Su cuerpo. Quería acostarse con él. Concebir un hijo con él.

Se acabó lo que le quedaba de café en la taza y la dejó en el fregadero; salió al recibidor y se puso la chaqueta verde oscuro con capucha. Se subió la capucha y se miró al espejo. Se arregló el flequillo. Habría preferido llevar también unas gafas de sol, pero dado que afuera apenas había luz, y nada de sol, lo más probable era que despertara alguna sospecha. En lugar de ponérselas, agachó un poco la cabeza al abrir la puerta de la calle, la cerró

tras ella, cerró con llave y siguió hacia el garaje. Sabía que los policías que estaban sentados en un coche un poco más arriba en la calle la podían ver, pero no les dedicó ni una mirada al girar hacia la izquierda. Apretó el botón para abrir la puerta del garaje y ésta se abrió rechinando. Cada vez que había cogido el coche esa semana había pensado que debería ponerle aceite. Aunque no sabía ni con qué ni cómo. No tenía ni idea, y ahora ya no valía la pena. Si llevaba toda una semana oyendo ese ruido, podría soportarlo un día más.

Entró en el garaje y los ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad. Se bajó la capucha mientras se acercaba a la puerta del conductor en el lado izquierdo del Polo azul. Justo iba a alargar la mano para abrirla cuando se quedó helada. Era más una sensación que no el haber registrado algo.

De que ya no estaba sola.

De que alguien la había estado esperando.

En el rincón oscuro, justo a la izquierda de la puerta del garaje, donde no tenían ninguna cámara.

De que alguien se le acercaba por detrás.

En silencio, con unas zapatillas Vans del número 42,5.

De forma instintiva, decidió no sacar el arma y apostar por un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Pero antes de que le diera tiempo de agacharse ni de darse la vuelta, el garaje oscuro se volvió completamente negro y sintió un pinchazo en el cuello. Levantó una mano para tratar de quitarse el saco de la cabeza, pero el atacante la apartó de un golpe. Pensó que tenía que intentarlo de nuevo, debía quitárselo, procurar ver el rostro de su atacante, pero el brazo no la obedecía. En cuestión de segundos dejaron de responderle también las piernas y se desplomó inconsciente sobre el sucio suelo del garaje.

Berg y Yadav estaban sentados en el coche a una distancia prudente de la casa de Klara Wahlgren. La orden que tenían era mantenerla bajo vigilancia constante, pero sin ser vistos. Los dos deseaban con ansia que nadie los viera, no poner de ninguna manera en riesgo el éxito de esa operación. Necesitaban su revancha. Nunca hablaban de ello, pero los dos eran conscientes de que el otro pensaba a menudo en el error que habían cometido en el burdel en Norrforsgatan. Ahora sabían que el hombre al que habían ahuyentado del lugar no era el que buscaban, así que no habían causado un gran daño, pero de todos modos no se podían permitir otro error. Habían oído cómo el psicólogo un poco engreído que Anne-Lie había contratado no paraba de llamarlos Kling y Klang en el comedor tras su intervención fallida. Kling y Klang, los policías patosos de Pippi Calzaslargas. Si no iban con cuidado, era el tipo de apodo que solía calar. Algo que los compañeros usarían y a lo que llamarían «una broma cariñosa» si Berg y Yadav reaccionaban de alguna manera.

Hubo movimientos en la casa. Vanja salió con la capucha de la chaqueta verde puesta. Cerró la puerta con llave dándoles la espalda y la vieron dirigirse al garaje, girar a la izquierda y salir de su campo de visión. Los dos la siguieron con la mirada; Berg cogió una pequeña libreta que había entre los asientos, consultó el reloj y anotó la hora a la que había salido de la casa. Nadie les había pedido que lo hiciesen, pero lo apuntaban de todos modos. Tomaban nota de todo: la hora a la que dejaban el coche, la hora a la que daban una vuelta a la casa —como era natural, a una distancia prudencial—, la hora a la que Vanja se comunicaba con ellos, la hora a la que la veían por última vez por la noche, la primera vez por la mañana. Nada iba a salir mal.

Berg dejó la libreta y el lápiz en su sitio. Justo iba a comentarle al compañero que Vanja estaba tardando más de lo normal en salir cuando el Polo azul abandonó el garaje dando marcha atrás hasta la calle, giró a la

derecha y avanzó hacia ellos. Permanecieron sentados y vieron pasar a Vanja, que aún llevaba la chaqueta verde y la capucha puesta. Berg alzó la mano a modo de discreto saludo. Vanja levantó dos dedos del volante, pero sin mirar en su dirección. Yadav tomó la radio e informó en el canal que usaban de que Vanja había dejado la casa y que estaba de camino. Que seguirían vigilando la casa e informarían si veían algo extraño o si alguien se acercaba.

Sebastian escuchó el mensaje de Kling y Klang desde su coche, escondido a cierta distancia en una calle perpendicular porque no quería que Vanja supiese que la estaba vigilando, que permanecía cerca como refuerzo. Si ella no hubiese roto ya su relación con él, no estaría allí. Tendría miedo de que ella lo averiguase, de que le diera por pensar que él no confiaba en ella, que él consideraba que necesitaba la protección de un hombre y todo eso que le había soltado el día anterior. Pero ahora ya no podía ir a peor, no tenía nada que perder, así que al menos podía calmar su propia preocupación haciendo todo lo que estaba en su mano para asegurarse de que no le pasaba nada.

Cuando vio a Vanja pasar delante de él, arrancó el motor y dejó que el coche saliese rodando poco a poco. Giró a la derecha, conduciendo despacio, siguiéndola a una distancia segura. Sabía que podía ver bastante bien hacia atrás. Acababa de llegar al cruce en el que giraría hacia la izquierda. Sebastian frenó con tanta fuerza que casi se detuvo. El Polo había puesto el intermitente.

Hacia la derecha. Estaba torciendo hacia la derecha.

A Sebastian se le marcó una arruga de interrogación en la frente.

«Qué coño...»

Aceleró y alcanzó el cruce, dobló hacia la derecha él también, incrementó la velocidad un poco más y tuvo el tiempo justo de ver el coche de Klara girando a la izquierda junto a un cartel con la imagen de un niño, una mujer y

un hombre con mochila dirigiéndose hacia una gran F que simbolizaba una zona recreativa al aire libre. Eso no era normal. Algo iba mal. Sebastian siguió al coche, pero tuvo que detenerse por el tráfico que había en sentido contrario. Con una creciente sensación de inquietud, cogió el *walkie-talkie* del asiento del copiloto.

—Hola, Kling y Klang, soy Sebastian Bergman; estoy siguiendo a Vanja y hay algo que no cuadra.

—¿Qué es lo que no cuadra? —respondieron enseguida.

—Está cogiendo otro camino, se está dirigiendo a una puta zona recreativa que hay aquí al lado.

Por fin hubo un hueco entre los coches en sentido contrario y Sebastian hizo el giro, adentrándose por un camino estrecho. Pronto estuvo rodeado de árboles.

—A lo mejor está tomando otro camino para despistar a alguien que la está siguiendo —oyó cómo Kling y Klang intentaban explicarlo.

—Que no, que no es así —dijo casi gritando de preocupación—. Algo no cuadra. ¡Moved el culo ya, joder!

—¿Dónde estás?

Sebastian miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? No tenía ni idea. La tranquila zona de chalets se había transformado rápidamente en pura naturaleza.

—Ha girado primero a la derecha y luego a la izquierda..., en dirección a una zona recreativa al aire libre. —Eché un vistazo por la ventanilla, a su derecha—. Justo estoy pasando al lado de un campo de fútbol.

—Sabemos dónde es. Ya vamos.

—Daos prisa —les insistió Sebastian, notando cómo su respiración era

cada vez más pesada y que el corazón le latía acelerado. Ya no estaba intranquilo.

Tenía miedo. Estaba muerto de miedo.

Siguió avanzando, pasó de largo una casita con un aparcamiento delante. No había ningún Polo azul. El camino se iba estrechando pero Sebastian aumentó la velocidad. Tras unos cien metros, el camino se dividía formando una Y. Se detuvo maldiciendo, se desabrochó el cinturón y salió del coche. Se acercó andando hasta la bifurcación como si fuese un maldito rastreador capaz de detectar huellas de neumático. Dio unas cuantas vueltas en el sitio, pasándose las manos por el pelo, emitiendo un sufrido gemido, mirando a su alrededor; los dos senderos seguían adentrándose en el bosque.

Justo estaba regresando al coche para jugársela y elegir uno de los dos caminos al tuntún, cuando oyó el ruido de una puerta de un vehículo que se cerraba a su lado izquierdo, un poco más arriba en el bosque. Empezó a correr de inmediato por el pequeño sendero de gravilla que ascendía. Tras medio minuto o así divisó el Polo azul detenido a un lado. Había una figura inclinada hacia el interior del coche, por la puerta trasera abierta. Sebastian sólo podía verle el final de la espalda, las piernas y los zapatos, pero tuvo una clara sensación de que no se trataba de Vanja. Parecía como si el sonido del automóvil amortiguase el ruido de sus pasos, porque la figura no reaccionó hasta que Sebastian casi la hubo alcanzado. La agarró de la chaqueta y la sacó del coche. Prácticamente la tiró a un lado. Echó un rápido vistazo al asiento de atrás. Vanja, la mujer con el saco en la cabeza sólo podía ser Vanja. Estaba tumbada boca abajo, quieta, con las bragas y los pantalones bajados. Sebastian dio media vuelta, esperándose un ataque, preparado para defenderse, pero éste no llegó. Dio varias vueltas mirando a su alrededor, con sorpresa y confusión. El agresor había tenido tiempo de huir en los pocos segundos en que Sebastian había tardado en comprender lo que estaba ocurriendo dentro del coche. Sebastian vio cómo corría en la misma dirección

por la que había llegado él. Dejó que se fuese corriendo; no estaba en condiciones para alcanzarlo y tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

Se volvió de nuevo hacia el vehículo; justo iba a asomarse adentro cuando se quedó congelado. Entre las piernas de Vanja había una jeringuilla. Llena con alguna sustancia.

¿La iba a sedar allí?

Entonces ¿cómo había conseguido llevársela en el coche?

Ella habría opuesto resistencia. Nunca se la podría haber llevado tan lejos sin haberla dejado fuera de combate. Por tanto, la jeringuilla no podía contener el somnífero. Además, a las otras víctimas se lo había inyectado en el cuello...

Poco a poco, los engranajes empezaban a encajar. Comprendía lo que estaba viendo. Pero sin acabar de entenderlo. Era como si su cerebro estuviese luchando en contra de la conclusión a la que iba a llegar. Sospechaba lo que era la sustancia blanquecina que contenía la jeringuilla que tenía delante. Pero ¿para qué necesitaría un hombre una jeringuilla con semen?

Los pensamientos se siguieron cruzando, difíciles de captar, resbaladizos. ¿Qué significaba lo que estaba viendo? En algún lugar tenía la respuesta, pero era tan rebuscada, tan impensable, que su razón intentaba obligarlo a pensar otra cosa. Demasiado extraño. Demasiado enfermizo. Con un último vistazo a Vanja en el asiento posterior consiguió finalmente llegar a la única conclusión razonable. Corrió lo más rápido que pudo de vuelta hasta su coche, agarró el *walkie-talkie* y mientras subía corriendo de vuelta al Polo azul donde estaba Vanja iba gritando en el micrófono:

—¡Una mujer! ¡Podemos estar buscando a una mujer!

Berg y Yadav acababan de pasar por delante de la casa del club, que les había servido de orientación, y se dirigían por el camino estrecho cuando oyeron a Sebastian por la radio de comunicación. Yadav detuvo el coche y se volvió hacia el compañero, que parecía pensar lo mismo. Acababan de cruzarse con una mujer que iba andando a toda prisa en dirección a la carretera. Era la única persona con la que se habían encontrado allí fuera y Berg recordaba que se había fijado en ella porque no llevaba ropa de abrigo.

—Estamos hablando de violaciones, ¿no? —preguntó Yadav, y estaba claro que intentaba encajar la última información de Sebastian con lo que sabían del caso en el que trabajaban.

—Sí.

—Entonces ¿cómo puede ser una mujer?

Berg ignoraba qué responder, por lo que siguió mirando con incompreensión a su compañero. Las mujeres también podían cometer violaciones, pero no de esa manera, no tal como lo había hecho el agresor del caso. Al menos que él supiese.

—No lo sé.

—Era una mujer, ésa con la que nos hemos cruzado... —dijo Yadav con un gesto de la cabeza hacia la ventana de atrás y el sendero por el que habían avanzado.

—Sí, pero... —Berg no completó la frase.

¿Qué iban a hacer? El psicólogo rollizo había dicho que era una mujer, pero estaban buscando a un violador. De mujeres. Si daban media vuelta y detenían a una mujer por el crimen, volverían a ser el hazmerreír de todos. Kling y Klang sería algo permanente. Pero, por otra parte... Habían recibido una orden directa. De un hombre más implicado en la investigación y que, encima, según lo que podían deducir, era un testimonio directo. Y más aún si

era verdad que había pasado algo con el coche, lo cual parecía más que creíble teniendo en cuenta dónde se encontraban. ¿Por qué iba Vanja a tomar este trayecto para ir a Norbyvägen?

—¿Podría ser una colaboradora de algún tipo? —intentó Yadav, interrumpiendo los pensamientos de Berg.

—Sí, puede —asintió Berg—. Claro que lo puede ser.

Intercambiaron una rápida mirada y se decidieron. Yadav metió marcha atrás, dio media vuelta con el coche y salieron pitando en dirección a la mujer con la que se habían cruzado.

Estaban sentados juntos en el asiento de atrás cuando ella volvió en sí.

Él había conseguido incorporarla y estaba medio sentada, apoyada sobre él, que permanecía con la puerta abierta. El saco y la jeringuilla, todo lo había metido en la guantera. Le había dado igual si estaba estropeando pruebas; Vanja no debía ver nada de eso cuando se despertase, no tenía que haber ninguna posibilidad.

Se estuvo moviendo un poco durante un minuto antes de abrir los ojos, como si su cuerpo se despertase antes que su cerebro. Durante unos segundos miró al vacío y pudo ver que estaba intentando comprender dónde se hallaba, con quién y cómo había ido a parar ahí. Al hacerlo, se incorporó de golpe y su respiración se volvió más pesada.

—Está todo bien —dijo Sebastian con suavidad, comprendiendo que no era así como se sentía al ver el pánico en sus ojos cuando se volvió hacia él—. Va todo bien. No ha pasado nada —continuó con voz baja y tranquilizante—. Te lo prometo.

Despacio, Vanja se fue dando cuenta de lo que Sebastian quería decir, de lo que podría haber pasado. Se miró las piernas. Los pantalones estaban

abrochados, todo en su sitio. Volvió a examinar a Sebastian inquisitivamente para que le confirmase de nuevo que ella lo había entendido bien.

—No ha pasado nada. He llegado a tiempo.

No había ningún motivo para traumatizarla más de lo necesario. Ya era lo bastante malo lo que había sucedido, lo cerca que había estado. ¿Para qué explicarle cómo la había descubierto? Medio desnuda. El agresor inclinado sobre ella. La jeringuilla entre las piernas. Que él la había vestido. ¿Quién ganaría con eso? Nadie. No había ninguna razón para exponerla a un sufrimiento innecesario. La jeringuilla estaba llena, ¿verdad? Sí, lo estaba. Era mejor dejar que viviese con la ilusión de que lo peor que le había pasado era que la habían drogado y llevado consigo. Eso ya le había ocurrido antes. Con Edward Hinde. Aquella vez, Billy los había salvado a los dos. Esta vez había sido él.

—No ha pasado nada —repitió en voz baja para convencerla, pero una pequeña parte de Sebastian también lo decía para convencerse a sí mismo.

Vanja asintió con la cabeza, aún necesitaba tiempo para comprender. Se volvió a apoyar en él, la cabeza sobre su hombro, y Sebastian sintió cómo el frenético estrés comenzaba a disiparse, cómo su cuerpo se reblandecía y, luego, cómo se echaba a llorar. La abrazó.

Seguían así sentados cuando oyeron unos coches aproximarse, voces en el bosque, y Torkel se acercó a ellos corriendo. La preocupación casi brillaba como un aura a su alrededor.

—Está bien, no ha pasado nada. He llegado a tiempo.

El sol resplandecía sobre el cielo azul, pero sin calentar. Hacía frío como si estuviesen en pleno invierno, y eso provocaba que Sebastian estuviese aún más tenso e irritado que cuando cruzó la recepción con la mandíbula apretada, sacó su pase, se dirigió hacia el ascensor y pulsó el botón para subir ocho plantas.

Había acompañado a Vanja al hospital. Un control rutinario. Sobre todo para comprobar que el somnífero no hubiese tenido otras consecuencias. Le dolía el lado de la cabeza sobre el que pensaba que se había caído al desplomarse en el suelo del garaje. Le aconsejaron que permaneciera atenta a señales de una posible conmoción cerebral. Por lo demás, estaba todo lo bien que podía estar. Cuando llegó Jonathan, Sebastian se había ido del hospital.

Ahora salía del ascensor y se dirigía con pasos decididos hacia el despacho compartido cuando vio a Anne-Lie junto a Billy. Empujó la puerta con brusquedad. Anne-Lie se volvió y, al ver quién era, se le acercó un paso.

—¿Cómo está Vanja? —preguntó.

—Está bien, pero no gracias a ti, eso está claro.

Anne-Lie se detuvo, era evidente que la ácida respuesta de Sebastian la había pillado por sorpresa.

—No ha pasado nada gracias a que yo estaba allí —prosiguió Sebastian con rabia contenida en la voz—. Tu mierda de plan para conseguir resultados no ha funcionado y has puesto a tu equipo en peligro.

—Ha sido mala suerte que...

—No ha sido mala suerte —la interrumpió Sebastian—. Ha sido un plan irresponsable y precipitado.

—Puedes opinar lo que quieras —contestó Anne-Lie, recobrando un poco la compostura y la autoridad ahora que se iba recuperando de la sorpresa ante la forma de ser recibida.

—No es mi opinión. Vanja está en urgencias por tu culpa.

—Como he dicho, puedes opinar lo que quieras —repitió Anne-Lie, esforzándose por mantener la calma—. Pero en una cosa te equivocas.

—¿Ah, sí?

—Ha funcionado. La tenemos.

—¿Quién? ¿Dónde?

Sebastian respiró hondo y empujó la puerta de la sala de interrogatorios número dos con cierta vacilación.

Carlos y Torkel se volvieron hacia él cuando entró en la pequeña y despersonalizada sala. Torkel se volvió de nuevo hacia la mesa y explicó, para que constase en la grabación, que Sebastian Bergman se acababa de incorporar. Sebastian se dejó caer en silencio sobre una silla un poco alejada de las cuatro personas que estaban sentadas. Torkel, Carlos, una defensora de oficio y la mujer pelirroja que miraba hacia él con una pequeña sonrisa casi seductora.

Renate Fors.

Su ascendente.

Cuando supo quién era la persona a la que habían detenido dudó si le convenía estar presente el interrogatorio. ¿Y si ella contaba algo? Sobre cómo él había ido a verla. Sobre cómo ella había ido a verlo a él. El mismo día anterior. Cuando ella había ido al hotel y él la había dejado entrar en su habitación sin pestañear. A pesar de todo, se trataba de una ascendente. Fuera

como fuese, ya lo habían machacado todos por el hecho de acostarse con personas que formaban parte de las investigaciones. Vanja incluso había medio bromeado al respecto alguna vez. Que sólo tenían que esperar a ver con quién se metía Sebastian en la cama para ir luego a detenerla. Fue después de que una de sus conquistas ocasionales de Värmland se convirtiera por un instante en sospechosa.

No había sido ella.

Nunca se había acostado con ninguno de los asesinos.

Hasta ese momento.

Pero ¿qué daño podía hacer si Renate contaba algo, si los demás llegaban a enterarse?, pensó. Vanja ya se había distanciado. Nunca más volvería a trabajar en la Unidad de Homicidios, y por lo que se refería a Anne-Lie, era cierto que había prometido mantener su polla bajo control, pero había sido antes de que ella pusiese en riesgo la seguridad de su hija. La probabilidad de que ella no quisiese contratar de nuevo sus servicios era altísima, y lo que había hecho no era ilegal. Era estúpido, inmoral, probablemente indefendible, pero no punible por ley.

Se encontró con la mirada de Renate. Todos los sentimientos positivos que había tenido por ella se habían esfumado. Por lo que había hecho. A lo que había expuesto a Vanja y a otras mujeres... Nunca había oído hablar de algo parecido, y sin duda ella le interesaba en el aspecto profesional, pero tenía la sensación de que ésa iba a ser la última vez que la veía. Ella le volvió a sonreír y él comprendió que lo que primero había interpretado como una seducción más bien era señal de un pacto silencioso. Ellos dos tenían un secreto.

Torkel volvió a reclamar su atención.

—Nos estabas contando algo de Ulrika —le recordó.

—Sí —asintió Renate, retiró la mirada de Sebastian y volvió a dirigirla

hacia Torkel—. Me llamó para que fuese al hospital, pocos días antes de su muerte. Ella me explicó lo que había sucedido aquella noche.

—Cuando dejaron a tu hija delante del hospital.

—Todos pensáis que es por esa razón, ¿verdad? —constató ella—. Porque simplemente dejaron a Linda delante del hospital. —Renate negó despacio con la cabeza y a continuación volvió a sonreír, esta vez para sí misma, como si hubiese descubierto un malentendido gracioso—. La atendieron enseguida. No habría supuesto ninguna diferencia que la hubiesen acompañado hasta dentro.

Fijó sus ojos verdes en Torkel, era importante que él la comprendiese.

—Habían condenado a Linda a muerte mucho antes de eso. Cuando la convencieron para que siguiese adelante con el embarazo. Cuando la amenazaron con algún tipo de condena eterna si abortaba.

—Así que querías dejarlas embarazadas, obligarlas a tener que elegir.

—Exacto.

Una constatación breve. Sin rastro de triunfo. Ella no tenía, como muchos otros que Sebastian había conocido a través de su profesión, un ego inflado que demandaba que comprendiesen lo lista que había sido, que la admirasen por haber sido capaz de engañarlos durante meses.

—¿Y Weber? —preguntó Torkel, y se pudo notar en su voz que en realidad casi prefería no saber la respuesta.

—¿El periodista? Murió. Fue sin querer. —Por primera vez había un rastro de arrepentimiento en su tono de voz—. Nunca fue mi intención matar a nadie. Le di la inyección con el somnífero para ganar algo de tiempo y... simplemente dejó de respirar.

Torkel miró sus apuntes. Tenían una confesión, estaba bastante seguro de que Ursula encontraría evidencias técnicas en su domicilio y ya habían

confirmado el motivo. Ya no les quedaba mucho más que hacer en Uppsala.

—Trabajas en los Coches de Confianza —preguntó Carlos tomando el relevo; él parecía ser de otra opinión.

—Llevo años haciéndolo. Eso no tiene nada que ver con esto. Es una buena organización. Felix es un buen hombre. Un hombre bueno.

—Remi, ¿ésa eres tú?

—Me llamo Mimmi de segundo nombre —asintió Renate.

Carlos hizo una anotación y se detuvo con el lápiz sobre el papel. Al parecer había una cosa que quería saber.

—¿Cómo conseguiste el semen?

—¿Cómo? De los condones. A los hombres no les importa adónde van a parar cuando han terminado. Pero no pienso decir de quién es.

—Sabemos que es de más de una persona, encontramos un ADN diferente en Gävle.

—Sí, tuve que hacer un cambio antes de Rebecca —asintió Renate—. El que suelo utilizar no estaba disponible entonces.

Desplazó la mirada desde Carlos hasta Sebastian, que permanecía sentado en silencio presenciando el interrogatorio sin inmiscuirse.

—Eso pasa a veces. Entonces tienes que recurrir a lo que tengas a mano...

La idea lo arrolló como un tren de mercancías. Se quedó completamente helado por dentro.

«¡Joder!»

Recordó lo que había pasado.

Entonces. Allí. Esa noche. El éxito. ¿Fue demasiado fácil? Siempre

intentaba darles a las mujeres la sensación de que eran ellas las que lo seducían a él, pero en este caso tal vez la realidad había sido justo ésa. Que no era en absoluto consuelo y apoyo lo que había necesitado de él, sino algo muy diferente. Lo mismo que el día anterior. Había sido muy clara con lo que quería. Él se había puesto a su disposición casi con agradecimiento.

Él había estado a mano.

Por supuesto, existía la posibilidad de que ella se hubiese acostado con alguien más después de él, pero algo en los ojos verdes que estaban fijados en Sebastian le decía que no había sido así.

Sin soltar ni una sola palabra se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta. Torkel lo observó con desconcierto, pero le daba igual. Aquélla era una nueva experiencia; el suelo se tambaleaba bajo sus pies cuando salió de la sala de interrogatorios.

Fuera, en el pasillo, se apoyó con pesadez contra la pared, teniendo que hacer un esfuerzo para mantenerse de pie. Intentó calmar sus pensamientos. Estaban desbocados, salían disparados en direcciones que él no quería, pero al final logró comprender a qué se debía la reacción tan intensa que había tenido allí dentro: se había sorprendido, estaba en shock, pero en realidad eso no cambiaba nada.

Había llegado a tiempo.

La jeringuilla estaba llena.

No había pasado nada.

Si ahora cambiaba de opinión, tendría muchas cosas que explicar. Por ejemplo, por qué había dicho que había encontrado a Vanja completamente vestida. Dio unas respiraciones profundas y poco a poco sintió cómo volvía a ser él mismo de nuevo. En eso era en lo que tenía que poner su foco de atención, pensó él. En el porqué de lo que había hecho.

Para protegerla.

Para ahorrarle un sufrimiento innecesario.

Lo que acababa de saber, que el semen en la jeringuilla podría ser suyo, sólo hacía que la idea de lo que podría haber sucedido fuera aún más enfermiza y repugnante. Hasta el punto de que, si ella llegaba a enterarse, probablemente le haría más daño que el ataque en sí.

Había llegado a tiempo.

La jeringuilla estaba llena.

No había pasado nada.

Por tanto, no había nada que contar.

Estaban sentados los siete en una esquina del comedor.

Una tarta en el centro de la mesa, y delante de ellos había tazas de café y latas de Coca-Cola más o menos vacías. Como celebración dejaba bastante que desear, pero no tendrían problemas con el Departamento de Finanzas para pasar el gasto.

Anne-Lie dio un pequeño discurso improvisado.

Reconoció que no había sido una investigación del todo libre de conflictos, pero lo importante era que el caso se había resuelto y que lo habían hecho juntos.

Estaba satisfecha.

Incluso muy satisfecha.

Algo que a Vanja le costaba creer.

Dos asesinatos, Weber y Rebecca Alm; un fiscal ambicioso intentaría conseguir homicidio involuntario por la muerte de Ida; siete violaciones y dos intentos de violación. Anne-Lie había tenido la esperanza de que pudieran detenerlo antes de que la situación se volviese parecida a la del violador en serie bautizado como el Hombre de Haga, pero aquello había sido más grande, mucho más. Y peor.

Era imposible que estuviese satisfecha.

Al final habían localizado a los Valbuena, padre e hijo. Renate sabía que habían vuelto a Suecia para ver si podían empezar de nuevo. La situación en Venezuela era insostenible y los dos tenían la nacionalidad sueca. Ella les había recomendado un par de sitios en los que podrían quedarse. Nada indicaba que Ulrika hubiese conseguido localizarlos después de enviarles el

correo electrónico, ni que hubiesen estado implicados de alguna manera en la venganza de Renate, pero Rodrigo les dio una muestra de su ADN de forma voluntaria cuando se lo pidieron. Querían excluir que Renate se hubiese acostado con su ex, que él supiera lo que ella pensaba hacer con el semen y con ello convertirse en cómplice, pero nada indicaba que fuera el caso. Por lo demás, habían abandonado sus intentos de averiguar con quiénes se había acostado Renate. Ella había respondido a todas las preguntas excepto a ésta, y tampoco era importante. La cuestión era si alguien se alegraría de saber que había colaborado en sus graves crímenes de forma completamente inconsciente.

—Yo me voy de vuelta a Estocolmo —dijo Torkel, y se levantó—. Nos vemos pronto, aún hay cosas por acabar, así que hasta luego.

Había estado apagado toda la tarde. Renate les había dicho dónde podían encontrar a Weber. También habían conseguido localizar su coche. No pensaban que ella estuviese encubriendo a nadie ni que se estuviese inculcando por crímenes que no había cometido, pero Billy había comprobado igualmente el GPS de Weber, y la última dirección introducida había sido la casa de Renate Fors. Sebastian deseaba que lo hubiesen hallado antes. Antes del fin de semana pasado.

La despedida de Torkel fue el pistoletazo de salida para que los demás también empezaran a retirarse. Regresaron al despacho y recogieron sus cosas. Billy acabó enseguida, en principio sólo necesitaba coger su chaqueta y el ordenador. Vanja lo detuvo cuando estaba saliendo.

—¿Me puedes llevar a Estocolmo?

—Me gustaría, pero antes tengo que solucionar un tema.

—Ah, vale, pues ya nos veremos.

—Claro.

Billy salió del despacho sin despedirse de los demás, pasó de largo los

ascensores, empujó la puerta que tenía el cartel de SALIDA DE EMERGENCIAS y desapareció corriendo escalera abajo.

Vanja cogió su chaqueta del respaldo de la silla y el bolso del escritorio. Había recogido todo lo que necesitaba llevar consigo antes de ir a la cafetería. Dio una vuelta por la sala y se despidió de Carlos y de Anne-Lie. Después se acercó a Sebastian.

—Gracias —dijo solamente.

—No tienes por qué darme las gracias. Sólo me alegro de haber estado allí.

Se hizo el silencio entre los dos. Vanja sentía que debía decir algo más, algo concluyente.

—Ahora no nos veremos en una temporada.

—¿En una temporada? —contestó Sebastian, levantando las cejas y con esperanza en la voz.

Vanja suspiró, debería expresarse mejor. No podía abrirse ni un poco. Él era un ejemplo de manual de la frase «Le das la mano y te coge el brazo».

—Sólo es una forma de hablar, me parecía muy duro decir «nunca más».

—Es duro.

—Sí, pero así es como tiene que ser.

Sebastian asintió con la cabeza. En eso nada había cambiado. No tenía ninguna esperanza de que su intervención en el bosque hubiese modificado las cosas. Ella le estaba agradecida, pero no lo suficiente como para replanteárselo todo.

—Cuídate —dijo Sebastian carraspeando al darse cuenta de lo afectada que tenía la voz.

—Gracias, tú también.

A él le parecía el momento oportuno de darle un abrazo, pero Vanja dio media vuelta y se alejó de él. Tal como sabía que haría. Aun así, el dolor resultaba insoportable. No podía hacer nada más que verla partir. Ursula se acercó a su lado, poniéndole la mano sobre el brazo a modo de consuelo.

—¿Estás listo?

Sebastian miró a su alrededor. Vanja había desaparecido. La Unidad de Homicidios era un capítulo cerrado. Tenía un libro que escribir. Lo esperaban días solitarios en un noviembre gris y helado. Respiró hondo, exhaló en forma de suspiro y asintió con la cabeza.

—Bien, tenemos que hablar un poco.

—¿De qué?

—De algo que se me ocurrió la otra noche. Puedes llevarme a casa.

Salieron juntos de la oficina dejando tras ellos la comisaría y la ciudad de Uppsala.

Billy estaba sentado en el coche, esperando.

En medio de la nada, en un lugar que según Google Maps era el bosque virgen de Fiby. La satisfacción de haber atrapado a un asesino y haber cerrado el caso había empalidecido, se había visto amortiguada por otros problemas más urgentes, que necesitaban que los solucionara. La investigación había sido una de las tres cosas que habían ocupado su mente en los últimos tiempos pero a la que había dedicado, con diferencia, menos tiempo y energía. Había hecho lo que debía, lo que se esperaba de él, ni más ni menos; había seguido la rutina. Había trabajado de forma mecánica, sin inspiración, y muchas veces con la cabeza en otro sitio.

Por ejemplo, en Conny.

El tenaz padre de Jennifer.

Se habían visto hacía unos días, Billy ya no podía seguir postergando un encuentro. Se habían reunido en la cafetería en la que se habían citado la primera vez y le había entregado las pruebas de que las fotos habían sido manipuladas. Conny se deshizo en agradecimientos. Ahora, gracias a la ayuda de Billy, la policía tendría que tomarse en serio la desaparición de Jennifer y las sospechas de Conny. Era justo lo que Billy temía, pero, a la vez, cuantas más vueltas le daba al tema, más se daba cuenta de que el hecho de que hubiese ayudado a Conny podría jugar a su favor.

Él trabajaba en la Unidad de Homicidios, uno de los departamentos de la Policía Nacional que gozaban de mayor prestigio, y había sido él quien se había asegurado de que se realizase una investigación, era un compañero preocupado que quería que averiguasen la verdad. Mientras nadie vinculase

su estancia en Bohuslän con las actualizaciones que se habían producido aquella semana en las cuentas de Jennifer, estaría a salvo.

Iba a solucionarlo.

Cuando se levantaron para despedirse, Conny lo había abrazado. Con fuerza y sentimiento, se alegraba de que Jennifer tuviese un amigo tan leal y considerado como Billy. Eso lo hizo sentir bastante mal por unos instantes, pero, aparte de eso, se sentía sorprendentemente bien cuando se despidieron.

De modo que sólo le quedaba un tema por solucionar. Echó un rápido vistazo al sobre acolchado que tenía en el asiento de al lado. Dispuesto a pagar lo que hiciese falta. Si luego llegaban más amenazas, iba a negarlo todo y a decir que la foto había sido tomada cuando estaba de servicio, que había ido por un asunto policial. Eso le implicaría una cierta atención no deseada, pero no podía seguir pagando eternamente.

En el foro habían acordado cómo y cuándo se iban a ver. El lugar había llegado en forma de coordenadas. Todo el planteamiento, desde comunicarse a través de una web de juegos y enviar las coordenadas hasta la módica cantidad que el extorsionador demandaba, hacía que Billy esperase, tal vez basándose en una generalización algo prejuiciosa, que el que aparecería sería un hombre joven un poco friki.

Lo que no se esperaba era que fuese tan joven.

Pasaban un par de minutos de la hora acordada cuando apareció en bici un adolescente delgaducho, de dieciséis o tal vez diecisiete años, y se detuvo a unos diez metros del coche de Billy. Se bajó de la bicicleta y la dejó caer al suelo mientras miraba hacia el automóvil. Tejanos negros, chaqueta cortavientos negra, botas, una fina perilla, un *piercing* sobre un ojo y debajo del labio inferior. Al quitarse el casco se reveló un pelo enmarañado que era demasiado negro para no estar teñido. «Alguien ha hecho un curso

introductorio al estilo gótico», pensó Billy cuando el joven se acercó al coche con pasos confiados. Abrió la puerta del automóvil y salió.

—¿Billy? —preguntó el adolescente con un tono de voz más grave de lo que Billy había esperado.

—Eso ya lo sabes, me mandaste una foto.

—¿Tienes el dinero?

—Sí, pero ¿cómo sé que esto no volverá a suceder?

—Ya no tengo la foto.

—Claro —resopló Billy, transmitiendo con esa única palabra la pregunta de cómo de estúpido se pensaba que era.

—¿Por qué crees que te la mandé por correo normal? Porque todo lo digital es rastreable. No soy tonto.

«Un poco tonto sí que parece», pensó Billy. Al menos inexperto.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —le preguntó con sincera curiosidad.

—No demasiado —contestó el chico de negro para sorpresa de Billy—. Cuando comprendí lo que pasaba en esa casa pensé que podría ganar algo de dinero a costa de los cerdos que explotan a mujeres.

—Ella lo hace porque quiere, con sus propias condiciones, pero claro...

—¿Tienes el dinero? —dijo de nuevo, y un poco estresado.

Billy se quedó callado estudiando al joven extorsionador. Estaba de pie con las piernas separadas, balanceando el peso entre el pie derecho y el izquierdo. Tal vez lo hacía de forma consciente para remarcar su chulería, pero era más probable que fuese debido a un nerviosismo inconsciente. El hecho de que contestase a sus preguntas, que se explicase, que hablase tanto,

hacía que Billy tuviese la impresión de que en realidad no era tan seguro y confiado como quería aparentar.

No iba a ser necesario pagar.

Lo podía asustar.

Billy sacó su pistola.

El joven se quedó de piedra. Su cara reflejaba puro terror ante el repentino giro que había dado la situación. Había sido un impulso, un arrebato instantáneo. Billy recordaba que había pensado que sería mejor que fuera armado, a pesar de que iba en contra de todas las reglas el llevar arma cuando estaba fuera de servicio.

En cuanto tuvo la pistola en la mano, la serpiente empezó a moverse.

«Dispárale —le gritaba—. Mátalo.»

—Dame el teléfono.

—¡Ahí no está! —dijo con la voz llena de pánico—. La imprimí y la eliminé. No está en ninguna parte. Te lo prometo.

«Eso no es del todo cierto», pensó Billy. Era bastante fácil recuperar archivos eliminados, pero para hacerlo se necesitaba el teléfono.

—Dame el teléfono —repitió y se acercó un paso.

El joven lo sacó con manos temblorosas mientras intentaba convencer de manera incoherente a Billy de que dejase el arma a un lado, que sólo se trataba de una broma, convencerlo de que no hiciese nada estúpido, pidiendo disculpas y prometiendo que nunca volvería a saber de él.

«Dispárale. Mátalo.»

La serpiente se agitaba con fuerza en su estómago. Se giraba y se retorció, sentía el olor de la presa, veía la posibilidad de llenarse y satisfacerse por mucho mucho tiempo.

«No puedes —oyó que decía una voz interior—. La bala se puede ser rastrear. Una bala es una gran prueba técnica.»

Billy guardó la pistola en el cinturón, se acercó y le arrebató el teléfono con una mano. Con la otra lo agarró de la muñeca, lo estiró hacia él y le golpeó con la rodilla en la entrepierna, en el vientre. Daba igual dónde le daba. La combinación de la sorpresa y de la fuerza hicieron que el chico perdiese la respiración y se doblase de dolor. Billy tiró el teléfono a un lado, sujetó al adolescente del cuello de la chaqueta cortavientos y lo empujó contra el coche.

—¿La foto está sólo en el teléfono? —preguntó apretando los dientes, aproximándose a su cara.

—Ahí ya no está... —La voz ahora mucho más aguda, asustada y estridente.

—Pero lo estuvo. ¿Sólo ahí, no la subiste a ningún sitio?

El joven agitó la cabeza. Lágrimas de dolor y de miedo le recorrían la cara.

—¿Quién más sabía de esto? ¿Que habías quedado conmigo?

—Nadie. Te lo juro. No se lo he contado a nadie.

Billy lo soltó y el chico se dobló hacia delante, intentando aguantar el dolor, recuperar el aliento entre sollozos y gemidos.

Billy dio un paso atrás y lo miró. La serpiente se retorció. Susurraba. Seductora.

«No necesitas una pistola.»

Billy se acercó y con una pierna le barrió los pies al joven, que cayó en picado al suelo. Al instante se sentó sobre su pecho, bloqueándole los brazos con las piernas, puso las manos en su cuello y apretó con fuerza. El joven

comprendió lo que estaba sucediendo e intentó luchar. Sin posibilidad ninguna. Al cabo de un rato, Billy notó cómo las patadas a su espalda iban perdiendo fuerza hasta cesar por completo. Se inclinó hacia delante, muy próximo a la cara del chico, notando aún el cálido aliento escapándose de sus labios entreabiertos. Apretó con más fuerza. Lo miró a los ojos. No se lo podía perder. El momento mágico en que la vida se apagaba. Sintió cómo se dejaba llevar por la embriaguez del poder. Cómo lo llenaban unos sentimientos más intensos de lo que jamás había sentido. Dejó escapar un grito de victoria cuando la respiración se detuvo y los oscuros ojos se apagaron.

Luego, el chico yacía muerto al lado del coche.

Billy estaba en el asiento delantero con la puerta abierta.

Había sido descuidado, había dejado pruebas técnicas. Fibras de la ropa, piel bajo las uñas, sudor o saliva en la cara. Pero ya había hecho desaparecer un cuerpo antes. Con éxito. Esta vez iba a ser más fácil. A este chico no hacía falta mantenerlo con vida durante semanas.

Simplemente, podía desaparecer.

Como hacían a veces los adolescentes.

Desaparecer sin dejar rastro.

Nunca lo encontrarían.

Sacó su teléfono, llamó a My. Cerró los ojos, se apoyó en el reposacabezas, puso la mano sobre su pene erecto debajo de la tela del vaquero y calmó su respiración mientras sonaban los tonos de la llamada. La adrenalina y las endorfinas le inundaban el cuerpo y le daban una agudeza, una tranquilidad y una satisfacción que, curiosamente, eran también excitantes.

Cuando My contestó, le dijo que llegaría a casa al cabo de una o dos

horas, que la quería y que tenía muchas ganas de acostarse con ella cuando llegase.

El hombre amoroso que ella merecía.

El que mantenía a la serpiente satisfecha.

Sentado en el coche en el bosque virgen de Fiby, de pronto lo comprendió, como una revelación en un momento de repentina clarividencia.

No se trataba de elegir.

Podía ser las dos cosas.

## Epílogo

Sebastian estaba de pie observando la flor de Navidad en la ventana del despacho. No la había regado desde el 23 de diciembre, pero ahí seguía, roja y en apariencia llena de vida, como si fuera inmortal. Se la había regalado Ursula. Al lado de la flor había un Papá Noel rechoncho con un palo clavado en el culo, sonriéndole.

«No te rías —pensó él—, que mañana es el día de San Knut, se acaba la Navidad y te vas a la calle.» La planta y el Papá Noel eran lo único que había en el apartamento que recordaba las festividades que acababan de pasar.

Él odiaba la Navidad.

Por lo general, su abuso de sexo solía culminar los días de Navidad.

Todo para no tener que estar solo. Todo para no tener que pensar. Recordar. El día de San Esteban solía ser el peor. Ese día apenas lo sobrevivía. El dolor y la pena tomaban forma física. Le dolía todo, le costaba respirar, y no le quedaba más remedio que buscar algo que pudiese dispersar sus pensamientos durante al menos un par de horas.

Esas Navidades había sido Ursula.

En noviembre, cuando regresaban en coche de Uppsala, ella le había contado que Petros ya no formaba parte de su vida y que a ella le encantaría que se viesen más. Si él quería.

Y él quería, así que lo habían hecho.

Se habían visto más. Más a menudo.

Habían pasado gran parte de las Navidades juntos y por primera vez desde 2004 había resultado soportable. Incluso lo había soportado el día de San Esteban, se le había hecho más llevadero, algo por lo que él estaba profundamente agradecido. También habían estado juntos el fin de año.

Bueno, no fue una gran celebración. Habían cenado, ella se había emborrachado con champán y vino y, llegada la medianoche, cuando él había pensado proponerle bajar a Nybroviken a ver los fuegos artificiales, ya se había dormido.

Lo pasaban bien juntos. Ella tenía su piso, él tenía el suyo. Se veían cuando los dos querían. Como esa noche, que ella había llamado para preguntar qué hacía («nada») y si le apetecía quedar para cenar («por qué no»), y había dicho que compraría alguna cosa por el camino («prefiero que no sea sushi») y que estaría en su casa dentro de una hora.

Sencillo. Espontáneo. Sin exigencias.

Él, por su parte, había estado en Lövhaga hablando con Ralph Svensson acerca de su libro. Era la segunda vez que quedaban. Una buena conversación. La primera vez había estado de mal humor y no había parado de decir que Sebastian lo había encerrado en la oscuridad. Que había sido cruel y que le había hecho daño. Esta vez había ido mejor. Habían charlado de su infancia, del abuelo adoptivo y de las personas con máscaras de animales que habían abusado sexualmente de él en una casita en el bosque. Sebastian pensaba intentar encontrar esa granja. Tal vez tenía entre manos algo más grande que un libro sobre un imitador.

En cualquier caso, iba a ser un buen libro.

Tenía ese presentimiento.

A Vanja la echaba de menos cada vez que pensaba en ella, así que procuraba no hacerlo. Ahora comprendía que había gastado mucha energía tratando de recuperarla. Energía que pondría en el libro, en su escritura, en intentar arrancar de nuevo con las conferencias. En ese sentido era bueno que ella ya no estuviese en su vida. Pero no lo habría conseguido sin la ayuda de Ursula.

Llamaron a la puerta. Ursula aún no tenía llave. Salió de su despacho y

fue a abrir. La dejó pasar, cogió las bolsas que ella llevaba y entró en la cocina. Ella se quitó el abrigo y lo siguió.

—¿Qué es? —preguntó Sebastian, mirando en las bolsas blancas de plástico que ella había llevado.

—Libanés —contestó, quitándose las y dirigiéndose hacia la encimera de la cocina—. ¿Abres una botella de vino?

Sebastian sacó una botella de vino blanco de la nevera. Había empezado a tener siempre una en casa. De vez en cuando se descubría a sí mismo pensando si ella no bebía demasiado, o al menos demasiado a menudo, cada día, pero luego lo olvidaba. Ponerse pesado con el nivel de consumo de alcohol de la pareja era algo propio de Torkel.

Él no era así, ellos no lo eran.

—¿Has oído lo de Jennifer? —preguntó ella mientras servía en diferentes platos pequeños pasteles de masa quebrada, pinchos de cordero, falafel, alitas de pollo y pan.

—¿Jennifer?

—Holmgren. La que estuvo con nosotros en Jämtland y en Kiruna con Billy.

—Ah, vale. ¿Qué pasa con ella?

Ursula dio media vuelta con una sonrisa entretenida e interrogante, como si creyese que su incapacidad para recordarla fuese fingida, que había un motivo por el que no quería reconocer que la recordaba.

—¿Te acostaste con ella?

—Dios, no, era un poco demasiado joven para mí.

Sin embargo, sí que había pensado en ella, aunque no lograba acordarse de su nombre, en cuanto supo por Vanja que Billy había sido infiel. No sabía

muy bien por qué. Tenía que ver con la forma en que se había comportado cuando ella estaba presente mientras trabajaron juntos. Por la forma en la que había hablado de ella. Y por el hecho de que, de todas las personas posibles, la había escogido a ella para acompañarlo en su viaje a Kiruna.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó de nuevo mientras servía una copa de vino.

—Desapareció este verano. En octubre encontraron sus cosas en un lugar de buceo en Francia y pensaron que se había ahogado, pero ahora han abierto una investigación por asesinato.

—¿Por qué?

—Es una locura —dijo Ursula, dejando los botes con baba ganush y hummus sobre la mesa—. Nadie la ha visto desde San Juan, pero parece que alguien la ha mantenido viva en las redes sociales después de eso.

—¿Qué quieres decir con «mantenerla viva»?

—Ya sabes, publicar entradas en redes sociales, fotos y actualizaciones y My Story y todo eso, como se llame.

La comida estaba sobre la mesa. Sebastian sacó una cerveza sin alcohol de la nevera y la abrió. No tenía ninguna relación especial con Jennifer, la recordaba ambiciosa, agradable, pero aun así esto despertó su interés de golpe. Por lo poco que había oído, se trataba de un agresor de los que a él le gustaban. ¿Tal vez podría ofrecer sus servicios al departamento que lo estuviese investigando?

—¿Salía ella en las fotos? —preguntó mientras tomaba asiento y empezaba a servirse comida.

—Sí, pero eran falsas. Su padre tenía sospechas y Billy le echó una mano y pudo probar que tenía razón, que algunas imágenes habían sido

manipuladas, así que abrieron una investigación preliminar. Ahora han venido a nosotros a ver si queremos ayudar.

—¿Queréis? —Esperaba que no. Si la investigación iba a parar a la Unidad de Homicidios, no tendría ninguna posibilidad.

—Torkel aún no lo tiene claro.

—¿Y cómo fue a parar a Francia?

—A lo mejor no fue allí. Hay actualizaciones de su viaje allí, pero no la han encontrado.

Sebastian empezó a comer. Estaba todo muy bueno. Mojó uno de los trozos de pan en el hummus y dio un bocado. Procesando. ¿Qué era lo que había dicho?

—¿Cuándo has dicho que desapareció?

—La semana después de San Juan.

Eso fue lo que le llamó la atención. Hacía poco habían estado hablando de la semana después de San Juan. En la cena en casa de Torkel y su nueva mujer. Ésa era la semana que Torkel pensaba que Billy había estado de vacaciones mientras que My creía que estaba trabajando...

—Pero oye, ¡tengo noticias más importantes! —Sebastian fue arrancado de sus pensamientos. Levantó la mirada de la comida. Los ojos de Ursula brillaban y daba palmaditas con las manos de la excitación—. ¡Vanja está embarazada!

Por un instante, Sebastian se quedó de piedra, pero luego logró aparentar una alegre sorpresa.

—¿De verdad? ¡Es genial! ¿De cuántas semanas está?

—Doce.

Hizo un rápido cálculo mental. Si lo recordaba bien por el embarazo de

Lily, no se podía saber con toda certeza la fecha exacta. Doce semanas atrás. Eso los llevaba a finales de octubre, principios de septiembre. A un Polo azul en medio del bosque.

—¡Felicidades, vas a ser abuelo! —dijo Ursula, sonriendo y levantando su copa de vino.

—Gracias.

Sebastian logró esbozar una pequeña sonrisa antes de tragar con esfuerzo, cerrar los ojos y desear con todo su corazón que realmente fuese a ser abuelo.

## Agradecimientos

Hemos tardado un poco, pero ya está aquí el sexto libro. Como siempre y como es habitual, hay un montón de personas geniales que nos han apoyado, animado y ayudado de muchas maneras diferentes a que este trabajo haya sido más fácil y divertido.

Gracias a todos en Nordsteds, sobre todo a Eva Gedin, a Peter Karlsson, a Henrik Sjöberg y a Kajsa Loord. Gracias también a todos en Salomonsson Agency, en especial a Niclas Salomonsson, a Federico Ambrosini, a Marie Gyllenhammar y a Sophie Smirnakos, que son con quienes trabajamos más de cerca. Gracias a Pär Wickholm, a quien siempre damos unas pocas ideas dispersas y aun así consigue transformarlas en unas portadas increíbles. Gracias también a todas nuestras editoriales y editores extranjeros y a todos los traductores que hacen que cada vez más personas tengan la oportunidad de establecer amistad con Sebastian Bergman y sus compañeros en la Unidad de Homicidios.

MICKE:

Quiero dar las gracias a Hans por su tremendo trabajo y espíritu luchador, y a mi maravillosa familia: Astrid, Cesar, William y Vanessa. ¡Sois los mejores!

HANS:

Quiero dar las gracias a Camilla Ahlgren, mi mejor amiga y compañera de trabajo, que siempre está ahí y que siempre, incluso cuando no trabajamos

juntos, consigue inspirarme, motivarme y ayudarme a ser mejor.

Tony Wood, Katie Barret y todos los demás en Buccaneer, que me dieron un lugar en el que trabajar en Londres durante unas semanas tremendamente movidas y decisivas en el mes de mayo.

Y, naturalmente, también a mi familia: Lotta, que ahora lleva a mi lado treinta y dos años y sin la cual no puedo ni imaginar cómo habría sido mi vida. Sixten, Alice y Ebba, nuestros tres hijos fantásticos que han crecido para transformarse en unos adultos inteligentes, empáticos y divertidos que me llenan de orgullo y felicidad cada día. ¡Os quiero a todos!

*Mentiras consentidas*

Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *En högre rättvisa*

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño © diseño de la colección, Coverkitchen

© de la fotografía de la portada, Fotosearch-Getty Images

© Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt, 2018

Publicado de acuerdo con Salomonsson Agency © por la traducción, Pontus Sánchez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) [www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-0820763-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

# NOVELA **NEGRA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**



